EDMUND RICHARDSON

ALEJANDRÍA

EN BUSCA DE LA CIUDAD PERDIDA

Shackleton BOOKS

Sinopsis

Un viaje salvaje a través de la India y Afganistán del siglo XIX, una narración basada en una investigación impecable.

EDMUND RICHARDSON

Alejandría

Traducción de Inga Pellisa

Shackleton Books

Título Original: *Alexandria: The Quest for the Lost City*
Traductor: Pellisa, Inga
©2021, Richardson, Edmund
©2022, Shackleton Books
ISBN: 9788413612034
Generado con: QualityEbook v0.87

ALEJANDRÍA

En busca de la ciudad perdida

EDMUND RICHARDSON

Traducción de INGA PELLISA

Shackleton
—books—

1 La huida

4 de julio de 1827. El amanecer olía a sudor, incienso y boñiga de caballo.

El soldado James Lewis, un recluta del montón alistado en el ejército de la Compañía Británica de las Indias Orientales, se despertó en Agra.[1] El campamento del ejército, en la India, pero no de la India, era un mundo en miniatura de soldados roncando, fogatas para cocinar, cañones y pólvora. A lo lejos, con bandadas de pájaros diminutos remolineando en torno a su cúpula, se alzaba la silueta del Taj Mahal. A las seis de la mañana el sol estaba ya en lo alto del horizonte, atravesando la bruma del río Yamuna y prendiendo de dorado los antiguos muros rojos del Fuerte de Agra. Allá arriba, en las torres del fuerte, los últimos murciélagos de la noche volvían a casa batiendo las alas.

Para Lewis, también era el día de la independencia. Se puso el uniforme, cruzó la puerta por entre los guardas adormilados y se marchó para no volver. Por la noche, estaría en búsqueda y captura.

Lewis fue atravesando Agra con toda cautela, y puso tanta distancia entre él y el regimiento como le fue posible. Unas casetas británicas achaparradas se apiñaban en torno a la mole encalada de la catedral de San Jorge, terminada el año antes. Más cerca del río, el casco antiguo de la ciudad se abría de nuevo a la vista. Unos loros de un vivo color verde oteaban desde los árboles. La orilla del río estaba bordeada de mansiones y mausoleos medio en ruinas. La estrella de Agra llevaba casi doscientos años apagándose: su breve reinado como capital del Imperio mogol formaba parte de un pasado ya lejano.

Los británicos trataban la ciudad como un patio de juegos colosal. Los aposentos imperiales del Fuerte de Agra —en los que el Shah Jahan pasó encarcelado sus últimos años, contemplando por las ventanas enrejadas la tumba de su amada Mumtaz Mahal— habían caído en manos del mayor Taylor, del Cuerpo de Ingenieros de Bengala. La gente había comenzado a protestar, así que el mayor ultimaba los preparativos de una segunda residencia. Esta vez en el Taj Mahal.[2]

Aquel día, mientras dejaba Agra atrás, Lewis no podía imaginar que se estaba embarcando en uno de los relatos más increíbles de la historia. Mendigaría a pie de carretera y tomaría el té con reyes. Viajaría con santones y se convertiría en un maestro del disfraz. Vería cosas que ningún otro occidental había visto antes, y que pocos han atisbado desde entonces. Y, paso a paso, dejaría de ser un soldado

cualquiera para convertirse en uno de los mayores arqueólogos de su época. Terminaría dedicando su vida a buscar las huellas de Alejandro Magno.

Esa búsqueda lo llevaría a cruzar montañas nevadas, a internarse en cámaras ocultas repletas de joyas y a descubrir una ciudad perdida y sepultada bajo las llanuras de Afganistán. Desenterraría tesoros de valor incalculable y sería testigo de atrocidades indecibles. Desentrañaría un idioma que llevaba más de mil años en el olvido. El imperio más poderoso del planeta lo chantajearía y perseguiría. Lo meterían en la cárcel por traidor y le ofrecerían un reino para él solo. Cambiaría el mundo, y el mundo acabaría con él.

Esta es la historia de alguien que persiguió sus sueños hasta los confines de la tierra, y de lo que ocurrió cuando llegó allí. De haber sabido lo que le aguardaba, no se habría levantado de la cama ese día.

James Lewis nació en Londres, cuando el siglo diecinueve tenía apenas unos meses: el 16 de febrero de 1800.[3] Londres era entonces una cosa fétida y atestada: la ciudad más sucia del mundo, el doble de grande que París y creciendo en todas direcciones. Lewis se crio en el mismo e infecto meollo, a la sombra de la Torre de Londres: un laberinto de calles, oscuras y hediondas, alfombradas de animales muertos y controladas por bandas. «Los villanos, timadores y ladrones más descarados se paseaban por las calles a plena luz del día —escribía Pierce Egan en 1821—. A los miserables más crueles y desahuciados, incapaces del más mínimo lazo de amistad que une a los hombres, los podremos encontrar a manadas en la metrópolis».[4] El aire iba cargado de hollín. El Támesis era una cloaca. Londres apestaba. Deambulando por las calles, por entre «esa masa enorme de agitada humanidad», Wordsworth se había sentido horrorizado y absolutamente solo: «Qué a menudo, en aquellas calles rebosantes / He fluido con la turba, diciéndome / A mí mismo: “La faz de todo aquel / Que pasa junto a mí es un misterio”».[5]

Desde bien niño, Lewis supo que Gran Bretaña no trataba bien a las personas como él. Para sobrevivir en Londres hacían falta dinero y vínculos familiares, o unas reservas absurdas de rabia y astucia. «Parece que algún poeta —decía Egan— ha descrito humorísticamente Londres como “el demonio”».[6]

En la adolescencia de Lewis, la economía británica estaba al borde de la ruina. Las calles de Londres se iban llenando de gente que se quedaba sin casa. Leigh Hunt, el primer editor de Keats y de Shelley, hablaba de protestas por «las bancarrotas, las confiscaciones, los desahucios, los encarcelamientos, [...] los atrasos enormes en el alquiler».[7] El gobierno respondió con la compasión que ha caracterizado durante siglos la actitud británica hacia los pobres: anunció un plan para ejecutar a los manifestantes. Lord Byron

compareció en el Parlamento en 1812, en un vano intento de despertar cierta caridad: «Nada, salvo la miseria más absoluta, podría haber conducido a gran parte de estas personas honradas y trabajadoras a cometer excesos tan peligrosos para ellas mismas, sus familias y la comunidad. [...] no les avergonzaba mendigar, pero no había nadie que les ayudara. [...] ¿Quieren encerrar a todo el país en la cárcel? ¿Erigirán una horca en cada campo y colgarán a hombres como si fueran espantapájaros?».[8] Lewis no veía ningún futuro para él en aquel país roto. El 5 de octubre de 1821, a los veintiún años, se alistó en el ejército de la Compañía Británica de las Indias Orientales, con la esperanza de una vida mejor.

La Compañía de las Indias Orientales había nacido como una empresa mercante cuyos barcos cubrían la ruta entre Gran Bretaña y Oriente. Pero, impulsada por el miedo y la avaricia, se fue expandiendo gradualmente más allá de sus enclaves comerciales costeros, acosando, chantajeando y derrocando uno tras otro a los gobernantes locales. Horace Walpole se refirió a la Compañía como «una panda de monstruos»[9] en la década de 1770, pero por aquel entonces la cosa apenas acababa de empezar. En la de 1820, la Compañía era ya la fuerza dominante en la India. Ninguna multinacional de nuestros tiempos podría equipararse a ella en su punto más álgido.[10] La Compañía contaba con un ejército propio gigantesco. Con espías en todas partes. Fue la mayor traficante de drogas que ha existido en la historia: exportaba cada año toneladas de opio. Solo le importaban los beneficios. Era la diosa del capitalismo.

Muchos funcionarios de la Compañía regresaban a Gran Bretaña cargados de oro: del botín comercial, o del saqueo de un centenar de tesoros indios. «Llevan mucho tiempo cocinando y devorando a los desdichados tanto de Inglaterra como de la India», escribía William Cobbett.[11] Pero Lewis comprendió enseguida que la fama y la fortuna estaban reservadas para sus superiores, y no para los soldados rasos como él. Su labor en la Artillería de Bengala consistía en combatir, sudar, vitorear, blasfemar, sangrar y, si era necesario, morir por el bien mayor de las cuentas de la Compañía. Años de trasiego de una punta a otra de la India lo habían convertido en un joven flaco, tímido y ansioso, greñudo y pelirrojo, con unos ojos gris azulados que no perdían detalle. La mayoría de reclutas apenas sabían leer y escribir. Lewis pedía libros a cualquiera que estuviese dispuesto a prestarlos, y leía en latín y en griego. Hoy en día, un soldado así llamaría la atención, lo formarían y le sacarían partido, pero Lewis solo estaba allí para hacer bulto en las filas: molienda para el molino imperial. Después de seis veranos sudando, seguía tan pobre e ignorado como cuando se alistó. (Una vez, un oficial le dejó clasificar mariposas muertas, pero ahí acabó la cosa.)[12]

No era justo, pero la Compañía de las Indias Orientales jamás había prometido justicia. Lewis veía cómo sus superiores se iban haciendo ricos. En 1825, pasó una Navidad espeluznante en el sitio de Bharatpur. La monumental fortaleza, a unos cincuenta kilómetros de Agra, había despachado sin contemplaciones al ejército británico en 1805, y la Compañía de las Indias Orientales no estaba dispuesta a arriesgarse a una segunda humillación. Tan pronto el polvo se aposentó sobre las ruinas de Bharatpur, el 16 de enero de 1826, los británicos se repartieron los tesoros que contenía. El oficial al mando, lord Combermere, se embolsó 595 398 rupias. Lewis y el resto de soldados se llevaron 40 rupias por cabeza.[13] (Hoy en día, esto equivaldría a entre 6 y 7,5 millones de libras, o entre 7 y 9 millones de euros, para el oficial al mando, y entre 400 y 500, poco más de 500 euros, para los soldados.)[14] Hasta los idiotas y los borrachos que había entre los oficiales llevaban mejor vida que la que tendría él jamás. Y cuando le daban una orden, tenía que acatarla. No era, por naturaleza, un hombre paciente. Es probable que le sonara aquello de tolerar de buena gana a los necios, pero no da la impresión de que llegase a incorporarlo. Empezó a rezongar entre dientes. Soñaba con vivir a su aire. Y en julio de 1827, tras años de ingrato servicio, algo hizo clic.

¿Qué ocurre si uno decide dejar su vida entera atrás? Lewis estaba a punto de averiguarlo.

El calor inclemente del verano comenzaba a despuntar cuando salió de Agra. El monzón había azotado desde la bahía de Bengala unos días antes, y las lluvias, cuando llegaron, fueron frescas y de una potencia cegadora. Pero el resto del día, las colinas del norte de la India estuvieron pardas y peladas, espejeando por el calor. A cada paso se levantaba una nube de polvo. Lewis no llevaba dinero ni comida. «Había pasado a ser un indigente, un extraño en el corazón de Asia, desconocedor del idioma —cosa que me habría sido utilísima— y expuesto en todo momento por el color de mi piel».[15] Seguir con vida iba a ser un reto.

Lewis afrontaba un peligro aún mayor, sin embargo: la Compañía de las Indias Orientales. En cuanto descubrieron su ausencia, difundieron su descripción por toda la India mucho más rápido de lo que él podía avanzar. Los pueblos, las guarniciones y los funcionarios de fronteras estaban todos alerta. Además, la vasta red de espías de la Compañía se deleitaba cazando desertores y entregándolos a la justicia militar. Si lo atrapaban, lo azotarían hasta dejarlo medio muerto, lo revivirían, y lo seguirían azotando. O puede que lo ejecutaran de algún modo especialmente desagradable. La Compañía era famosa por atar a sus soldados indios a las bocas de los cañones y hacerlos, muy literalmente, pedacitos. Igual solo lo ahorcaban, pero eso era poco consuelo. Fuera como fuese, los pájaros que rondaban los patíbulos de

la Compañía lo estarían esperando.

«Un sinfín de milanos (un ave de presa muy común en la India) acompañaban al melancólico séquito en su camino al lugar de la ejecución —contaba un soldado británico horrorizado—, como si supieran lo que estaba pasando, y no dejaban de sobrevolar los cañones en los que iban a reventar de un cañonazo a los reos, batiendo las alas, graznando, como expectantes por su festín sangriento, hasta que llegaba el estallido fatal y desperdigaba los fragmentos de cuerpo por los aires; entonces, abalanzándose sobre su presa, atrapaban con las garras los trozos de carne trémula antes de que tocaran siquiera el suelo.»[16]

Lewis había visto lo que la Compañía de las Indias Orientales les hacía a los desertores. En el sitio de Bharatpur, uno de sus compañeros de artillería, un hombre llamado Herbert, se había escabullido por entre las patrullas británicas y se había pasado al otro bando. La primera noticia que tuvieron los suyos fue cuando una bala de cañón lanzada desde el fuerte cortó el aire y cayó justo en el puesto de observación del oficial al mando: lord Combermere se libró por unos centímetros, y uno de sus sirvientes quedó desmembrado. La de Herbert fue, todo sea dicho, una dimisión por todo lo alto. Día tras día, en las almenas de Bharatpur, «se lo veía, con su uniforme inglés, paseándose por los baluartes, apuntando los cañones del enemigo contra sus compatriotas»,[17] «exponiéndose a sangre fría a todos los peligros».[18] Los británicos no se lo podían creer: aquel artillero había luchado en Waterloo, «tenía un carácter justo, sus superiores hablaban bien de él, y se decía que mantenía a su madre, pero pese a todo, ahí estaba, intentando matarlos, y consiguiéndolo preocupantemente bien».[19] Al cabo de unos días, otro disparo afortunado desde el fuerte prendió nueve toneladas de pólvora británica, y todos los que andaban cerca saltaron por los aires.[20] Cuando la Compañía de las Indias Orientales capturó Bharatpur, concentró sus esfuerzos en encontrar a Herbert. Lo apresaron con vida y, tras un juicio brevísimo, lo ejecutaron delante de todo el ejército.[21]

Lewis siguió avanzando. Puso rumbo al oeste, guiándose por el sol y las estrellas. Mendigó comida en los pueblos, durmió en zanjas y trató de pasar desapercibido. En la campiña que rodeaba Agra flotaba una calma sobrecogedora. La había asolado el cólera, y todas las aldeas estaban llenas de moribundos. Lewis rodeó Delhi, ciudad de poetas y magos, en cuyo Fuerte Rojo tenía su corte el emperador mogol Akbar II. Allí los ojos de la Compañía eran demasiado numerosos y avispados para que pudiera salir con vida. Su única esperanza era cruzar la frontera y quedar fuera de su alcance. Así que se internó en el gran páramo del desierto de Thar, sin agua, sin un plan b y sin mapa.

El desierto se le fue metiendo dentro sigilosamente. Los campos dieron paso a los matorrales, los rebaños de vacas a los de cabras. La ciudad dorada de Bikaner se alzó en el horizonte: un fuerte deslumbrante que parecía esculpido de arena. Lewis no osó acercarse. Siguió adentrándose hacia el corazón del desierto. Las aldeas empezaron a estar cada vez más alejadas unas de otras. Las colinas parecían ahora dunas. El paisaje iba cambiando imperceptiblemente de color, del verde al marrón, del amarillo sucio al dorado. El polvo se le quedaba aferrado, incrustado en las narices y en los pliegues de la ropa. Pasaban días sin que se cruzase con ningún signo de vida humana. El sol colgaba malévolo en el cielo. Hacía demasiado calor para los tigres, así que al menos podía dormir tranquilo. Eso era lo único bueno.

Aquello era un auténtico desierto. Todavía hoy, el Thar es uno de los lugares más inhóspitos y desolados de la India, y la temperatura puede alcanzar los 50 grados. De vez en cuando pasa traqueteando algún tren oxidado, en paralelo a la frontera con Pakistán, y deja un reguero de botellas de agua y envoltorios de samosa tras de sí, pero por lo demás no hay ni un alma. Al calor del mediodía, hasta los camellos lo pasan fatal, y jadean en pedazos de sombra con la lengua, gris y acartonada, colgando de la boca. Las noches rebosan de silencio y de un millar de estrellas. Las probabilidades de que alguien sobreviva a esa travesía a pie parecen increíblemente remotas.

Sin embargo, de algún modo, Lewis lo logró. Unas semanas después de pasar junto a Bikaner, en la corte de Ahmedpur, en el actual Pakistán, empezaron a correr rumores: habían visto salir del desierto a un hombre muy extraño. Se hacía llamar Charles Masson.

Lewis —pues ese hombre era él— tenía los pies llenos de ampollas, y cubría, rengueando, apenas un kilómetro al día. La travesía había estado a punto de matarlo. Llevaba la ropa hecha jirones, temblaba de fiebre y casi no podía caminar. «Me resultaba imposible avanzar una vez salía el sol, y me veía obligado, estuviese donde estuviera, a buscar la sombra más cercana y tirarme al suelo bajo ella.»[22] Al fin, llegó tambaleante a un pueblo fronterizo, esperando poder recuperarse sin llamar la atención.

Aquel Charles Masson tal vez pareciese un espantapájaros pelirrojo y achicharrado, pero las apariencias podían ser engañosas. El khan de Ahmedpur vigilaba muy de cerca sus fronteras, así que Lewis recibió una ceremoniosa bienvenida a cargo de un cortesano que «estaba impaciente por saber qué buscaba yo allí, y que no se podía creer lo que había hecho, o que no trajese ningún mensaje para el khan. En vano alegué las lamentables muestras de mi pobreza, y de mi solitaria travesía a pie».[23]

Lewis aún no lo sabía, pero no era el único viajero occidental en

Ahmedpur. Andaba por allí otro hombre: una figura cetrina, intimidante y barbuda. Se llamaba Josiah Harlan, y la Compañía de las Indias Orientales le había encomendado que estuviese al acecho de posibles desertores. Cuando Harlan tuvo noticia del recién llegado, sonrió para sí y se aseguró de conocer al señor Masson.

Lewis se presentó en la tienda de Harlan «vestido como un nativo y con la cabeza afeitada», pero no lo engañó ni por un momento. «El vello claro y ralo del labio superior, junto con esos ojos azules, revelaron de inmediato el verdadero origen de su casta. Lo acusé sin vacilar de ser un desertor europeo de la Artillería Montada [...] del que me había llegado ya una descripción.»[24] Lewis se quedó boquiabierto. Harlan se cernía imponente sobre él, enorme y con aspecto feroz. Lewis notaba ya la soga en torno al cuello, y oía los buitres sobrevolándolo.

Temblando visiblemente y entre tartamudeos, soltó su tapadera, y afirmó «que era de Bombay, y que viajaba en esta dirección por mero pasatiempo, con intención [...] de volver a casa por tierra».[25] A Harlan casi se le escapa la risa. Le habían contado muchos embustes en la vida, y él mismo había soltado también unos cuantos, pero aquel hombre desastrado era el peor mentiroso que se había topado jamás.

Josiah Harlan había zarpado de Estados Unidos a los veintiún años, con la modesta ambición de convertirse en rey. Su padre le consiguió trabajo en un buque mercante con rumbo a Oriente. Harlan aprendió a regatear con los mercaderes en China, y a echarse faroles jugando a las cartas en las callejuelas de Calcuta. Volvió a su país más rico y más peludo, y al poco se enamoró. La joven y él acordaron que haría un viaje más, y a su regreso se casarían. Embarcó con destino a Calcuta, pero cuando su barco llegó a la India, tenía una carta esperándolo: su prometida, con notable diligencia, había roto el compromiso y se había casado con otro.

Harlan, con el corazón roto, abandonó su barco, y a base de palabrería y sin ningún tipo de preparación previa, se hizo con un puesto de médico en la Compañía de las Indias Orientales, con una sierra y un amor propio inquebrantable por todo instrumental.[26] Cuando su labor en ese destinó terminó, en lugar de volver a Estados Unidos se adentró en el norte de la India para hacer fortuna.

En la ciudad de Ludhiana, en el Punyab, uno de los últimos puestos de avanzada británicos en la India, Harlan conoció al rey exiliado de Afganistán, Shah Shujah. Estaba desesperado por recuperar su trono, y Harlan pensó que tal vez podría ayudar. Cuando se topó con Lewis, se dirigía a Afganistán con una panda de mercenarios zarrapastrosos, una bandera estadounidense gigantesca y su querido perro, Dash. Plantaría su bandera en la cima de las montañas del Hindú Kush y se autoproclamaría príncipe. Se veía a sí mismo como la

réplica decimonónica de Alejandro Magno.

Ahora, examinando al tembloroso Lewis de pies a cabeza, Harlan olió la oportunidad. No le iría mal vender a ese desdichado a la Compañía de las Indias Orientales, pero le sería aún más beneficioso contar con un soldado experimentado en las semanas por venir, aunque fuese un ejemplar tan patético como ese. «Al percibir, por el temblor de su voz y las manifestaciones personales de alarma, lo extremadamente desagradable de su situación —escribió Harlan—, aplaqué su terror informándole de que yo no era inglés y no tenía vínculo alguno con el gobierno británico, y que, en consecuencia, no había ningún interés ni deber de por medio que pudiera llevarme a delatarlo en ese momento o más adelante.»[27] Lewis apenas tuvo tiempo de chapurrear un agradecimiento antes de que Harlan lo enrolara en su expedición afgana, en calidad de «criado de confianza». Josiah Harlan, desde luego, sabía jugar sus cartas.

El 10 de diciembre de 1827, el pequeño ejército de Harlan se dispuso a dejar Ahmedpur.[28] Mientras el americano se calzaba sus botas gigantescas, Lewis tuvo la impresión de que había cambiado su vida militar anterior por una aún más descabellada. Harlan le hizo ponerse su viejo y maltrecho uniforme de la Artillería de Bengala, con sable y todo, y le permitió seguir usando el nombre de Charles Masson, que Lewis decidió que le gustaba más que el de antes. (El propio Harlan, con su desfachatez habitual, se vistió de oficial británico.) Desmejorado todavía por la fiebre, con los ojos rojos y sin afeitar, este tal Masson era una parodia grotesca del pulcro soldado de unos meses atrás. Pese a todo, estaba feliz de seguir vivo, y aún más feliz de montar a lomos de uno de los caballos de Harlan, aunque no dejara de caerse.

Pronto, la inverosímil expedición empezó a hacer progresos. Las fuerzas de Harlan ascendían ahora al centenar de hombres, aunque no confiaba en uno solo de ellos. Discutía constantemente con su mano derecha, Gul Khan, un cincuentón gordo, manco y tuerto, pero con un mostacho magnífico y armado hasta los dientes. Era un especialista dando discursos pasivo-agresivos sobre su lealtad inquebrantable, con los que acababa distrayendo a Harlan. «¡Muerte a los enemigos del Rey, y que su sal se transforme en mugre en las bocas de los traidores! Veinte años llevo siendo leal servidor de Su Majestad —un esclavo sin recompensa—, pero dejémoslo pasar. Ahora es momento de cumplir —aun cuando el Rey no haya distinguido nunca a su amigo de su enemigo—, ¡gracias a Dios que el Rey es un gran Rey!».[29] Gul Khan no acababa de recordar nunca cómo había perdido la mano: contaba una historia distinta cada vez. En Ludhiana, los rumores decían que se la había cortado Shah Shujah.

Harlan se quejaba y preocupaba a cada kilómetro del camino. Si

veía un solo fardo atado con descuido empezaba a despotricar: «Esto supone un desperdicio enorme de potencia física, destrucción de la propiedad, sufrimiento del hombre y la bestia [...]. ¡Estas pequeñas consideraciones son las que deciden el éxito de las operaciones militares!».[30] Sus discursos no eran breves, precisamente, y en ellos salía todo el mundo, desde los romanos hasta Napoleón.[31] En realidad, todo el ruido y la furia disfrazaban una profunda angustia: Harlan sospechaba que había sido mala idea pagar a sus hombres por adelantado. Gul Khan apenas se lo podía creer: tan pronto tuvo en las manos el dinero de Harlan, su lealtad de décadas hacia Shah Shujah se esfumó. «Toda esta sal suya [del shah] me he comido —le dijo a Harlan, con una sonrisa—, y ahora lo dejo a merced de Dios; que los valientes sirvan a los valientes, que pidan misericordia a los misericordiosos; es pedirle un puñado de tierra a la montaña. No llevo ni dos días al servicio del sahib y he ganado dos meses de paga por adelantado. ¡Que su linaje prospere!».[32] En aquel momento, Harlan no se imaginaba cuán rápido podría virar de nuevo la lealtad de Gul Khan.

Más allá de los dominios de la Compañía de las Indias Orientales, el poder parecía estar a disposición de quien lo quisiera. Al este quedaba Lahore, capital gobernada por el tuerto Ranjit Singh, marajá sij, uno de los constructores de imperios más inteligentes y despiadados de la historia. Al marajá no había un solo enviado británico que le aguantara un mano a mano bebiendo; se había hecho con el diamante Koh-i-Noor, y aterrorizaba a toda potencia que quedara al alcance de sus vastos e instruidísimos ejércitos, de la Compañía de las Indias Orientales para abajo. (Su cóctel vespertino predilecto: whisky, jugo de carne, opio, almizcle y perlas machacadas.)[33] Al norte, desde Kabul, Dost Mohammad Khan gobernaba precariamente Afganistán. («Había frustrado los planes de sus competidores y había ascendido al poder, el gran objeto de su ambición —resumía Masson tiempo después—. Tratar de describir el carácter de un hombre que carecía de él sería absurdo. Era bueno o malo según conviniera a sus intereses.»)[34] Pero, entre uno y otro, en las zonas fronterizas y los pasos montañosos, su influencia apenas se hacía notar. Un mosaico de jefes de poca monta seguía ejerciendo cierto poder, cada uno con su fuerte ruinoso, su panda de sirvientes mal pagados y un cañón aherrumbrado. Frente a semejante oposición, hasta un Maquiavelo de tres al cuarto como aquel americano tenía bastantes posibilidades.

Harlan iba por la vida con la mano apoyada en la pistola y la cabeza en las nubes. Mientras su panda de mercenarios se encaminaba a Afganistán, «mi mente estaba llena de meditaciones del pasado —escribió—. Pronto entraría en el país y conocería todo aquello que se

había revelado a los ojos del mundo como escenario y protagonista de las hazañas de Alejandro».[35] Para los hombres como Harlan, Alejandro Magno era la estrella que servía de guía: la promesa de que un solo hombre podía transformar el mundo y ser recordado para siempre. Unos pasos por detrás, montado precariamente sobre su caballo y sudando el uniforme, a Masson no podía interesarle menos la historia antigua, pero le seguía la corriente al americano y escuchaba su parloteo.

Tomaron la carretera al norte, hacia Afganistán, cruzando el río Indo. La India estaba unida al resto de Asia por medio de una densa red de comercio y de rutas de peregrinación. Esos caminos de tierra eran las venas del mundo. Los viajeros y comerciantes llevaban milenios recorriéndolos fatigosamente, cargados de oro y plata, seda y especias, jade y lapislázuli, inventos y religiones. Los ejércitos los habían barrido de un lado a otro, y habían dejado reyes e imperios nuevos a su paso. Ahora, en las orillas del Indo, Harlan se detuvo a mirar las montañas distantes, respiró hondo y sonrió. «Posar la mirada por primera vez sobre la corriente más lejana que había llevado en su superficie al vencedor del mundo dos mil años atrás. Mirar el paisaje que él había visto. Pisar el suelo en el que había sangrado Alejandro.»[36] Masson no estaba de humor para esas cosas; se sentía solo y exhausto, y mientras cruzaban el río, sus ojos no se fijaron en el horizonte, sino en un cocodrilo enorme, de casi cinco metros de largo, inmóvil en la otra orilla. Su bote parecía ir directo hacia él. Entonces cambió el viento, y le llegó el olor: el cocodrilo llevaba tiempo muerto y se estaba pudriendo al sol. Esa noche, acampados en la lejana orilla del Indo, Masson se quedó despierto hasta tarde, «pensando en las personas y los paisajes que estaba a punto de dejar atrás. Y si, en algún momento, un sentimiento de duda me empañó la mente, otro de orgullo por haber llegado tan lejos lo disipó y me animó a seguir avanzando».[37] Además, aunque eso no lo decía, Masson tampoco tenía otra opción.

A lo largo de los días siguientes, mientras iban navegando el Indo hacia el norte, en dirección a Dera Ismail Khan, Harlan no dejó de darle la tabarra con Alejandro Magno: el chico de las montañas que con solo diecisiete años reinaba ya sobre la mayor parte del mundo conocido. El general que guio a sus ejércitos más allá de adonde osaban ir los dioses. El soñador cuyos sueños se hicieron realidad. A Harlan le traían sin cuidado los aspectos más sutiles de su visión política, y también las intrigas entre los griegos y los persas o los oráculos de dioses lejanos. A él le interesaban las ciudades de Alejandro: ladrillo y argamasa, oro y espadas.

En la cima de su poder, Alejandro construyó una ristra de ciudades de punta a punta del mundo, de Egipto a Asia Menor,

cruzando el interior del Imperio persa hasta las llanuras de Asia Central y las montañas de Afganistán. A todas las bautizó en su honor: Alejandría. Además de la Alejandría de Egipto, que todo el mundo conoce, había otras muchas desperdigadas por el imperio de Alejandro, más de una docena. En ellas, los persas se encontraban con los afganos, los dioses griegos se transformaban en hindús y las sedas chinas viajaban hasta Roma. Las ciudades de Alejandro fueron su mayor legado.

Puede que Harlan, que soñaba con su propio imperio, le fuese dando vueltas a la ubicación de su primera Harlanville (¿o Harlandría?, ¿o Harlánpolis?). «La sagacidad que mostró Alejandro al escoger los emplazamientos para este propósito [lo convirtió en] un arquitecto de imperios sin parangón», decía Harlan.[38] Pero, como le contó a Masson, poco quedaba ya de aquellas ciudades: la mayor parte de Alejandrías habían quedado reducidas a polvo. «Dos mil años de devastación no habían dejado en pie, creo yo, un solo testimonio arquitectónico de las conquistas macedonias en la India.»[39]

Masson no estaba tan seguro de ello y, aun a su pesar, empezaron a intrigarle las historias del americano.

En plena travesía, Harlan y Masson celebraron una atípica Navidad juntos. Masson se atracó de fruta de los huertos de Afganistán, «uvas, peras y manzanas frescas»,[40] hasta quedar ahíto y feliz. Aquello quedaba muy lejos de la antigua iglesia de Saint Mary Aldermanbury de Londres, donde lo habían bautizado y celebraba las navidades de niño. Y muy lejos también del centro cuáquero de Harlan en Pensilvania. A estas alturas, el americano andaba ya histérico. Cada día que pasaba tenía menos claro si era el depredador o la presa. Por más que se esforzaba, no conseguía quitarse de la cabeza un proverbio afgano que había oído una vez: otros países, decía, «labran y rastrillan la tierra para subsistir. Nosotros preferimos escarbar en los órganos de nuestros hermanos».[41]

Y también comenzaba a albergar dudas en torno a su patrón. El día que conoció a Shah Shujah en Ludhiana se había sentido intimidado. Era la primera vez que trataba con un rey, y Shujah, sobrio y sereno, rodeado por lo que quedaba de su corte, componía una estampa extraordinaria. «Me pareció un monarca legítimo en el exilio —recordaría Harlan—, víctima de ardides traicioneros, y popular a ojos de sus súbditos.»[42]

Pero ahora, rememorando su estancia con Shujah, no podía dejar de notar algo tremendamente extraño en ella. Las calles aletargadas y polvorientas de Ludhiana eran el último lugar donde uno esperaría encontrarse con la realeza, y para Shujah mantener las apariencias era un trabajo a jornada completa. «Nadie tenía permitido sentarse en su presencia. Al gobernador general de la India le estaba vedada la

familiaridad entre iguales que tal privilegio conllevaba. Jamás, por urgentes que fuesen las circunstancias, se apartaba Su Majestad de la etiqueta de la corte de Kabul», explicaba Harlan.[43] «La flagelación era un castigo corriente por delitos triviales, y llegaban a nuestros conmocionados oídos bárbaras amenazas de mutilaciones, que un pregonero promulgaba públicamente en pago por la desobediencia.»[44]

Cuando Shujah salía a pasear, la cosa se ponía aún más extraña. A la cabeza de la procesión por las calles desiertas de Ludhiana, un destacamento de cortesanos «anunciaba la llegada del rey, y les gritaba a los vientos desfallecidos y a las avenidas deshabitadas "Apartad", como si estuviese rodeado de obedientes súbditos. "Apartad", con el tono grave y sonoro de una orden pomposa, precedía la marcha solemne y sublime de Shujah, pese a que no había nadie para acatarla».[45] El monarca se refería a su vida en Ludhiana como un contratiempo pasajero, un interludio breve y fastidioso, como unas vacaciones junto a unos parientes antipáticos, que debía soportar antes de regresar a su trono de Kabul. Cuando Harlan lo conoció, llevaba ya dieciocho años en el exilio.

De momento, el americano se centraba en mantener unidas a sus fuerzas y a Dash bien alimentado: «Quien quiere a Beltrán, quiere a su can» era su lema.[46] Una noche en que sus hombres y él llegaron a cierto pueblo, estuvo a punto de arrasar furioso el lugar porque los aldeanos se negaron a venderle leche para Dash. Al final, Harlan mandó a su sirviente «a comprar una oveja, cosa que hizo a un precio exorbitante. Una porción de su carne se asó sin dilación» para Dash. Cuando el perro estuvo saciado, Harlan repartió entre sus seguidores el resto de la carne. «Nos deleitamos esta noche —murmuró uno de ellos, incrédulo—, ¡por la buena fortuna de un perro!».[47] Muchos pueblos estaban en la miseria. «No tenemos nada —le decían algunos a Harlan—: ni grano, ni forraje, ni harina», pero lo de aceptar un no por respuesta no iba con él. Amedrentaba, bramaba y amenazaba con desatar la violencia hasta que, en sus palabras, «era posible persuadir a la gente de cumplir con nuestras necesarias demandas».[48] A Masson, cuyo antiguo uniforme se iba desintegrando rápidamente, la compañía de Harlan le resultaba cada vez más y más incómoda. Desvalijar a granjeros no era su idea de diversión.

El complejo mesiánico de Harlan progresaba a toda vela. A menudo, ponía en práctica sus rudimentos de medicina y trataba infecciones entre los aldeanos. Según parece, al terminar un procedimiento, una mujer «exclamó: "Dejad que contemple primero el rostro de mi salvador, gracias al cual he vuelto a nacer". Y se postró ante mí con gestos de devota adoración».[49] Harlan disfrutó cada segundo. Cuando sus fuerzas llegaron a Dera Ismail Khan, sus dudas remitían ya, y estaba sumamente satisfecho consigo mismo.

Masson creía conocer la India, pero Dera Ismail Khan lo dejó anonadado. Era la villa más endiablada de Asia, un nido de espías y de holgazanes. Aquí, prácticamente cualquier cosa y cualquier persona estaba a la venta. Había mercaderes de caballos llegados de Bujará y comerciantes hindús de Bombay, santones y pecadores (sobre todo lo segundo), peregrinos afganos, descendientes del Profeta, ascetas errabundos con mayor o menor grado de autenticidad, trenes de camellos con las alforjas hasta arriba y alquimistas aferrados a sus libros de secretos. Harlan montó el campamento a las afueras de la ciudad y desplegó la bandera estadounidense.[50] En cuestión de días, corría el rumor de que llevaba a Shah Shujah escondido en una caja.[51] Era esa clase de lugar.

Al nabab, o gobernador, de Dera Ismail Khan no le gustaba ni un pelo Harlan. El americano le parecía poco de fiar, y tenía, en su opinión, unos antecedentes de lo más sospechosos. (Si no traía escondido a Shujah Shah, desde luego contaba con «un formidable proyectil destructor que podía lanzarse manualmente contra un fuerte, donde la explosión mataría a la guarnición y derribaría los muros en un instante».)[52] El nabab hacía bien en preocuparse. Harlan andaba intrigando a toda carrera. Tenía puesto el ojo en la fortaleza cercana de Tajt-e Soleimán, el Trono de Salomón: un pico inconcebiblemente escarpado, frío, gris y azotado por el viento, que dominaba los valles a sus pies. Esperaba que unas cuantas promesas bien escogidas y algunos puñados de dinero indujeran a la guarnición a amotinarse y a entregarle la plaza. Buscando la manera de volverlos en contra de su actual comandante, Sirwa Khan, a Harlan se le ocurrió una idea brillante: emprender su propia guerra santa. «Recordad que Sirwa es un perro hereje cuya sangre purificará vuestras almas ortodoxas —dijeron sus hombres a la guarnición—, y que en adelante os alabarán como ghazis [guerreros santos]. Atacad y triunfaréis.»[53] Así, el primer americano que pisó jamás los actuales Pakistán y Afganistán trajo consigo la primera yihad auspiciada por Estados Unidos. «Divide et impera», clamaba Harlan, satisfecho.[54] Divide y vencerás.

Harlan contempló, de un ánimo imperial, cómo se ponía el sol tras su enorme bandera: «En mitad de aquel paisaje agreste —escribió —, la bandera de Estados Unidos parecía un maravilloso delirio de la imaginación, pero era el testimonio de un arrojo que ni la distancia, ni el espacio ni el tiempo habían amilanado, pues nadie hace sombra a los hijos impávidos de Columbia en su afán de aventuras allí donde haya pisado el hombre».[55]

La mañana siguiente, Harlan descubrió al despertar que la mayor parte de sus hombres habían desertado.

—¿Cómo? ¿Todos? —farfulló.

—Con la excepción de cuatro hombres —respondió uno de los

pocos sirvientes que seguían con él.[56]

Masson también había desaparecido.

—Retiraos —masculló—, y dejadme solo.

Gul Khan y el resto se dispersaron lentamente entre murmullos de disculpa («¿Cómo encontrar las palabras con las que expresar mi disgusto e indignación? No podría volver a llevar la cabeza en alto. Era tal cual un hombre muerto...»).[57]

Los sirvientes regresaron para informar a Harlan de que el motín de Tajt-e Soleimán quedaba abortado también. La guarnición quería cobrar por adelantado. Ahora, Harlan estalló: «Traidores y cobardes, ¿y yo me ofrecí a alistarlos como compañeros de armas? ¿Veis esas montañas, ahí delante? ¿Pueden acaso semejantes desgraciados, que no fueron capaces ni de invadir una fortaleza vacía, escalar esa altura y hacerse con un fuerte tomado por fieros ladrones? Se han portado como mujeres en los asuntos de la guerra; no necesito lacayos así. Sé lo poco que valen. Esos infames recibirán el premio de la deshonra. Los repudio y aborrezco, ¡perros despreciables!».[58]

Harlan, furioso, se sentó bajo su bandera y recalibró expectativas. Erigir un imperio iba a ser más difícil de lo que había imaginado.

Y mientras él pataleaba, Masson estaba ya en la otra punta de la ciudad, tomando té con el nabab de Dera Ismail Khan. Sentado en los jardines floridos de la antigua ciudadela, admirando la fantástica corte del nabab —luchadores y músicos, monos, osos y ponis robustos—[59], apenas recordaba ese tal James Lewis que había sido una vez.

Esta es, pues, la historia de cómo James Lewis se convirtió en Charles Masson. Una historia bastante buena. Solo hay un problema: que, como tantas otras historias sobre Charles Masson, puede que no sea del todo cierta.

2 Los ilusionistas

Llevamos cerca de doscientos años intentando averiguar la verdad sobre Charles Masson.[60] ¿Era James Lewis su verdadero nombre, o solo otro de sus alias?[61] Y, ya puestos, ¿era siquiera británico? «El señor Masson me ha hecho saber que es natural del Estado de Kentucky, en América», informaba un oficial británico[62] (Masson no puso en su vida un pie en Estados Unidos). Cierto académico francés fue un paso más allá y reclamó para su país a Monsieur Masson[63] (Masson no puso en su vida un pie en Francia). Algunos creían todo cuanto decía. Otros decidieron que era un Munchausen de carne y hueso.[64]

«En el otoño de 1826 —arranca la autobiografía de Masson—, después de atravesar los estados rajput del Shekhawati y el reino de Bikaner, crucé las fronteras desérticas del khan de Bahawalpur.»[65] Esta, la primerísima frase del libro, es mentira. En el otoño de 1826, Masson estaba a cientos de kilómetros, con el uniforme de la Artillería de Bengala empapado en sudor.[66] No atravesaría el desierto hasta un año después.

Entre sus papeles, hay una nota con los bordes rasgados.[67] En ella, trazó una cronología falsa de su autobiografía, en la que los viajes comienzan en el 1826. Luego, como con alivio, escribió las fechas auténticas encima: el año 1826 pasó a ser el 1827. Ambas cronologías señalan el momento de la deserción con el mismo garabato indiferente: ~.

Todos los autores que hemos decidido enfrentarnos a la figura de Masson hemos salido con unos cuantos moratones vergonzosos.[68] Que se nos cuele un error importante en la primera página suele ser el precio a pagar por contar su historia. Y el episodio de su vida que protegió con más celo fue el de cómo James Lewis se convirtió en Charles Masson. Nunca lo dejó escrito en ninguna parte, y solo se lo contó a una persona.

Para descubrirlo, tenemos que ir hasta Filadelfia y coger un trenecito gris (asientos grises, suelos grises, paredes grises, techos grises, hombres de pelo gris con traje gris mirando el cielo gris). Diecinueve estaciones después, tomaremos el camino que baja hasta la población de West Chester, Pensilvania, y a la Chester County Historical Society. Allí, en un pueblecito perfecto rodeado de moteles descoloridos y centros comerciales, está todo lo que queda de Josiah Harlan: cartas, esperanzas, intrigas, un documento espléndido en el que se lo proclama príncipe y el relato completo de la deserción de

James Lewis.

Rebobinemos al 4 de julio de 1827 y al campamento de la Artillería de Bengala en Agra. Ahora tenemos dos desertores huyendo, no uno: James Lewis y su buen amigo Richard Potter. Este acompañó a Lewis de principio a fin, desde aquella primera mañana en Agra y la travesía por el desierto de Thar, hasta el enfrentamiento con Harlan y el viaje a Dera Ismail Khan. (Potter también se cambió el nombre; dado que no era especialmente creativo, optó por John Brown.)[69] A diferencia de Lewis, él sí se quedó con Harlan, y permanecería años al lado del americano. Potter y Lewis arriesgaron juntos sus vidas en algunos de los lugares más peligrosos del planeta; sin embargo, Charles Masson no lo mencionó en adelante ni una sola vez, así como tampoco su deserción, ni su verdadero nombre. Seguir los pasos de Masson es como adentrarse en un laberinto que va cambiando de forma mientras lo exploramos.

Después de abandonar a Harlan y a Potter, Masson estaba sentado ahora, hecho un manojo de nervios, en los jardines del nabab de Dera Ismail Khan. El nabab evaluó a su invitado. ¿Sabía Masson de remedios milagrosos?, se interesó. Un viajero —qué desgracia— había muerto asesinado por allí cerca hacía poco, y las pertenencias del difunto habían ido a parar casualmente a manos del nabab. Entre ellas había algunos medicamentos británicos, medicamentos que afirmaban poseer propiedades milagrosas. ¿Le importaría echarles un vistazo? Masson vio al instante que eran mejunjes de curandero de la peor clase, píldoras de tiza y agua teñida de vivos colores, como los que se pregonaban en las calles de Londres con la promesa de una fantástica sanación. Habían conseguido llegar, a saber cómo, hasta el corazón de Asia. «Le expliqué los milagros que aseguraban realizar, según las etiquetas que llevaban pegadas —rememoraba Masson—, pero lo insté a ser lo bastante prudente como para no emplearlos.»[70]

En aquel lugar, comprendió Masson, la promesa de un milagro podía abrir muchas puertas. Ahora bien, si el milagro no se materializaba, si el remedio no curaba todos los males, más le valía al milagrero no asomarse por allí la mañana siguiente para dar explicaciones. Un paso en falso, y ya podía despedirse de todo.

Días después, trepó a duras penas las colinas pedregosas a las afueras de Dera Ismail Khan hasta llegar a la fortaleza de Tajt-e Soleimán. La cima en la que se alzaba era, según decían, el lugar en el que se había posado finalmente el Arca de Noé, una historia que parecía ridícula al pie de la ladera, pero que iba ganando credibilidad a cada abrupto y escabroso paso montaña arriba. Una vez dentro de sus murallas, guiaron a Masson por entre callejones malolientes, llenos de humo, camellos eructando y comerciantes escandalosos, hasta un portón antiguo que conducía a los jardines privados del gobernador.

El polvo y el caos se esfumaron de golpe, y en su lugar aparecieron «flores de mil tonalidades», lagos en los que se reflejaban «los naranjos y los granados, con sus frutos radiantes ondulando en los márgenes», y centenares de gansos de un blanco inmaculado flotando serenos en la superficie. Era lo más hermoso que Masson había visto jamás.[71]

Al hijo y visir del gobernador, Allahdad Khan, le cayó bien Masson. Y le gustaba beber. Cuando se emborrachaba, disfrutaba especialmente de su compañía. Masson se acostumbró a las llamadas intempestivas a su puerta. «Una noche, Allahdad Khan partió hacia su casa tan ebrio que hubo que sujetarlo al caballo.»[72] Al pasar por el pequeño departamento de Masson, el visir se detuvo en mitad de la calle y exigió que saliese a tomar una con él. El séquito entero empezó a aporrear la puerta, las ventanas y los muros, hasta que apareció Masson adormilado, poniéndose algo de ropa y una sonrisa encima. Antes de que pudiera terminar de abrocharse los botones, le encajaron una copa en la mano y la comitiva se encaminó a palacio. Bamboleándose sobre el caballo, hablando de amor y poesía, Allahdad Khan «me tomó de la mano, y yo iba a pie, con no poco miedo de que me pisotearan los cascos de su montura [...] Cuando llegamos a sus aposentos, despachó a la multitud, y solo quedaron dos o tres personas, y los músicos. Estaba eufórico, y se empeñó en que me quedase con él, en que fabricásemos, como dijo él, granadas, y cruzásemos el río para atacar a los sijs. Luego hizo algunos dibujos y cantó algunas canciones inspiradas en poemas de Hafez, aunque poco rato».[73] Después el vino le pasó factura y se desmayó, feliz y babeante.

Es una antigua historia, y por supuesto Hafez, el gran poeta sufí del deseo, la cuenta mejor que nadie:

> *Con los rizos al viento, perlado de sudor, riente y ebrio,*
> *Camisa desgarrada, entonando una oda y la copa en mano,*
> *los ojos pendencieros, la ironía en los labios,*
> *a media noche, junto a mi lecho se sentó.*
> *Acercó la cabeza a mi oído y en un tono triste*
> *Dijo: mi inquieto enamorado, ¿tienes sueño?*
> *El amante al que ofrecen de noche un vino tal,*
> *¡que adore el vino o en el amor sea pagano!*
> *¡Vete, devoto, no te metas con los que beben posos!,*
> *que otro don no les fue concedido el primer día.*
> *Bebimos cuanto derramó él en nuestra copa,*
> *ya fuera vino peleón o del tonel del paraíso.*[74]

Masson rodeó de puntillas al visir, que roncaba ya, y se marchó a casa a dormir.

Puede que fuese por el vino. Puede que el gobernador empezara a mirarlo con recelo. Puede que sencillamente quisiera retomar el viaje. Pero, por el motivo que fuera, un día Masson vio a «un faquir que, al saber que yo deseaba ir a Kabul, se ofreció a facilitarme la posibilidad de hacerlo. Me gustó el aspecto del hombre, y dado que mi acompañante me dijo que era de confianza, tomé la decisión inmediata de ir con él». Los faquires —santones que dependían de la generosidad de los desconocidos para sobrevivir— eran una estampa habitual en los caminos de la India. Masson partió con el faquir ese mismo día, «confiando en que todo fuese bien».[75]

Y es posible que todas aquellas canciones de Hafez, cantadas a la luz plomiza del alba con el vino en la cabeza, tuviesen algo que ver con su marcha repentina.

Ya has pensado suficiente.
Ahora zambúllete en el mar.
Que las olas cubran tu cabeza.
¿Tienes miedo de las profundidades?
¿No remojas más que un pelo?
Sabe Dios
Que nunca aprenderás nada.[76]

Formaban una extraña pareja, Masson y el faquir, en aquella carretera que salía de Tajt-e Soleimán. Después de años de marcha y contramarcha con la Compañía de las Indias Orientales, Masson estaba seguro de poder caminar más y más rápido que un faquir en los huesos. En cuestión de horas, descubrió cuán errado estaba. «Mi extraño amigo y guía me llevó campo a través, sin molestarse en seguir ningún camino, apelando al privilegio y la despreocupación de un faquir; y yo estaba ya exhausto mucho antes de que, bien entrada la noche, encontrásemos un grupo de tiendas, donde me alegró ver que mi compañero era bien conocido.» Para diversión del faquir y de sus amigos, Masson se desplomó en el suelo, agarrándose los pies doloridos. «Nos recibieron y acogieron de lo más bien, aunque todos se esforzaban por convencer al faquir de que había cometido un error cargando conmigo.»[77]

Masson no tardó mucho en comprender que ese no era su único problema. Mientras se iban abriendo camino por las montañas, el faquir podía contar con la generosidad de los piadosos para llenar el buche, pero no así los forasteros pelirrojos; en particular, los forasteros pelirrojos que no hablaban apenas una palabra de ninguno de los idiomas locales. Una mañana, Masson se despertó famélico. Sin embargo, era el ramadán, y todos los buenos musulmanes (es decir:

casi todo el mundo en doscientos kilómetros a la redonda) ayunaban hasta que se ponía el sol. Al estómago de Masson nadie le había preguntado qué le parecía eso de ayunar. De modo que se alejó un poco del campamento, hacia un huerto de árboles frutales, y «me esforcé por recoger algo de fruta lanzando palos y piedras, cuando una mujer, al verme, arrancó de un seto una rama contundente y, sin piedad alguna, la empleó contra mí mientras me acusaba de ser un infiel por infringir el ayuno. Cualquier réplica por mi parte no hacía más que acrecentar su furia, y yo, en mi perplejidad, no sabía qué hacer». Entretanto, le cayó una lluvia de garrotazos. Intentó explicarse con una mezcla de persa y pastún macarrónico: «¿Por qué se enfada? Yo soy un farangi», un extranjero. Lo de «farangi» hizo efecto: la mujer «bajó el arma y se disculpó con gran pesar por su error, y luego me ayudó a coger algo de fruta, labor en la que era mucho más experta que yo».[78] Masson volvió rengueando, dolorido, pero con el estómago lleno. Estaba aprendiendo respeto por las malas, aunque, al menos, pensó, aquello le había hecho olvidarse de sus pies.

Pronto empeoraron: los tenía en carne viva, cubiertos de ampollas y punzándole constantemente. Masson, incapaz ya de caminar, tuvo que despedirse de su nuevo amigo el faquir. A lo largo de los años siguientes, Masson desarrollaría una obsesión malsana y absorbente por sus pies. Sus diarios se recrean en las ampollas, describen con sumo detalle la sensación de la sangre rezumando de las sandalias, las grietas de los talones, las miradas horrorizadas que atraían sus extremidades inferiores y los variados métodos que usó la gente para intentar curárselas. Estaba a punto de convertirse en uno de los mayores viajeros del siglo XIX, pero el suyo era un cuerpo hecho para paseos tranquilos por la campiña inglesa y ligeras heladas, no para los pasos montañosos del Hindú Kush ni para las ventiscas del invierno afgano.

Masson no sabía muy bien adónde ir, ni qué haría una vez allí, pero incluso él tenía clara una cosa: recorrer en solitario las fronteras de Afganistán era un acto suicida. Sin el faquir, era poco probable que sobreviviera. Tal era la crueldad de los saqueadores, que la gente subía a dormir en lo alto de los tejados junto con sus objetos de valor y recogía la escalerilla tras de sí.[79] Le quedaban algunas monedas de plata de poco valor, que llevaba escondidas en la cinturilla de los pantalones, pero ni mucho menos dinero suficiente para cruzar el país a salvo. Tendría que confiar en la generosidad de los desconocidos para salir vivo de aquella.

El primer intento de encontrar «compañeros de viaje» no salió bien.[80] Casi lo matan. Resulta que se encontró con dos hombres por el camino. Uno «me pidió que extendiese el brazo, y yo, pensando que lo hacía con vistas a tranquilizar a su compañero [cerciorándose de que

Masson no era un espíritu maligno], obedecí». Este grado de ingenuidad fue prácticamente suicida, y lo que sucedió a continuación, por completo predecible. «Me agarró de la muñeca y me la retorció, sin que yo pudiese oponer resistencia, hasta dejarme tumbado en el suelo. Llamó a su amigo para que se acercase y examinara el hatillo que llevaba a la espalda [...] hasta que les advertí, bramando, que era un servidor del nabab.»[81] Si lo que quería era acortar su esperanza de vida, a Masson no le quedaba mucho más por hacer a parte de ir por ahí con un cartel que dijese «Róbame» en media docena de idiomas, o de lanzarse a las montañas con una banda de ladrones.

Al cabo de unos días, se lanzó a las montañas con una banda de ladrones.

Tras unas horas con ellos, comenzó a notar que había algo raro. Sus nuevos amigos se comportaban de un modo bastante extraño. «Muchos tenían un carácter alegre, y hacían con gestos como si le cortasen el cuello a alguien, o como si disparasen flechas, y yo no podía más que reírme, igual que hacían ellos.»[82] Al poco, sin embargo, la risa de Masson era ya forzada, y se aferró a sus pocas posesiones. El grupo paró a pasar la noche en un pueblo. Los aldeanos se mostraron excesivamente amables con los compañeros de Masson, y a él no dejaban de lanzarle miraditas. Tuvo un sueño agitado, y al día siguiente se separó del resto. Ahí fue cuando los aldeanos le dieron la noticia: «Me dijeron que eran ladrones [...], de modo que su amabilidad era consecuencia del miedo [...]. No entendían cómo se le había ocurrido a un hombre en sus cabales como yo meterse con ellos en las montañas».[83]

Masson, a la vista está, no era un hombre en sus cabales. ¿Cómo era posible, tal vez os preguntéis, que este pobre inocente no estuviese muerto ya?

Después de unas semanas por su cuenta, Masson estaba hecho un despojo físico y mental. Lucía un aspecto terrible y olía aún peor. Una noche, llegó sin fuerzas hasta un pueblo y le ofrecieron alojamiento en la mezquita; pero antes de que pasara la noche allí, los lugareños insistieron en que debía lavarse. «Hicieron venir al barbero del pueblo y me cortó las uñas de manos y pies, que requerían a su parecer una operación; y mientras, mis amigos del pueblo prosiguieron con sus diversas atenciones, enjabonándome el pelo contra mi voluntad [...], hasta que indiqué mi deseo de descansar.»[84]

Poco a poco, Masson empezó a reparar en algo. Toda persona a la que conocía, intentaba ver dónde estaba la trampa, pero Masson no escondía nada. Un par de veces había intentado hacerse pasar por afgano, con resultados desastrosos. Sus modales en la mesa eran un espanto, sus oraciones rayaban la blasfemia y nunca llegó a cogerle el

tranquillo a lo de fumar en cachimba: «Estuve a punto de ahogarme, y escupí todo el contenido de mi boca encima del aparato».[85] Así que siempre volvía a ser un inocente farangi viajero. Pero nadie se lo creía ni por un segundo.

Un funcionario sij que andaba recaudando impuestos lo tomó por un agente de la Compañía de las Indias Orientales, y si viajaba con mercaderes, la gente con la que se encontraban daba por hecho que «los bienes del grupo me pertenecían a mí: que mis compañeros eran, de hecho, mis sirvientes, y que mi pobreza era impostada, para recorrer mejor el país».[86] Era una tierra de ilusionistas. Todo el mundo interpretaba su personaje particular, y todo el mundo quería averiguar cuál era el de Masson. Si pretendía sobrevivir, necesitaba buscarse uno, y tenía que ser bueno. Pero ¿cómo? Por el momento, apartó esa idea de su mente y siguió adelante.

* * *

Muchos kilómetros después, despojado ya de su dinero, sus pertenencias y casi toda su ropa, Masson estaba a un paso de la muerte. Un viento gélido soplaba de las montañas, y no había conseguido encontrar ni comida ni un refugio donde pasar la noche. Aterrado y medio desnudo, temblando de frío y absolutamente solo, se preguntó si llegaría con vida al amanecer.

Sus problemas habían comenzado el día anterior, en los campos parduzcos y polvorientos de las afueras de Kandahar, donde se había invitado a sí mismo a cenar con un grupo de hombres. Al terminar, mientras Masson se acomodaba satisfecho para dormir, uno de los hombres se acercó y le cruzó la cara. Esperando que se tratase de una broma, Masson respondió con su mejor, e incómoda, sonrisa. Pero el hombre le pidió entonces que le diese su abrigo. La sonrisa de Masson se volvió un poco más incómoda. No cabía duda de que era pura jocosidad. Antes de que se diese cuenta, estaba tirado en el suelo, con los hombres rodeándolo, arrancándole la ropa, soltándole insultos y bofetones. Le dejaron solo los zapatos y un pijama fino —ni por asomo suficiente para pasar una noche helada en las montañas— y le ordenaron dormir en el suelo, «con la advertencia de que no intentase escapar, pues podía estar seguro de que los perros me cogerían. Me tumbé en mi triste lecho y rumié sobre mi situación deplorable, consolándome, sin embargo, con que mi amigo no tuviese al parecer intención de despojarme del pijama».[87]

A la mañana siguiente, a Masson lo despertó una patada de «mi anfitrión, que me llamó kafir, o infiel, por no levantarme a decir mis oraciones, que él se puso a repetir al cabo de poco vestido con esa misma ropa que me había robado la noche antes».[88] Masson tenía el cuerpo agarrotado por el frío, la cara dolorida y magullada. Los

hombres fueron entrando en fila en la tienda. Algunos llevaban palos; otros, látigos; otros, piedras grandes y afiladas. Masson intentó controlar sus temblores. Los hombres sonrieron, se saludaron unos a otros y luego se abalanzaron sobre él. Todo quedó convertido en una bruma de dolor. «No tenía duda de que la intención era acabar conmigo [...] Al cabo, cuando el sol estaba considerablemente alto, me despacharon en el estado de desnudez al que me habían reducido.»[89] Cojo, ensangrentado, con la cabeza dándole vueltas y el estómago en un puño, Masson se alejó a trompicones.

Había recorrido puede que treinta pasos cuando «un hombre me mandó que volviera, y que comiera pan antes de irme. Me vi obligado a desandar mis pasos a regañadientes, pues una negativa tal vez conllevase mi ruina, y de nuevo me reuní con los rufianes. En lugar de darme pan, retomaron sus deliberaciones en torno a mí, y yo deduje de la conversación que se planteaban apresarme y reducirme a la esclavitud».[90] Los hombres hicieron llamar a un anciano, un estudioso del islam, para formularle una pregunta muy concreta: «si no era legítimo, de acuerdo con el Corán, retenerme como esclavo, alegando como peculiar motivo que la noche antes me habían brindado sus ritos hospitalarios». Masson contuvo la respiración. Sabía que aquellos hombres podían hacer con él lo que se les antojase. El único que podía salvarlo era aquel estudioso, y eso fue exactamente lo que hizo: les dijo que «no era ni legítimo ni conforme al Corán» que esclavizasen a Masson.[91] Con un persa vacilante, Masson le contó un poco «cómo me habían tratado. Él mostró su máximo pesar, reprendió severamente a los delincuentes y los instó a devolverme mis efectos. A esto se mostraron reticentes», pero el viejo «agarró por el brazo al ladrón y le mandó que me devolviese mis pertenencias. Se obedecieron sus órdenes».[92]

Por desgracia para Masson, mientras esto tenía lugar, sus pantalones, en los que llevaba escondido el dinero, se fueron desintegrando, y dejaron al descubierto la plata oculta. Uno de los ladrones «me arrancó la cinturilla del pijama y, con un brillo de deleite en los ojos, desenrolló el poco dinero que me quedaba».[93] Masson no perdió tiempo en discusiones, se conformaba escapando de allí con sus moratones, casi toda su ropa, la mayor parte de sangre, una pizca de dinero y su vida.

El día, ciertamente, solo podía ir a mejor. Pero no. Esa noche, Masson se encontró con unos camelleros en el camino, y antes siquiera de que pudiese desearles paz y prosperidad ya se le habían echado encima. «¡Ay de mí! Me esperaba un nuevo asalto. Me quitaron ahora las ropas y el dinero, y quedé por completo desposeído. A cambio del pijama me dieron un par de pantalones harapientos que no llegaban a taparme las rodillas; solo los zapatos se salvaron, ya fuese porque eran

demasiado grandes o demasiado pequeños para sus pies.» Esta vez, llevado por una mezcla de vergüenza y desesperación, sí que trató de plantar cara. Los hombres se limitaron a sonreír y le arrebataron cuanto se les antojó. Masson suplicó; les rogó, como hombres y como musulmanes, que se apiadasen de él, pero «solo sirvió para provocar sus carcajadas».[94]

(Tiempo después, Masson perdería también los zapatos. Para entonces, todo el mundo le parecía un ladrón. Escapando de un hombre de pinta sospechosa, cayó directo a las manos de otros. No se puede decir que su suerte no fuera consistente: eran también ladrones. Señalaba sin aliento hacia aquel personaje sospechoso en el horizonte, cuando tomó conciencia de su error: «Nuevamente inspeccionaron mis andrajos, y de haber poseído algo que valiese la pena robar, me lo habrían arrebatado. Así las cosas, el más anciano me preguntó: "¿Qué tienes que podamos robar?" y acto seguido me mandó que le cambiase los zapatos» por sus sandalias, mugrientas y sudadas, que Masson se calzó con una mueca de asco.)[95]

Esa noche hizo mucho frío. Masson, temblando y medio desnudo, sabía que debía encontrar refugio. Se acercó disimuladamente a una cáfila, una caravana de mercaderes. Pero a estas alturas tenía un aspecto tan sumamente lamentable que despertó las sospechas de los hombres. Cuando Masson le pidió comida al cabecilla del grupo, este «me respondió sin ambages que no me daría nada, y que no podía unirme a la cáfila».[96] Encorvado, al raso, vestido con nada más que esos pantalones astrosos, Masson suplicó ayuda en cada tienda y cada fogata, pero lo expulsaban una y otra vez de vuelta al frío. No dejaba de tiritar, de gritar, entregándose ya a la desesperación.

Esa noche no fue un mercader, ni un estudioso, ni un príncipe, sino un humilde camellero quien le salvó la vida. «Encendió el fuego y me sentó a su lado y me rogó que bajo ningún concepto me rindiera al desánimo, que Dios era misericordioso y proveería».[97] Masson se pasó la noche entera sentado junto al fuego del camellero, «con las rodillas recogidas contra el pecho»; tenía demasiado frío y demasiado miedo para pegar ojo. Poco antes del amanecer, un soldado se apiadó de aquella figura encorvada y harapienta arrimada a las ascuas. Se acercó «y me echó sobre los hombros un sobretodo hecho de piel de oveja de cola larga [...] Yo traté de levantarme para darle las gracias, pero descubrí que, con el calor del fuego delante, y la intensidad del frío detrás, se me habían quedado los miembros contraídos, entumecidos en esa postura encogida en la que llevaba tanto rato sentado».[98] Tembloroso y sonriente, Masson tartamudeó un agradecimiento lo mejor que pudo.

El día que desertó, no parecía probable que James Lewis fuese a cambiar la historia. Si en aquel entonces lo tenía todo en contra,

ahora, desde luego, todavía más. En noches como esa, solo en el mundo, a cientos de kilómetros de cualquier amigo, ¿cómo aguantó? ¿Qué le hizo persistir?

A Masson lo atenazaba una obsesión creciente: no por sobrevivir, o por escapar de la Compañía de las Indias Orientales siquiera, sino por Alejandro Magno. Era difícil cruzarse con alguien que no tuviese una historia: el rumor de unas ruinas antiguas más allá del horizonte, la maltrecha moneda de plata que llevaba un niño colgada al cuello, un hombre que afirmaba descender de Alejandro Magno. «Había llegado a una región del país que, sin duda alguna, había sido escenario de algunas de las hazañas de Alejandro», contaba Masson.[99] Allí donde unos veían a un héroe conquistador que había llevado la «civilización» a los confines del mundo, Masson veía un hombre solitario, tan lejos del hogar como lo estaba él, al calor de un fuego en una colina afgana. Mientras avanzaba fatigosamente por los caminos, maldiciendo sus pies cubiertos de ampollas, preguntándose de dónde vendría su próxima comida, su mente saltaba montañas y cruzaba planicies, imaginaba ejércitos de elefantes, arqueros persas, la infantería macedonia y al mismísimo Alejandro a caballo.

Pero no era al conquistador a quien perseguía en realidad. Lo que él perseguía era un sueño. ¿Encontraría algún vestigio de su expedición? Los estudiosos llevaban siglos interrogándose al respecto desde la seguridad de sus sillones europeos. Masson estaba justo ahí. Pero ¿cómo podría seguir el rastro de un viaje hecho 2100 años atrás y que, para empezar, nadie había documentado con exactitud? ¿Por dónde podía empezar, sin libros, sin mapas, sin dinero ni apoyos, y con una sentencia de muerte pendiendo sobre su cabeza? Por el momento, no era más que un espejismo, pero lo abrigaba por las noches, cuando sentía que tenía el mundo entero en contra. Tal vez, y solo tal vez, podría ser él quien contase el relato de Alejandro Magno.

Día tras día, iba descubriendo el poder de las historias. Se encontró en el camino un joven que le pidió tímidamente un conjuro de amor con el que «hacerse con el afecto de una bella dama de la que estaba enamorado; o, en sus palabras, para obligarla a seguirlo como una perrita faldera». Masson, incómodo, declinó. Pero el joven no aceptaba un no por respuesta, de modo que «me vi forzado a escribir algo en un papel para darle gusto, y él quedó tan satisfecho que me acompañó cuatro o cinco kilómetros».[100] Nadie, en semanas, lo había tratado con semejante respeto (aunque los sentimientos del joven quizás cambiasen al ver que el hechizo no funcionaba).

Ahora que chapurreaba mejor el pastún, cada vez más y más gente lo confundía con un peregrino del Hach, el camino a La Meca. Era frecuente encontrárselos en los caminos de la India y Afganistán y, pensaba Masson, «su aura de santidad les reporta las mejores

atenciones, que ellos devuelven repartiendo bendiciones o, si saben escribir, pedazos de papel que contienen [...] mensajes protectores, ensalmos y antídotos contra todas las catástrofes y enfermedades».[101] Sin embargo, había algo que no todos sabían: que muchos de esos hombres tenían de peregrinos lo mismo que Masson. Habían llegado a la conclusión, sencillamente, de que la vía más segura de asegurarse una tripa llena y una cama donde pasar la noche era la piedad de los demás. Masson los había envidiado muchas veces, pero nunca había osado hacerse pasar por uno. Tal vez, pensó ahora, se había pasado de precavido.

Un día, Masson respondió «a todo el que me encontraba que yo era un hach».[102] Sus comidas mejoraron al instante: pasaron de pan correoso y fruta robada a carne y guisos calientes, regados con tazas de dulce té. Luego probó a ascenderse a sayyid, o descendiente del Profeta. Funcionó aún mejor: los aldeanos competían por acogerlo en su casa. Se le engordó la tripa. Reemplazaron sus harapos con fino y flamante algodón. Al final, un día que estaba de un ánimo especialmente osado, Masson entró pavoneándose en un pueblo y se presentó como un príncipe afgano. Para su asombro, incluso esto funcionó.

Al cabo de unas semanas, empezó a contemplar el mundo con otros ojos. Veía de pronto trampas —y tramposos— por todas partes. Muchos viajeros representaban personajes mucho más elaborados que el suyo. Una noche, Masson se alojó en una mezquita en la que había otros dos forasteros. Le pareció curioso que los tres —todos ellos santones, o eso afirmaban— encontrasen alguna excusa para saltarse las oraciones nocturnas. «A mí no me lo pidieron, pues había dicho que era faquir, y a los faquires se les permiten las descortesías.» Eso dejaba solo a los otros dos: un sayyid y un príncipe. El número del príncipe fue de lejos el más flagrante: sabía poco del mundo, y aún menos del islam. «Hizo un relato de sus viajes por un país más allá del Tíbet, donde a los mendigos se les daba de comer en platos de oro. Sus menciones frecuentes a Delhi me informaron de su procedencia». «Hay que reconocer —escribía Masson con ironía— que esa noche tres impostores abusaron de la caridad.»[103]

Quizás, pensó, podría encontrar su sitio en este mundo de embusteros, a fin de cuentas.

Masson había aprendido algo importante: cuando entras en un lugar lleno de desconocidos, hay un instante valiosísimo en el que puedes convertirte en la persona que desees: un príncipe o un mendigo, un peregrino o un estudioso, un hombre fuerte o uno débil. Y si cuentas bien tu historia, te creerán. Cuanto más tiempo pasaba Masson en Afganistán, más se convencía de poder meterse en la piel de cualquier otro y ver el mundo con sus ojos. Podía hablar con los

peregrinos de las adversidades del camino y susurrarles secretos a los alquimistas. Aprendió la canción del mendigo, el saludo del príncipe, la maña del médico. Se reinventaba todos los días, a base de historias.

Un día, caminando, lo «alcanzaron tres soldados baluchis montados a camello. Uno de ellos me dijo en persa: «¡Ah! ¡Ah! ¡Tú eres uzbeko!». Le respondí que no lo era, pero él siguió sosteniendo que sí. [...] El mulá que oficiaba en la mezquita principal informó a una multitud, con enorme aire de satisfacción, de que yo era turco. [...] En ese mismo lugar, una mujer me visitó a diario, siempre con algún pequeño presente en forma de fruta o de confites, suplicando mi bendición. Yo no lograba conjeturar por qué me consideraba indicado para ello, hasta que un día oí como le decía a otra mujer que yo era el idiota de Mastung».[104]

En Afganistán, tierra de espejismos, las historias tenían un poder enorme. Y Masson comprendió que él era un cuentista nato.

3 El cuentista

Masson no estaba ni mucho menos a salvo. Ningún occidental había intentado cruzar Afganistán así antes: sin dinero, sin sirvientes ni protección oficial. Día tras días, mes tras mes, James Lewis, aquel soldado del montón, iba quedando más atrás, y Charles Masson, el ilusionista, tomaba el control. Se convirtió en médico durante un tiempo, indeciso, aplicando «agua fría, telarañas y presión»[105] y mirando atentamente un ejemplar ajado del *Edinburgh New Dispensatory*. Sorteó una temporada de lluvias en la gran capital de Ranjit Singh, Lahore, alojado en la mansión de uno de los mercenarios europeos del marajá, Jean-François Allard. Pasaba los días sentado en los jardines floridos de Allard, escuchando la lluvia tamborileando en los tejados y estremeciéndose con los alaridos de los prisioneros de Allard (la hospitalidad para con sus huéspedes menos favorecidos incluía aplastapulgares y trabajos forzados).[106] A lo lejos se veía el mausoleo de la gran cortesana mogola Anarkali, un esbozo de ensueño del Taj Mahal. Albergaba el harén de otro de los mercenarios del marajá, Jean-Baptiste Ventura. Si el mausoleo le recordó a Masson sus tiempos en Agra con la Artillería de Bengala, se guardó esos pensamientos para sí.

Se preguntaba todos los días cuánto tiempo lograría mantener en pie sus historias. Y la respuesta que le daba siempre el mundo era: tanto como quisiera. Así pues, en 1830, en un momento de particular nostalgia y temeridad, decidió poner a prueba su personaje con los británicos.

Semanas más tarde, el mayor David Wilson, el oficial al cargo de la residencia británica de Bushehr, en el golfo Pérsico, reparó en la llegada del señor Masson, un viajero de Estados Unidos, «de cuyo país llevaba diez años ausente».[107] Masson iba hilando sus historias día tras día: los campos de Kentucky, las fiestas en San Petersburgo y las joyas de Teherán. Puede que su acento vacilara, apenas de vez en cuando, mientras contaba relatos de países que jamás había visitado. Masson abusó durante meses de la hospitalidad de Wilson, que no sospechó ni por un momento que estaba descorchando sus mejores vinos en honor del soldado James Lewis, poco antes de la Artillería de Bengala, ahora un desertor en búsqueda y captura.

Desde Bushehr, Masson hizo una ruta relajada por las antiguas ciudades del Imperio persa, incluidas Tabriz y Bagdad, y fue recibido por funcionarios británicos a lo largo de todo el viaje. Por el camino, tropezó con otro cuentista.

En el pueblo de Soh, al norte de Isfahán, bajo los arcos dorados de un antiguo caravasar, le presentaron al hakim bashi, o médico jefe, del shah de Persia. El joven, de aspecto serio, recostado bajo un montón de colchas, levantó la vista, adormilado, hacia Masson y se presentó, por increíble que parezca, como el «signor Turkoni», de Milán. «Rato después, las autoridades aparecieron con un desayuno suministrado por el pueblo, que desplegaron ante el hakim bashi del Rey de Reyes.»[108] El signor Turkoni le confió a Masson que «en Teherán reclamaban sus conocimientos para elaborar remedios que curasen las dolencias de las bellezas del harén»,[109] pero que en esos momentos estaba huyendo de su esposa armenia, «a la que daba la impresión, pues no se tomaba la molestia de disimularlo, de que había abandonado sin ninguna ceremonia».[110] En Bagdad, Masson descubrió que «el Signor, un simple muchacho, hacía ya unos años que había llegado de Constantinopla, y que un médico que residía con el obispo católico le había dado unas cuantas ampollas vacías, y le había dicho que si tenía algo de talento o ingenio no tenía más que llenarlas con líquidos de colores diversos y ganaría una fortuna. Sin el más mínimo conocimiento de medicina, el joven hizo lo que le aconsejaron».[111]

Masson dedicaba cualquier momento libre a la lectura. Devoró las obras de los antiguos historiadores de Alejandro Magno: Plutarco y Arriano, Quinto Curcio Rufo y Diodoro. Llevaba una eternidad viajando y reflexionando solo, y por fin tenía a su disposición todas esas historias con las que había soñado. Leía como un poseso, copiando laboriosamente a mano una página tras otra. Pronto comprendió que lo que le había explicado Harlan de Alejandro apenas arañaba la superficie.

Circulan muchas historias sobre Alejandro Magno, pero ninguna de ellas es del todo cierta.

Los datos son escasos. Alejandro nació el 356 a. de C., hijo de Filipo II, rey de Macedonia, y fue pupilo del mismísimo Aristóteles. A los veinte años, tras el asesinato de su padre, Alejandro subió al trono. Dos años después, condujo a su ejército al este y penetró en el Imperio persa. En términos estratégicos, fue como si Bélgica decidiera invadir Rusia: ya no una temeridad, sino un simple suicidio. Persia era la superpotencia mundial, contaba con ejércitos gigantescos y unas arcas aparentemente sin fondo. Pero Alejandro se hizo con el control del imperio mediante una serie de campañas portentosas. Ganó todas y cada una de las batallas que libró, hasta en las peores circunstancias. Finalmente, derrocó a Darío III, Rey de Reyes, y se proclamó Señor de Asia.

Alejandro tenía ahora más poder y riquezas que ningún otro europeo en la historia. Pero seguía sin estar satisfecho. Marchó adelante con su ejército, hacia oriente, hacia Afganistán y la India,

combatiendo contra elefantes y reyes ignotos, dejando atrás los límites del mundo conocido, hasta que sus exhaustos soldados abandonaron las armas a orillas de un río indio y se negaron a ir más allá. Alejandro murió en Babilonia a los treinta y dos años. El imperio empezó a desintegrarse cuando su cuerpo estaba aún caliente.

Es una historia increíble, y en muchos aspectos desconcertante: ¿por qué siguió avanzando?, ¿qué buscaba con todo eso? Los historiadores llevan siglos haciendo intentos por comprender a Alejandro y, en su mayor parte, han fracasado. Quién fue Alejandro Magno y por qué hizo lo que hizo sigue siendo un misterio. No existe nadie, al margen de Jesucristo, de quien se hable tantísimo y del que se entienda tan poco. Sin embargo, cuanto más leía sobre él Masson, más se convencía de algo: quería dejarnos intrigados.

Alejandro partió de Grecia con un historiador oficial a cuestas, Calístenes: él sería el encargado de escribir el relato definitivo de la expedición. Pero antes de que pudiese hacerlo, Alejandro lo mandó ejecutar. Es posible que Calístenes fuese crucificado, pero algunos historiadores le dieron un final una pizca más agradable: tras «siete meses aherrojado en la cárcel [...] murió de obesidad y comido de piojos».[112] Alejandro dejó unos vacíos enormes en su propio relato, y retó a la posteridad a completarlos.

En los tres años posteriores a su muerte, nadie consiguió ponerse de acuerdo en relación con los hechos de su vida. Empezaron a circular historias mágicas y extrañas sobre él. En las de origen judío, Alejandro ofrece un sacrificio al Dios de Israel en el Templo de Jerusalén (no: Alejandro no pisó jamás Jerusalén). En las fábulas egipcias, un faraón exiliado se cuela en la alcoba de la madre de Alejandro y se descubre que es su verdadero padre (decididamente, no). Aparecen amazonas, un descenso al fondo del mar y hasta un viaje al Edén (no, de ninguna manera). Alejandro se convirtió en una leyenda.

Masson quería conocerlo. ¿Cómo era, antes de ser Alejandro Magno? Nadie lo llamó por ese nombre hasta mucho después de su muerte, e incluso entonces, es posible que el título se lo inventasen los romanos, no los griegos. ¿Por dónde empezar? Alejandro no dejó ningún diario; mató a su propio historiador. A pesar de todo, había un camino por el que entrar en su mente, comprendió Masson: a través de sus ciudades perdidas.

Las ciudades perdidas han fascinado siempre al mundo, desde que Platón habló por primera vez de la Atlántida:

> *En dicha isla, Atlántida, había surgido una confederación de reyes grande y maravillosa que gobernaba sobre ella y*

muchas otras islas, así como partes de la tierra firme. En este continente, dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa hasta Tirrenia. [...] Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar.[113]

En el siglo XIX, no era la desaparición de la Atlántida de Platón la que cautivaba los sueños de la gente, sino la de las ciudades de Alejandro. Fundó ciudades allí adonde fue: actualmente, no se sabe con seguridad cuántas llegaron a haber. El antiguo historiador Plutarco sitúa la cifra nada menos que en setenta, otros la dejan en poco más de una veintena. Y, para acabar de complicar las cosas: ¿qué cuenta como ciudad? Evidentemente, una metrópolis colosal como la Alejandría de Egipto debería entrar en la lista, pero ¿qué hacemos con un asentamiento que era más bien un campamento militar fortificado, un refugio para soldados demasiado viejos, o demasiado heridos? En 1831, había acuerdo en dos puntos: no se había encontrado prácticamente ninguna de estas Alejandrías, y dar con una supondría un logro revolucionario.

De vuelta en Bushehr, con Wilson, Masson dejó aparcadas las historias sobre San Petersburgo y Kentucky y cambió de tercio. Empleando hasta la última gota de sus nuevos conocimientos, le contó que, años antes, había topado con el emplazamiento de una de las ciudades perdidas de Alejandro. Alejandría Bucéfala era una de las más extrañas: se llamaba así en honor del caballo de Alejandro, Bucéfalo, y se fundó en mayo del 326 a. de C. junto a la orilla de un río, en el actual Pakistán.

«Llegué al Punyab en circunstancias desafortunadas —le dijo a Wilson—; había perdido todos mis libros y demás pertenencias tiempo antes, y aunque mi memoria conservaba las líneas generales de la memorable expedición de Alejandro, me falló en esos pequeños detalles que tan sumamente útiles habrían resultado en mi investigación.»[114]

En el curso de mis indagaciones entre los ancianos de una aldea cercana, descubrí que en su día habían existido dos ciudades, en sendas orillas del río. Me dirigí a la zona en la que, según señalaron, se ubicaba una de ellas y encontré allí abundantes vestigios de lo que había sido una gran ciudad, pero la devastación del tiempo había sido tan absoluta que no podía extraerse ninguna imagen clara de su forma o su arquitectura. Puse a cierta gente a trabajar en las ruinas, y sus esfuerzos se vieron recompensados con el descubrimiento de monedas

de oro, plata y cobre de Alejandro Magno, en total veintisiete, todas ellas con las mismas figuras e inscripciones, salvo una. En una cara llevaba el busto de Alejandro, y en el reverso un lancero desmontado con la inscripción «Bucéfala».[115]

«Recordé entonces —proseguía Masson— que, en una batalla a las orillas del Hyphasis, Bucéfalo recibió una herida que le acabaría provocando la muerte, y que Alejandro, para honrar a su apreciadísima montura, fundó dos ciudades con su nombre, o al menos eso cuenta Plutarco. No me fue difícil suponer, pues, que las ciudades que en su día se habían alzado allí eran las antiguas ciudades de Alejandría Bucéfala.»[116] Llegados a este punto, Wilson escuchaba al filo del asiento. Pero había más, le dijo Masson: un montículo enorme que era, casi con toda certeza, la tumba del querido caballo de Alejandro, aunque no encontró la forma de acceder, ya que «estaba cerrado por todos sus lados y no había ni indicios ni rastros de entrada alguna».[117]

Wilson estaba anonadado. ¿Conservaba Masson las monedas? ¿Las podía ver? Qué lástima: no. «El señor Masson carecía de medios en aquella época, no pudo continuar con las excavaciones. Y, por desgracia, en mitad de una grave enfermedad que padeció en Multán cuando volvía hacia Sind, le robaron todas las monedas que seguían en su poder.»[118] Masson, con pesar, le confesó a Wilson que ni sus notas, ni sus bosquejos ni sus mapas habían sobrevivido.

No debe sorprendernos, dado que Masson se había inventado la historia de principio a fin.[119]

Wilson pronto informó al enviado británico en Persia, John Campbell, del extraordinario descubrimiento de su invitado. Aquella historia embriagó a Campbell tanto como a Wilson: obligó a Masson a aceptar su dinero y le dijo que contara con todo su apoyo si descubría alguna otra de las ciudades de Alejandro. Masson estaba patidifuso; no esperaba que el cuento funcionase tan bien.

Masson no era consciente de ello, pero lo cierto era que poco antes había topado con una verdadera ciudad perdida. De hecho, había descubierto toda una civilización perdida. Semanas después de partir de Lahore, antes de emprender el camino a Bushehr, había terminado en un rincón del Punyab por el que hacía más de mil años que no pasaba ningún occidental. Tras un día extenuante y «una larga marcha», Masson continuó avanzando por entre maleza «de lo más impenetrable», sin mucha idea de dónde estaba. Y entonces la espesura comenzó a despejarse, el paisaje se abrió y se encontró frente a frente con las ruinas de Harappa. Un montículo enorme se alzaba a un lado, rodeado de ficus con los troncos resquebrajados y maltrechos por la edad. «Al oeste había una elevación pedregosa e irregular, coronada por restos de edificios.»[120]

Masson quedó embelesado. No dejó de buscar pistas hasta que oscureció: ¿qué era aquel lugar? En el suelo, descubrió «dos piedras circulares perforadas, que se afirmaba que un famoso faquir había usado como brazaletes». Pero, aparte de enjambres de mosquitos, no encontró mucho más. Masson tenía delante las ruinas de una ciudad mucho más antigua que cualquier Alejandría, un lugar que se acabaría convirtiendo en uno de los yacimientos arqueológicos más relevantes de toda Asia. Hace 4000 años, Harappa era una metrópolis vasta y próspera, plagada de oro y bronce, esculturas formidables y delicados sellos adornados con unicornios. Ningún europeo había posado los ojos en ella en miles de años. No obstante, ese día, Masson no dio con la manera de contar la historia del lugar: por más que lo intentó, las ruinas guardaron un terco silencio. No logró hacerlas hablar.

Una vez en Bushehr, Masson no tenía mucha prisa por ir a ninguna parte. Sabía que debía tomar una decisión. ¿A dónde dirigirse? El camino a Londres estaba, si no abierto, al menos relativamente despejado. Ahora estaba fuera del alcance de la Compañía de las Indias Orientales. Por medio de una serie de milagros, había seguido con vida y sin que lo descubrieran. Así pues, ¿por qué abandonó las comodidades de la Residencia británica, no en dirección a Londres, sino a Kabul, una vez más?

La respuesta es muy sencilla: Alejandro. Si Masson volvía a casa, a Londres, lo haría con las manos vacías. Pero todos aquellos meses solo en la India y Afganistán lo habían convencido de una cosa: era capaz de comprender a Alejandro —el hombre, no la leyenda— mejor de lo que lo había comprendido nadie. Podía narrar su historia como nadie la había contado nunca. Sin embargo, para que el mundo lo escuchase, tenía que encontrar algo concreto: no solo la historia de una de sus ciudades perdidas, sino una Alejandría en sí. Y eso significaba que debía regresar a Afganistán.

No era valiente por naturaleza, pero allí acurrucado en los divanes de Wilson, entre bocaditos de halva, daba la impresión de que merecía la pena correr el riesgo. ¿Por qué no intentarlo? Su disfraz parecía infalible, y seguro que a estas alturas la Compañía de las Indias Orientales ya se había olvidado de él. Era su oportunidad. Masson sabía que, para las personas como él, esa clase de oportunidades solo se presentaban una vez en la vida.

Llegado abril de 1831, Masson partió de nuevo a Kabul.

En su primer viaje por Afganistán, había estado a punto de perder la vida. Esta vez sería distinto, porque él, esta vez, también era distinto.

Los primeros en vérselas con el nuevo Charles Masson fueron tres desventurados soldados. Cuando el barco con el que había cruzado el golfo Pérsico se preparaba para echar anclas en Karachi, embarcaron

y, con esa presunción indolente de los mandos de poca monta, lo detuvieron a él y al resto de la tripulación. Pasaron los días. Los soldados no los soltaban si no era a cambio de un buen soborno, y ni Masson ni la tripulación tenían intención de llevarse la mano al bolsillo. Dos de ellos «eran tan poco inclinados a ser amables, que ordené a la tripulación que no les diesen nada de comer; tras sufrir hambre dos días, se vieron obligados a hacerle señas a un bote pesquero, con el que regresaron a la guarnición». Eso dejaba un único soldado. «Después de ver mi maletín de médico, no se conformaba hasta que no le diese alguna de mis medicinas. Juzgué que aquella era una oportunidad idónea para quitármelo de encima, y le administré una pequeña dosis de jalapa», un laxante potentísimo. El tercer soldado pronto fue presa de una diarrea espantosa e incontrolable. Pálido y retorciéndose, doblado de dolor por los retortijones, «estuvo también encantado de llamar con señas a un bote pesquero y reunirse con sus compañeros».[121] Poco después, Masson desembarcaba tranquilamente en Karachi.

Él no lo sabía, pero todavía lo buscaban. La Compañía de las Indias Orientales gozaba de una memoria prodigiosa. En la ciudad de Ludhiana, en el norte de la India, a pocas calles de la raquítica corte de Shah Shujah, iban llegando a los oídos de un hombre discreto y de aspecto siniestro los rumores de la otra punta del subcontinente. Y estos rumores, últimamente, trataban de un desertor que ahora respondía al nombre de Charles Masson.

Desde Karachi, el tan buscado hombre puso rumbo al norte, siguiendo la costa hasta la ciudad de Somiani, donde esperaba encontrar mercaderes que viajasen a Afganistán. Lo que Masson llama «mi metamorfosis» era ya evidente.[122] «Estaba sentado a solas en el apartamento que había alquilado en el bazar de Somiani —recordaría después—, cuando uno de los comerciantes, un hombre robusto y bien vestido, se plantó delante de mi morada, con clara intención de hablarme, pero tras mirarme fijamente un momento, dio media vuelta y prosiguió su camino. El caso es que yo estaba sentado con las piernas cruzadas en mi diván y, de acuerdo con las costumbres allí, descamisado; y dado que no estaba del mejor humor del mundo, no causaba una impresión muy agradable. Supuse cuál era el motivo de la marcha repentina del comerciante, y por si acaso recibía otra visita, me vestí con lino blanco y limpio, preparé café y me senté con algo más de compostura. La bebida la tomaba de un vaso brillante, a falta de porcelana, y coloqué ante mí un par o tres de libros. Al poco, el pastún reapareció, seguramente sin intención alguna de abordar a una persona a la que había descartado por no ser merecedora de su atención, aunque cuando, por casualidad, me lanzó una mirada de reojo, pareció asombrado por mi metamorfosis, y antes de que pudiera

recobrarse de su sorpresa, me dirigí a él con un cortés y sonoro «As-salamu aláikum» ['La paz sea contigo']. Él, por supuesto, me devolvió el saludo, «Wa-aláikum as-salam» [Y la paz sea contigo también] y vino hacia mí. Lo invité a sentarse.»[123] El comerciante partía al norte esa misma noche. «En el nombre de Alá —le preguntó a Masson—, ¿vendrá usted conmigo?», y Masson respondió: «En el nombre de Alá, así es», cuando él me tomó las manos, y alzándolas con las suyas frente a los ojos, me aseguró que él haría que se cumpliese mi kismet ['la voluntad de Alá'] en el camino».[124]

Masson había adquirido la mayor habilidad de todas: la de desaparecer y reaparecer al instante convertido en la persona que el otro deseara.

Los pastunes dicen que cuando Dios creó el mundo le sobró un montón de rocas, y que con ellas levantó Afganistán. Cruzar las fronteras afganas, incluso en buena compañía, era un viaje durísimo. Pero a Masson todo le parecía extraño y hermoso. Las llanuras pardas y polvorientas y los anchos valles fértiles daban paso a laderas de un rojo dorado y a picos cubiertos de nieve. Aturdido por la falta de sueño, «Casi me parecía estar viajando por el país de las hadas».[125] Se había enamorado de aquella tierra.

La vida en el camino le pasó factura a Masson. Su ropa empezaba a desintegrarse. El pelo se le erizaba en todas direcciones. Los ojos inyectados en sangre. Pero ahora podía recurrir a su personaje. Entró en la antigua ciudad de Kalat con aire ufano e inasible: un hombre delgado y harapiento, con cara de loco, que podría ser cualquiera o cualquier cosa. La gente de la ciudad no tardó en llamar a su puerta. Din Mohammad Khan, noble afgano y alquimista fracasado, estaba particularmente fascinado. «Din Mohammad me hizo dos modestas peticiones: que le proporcionara un hijo, y que lo instruyese en el arte de fabricar oro.»[126] El alquimista no perdía detalle de las idas y venidas de los viajeros, y «cuanto más impropia la apariencia y la vestimenta del mendigo, mayores consideraba las probabilidades de que estuviese en posesión del gran secreto». Cuando Masson llegó a Kalat, Din Mohammad ordenó a uno de sus sirvientes «que le llevase todas las limas que fuera posible reunir; le había cruzado por la mente la genial idea de que podría obtenerse un resultado decisivo a partir de jugo de lima. Otras veces, le daba por buscar vinagre de siete años».[127] Durante unas cuantas semanas, Masson fue un dichoso aprendiz de alquimista. En la tierra de los ilusionistas, se había convertido en un virtuoso.

El último tramo del viaje de Masson a Kabul, de nuevo en compañía de mercaderes, fue como la seda. Cuando cuatro baluchis emprendedores quisieron sustraerles dinero a los viajeros, Masson los saludó efusivamente y los invitó a fumar juntos. Minutos después, los

baluchis yacían inconscientes en el suelo, «como por encanto»:[128] la pipa iba cargada con hachís suficiente para tumbar a un tigre.

Pocos espectáculos en el mundo podían igualarse al de Kabul tal y como era entonces. Desde la distancia, al otro lado de las llanuras, despuntaban los grandes muros de piedra del alcázar de Dost Mohammad, Bala Hissar. La ciudad se desplegaba a sus pies: un laberinto de viejas casas y bazares, en los que se vendían moras heladas rociadas con agua de rosas, pilas de fragantes melones, nueces, higos y granadas. Tras el alcázar, unas montañas coronadas de nieve se alzaban sobre la ciudad.

El camino hasta Kabul cruzaba por entre cuidados jardines geométricos y huertos de árboles frutales que alfombraban el suelo de flores. A cierta distancia, bajo la sombra de los plátanos, estaba el mausoleo de Babur, el gran emperador mogol. Cuando corrió la noticia de su llegada, los amigos y parientes de los mercaderes salieron en tropel de la ciudad para recibirlos, «ataviados con sus ropas más elegantes, repartiendo ofrendas de rábanos y lechuga. Yo no tenía allí parientes ni amigos que me diesen la bienvenida, pero, como compañero suyo, me brindaron también una porción de aquellas exquisiteces, y mis sentimientos me permitieron participar de la alegría de los que me rodeaban».[129]

El 9 de junio de 1832, Masson cruzó las puertas de Kabul, después de un viaje que había durado casi cinco años. «Vi el país y a sus habitantes desde un punto de vista desde el que tal vez ningún europeo vuelva a tener la oportunidad de observarlos jamás.»[130] Medio aturdido, recorrió las calles maravillado por las riquezas de la ciudad. «El día de mi llegada, fui distinguido con la presencia de cerezas en el bazar, las primeras de la temporada. [...] Difícilmente se podría superar a Kabul en cuanto a la abundancia y la variedad de sus frutos, y es posible que ninguna otra ciudad pueda ofrecer, en temporada, un despliegue tan hermoso.»[131] En el antiguo barrio armenio, a la sombra del Bala Hissar, alquiló un cuartito con la plata que le quedaba. Contemplando la ciudad desde lo alto en su nuevo hogar, con una taza de doogh helado, sintió, tras tantos años errando, que había llegado a casa.

Un antiguo proverbio afgano dice: «Primero viene un viajero inglés, luego vienen dos y hacen un mapa, luego viene un ejército e invade el país. Por tanto, es mejor matar al primer inglés». Masson no lo sabía aún, pero se iba a convertir en el origen de ese proverbio: él fue el primer inglés.

4 El Salvaje Este

Joseph Wolff tenía un mal día. Estaba en Afganistán. Desnudo. Y todavía no había logrado encontrar a las Tribus Perdidas de Israel.[132] «Ay, si lo viesen sus amigos de Inglaterra, se quedarían de piedra —iba musitando Wolff mientras arrastraba los pies camino de Kabul—. Desnudo como Adán y Eva, sin ni siquiera un delantal de hojas de higuera con el que taparse.»[133]

Pocas semanas después de la llegada de Masson a Kabul, asomó Wolff de las montañas, dando tumbos hacia la ciudad, con nada más que una barba pelirroja de palmo y medio de largo con la que preservar su recato.[134] Viajar ensancha la mente, pero él era la excepción que confirma la regla. Llevaba años deambulando por Egipto, Persia y Crimea, predicando por todo el camino, y se había ido volviendo más dogmático y gruñón con cada día que pasaba. Después de acusar de herejes a un grupo de afganos armados hasta los dientes, y de decirles que sin duda arderían en el infierno, se hizo un largo y contemplativo silencio. Al final, uno de los hombres le respondió: «Te vamos a embuchar en un burro muerto, te quemaremos vivo y haremos salchichas contigo».[135] Se acabaron conformando con dejarlo como Dios lo trajo al mundo y soltarlo. Incluso cuando iba vestido de pies a cabeza, Wolff era todo un espectáculo: «Tiene la cara muy chata, con marcas profundas de viruela; la piel fofa y pálida, y el pelo rubio casi blanco. Los ojos grises y saltones le bailan de aquí para allá, y a veces se clavan del modo más temible».[136] Desnudo, dejaba sin palabras al diccionario.

En Kabul, ya con ropas nuevas, Wolff trató de convertir al cristianismo al emir de Afganistán, Dost Mohammad Khan. Se embarcó durante horas en una discusión —con tono desquiciado por un lado, aunque cortés y perplejo por el otro— con un estudioso del islam de la corte. «En esta contienda —escribió—, Wolff piensa que salió vencedor.»[137] Tenía un gran interés por cuestiones tales como qué pasaría con todos los peces cuando los mares se secasen en el Fin de los Tiempos («¡Podéis hacer escabeche!»).[138] Hablaba con un acento alemán muy marcado, casi incomprensible, respaldado por una «gesticulación vehemente».[139] De rato en rato, la voz se le disparaba unas octavas arriba, hasta alcanzar «un tiple curiosísimo, y el efecto era tan sorprendente, que uno a duras penas podía contener la risa».[140]

Wolff no se quedó mucho tiempo en Kabul. Se las apañó para cruzar el paso Jáiber sin perder más ropa, y pronto se abatía ya sobre

la ciudad de Gujrat, al norte de Lahore, en los dominios del imperio de Ranjit Singh. Wolff llegó bien entrada la noche, con los mercados desiertos y las tiendas cerradas. Sin arrugarse en absoluto, se dirigió al edificio más majestuoso de la localidad, el palacio del gobernador de Gujrat, y se puso a aporrear la puerta hasta que un centinela amodorrado fue a abrirle. Wolff exigió ver al gobernador de inmediato.[141]

El hombre lo condujo por las galerías oscuras de palacio. La luz de las antorchas parpadeaba en los muros. Al principio, el único ruido que se oía era el eco de sus pasos en el suelo, pero cuando se fueron acercando al centro del palacio, Wolff descubrió que había alguien cantando. La voz sonaba nasal y taponada. Y la canción era la última que Wolff habría esperado:

Yankee Doodle went to town
A-riding on a pony,
Stuck a feather in his cap
And called it macaroni.
Yankee Doodle keep it up,
Yankee Doodle dandy,
Mind the music and the step,
And with the girls be handy

Lo hicieron pasar a las estancias del gobernador, y allí se encontró a Josiah Harlan acurrucado con una cachimba.

Antes de que Wolff tuviese tiempo de mudar su expresión en algo distinto al estupor, Harlan se presentó lánguidamente: «Soy un ciudadano libre de los Estados Unidos de Norteamérica, del Estado de Pensilvania y la ciudad de Filadelfia. Soy hijo de un cuáquero. Me llamo Josiah Harlan».[142]

Por primera vez en la vida, Wolff se quedó mudo.

En los cuatro años transcurridos desde que Masson lo había dejado colgado en Dera Ismail Khan, Harlan había estado muy ocupado. En un primer momento, había seguido hacia Kabul, todavía con la esperanza de poner a Shah Shujah en el trono. Su pequeño ejército variopinto se disgregó muy pronto. Para que le diesen cobijo en el camino, se presentaba como un converso al islam que «solo posponía la operación de circuncisión hasta que llegara a Kabul, donde se podían encontrar cirujanos expertos».[143] Cuando Harlan llegó a Kabul, en lugar de derrocar a Dost Mohammad Khan, se instaló en casa del hermano de este, Jabar Khan. «[Harlan] trató de entretenerlos con experimentos con mercurio, extrayendo aceite de la cera, reduciendo a polvo el acero y demás pasatiempos inútiles».[144]

Soñando todavía con seguir los pasos de Alejandro, trató de persuadir a Dost Mohammad de que le permitiese encabezar un ataque afgano contra la India. Sin embargo, lo que hizo Dost Mohammad fue encargarle que ayudara a su hermano, Amir Mohammad Khan, a perder peso. «Esta persona era digna de atención por su extrema obesidad: su peso excedía lo que la fortaleza de ningún caballo podía soportar. Se veía obligado a desplazarse en un palanquín que cargaban ocho hombres, y a montar a lomos de un elefante cuando viajaba.»[145] En lugar de liderar un ejército de afganos por el paso Jáiber, Harlan se encontró a cargo del primer plan de adelgazamiento de Kabul.

Estando allí, Harlan «contempló la idea de hacerse pasar por un médico griego, y cruzar bajo esa guisa los países que separaban Kabul y China. En las fronteras de este último país, permanecería seis meses para aprender la lengua, y una vez logrado esto se dirigiría a Pekín, donde se ganaría la confianza del Emperador, se haría con un control considerable del ejército y ¡organizaría una revolución en el país!».[146] («No quedaría una piedra en su sitio, hombre presuntuoso —masculló Masson cuanto tuvo noticia de ello—, si tuvieses tanto ímpetu para hacer como para maquinar.»)[147]

El mundo, por suerte, se ahorró el espectáculo de Harlan tratando de escabullirse con engaños en la Ciudad Prohibida. En 1829, ya había abandonado sus sueños de gloria china, y también sus esperanzas en Shah Shujah, y se había unido a la corte de Ranjit Singh en Lahore. En su primer encuentro con el marajá sij, Harlan «intentó aparentar que era un personaje modesto y sin pretensiones, si bien poseedor de unos talentos y conocimientos extraordinarios. Y por obra de un disfraz estrafalario, un sombrero de forma curiosa y enormes dimensiones, junto con cierto aspecto santo y pudoroso, lo logró».[148] El marajá veía a aquel americano gigantesco como una curiosidad —casi como a una peculiar mascota doméstica— y lo añadió a su galería de mercenarios extranjeros. «Te nombraré Gobernador de Gujrat, y te pagaré 3000 rupias al mes —le dijo a Harlan—. Si te comportas, te subiré el sueldo; si no, te cortaré la nariz.»[149] «Dado que tenía la nariz de una pieza —concluyó Wolff—, eso era prueba de que se había comportado.»[150]

Por descontado, no era así. En Gujrat corría el rumor de que Harlan dedicaba «su tiempo en la fortaleza a la práctica de la alquimia».[151] En realidad, estaba falsificando dinero. En público, Harlan se presentaba como un faquir, «se ha dejado crecer muy largo el pelo, que le cuelga por los hombros [...], se sienta sobre una piel de leopardo, y lleva en la mano una vara, mientras con la otra va pasando las cuentas de un rosario tan largo que se podría colgar con él al canalla más fornido del Punyab, mientras va murmurando con voz grave o mueve los labios como repitiendo «Bismillah [en el nombre de Dios]».[152] Incluso después de tantos años, algunas cosas no habían

cambiado: seguía furioso con Masson.[153] Y seguía sin circuncidarse.

En Kabul, Masson se había instalado en una hogareña modorra. Descubrió que podía ir de aquí para allá como gustase. Casi nadie se fijaba en ese forastero flaco y andrajoso que deambulaba por los mercados y regateaba el precio de la fruta. Lo cierto es que no había gran cosa en él que llamara la atención: tenía «dos o tres libros en caracteres extranjeros, una brújula, un mapa y un astrolabio. Iba desastrado, y su apariencia denotaba miseria. No contaba con ningún sirviente, ni caballo, ni una mula para cargar sus bultos».[154] Para los pocos que le preguntaban por sus asuntos, Masson se describía «como un inglés, de nombre Masson, y de la secta de los sacerdotes. Llevaba fuera de su país doce años, en el transcurso de los cuales había estado viajando».[155]

«Acuciado por una desidia infernal, hasta ahora nunca había llevado un diario —contaba Masson, semanas después de su llegada a Kabul—, pero he decidido hacerlo seriamente, a partir de este día once de julio.»[156] Aunque la cabra tira al monte: su primera entrada estaba llena de espacios en blanco.

Masson pronto descubrió que no era el único viajero que había pasado por allí recientemente. Además de la muy aireada presencia del reverendo Wolff, también un par de viajeros británicos, Alexander Burnes y el doctor James Gerard, habían parado varias semanas en Kabul, y se habían marchado unos días antes de que él llegara. Iban camino del norte y del este, en dirección a Bujará, antigua metrópolis de la Ruta de la Seda oculta en los desiertos de Uzbekistán. Burnes afirmaba que no era un espía, aunque no le creía nadie.[157] Estaba tan obsesionado como Masson con Alejandro Magno, y le había dado por referirse a sí mismo como «el segundo Alejandro».[158]

Hacia finales de verano, Masson recibió una invitación. Al noroeste de Kabul, a unos 250 kilómetros de la ciudad, se encontraba Bamiyán. Tan escarpados eran los pasos de montaña, que la región disfrutaba de una independencia casi completa de la capital. Durante años, el pueblo hazara de Bamiyán había respondido a la exigencia de tributos de Dost Mohammad «siguiendo una antigua costumbre hazara [...], una piedra o una cabra; esto es, agarraban a una cabra con una mano y una piedra con la otra, como diciendo, si los afganos están dispuestos a aceptar a la cabra en lugar de una oveja, pagaremos tributo, si no, lo que recibirán serán pedradas».[159]

Dost Mohammad quería cambiar la situación. Puso a cargo de la recaudación de los tributos atrasados a uno de sus comandantes más temibles «el muy influyente y poderoso» Haji Khan Kakur,[160] al que así, como ventaja añadida, podría alejar de Kabul. «Todo en la conducta política de Haji Khan estaba calculado para atizar la desconfianza de un jefe.»[161] Llevaba unos meses reuniendo

calladamente un ejército personal,[162] y los afganos más destacados estaban en deuda con él. «En más de una ocasión», había evitado incluso que Dost Mohammad terminara «ciego, si no ejecutado, a manos de su hermano».[163]

En caso de haber una conspiración en Afganistán, Haji Khan quería estar en el centro de ella. Y ahora, invitó a Masson a acompañarlo a Bamiyán.

Masson llevaba años oyendo historias sobre la región. Solo unos pocos viajeros occidentales habían posado los ojos en ella, pero volvían con relatos de cosas imposibles: una ciudad en ruinas, encaramada a lo alto de una colina. Estatuas gigantescas, talladas en los precipicios, antiguas y sin rostro. Nadie sabía quién las había esculpido, ni qué representaban: ¿tal vez dioses, o reyes de tiempos remotos?[164] ¿Qué más habría oculto allí? Quizás —y solo quizás— Bamiyán hubiese sido en su día una de las ciudades de Alejandro.

Masson supo que debía verla con sus propios ojos. El camino era peligroso, incluso para los baremos afganos, así que la invitación de Haji Khan llegó como caída del cielo. Alquiló un paciente poni por unas cuantas rupias y, el 10 de septiembre de 1832, salió de la ciudad y se dirigió al campamento de Haji Khan. Masson no llevaba mucho tiempo viviendo en Kabul, así que no sabía gran cosa sobre él. No tenía ni idea de dónde se estaba metiendo.[165]

El viaje resultó ser todo un aprendizaje. Algunos de los hombres de Haji Khan pronto se reunieron con él. El camino estaba atestado de ovejas que llevaban hacia Kabul,[166] y para cuando empezó a anochecer, andaban todos fantaseando con cordero asado. Masson estaba acostumbrado a la vida de un viajero solitario: comida y techo eran lujos. Sus compañeros tenían un enfoque distinto: cuando paraban a hacer noche, montaban el campamento y exigían comida a los aldeanos. Los aldeanos se negaban. Los invitados sacaban sus espadas. Los reticentes anfitriones lo reconsideraban. Ofrecían entonces algunas «tortas de guisante con harina de cebada» y «grandes cuencos de leche hervida».[167] «Sus ritos hospitalarios eran recibidos con un indignado rechazo —contaba Masson—. Era de lo más ridículo ver cómo cinco afganos hambrientos se negaban a satisfacer sus apetitos, pero lo cierto era que estaban empleando una estratagema. Les habían presentado un cordero, y aunque en un primer momento lo rechazaran con desdén, no había ninguna intención de que se librara del matadero.» Los compañeros de Masson se prepararon para acostarse sin dejar de maldecir a grito pelado a los «infieles inhospitalarios» de sus anfitriones.[168] En Afganistán, todo era una negociación.

Por la mañana, «la estratagema de los afganos había surtido efecto; durante la noche, habían asado un cordero entero». No

obstante, los hombres de Haji Khan siguieron resistiéndose: solo tras mucho «suplicar, llorar y besar pies, terminaron accediendo a sentarse, como un favor especial, frente a un desayuno espléndido compuesto de delicioso cordero asado, cuajada y panes calientes».[169]

Masson se sentía tan culpable por su participación en ello, que localizó al dueño del cordero y le obligó a aceptar «su valor en dinero».[170]

El campamento de Haji Khan, a orillas del río Helmand, era un revoltijo de tiendas y soldados con cara de hambre, caballos, fogatas para cocinar y un elefante agotado. Había también varios forasteros misteriosos profesionales: un par de boticarios, padre e hijo, que protegían con uñas y dientes sus enormes baúles de remedios, y dos santones de aspecto dudoso. A Masson, para su leve disgusto, lo pusieron en la misma tienda.

Esa noche, antes de la cena, Haji Khan lo mandó llamar. Se «deshizo en muestras de satisfacción al verme, y me explicó que, estando en Kabul, la presión de sus asuntos le había impedido dispensarme las atenciones que deseaba; que ahora debíamos ser compañeros inseparables».[171] Para sorpresa de Masson, «me sentaron con el khan a mi lado, y ese fue siempre mi sitio en adelante».[172] De haber conocido mejor a su anfitrión, Masson se habría alarmado, pero dio por hecho, con complacencia, que Haji Khan tan solo se alegraba de verlo.

Durante la cena —montañas de arroz pilaf y carnes estofadas—, Haji Khan mostró sus cartas. Dost Mohammad, renegó, le había prometido cinco veces más soldados de los que se habían acabado presentando.[173] «Existía desde hacía un tiempo cierta desconfianza mutua» entre ambos hombres.[174] Haji Khan sabía que, si le alcanzara por casualidad una bala perdida en algún punto del camino a Bamiyán, Dost Mohammad tampoco se llevaría un disgusto terrible. Era, «en esencia, hijo de las circunstancias: su principal objetivo era protegerse a sí mismo».[175] Andando la noche, desvió la conversación hacia la historia, y afirmó que «cualquiera que hubiese leído las historias de Gengis Khan [...] o de cualquier otro hombre que llegara a padishá [rey], entendería la necesidad de desentenderse de los vínculos familiares; que era masacrando a sus parientes como habían alcanzado la cima del poder; y que aquel que quisiera, como ellos, tener fortuna, debía ser, como ellos, cruel».[176] Sus hombres bramaron con aprobación, y Masson se removió en el asiento.

La perspectiva de un derramamiento de sangre puso a su anfitrión de un humor excelente. «¡Aquí —gritó Haji Khan, agarrando a Masson de la mano— tenemos a un farangi! ¿Voy a permitir yo que les cuente a sus compatriotas que Haji Khan marchó desde Kabul con una valerosa tropa de caballería, y cañones, y elefantes, y que volvió sin

asestar un solo golpe? ¡Dios no lo quiera!».[177] Masson comprendió al fin lo que todos los que estaban en aquella tienda sabían ya: Haji Khan no tenía intención de regresar a Kabul. Iba camino de Bamiyán a hacerse con el poder. Masson, que había planeado una aventurilla arqueológica, estaba ahora atrapado con uno de los señores de la guerra más despiadados de Asia y en mitad de un intento golpista.

Unos días más tarde, los viajeros acamparon junto a un dragón.

El pueblo hazara contaba que, hacía mucho tiempo, vivió en un valle cercano a Bamiyán un monstruoso dragón que sembraba el terror por doquier. Prendía fuego a las casas y dejaba pueblos enteros reducidos a cenizas. Devoraba a los granjeros y su ganado, engullía las ovejas enteras y escupía los huesos. Y entonces, un día, Hazrat Alí, yerno del profeta Mahoma, se internó a caballo en aquellas tierras para enfrentarse al dragón. Lo encontró durmiendo en la otra punta del valle, y le disparó una flecha directa al ojo que lo mató al instante.

Le mostraron a Masson los restos del dragón: el cuerpo, ahora petrificado, se extendía por todo el fondo del valle; la cresta apestaba a azufre; de la cabeza le rezumaban todavía los sesos, «que se escurren en finos chorros brillantes [...] y ondulan sobre la superficie roja, amarilla y blanca de roca colorida».[178] «El rojo intenso de la roca que rodea la cabeza se cree que proviene de la sangre del dragón.»[179]

Esa noche, cuando todo el mundo estaba ya acostado, Haji Khan mandó llamar a Masson.[180] En las horas más oscuras de la noche, se sentaron junto al fuego y compartieron sus sueños. «El khan me explicó que poseía el don de las revelaciones, y que había recibido a través de ellas la orden de convertirse en un gran hombre; que el país, ya fuese Afganistán o Uzbekistán, estaba bi-sahib, o sin señor, y me propuso que aprovechásemos la situación y nos convirtiéramos en padishá y visir.»[181] Dost Mohammad «no podría atacar» Bamiyán: serían sus propios amos.[182] A continuación, mientras a Masson todavía le daba vueltas la cabeza ante semejante idea, el khan se sacó el sello del dedo y se lo ofreció. Ahí estaba el poder: el poder de un rey, esperándolo.

Masson no tenía ningún deseo de convertirse en rey. Pero tampoco deseaba ofender a Haji Khan. Sonrió y rechazó con delicadeza el anillo de Haji Khan, «asegurándole que no podía estar en mejores manos que las suyas».[183]

Masson regresó a su tienda aturdido. Las horas previas al amanecer fueron frías y claras.[184] Intentó dormir. El mundo, pensó, se volvía cada día más extraño. Cuando despertó a la mañana siguiente, la noche parecía tan lejana como un sueño: «Se me había olvidado cuál de los dos iba a ser el padishá».[185]

Nada de cuanto había encontrado en sus viajes podría haberlo preparado para aquella primera visión de Bamiyán. El camino que se

hundía en el valle era angosto y traicionero: a un lado, la pendiente era demasiado pronunciada como para plantearse escalar, y al otro, el suelo se desplomaba hacia la nada. Alexander Burnes, que había pasado por ese mismo camino unos meses antes, lo había recorrido de puntillas: «Unos precipicios pavorosos colgaban sobre nuestras cabezas, y la caída de más de un fragmento nos informó de su inestabilidad. A lo largo de más de un kilómetro, era imposible proseguir a caballo, y avanzamos a pie, asomados al abismo».[186] Luego el valle se ensanchaba, bordeado de vertientes escarpadas «a lado y lado, cuyo color oscilaba del rojo intenso al gris azulado, formando aquí y allá largos tramos de precipicio vertical».[187] Al otro extremo, encaramadas a una colina tan abrupta que parecía caer a plomo, estaban las ruinas de la ciudad de Gholghola.

Y entonces, casi como un espejismo, apareció ante la vista la pared de un precipicio aún mayor, surcado de cuevas. Dos estatuas colosales y sin rostro, esculpidas en la pared de roca, contemplaban a Masson desde arriba con aire sereno: los budas de Bamiyán. Sobre ellos, inconcebiblemente altos, se alzaban los picos blancos del Kuh-i-Baba, el Padre de las Montañas.

El valle estaba nevado y en silencio. «El invierno había llegado prematuramente, y las gavillas se habían quedado sin trillar bajo la nieve. Los más ancianos del lugar no recordaban nada igual.»[188] Las orillas del río Kunduz, que serpenteaba valle abajo, estaban «bordeadas de témpanos enormes».[189]

Masson no salía de su anonadamiento. Plantado al pie de los precipicios, contemplando los budas, era incapaz de apartar los ojos. «Si acaso la mirada de un hombre tropieza con ellos desde lejos —había dejado escrito mil años antes el viajero persa Yahya ibn Khalid —, no podrá más que agachar la vista, sobrecogido. Si anda distraído o despreocupado en el momento de verlos, es preciso que retroceda hasta un lugar en el que queden ocultos y retome el camino, acercándose a ellos como objeto de su atención y reverencia.»[190]

Haji Khan y sus hombres montaron el campamento a los pies de los budas.[191] «El khan, muy pródigo en el reparto de regalos, hacía mucho que había agotado las existencias traídas de Kabul»; en consecuencia, cuando los dignatarios locales lo mandaron llamar —esperando que los agasajara con presentes, como era la costumbre—, sus asistentes tuvieron que improvisar una solución. La que idearon fue una réplica muy afgana a la parábola de los panes y los peces: a medida que cada uno de los dignatarios salía de la tienda con el regalo que le había entregado Haji Khan, los sirvientes de este lo interceptaban. Recompraban el regalo, que introducían de nuevo en la tienda con disimulo, y así Haji Khan podía «concedérselo a otro».[192]

Pero Haji Khan no había hecho todo el camino hasta Bamiyán

para repartir presentes. Una vez instalado el campamento, puso en marcha «un sistema general de embargo y expolio».[193] Cualquier cosa que pudiera moverse era susceptible de ser confiscada: no solo dinero y joyas, sino también muebles y ganado. Cuando faltó alojamiento para algunos de sus hombres, se apoderó de una antigua fortaleza, lo que resultó en la «expulsión de unas ochenta familias en pleno invierno, y las privó de combustible y de forraje para el ganado, haciendo oídos sordos a las súplicas de las ancianas del castillo, que se presentaron ante él cada una con un Corán en las manos y lo exhortaron a volverse hacia Dios y mostrar misericordia».[194] Aunque el pueblo hazara llevaba siglos soportando represión y discriminación, aquella crueldad asqueó a Masson. Se prometió a sí mismo que, en el futuro, viajaría siempre solo. «¡Que el mañana sea mejor!», como dice un proverbio hazara.

Masson se escabulló del campamento para explorar la ciudad abandonada que se cernía sobre el valle de Bamiyán. La conocían como Gholghola, la Ciudad de los Gritos. A pesar del frío, se pasó horas sentado en sus ruinas cubiertas de nieve, escuchando el aullar del viento que soplaba por las calles desiertas. «Los vientos, silbando al cruzar por entre sus pináculos y torres, emiten unos tonos lúgubres y estridentes que imprimen una sensación de sorpresa aun en el ser más indiferente. Tanto es así que, a menudo, cuando paseaba cerca, la melodía plañidera del viento capturaba de un modo irresistible mi atención, y me empujaba involuntariamente a alzar la vista hacia lo alto, y con frecuencia me quedaba así sentado largo rato, aguardando la repetición ocasional de aquellas cadencias singulares.»[195] La gente de Bamiyán creía que «esos sonidos lúgubres y sobrenaturales eran la música de las almas de los difuntos».[196]

La ciudad estaba en ruinas por una sencilla razón: Gengis Khan. Cuando el ejército mogol llegó a Bamiyán en 1221, sus habitantes «presentaron hostilidad y resistencia, y en ambos bandos las manos se posaron en flechas y catapultas». No fue muy sensato. Pero según el historiador persa Ata-Malik Juvayni, la suerte de la ciudad quedó sellada por lo que sucedió después:

> *De pronto, por antojo del destino, que fue el aniquilador de todo aquel pueblo, una de las flechas, que no daban tregua, salió disparada de la ciudad y alcanzó [...] al nieto favorito de Gengis Khan. Los mogoles se afanaron en capturar la plaza, y cuando estuvo sometida, Gengis Khan dio orden de matar a toda criatura viviente, desde las personas hasta las bestias; que no se tomara un solo prisionero; que no se indultase siquiera al niño todavía en el vientre de su madre, que no volviese a habitar*

jamás un ser vivo entre sus muros. La llamó Ma'u Baligh, que en persa significa «Mala Ciudad». Y hasta este día, ninguna criatura ha instalado su morada en ella.[197]

Desde las alturas de Gholghola, Masson veía el valle entero. Sumido en «profunda meditación y maravilla»,[198] trató de comprender aquel paisaje que se desplegaba ante él. Y cuanto más lo examinaba, más asumía que no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba mirando.

Nadie en aquella época sabía que los budas de Bamiyán eran budas. Afganistán había sido uno de los mayores núcleos de la religión y la cultura budista en el mundo: había monasterios incrustados en las laderas de sus montañas, y los llanos estaban salpicados de estupas, recintos de oración y meditación. En Bamiyán residían más de un millar de monjes en su día, algunos en monasterios desperdigados por el lecho del valle, y otros viviendo como ermitaños en los barrancos. Acabaron convergiendo tantos en la ciudad, que sus cuevas —«a las que la gente llamaba samootch»—[199] se apiñaban, una sobre otra, en las paredes de los precipicios.

Aquellos budas gigantes tenían casi 1500 años. El más pequeño, de unos 35 metros de alto, se construyó a mediados del siglo VI a. de C. El más grande, que se alzaba hasta los 53 metros de altura, se le sumó medio siglo después. Las estatuas no servían para señalar un sereno lugar de peregrinación situado en los confines del mundo: Bamiyán era por aquel entonces una parada tumultuosa en la Ruta de la Seda. Los budas estaban pintados de colores vivos y estridentes —rojo fuego el más grande y blanco deslumbrante el pequeño—, y estaban decorados de un modo tan profuso y resplandeciente, que el viajero chino Xuanzang creyó que uno de ellos estaba hecho todo él de latón.

Pero tras la conquista islámica, el budismo había quedado desterrado de Afganistán. No quedaron ni las historias.

Imaginaos paseando por las calles de Roma, ver esas iglesias prácticamente en cada esquina, y no saber qué son, o a qué religión pertenecen. Bamiyán era el lugar más formidable que Masson había visto nunca, y, por primera vez en su vida, no le bastaba con «el misterio y el asombro».[200] Quería respuestas: frente a aquellas estatuas enormes y rotas, quiso averiguar la verdad de aquel lugar. Comprendió que, fuera lo que fuese Bamiyán, no era una de las ciudades perdidas de Alejandro,[201] pero más allá de eso, no sabía por dónde empezar. Se sentía un idiota.

Estaba plantado delante de una de las maravillas del mundo; era uno de los pocos occidentales que había pisado aquel lugar en siglos.

No sabía lo que se hacía, y no tenía más que una hoja de papel. «La provisión que había traído de Kabul se había agotado —recordaría Masson con pesar—, principalmente para permitir que los soldados del campamento escribiesen a sus amigos; la nueva remesa que había hecho enviar desde Kabul nunca llegó, nuestra comunicación con esa ciudad había quedado bloqueada, en su mayor parte, por la nieve. Del secretario de Haji Khan, que se encontraba en un dilema muy similar al mío con respecto al papel, obtuve como enorme favor una sola hoja, que me vi obligado a emplear con prudencia, y solo a propósito de asuntos que me parecieran sumamente merecedores de ello. El papel estaba ajadísimo, pero no tenía más remedio que apañármelas y dar gracias por él».[202]

A los pies del buda más pequeño, Masson divisó un tramo de escalera que se adentraba en la pared de roca. Subió los escalones con indecisión. El paso era estrecho y oscuro, excavado en la piedra rojiza de los precipicios. Daba la impresión de que los muros y el techo se le echaban encima. Masson subió y subió, a la única luz de unas pequeñas rendijas abiertas en la roca.[203] A través de estas, iba vislumbrando el buda aquí y allá: un pliegue de las vestiduras, un brazo gigantesco, el lóbulo colgante de una oreja. Fuera, el mundo estaba callado y quieto. Unas columnas de humo oscuro se levantaron con el viento.

Y entonces Masson asomó a la luz sobre la cabeza del buda y vio un mundo más hermoso, y más extraño, de lo que había osado imaginar jamás. El sol del invierno relumbraba en los montículos claros y radiantes de nieve. Cerca de la cima del precipicio, dentro de las cuevas, el lapislázuli y el oro lanzaban sus destellos bajo los rayos de luz.[204] Allá donde miraba veía cúpulas, intrincadas tallas y pinturas de una belleza inconcebible.[205] Aquello no era un pasaje anecdótico de la historia: era toda una civilización perdida, desconocida para los estudiosos occidentales. Era como ver color por primera vez. Comprendió que allí, en Afganistán, había un mundo entero de maravillas esperando ser descubiertas.

Masson estaba obnubilado. Hasta sus esbozos, tras años de sobrio blanco y negro, se tiñeron de pronto a todo color. En ese momento, contemplando Bamiyán desde allí arriba, supo que quería contar la historia de Afganistán. No sabía cómo, pero sí que «estaba apenas a las puertas del descubrimiento».[206] Por dentro, sin embargo, le daba brincos el corazón. «*Inveni portum* —garabateó con lápiz en un esbozo de las cuevas—. *Spes et Fortuna válete*.»[207] «He llegado a buen puerto. Adiós, esperanza y fortuna. Ya habéis jugado conmigo: ahora, id a jugar con otros.»

Esa noche, una lluvia de estrellas inundó el cielo.[208]

Semanas más tarde, Masson cruzó tambaleante las puertas de

Kabul. El viaje de regreso, con algunos de los hombres de Haji Khan, había sido terrible. Los bancos de nieve le llegaban hasta el pecho y amenazaban con tragárselo entero.[209] Algunas noches, cuando pedía cobijo, lo ahuyentaban con piedras e insultos, y dormía en el suelo, hecho un ovillo bajo el abrigo.[210] Cuando llegó por fin a Kabul, estaba helado y gangrenado. Llevaba la ropa hecha jirones. Los pies llenos de llagas. Las ventiscas habían estado a punto de dejarlo ciego.[211] Pero el mundo parecía un regalo.

Era el día de Navidad.[212]

En 1924, dos arqueólogos franceses se deslizaron con cautela desde la cornisa del precipicio de Bamiyán. Iban buscando una cueva que se hundía en la pared de roca, muy por encima de la cabeza del buda más alto. Entraron patinando y tropezando por la boca de la cueva; contuvieron el aliento y miraron triunfantes a su alrededor. Costaba imaginar un lugar más inaccesible que aquel, era bien posible que nadie lo hubiera pisado en siglos. Les llevó un momento acostumbrar la vista a la oscuridad, aunque no dejaban de escudriñarla ansiosos: tal vez aguardasen allí tesoros inimaginables.

Entonces —y debió de darle un vuelco el corazón—, uno de los arqueólogos reparó en un par de versos impertinentes, escarbados en la pared de roca, enfrente de sus narices:

Si algún necio este alto samootch explora,
Que sepa que Charles Masson estuvo antes aquí.[213]

5 La ciudad al pie de las montañas

A lo largo de los meses de invierno, los habitantes de Kabul se refugiaban en sus casas envueltos en gruesas pieles de oveja. El vino se congelaba, y «los recipientes de cobre estallaban durante la noche».[214] A pesar de aquel frío glacial, Masson estaba contento. Nadie sabía si era un viajero, un espía o un chiflado, y a nadie le importaba. «Hay pocos sitios en los que un forastero se sienta tan pronto en casa, y trabe confianza con todas las clases, como en Kabul —decía—. No puede haber ningún otro en el que todo el mundo se esfuerce tanto por procurar su satisfacción y entretenimiento. No puede estar desanimado. Afirmar tal cosa, le advierten, sería un reproche hacia la hospitalidad de sus anfitriones y convidantes. No llevaba ni un mes en Kabul y ya había conocido a no sé cuánta gente y había visitado sus casas.»[215] Musulmanes, cristianos, judíos e hindús vivían juntos: compartían comidas y celebraciones, y desfilaban en los cortejos fúnebres de sus convecinos.[216] «Asistían a las bodas unos de otros y tomaban parte en esas pequeñas cuestiones que van surgiendo en sociedad.»[217] Un cristiano podía ofrecerles regalos a sus vecinos musulmanes en el nouruz, el año nuevo islámico, y recibirlos, a su vez, «en el día de Navidad».[218] Hoy no queda casi nada de aquel Afganistán. La ciudad antigua está en ruinas. Apenas se recuerda aquella forma de vida. Pero Kabul era, en 1833, una de las ciudades más tolerantes del mundo.

(Kabul era tolerante rayando casi la agresividad. Cuando algún cristiano de la ciudad decidía convertirse al islam, acostumbraba a interrogarlo el visir, que les preguntaba a los desdichados conversos «qué mal habían descubierto en sus propias fes, que andaban tan ansiosos por cambiarlas, y los reprendía como personas despreciables y sin principios».)[219]

Masson se pasaba los días paseando por Kabul. El bazar de la ciudad era una de las maravillas de Asia. A Mohan Lal, un estudioso indio que viajaba con Alexander Burnes (y que evitó que lo mataran más de unas cuantas veces), no le impresionaba cualquier cosa: se había criado en Delhi. Pero el bazar de Kabul lo dejó sin palabras. «Las galerías abovedadas del bazar exceden todo cuanto la imaginación pueda concebir. Las tiendas se alzan unas sobre otras, en escalones que relucen con un esplendor de oropel hasta que, por efecto de la elevación, todo se funde en una masa confusa y centelleante, como estrellas brillando entre las nubes.»[220] Masson iba abriéndose paso de un puesto al siguiente, examinando el surtido

invernal de «patos salvajes y gorriones»,[221] sin la menor idea de que había alguien vigilándolo.

La Compañía de las Indias Orientales contaba en Kabul con un espía atareadísimo, que seguía muy de cerca las idas y venidas de los forasteros. Poco después del regreso de Masson desde Bamiyán, el espía informó de que «mientras estaba sentado en un puesto del bazar, pasó por mi lado un hombre que tenía el aspecto de un europeo, los ojos grises, la barba roja, el pelo cortado al rape. No llevaba calcetines ni zapatos, iba con un gorro verde en la cabeza, y un cuenco de faquir o de derviche colgado al hombro. No tenía, sin embargo, mucha pinta de derviche, y daba la impresión de observarlo todo con la curiosidad de un extranjero. Le comenté al dueño de la tienda, que había estado en Rusia, que aquel hombre era ruso, y él respondió: «Sí, eso dicen todos los que lo ven, pero es afgano». El hombre, entonces, se perdió entre el gentío. Al cabo de unos días lo vi de nuevo, y lo abordé, pero no obtuve respuesta, y se alejó a toda prisa».[222]

Al poco, el informe del espía cruzaba ya las montañas camino de la India. Decidió que, la próxima vez que se encontraran, no dejaría que aquel forastero pelirrojo se le escurriera tan fácilmente.

Masson, entretanto, se pasaba las noches leyendo y trazando la ruta de Alejandro Magno. Lo de proponerse encontrar una ciudad perdida era sencillo, pero saber por dónde empezar, estaba descubriendo, era mucho más difícil.

En 1812, cuando andaba buscando la ciudad de Petra, Johann Ludwig Burckhardt se limitó a pedir indicaciones. Fue dando tumbos por Oriente Medio, disfrazado y presentándose como el jeque Ibrahim ibn Abdallah, y a todo el que se encontraba le preguntaba por Petra, una antigua ciudad comercial en las montañas de Jordania. Al final, le hablaron de un camino que conducía a un valle profundo y oculto, próximo a un mausoleo que, según decían, era el del profeta Aarón. Burckhardt tomó aquel camino, flanqueado por precipicios de arenisca que se alzaban más y más altos a lado y lado. El polvo se le quedaba pegado a la ropa. Y entonces, por fin, Petra se desplegó ante sus ojos:

> *No parece obra de la mano creadora del Hombre,*
> *forjada a imagen de una veleidosa fantasía*;
> *Sino que se diría surgida de la roca como por arte de magia,*
> *eterna, silenciosa, hermosa, solitaria [...]*
> *Una ciudad rosada la mitad de antigua que el tiempo.*[223]

Cuando volvió a Europa, aquel descubrimiento convirtió a Burckhardt en un nombre de referencia, pero en Jordania lo recibieron perplejos: el «descubrimiento» de Burckhardt hacía siglos

que era del dominio público. El sultán egipcio Baibars había visitado Petra en el siglo XIII, más de quinientos años antes.

Masson sabía que encontrar una de las ciudades perdidas de Alejandro no sería tan fácil. La mayor parte de Alejandrías estaban literalmente perdidas: aún hoy, nuestras conjeturas sobre su posible ubicación son poco más que alfileres clavados en un mapa. «En la mayoría de casos, los factores cruciales que nos permitirían identificar tal o cual emplazamiento antiguo con una ubicación moderna sencillamente no existen —afirmaba no hace mucho Peter Fraser—, y debatir sobre preferencias es inútil. Cualquier tentativa de ser más precisos que la fuente antigua conduce a un callejón sin salida.»[224] Pero Masson, envuelto en pieles de oveja junto al fuego en Kabul, supo pronto qué Alejandría buscaría.

En el año 329 a. de C., Alejandro estaba a los pies del Hindú Kush, atisbando al este un mundo desconocido.[225] Su ejército y él habían llegado más lejos que ningún otro griego antes. Habían logrado victorias aún mayores que los héroes de antaño. Los límites de la tierra estaban al alcance de su mano. «Alejandro llegó al monte Cáucaso —contaba Arriano—, donde fundó una nueva ciudad a la que llamó Alejandría, ofreció los tradicionales sacrificios a los dioses y atravesó el Cáucaso.»[226] Se asentaron allí 3000 de sus hombres: soldados demasiado viejos o enfermos para seguir adelante. Al igual que Masson, encontraron un nuevo hogar en una tierra extraña.

Tras la muerte de Alejandro, aquella Alejandría al pie de las montañas, o Alejandría del Cáucaso, como se la terminó conociendo, prosperó durante siglos.[227] Situada en las fronteras del imperio, se la dejó a su propio gobierno. Mil años después de la muerte de Alejandro, un viajero chino escribió efusivamente sobre ella. Al abrigo de las montañas del Hindú Kush, rica en árboles frutales, seguía despertando admiración.[228] Y luego, se fue desvaneciendo poco a poco en la memoria.

Masson sabía que Alejandría del Cáucaso bien podría haber sido una ciudad asombrosa. La Alejandría de Egipto, la más famosa de las ciudades de Alejandro, era una de las glorias del mundo antiguo: un punto de encuentro cultural e intelectual sin parangón, en el que estudiosos, comerciantes, artistas y escritores desarrollaron nuevas formas de entender el mundo. ¿Podría ser que hubiese antiguos teatros ocultos en Afganistán? ¿Templos dedicados a dioses extraños? ¿Palacios de reyes desconocidos? Todo era posible. No todas las ciudades perdidas son reales (nadie encontrará la Atlántida), pero esta sí lo era. En algún punto de Afganistán, sepultados bajo el tiempo, la tierra y la nieve, yacen los restos de una ciudad fabulosa.

A lo largo de más de mil años, Afganistán había representado una laguna en el conocimiento occidental. En 1833, los estudiosos creían

que Alejandría del Cáucaso se encontraba bajo la moderna Kandahar, a casi quinientos kilómetros de Kabul. Masson sabía que se equivocaban: eso supondría que el ejército de Alejandro había cruzado Afganistán de norte a sur, a pie, en tan solo diez días.[229] Las ampollas de sus pies le confirmaban que era imposible. La ciudad tenía que estar mucho más cerca de Kabul. Pero ¿dónde?

Los historiadores antiguos de Alejandro no representaban ninguna ayuda: pocas veces se había visto una panda menos digna de crédito. El más fiable, Arriano, en su vida puso un pie en Afganistán. Su relato está plagado de portentos estrambóticos y anécdotas dudosas (si las batallas de Alejandro sonaban sosas, ¿por qué no incluir un interludio con amazonas?).[230] No dedica más que unas pocas líneas a la fundación de Alejandría del Cáucaso; aunque sí se prodiga mucho más en la historia de una ciudad afgana que sería una intrepidez buscar: Nisa.

Cuando el ejército de Alejandro se plantó ante los muros de esta ciudad, cuenta Arriano, sus habitantes mandaron una delegación a recibirlo, ataviados con sus mejores trajes. «Esta embajada entró en la tienda donde Alejandro se encontraba, cansado y polvoriento del largo camino, aún con sus armas, ceñido su casco y con su lanza en una mano. Al verle, todos se quedaron atónitos y cayeron a tierra manteniendo un prolongado silencio.» Le contaron a Alejandro su historia. La ciudad la había construido nada menos que el propio Dionisio, el dios griego del vino y el desenfreno. «Después de haber sometido a los indios, de regreso al mar griego, fundó esta ciudad con los soldados inútiles ya para la guerra, que eran también sus adoradores, para que perdurara como memoria de sus andanzas y victorias para los hombres futuros, al igual que tú mismo has fundado Alejandría en el monte Cáucaso, o la otra Alejandría en Egipto, o esas otras muchas ciudades que has creado ya o vas a crear en el futuro como demostración de que tus hazañas han sobrepasado las del dios Dioniso.»[231]

Este era el único punto de partida con el que contaba Masson. Y no bastaba.

* * *

Kabul era una ciudad de cuentistas. Incluso en los rigores del invierno, «en las zonas más populosas de la ciudad hay cuentistas entreteniendo a los ociosos, o derviches pregonando las glorias y gestas del Profeta. Si aparece por allí un panadero, estos honorables personajes le exigen una torta en nombre de algún profeta; y a juzgar por el gran número que desempeña esta ocupación, debe de ser provechosa».[232]

Las historias que contaban eran cosas disparatadas, rijosas, desternillantes. Con frecuencia, trataban de las desventuras del mulá

Nasrudín. Este era un sátiro y filósofo sufí del siglo XIII: el perfecto sabio y el perfecto bufón. Los cuentistas afganos seguían dejando al público embelesado con sus infortunios: todavía hoy, hay alguien, en alguna parte, contando alguna de sus historias.

Cierto día, Nasrudín tenía hambre, de modo que se coló en un huerto y empezó a llenar el saco. Pronto, el dueño lo descubrió y se acercó corriendo.

—¿Qué te crees que haces tú en mi huerto, exactamente? —preguntó a Nasrudín.

—Cuánto lo siento —respondió este—. Ha sido un terrible accidente: el viento me trajo volando hasta aquí.

—Entonces, ¿por qué están arrancadas todas mis verduras y hortalizas?

—Eso se explica solo. Estaba intentando que no se me llevara el viento de nuevo. A algo tenía que agarrarme.

—Muy bien —dijo el dueño—. Pero respóndeme a eso: ¿cómo han terminado dentro de tu saco?

—Pues mire, yo mismo me lo estaba preguntando.[233]

Masson escuchaba a los cuentistas, esperando hallar alguna pista sobre la ubicación de Alejandría.[234] Y, entre los chistes de suegras y las historias del mulá Nasrudín y su borrico, oyó algunas cosas muy curiosas: «historias extrañas de un sinfín de monedas y demás reliquias encontradas en el llano de Bagram, a unos sesenta kilómetros de Kabul.[235] La presencia de monedas y objetos antiguos sobre la superficie tal vez indicara que había estructuras muchísimo más considerables justo bajo tierra, igual hasta una ciudad entera. ¿Podía ser que esas historias del bazar lo guiaran hasta un lugar que ningún estudioso había logrado encontrar?, se preguntaba Masson.

Se acercaba la primavera. Pronto tendría la oportunidad de averiguarlo por sí mismo. A medida que se fundía la nieve, «a consecuencia del barro, los muros de los edificios quedaban completamente saturados de humedad, los cimientos cedían a la presión del peso sobre ellos, y muchas casas se venían abajo. Un tremendo estruendo anunciaba cada accidente».[236] En los campos que rodeaban Kabul, Masson vio que la hierba comenzaba ya a despuntar, y una «florecilla con seis pétalos blancos» que asomaba de la tierra encharcada.[237] Los mercados empezaron a llenarse de espinacas y de productos de temporada.[238] Las ranas —los «ruiseñores de las aguas», como las llamaban pesarosos los afganos— se volvieron ruidosas, en celo, y abundantes.[239]

Entretanto, el espía de la Compañía de las Indias Orientales había seguido vigilando al derviche pelirrojo. Y había descubierto algo interesante. Un día, en el bazar, un hombre se llevó a Masson aparte y le suplicó que curase a su hijo enfermo. Masson, a regañadientes,

accedió a visitar su casa: «al ver al hijo, adujo que no tenía sus medicinas consigo; si no, lo curaría. El hombre le pidió que anotase el nombre del remedio para hacerse con él; a esto el derviche respondió que no se podía conseguir en la India. Entonces, le pidió un ensalmo, y el derviche, tras murmurar para sí, sacó tinta y una pequeña pluma y anotó algo en un papel», como solían escribir los hechizos los santones, «y luego lo arrojó al fuego», proclamando: «Tú hijo sanará». A continuación, se esfumó de nuevo entre la multitud.[240]

Pese a que no pudo ayudar al hombre, Masson pensó que, al menos, no se había salido de su personaje. No era consciente de que había cometido un error fatal: al escribir el hechizo para aquel niño enfermo, lo había hecho instintivamente de izquierda a derecha, a la manera occidental, y no de derecha a izquierda.[241] Cuando el hecho llegó a oídos del espía, sonrió: aquel derviche no era ningún afgano. En su mente, andaba ya redactando su siguiente informe.

Masson, por su parte, estaba cada vez más convencido de que Bagram era el emplazamiento de la ciudad perdida de Alejandro. Pero si se presentaba allí con una pala sin anunciarse, aun si daba en el blanco, terminaría como el mulá Nasrudín en la historia: con un saco lleno de hallazgos en las tierras de otro, tratando en vano de explicarse.

Decidió ir paso a paso.

Un amigo suyo tenía unas tierras a las afueras de Kabul. Los campos que rodeaban la ciudad estaban salpicados de montículos artificiales: algunos enormes e imponentes, otros relativamente modestos. Masson no tenía recursos suficientes para excavar en uno de los «gigantescos», que «habrían requerido de una inversión considerable; sin embargo, los restos antiguos secundarios tal vez recompensaran el trabajo dedicado y, sondeando la reacción que generaban mis excavaciones, podría allanar el camino para cuando estuviese en condiciones de acometer los monumentos principales. Sin pedir permiso a nadie, emprendí las operaciones sobre uno de los montículos».[242] Algunos conocidos afganos de Masson aceptaron ayudarle. No tenía ni idea de qué era aquel montículo, ni de qué época databa —estaba «compuesto de dos niveles, uno inferior y otro superior, provisto de cuevas»—,[243] pero tanto podía tener doscientos años como dos mil.

Masson comenzó por las cuevas. «Las entradas eran tan pequeñas que había que escurrirse a gatas, pero el interior de algunas era muy espacioso. En la entrada obstruida de una de ellas, tras observar que ciertos fragmentos de tierra se habían pintado con una capa de blanco y azul de lapislázuli, nos sentimos inclinados a despejar la tierra y encontramos una entrada abovedada, y a un lado de esta, una imagen pintada con blanco y rojo de plomo».[244] Tras unos cuantos días

excavando, Masson halló un camino hacia el centro del montículo: dentro, había una «cámara abovedada, con gravados ornamentales, que se apoyaba en dos esbeltas columnas. En ella descubrieron los restos de varias imágenes de arcilla; solo las cabezas de las dos más grandes estaban lo bastante intactas para soportar un traslado».[245] Después de las maravillas que había visto en Bamiyán, descubrir apenas unos fragmentos de esculturas fue algo decepcionante. Sin embargo, incluso en este recoveco húmedo y deslucido, se podían adivinar riquezas y colores deslumbrantes. «Pudimos determinar, a partir de leves rastros, que las figuras estaban pintadas originariamente con capas de pintura roja y blanca, y que la última se había recubierto con una superficie de pan de oro. El cabello de las cabezas, dispuesto exquisitamente en rizos, estaba pintado en su día de un color azul celeste. Y también la propia cámara estaba adornada con pan de oro y lapislázuli.»[246] Igual que en Bamiyán, halló vestigios de una civilización desaparecida: el montículo contenía seguramente las ruinas de una antigua ermita budista. Pero Masson tenía ahora la mentalidad de un arqueólogo, no de un viajero. Ya no se conformaba con ver el mundo: quería descubrir lo que se ocultaba bajo la superficie. Deseaba conocer sus secretos.

Cuando los amigos de Masson se enteraron de lo que andaba haciendo, se quedaron horrorizados. Los rumores volaban en Kabul, y «mis investigaciones pasaron a ser la comidilla en la ciudad». «Mis amigos me suplicaron que desistiera de tales empresas en el futuro, alegando que el país no era bueno, y tampoco la gente, y que seguramente acabaría metido en problemas. Yo sonreía, tratando de calmarlos, y les señalaba que poco caso me harían mientras los frutos de mis exploraciones fuesen solo ídolos rotos».[247]

Cuando Akbar Khan, el hijo de Dost Mohammad, llamó a Masson a palacio unos días después, comprendió cuán equivocado estaba. Envolvió sus hallazgos con todo el cuidado que pudo y subió por las calles sinuosas de Kabul hacia el alcázar de Dost Mohammad, el Bala Hissar. Se alzaba, alto, frío y aislado, sobre un cerro que coronaba la ciudad. Mientras atravesaba los grandes arcos de la entrada, Masson se preguntó qué lo esperaba dentro. Él había contado con pasar desapercibido. Saltaba a la vista que no había sido un buen plan.

En realidad, no tenía de qué preocuparse: Akbar Khan se mostró encantado con aquel extranjero menudo y harapiento que arrastraba un saco lleno de esculturas antiguas. Insistió en ver los hallazgos de Masson. Aquella tarde, el desertor y el príncipe pasaron horas juntos, examinando una pieza tras otra, demorándose en un rizo de cabello, en un ojo perfectamente esculpido. Ni uno ni otro sabían qué era lo que Masson había encontrado, pero ambos sabían reconocer la belleza cuando la tenían delante. Akbar Khan «se quedó embelesado con un

par de cabezas femeninas, y se lamentó porque las bellezas ideales de la escultura no pudiesen materializarse en la naturaleza».[248] Cuando uno de sus asistentes comentó entre dientes que Masson se estaba apropiando de cosas que no le pertenecían, el príncipe «comentó a los que insinuaban que yo iba detrás de tesoros que mi único propósito era el avance de la ciencia, lo que me reportaría reconocimiento cuando regresara a mi país natal». Masson acababa de hacer un amigo muy inesperado y muy valioso. «En adelante, persistió entre nosotros cierta amistad, y pasé a sentarme con bastante regularidad a su mesa de té».[249]

Masson, entre dudas, le mencionó a Akbar Khan sus aspiraciones: las historias que había oído sobre Bagram y sus deseos de excavar allí. Para su sorpresa y alegría, pronto tuvo entre las manos un fajo de cartas firmadas por el hijo de Dost Mohammad y dirigidas a los jefes locales y a los líderes tribales de las zonas que rodeaban Kabul. Todas con un único mensaje: dadle a este hombre lo que pida.[250]

La primavera había dado paso al verano. Los mercados estaban abarrotados de nuevo: los puestos rebosaban de fruta, verdura, hortalizas y delicados dulces, colocados sobre «pilas cuadradas y cristalizadas» de nieve limpia y fresca que destellaba al sol.[251] «Los arrieros la traen en grandes cantidades con sus mulas, y también porteadores particulares, y nunca le niegan un trago de agua helada al sofocado mendigo que se lo pida.»[252]

Un día de verano, con las flores ya en pleno estallido, Masson partió de Kabul. Tras meses de planificación, estaba preparado para averiguar si Bagram podía ser, en efecto, el emplazamiento de una de las ciudades perdidas de Alejandro. «Un objetivo primordial de mis exploraciones —decía— era determinar si existía algún vestigio que pudiese aventurarme a vincularla con Alejandría [...], cuya ubicación, no me cabía duda, debía buscarse en las inmediaciones del Hindú Kush.»[253] Una multitud salía en tropel de la ciudad, buscando la sombra de los jardines que la rodeaban. «Los criadores de pájaros llevaban en jaulas tapadas sus alondras y ruiseñores», mientras en los jardines, «el gentío se arremolinaba en torno a los cuentistas profesionales», con los rostros «exaltados» y llenos de asombro.[254] «El gran empeño de un kabulí —tal como comprendió Harlan durante su estancia en la ciudad— es idear y disfrutar los placeres de la vida, proclamando con entusiasmo: “El placer de cada instante es una bendición; hay que vivir la vida, porque mañana estaremos muertos”.»[255]

Cuando llegó a las llanuras de Bagram, Masson quedó prendado. «El curso serpenteante de sus ríos, el aire pintoresco de sus castillos y jardines, el verdor de sus pasturas, los contornos marcados y diversos de sus colinas, coronadas por las cumbres nevadas del Cáucaso,

componían un paisaje de una belleza casi inconcebible.»[256]

Por el camino, le habían contado la historia de Muhammad Shah Khan, un tejedor local que «se levantó una mañana creyéndose destinado a ser padishá de Delhi. Cogió su mosquete y salió de casa él solo; disparó a los dos o tres primeros hombres que se cruzó para demostrar que iba en serio y se encaminó a Kabul». Al poco, «se le fueron uniendo hordas de gente. A la cabeza de cuatro o cinco mil hombres, entró en Kabul».[257] Se contaba que el tejedor había gobernado la ciudad un invierno entero, hasta que consiguió reunirse un ejército lo bastante numeroso para derrocarlo. En Afganistán, con la suerte de tu lado, todo era posible.

La suerte, sin embargo, no parecía estar del lado de Masson. En uno de los primeros pueblos a los que llegó en Bagram, los aldeanos «se inclinaron por divertirse a mi costa, y cuando entré en el bazar, incurrí en el peligro de ser hostigado por la muchedumbre, mientras los granujas se pasaban la voz unos a otros de que había llegado un "bicho raro"».[258] A Masson las bromas le traían sin cuidado: sabía que tenía una pinta extraña, incluso en sus mejores momentos. Pero bromas fue lo único que sacó de allí. Todo al que preguntaba, en un pueblo tras otro, le respondía lo mismo: que las historias eran inventadas; que nadie había encontrado nunca monedas antiguas por aquellas tierras. En uno de estos pueblos, «había siete mercaderes hindús de renombre —escribió Masson—, sin embargo, nuestras demandas de monedas fueron en vano».[259] Masson dio la vuelta entera al llano, sin ningún resultado. Le decían, una vez detrás de otra, que aquellas historias eran simples cuentos, nada más.

Se rindió. Emprendió, abatido, el camino de vuelta a Kabul.

Y entonces, en un pueblo a pocos kilómetros de Bagram, oyó de nuevo aquellos relatos. «Se contaban historias de aquel lugar, y de los tesoros encontrados allí, y aquello avivó de un modo tan intenso mi curiosidad que decidí repetir mi visita.»[260]

Masson regresó a la llanura, seguido por un grupo perplejísimo de jinetes agfanos que el jefe local había mandado para escoltar al «bicho raro». En el primer pueblo en el que pararon, Masson probó de nuevo. En un primer momento, la respuesta fue la misma de siempre: nadie tenía ninguna moneda, nadie había encontrado nunca nada. Masson se preparó para admitir la derrota.

Pero he aquí que un anciano sacó de pronto una antigua moneda de cobre.[261]

Masson la examinó a la luz. Magullada, abollada y antiquísima, era como un mensaje llegado de otro mundo. El rostro de un rey desconocido y una leyenda en alguna escritura antigua le devolvieron la mirada. Aquella moneda le estaba diciendo que las historias tal vez fuesen ciertas. Obligó al anciano a aceptar su dinero, mucho más de lo

que valía la moneda.

Al instante, todo cambió. En cuanto los aldeanos comprendieron que Masson tenía intención de pagar por aquellas monedas, fueron desfilando discretamente uno tras otro y reaparecieron con bolsas repletas. La hambruna se transformó en un festín: Masson hurgaba en las bolsas como un hombre famélico al que le acabasen de plantar delante un banquete. No podía permitirse comprar muchas, así que escogió amorosamente las mejores piezas, «como convenía a mi propósito. Tuve la satisfacción de adquirir unas ochenta monedas, de una clase que me invitó a anticipar magníficos resultados en el futuro».[262]

Los aldeanos habían temido que, si le revelaban a Masson aquellos tesoros, él se limitaría a arrebatárselos por la fuerza. Aún peor: que los emplearía «en trabajos forzados para peinar toda la llanura en busca de reliquias, motivo por el que habían decidido, en lo posible, ocultarme su existencia. Supe luego de boca de un herrero que, la primera vez que lo abordé, contaba [...] con unas quince libras de monedas antiguas, que sus compañeros lo disuadieron de enseñarme».[263]

Al cabo de unas horas de feliz regateo, «se había corrido la voz de que había un farangi que quería alistar soldados, por lo que llegó de los castillos vecinos una multitud para preguntar si era verdad, y cuál era la paga. Pensé que era mejor marcharse».[264]

Masson regresó a Kabul pletórico y con los bolsillos cargados de pasado. Las historias sobre Bagram —esas historias que le habían contado en el mercado de Kabul, y las fábulas del mulá Nasrudín— habían sido siempre ciertas.

¿Había encontrado entonces la Alejandría del Cáucaso?

Sabía que estaba cerca: tal vez en ese mismo momento estuviese cabalgando sobre las ruinas de los muros de Alejandro. Pero un puñado de monedas no demostraba nada. Estaban tan magulladas que resultaban casi indescifrables, y no parecía que ninguna representara al propio Alejandro. E, incluso así, encontrar una moneda en la que apareciese tampoco confirmaría que se encontrara allí una de sus ciudades. «La presencia de montículos, el hallazgo casual de monedas y otras antigüedades, se acostumbran a tomar por un indicio del emplazamiento de una ciudad, pero puede ser que solo marquen la ubicación de su cementerio.»[265] Masson necesitaba algo mucho más tangible.

Tenía trabajo por delante.

De vuelta a Kabul cayó en la cuenta, un poco tarde, de que se había gastado todo su dinero.

6 El relicario de oro

El reino de Kutch quedaba en el extremo más occidental de la India, lindando con los grandes desiertos blancos, a unos 1200 kilómetros de Kabul. Era una región agreste, cubierta de sal, azotada por los vientos y abrasada por la canícula. Estaba gobernada desde un palacio ruinoso situado en el pueblecito de Buhj por el marajá Deshalji II, que compensaba su falta de poder con una superabundancia de títulos y de todo cuanto cayese en sus manos. El *Maharajadhiraja Mirza Maharao Sri* Deshalji II *Sahib Bahadur* convirtió su capital desértica en el reino más ostentoso de la India. El palacio estaba atiborrado de arañas de luces venecianas, fuentes con chorros de agua multicolor, intrincados relojes, palanquines, vitrales y un lúgubre hipopótamo disecado. En las paredes, colgaban voluptuosos retratos de damas europeas junto a un grabado titulado, lacónicamente, *Juerga con rameras*. Desde las almenas de su palacio, el marajá podía contemplar, más allá del pueblo, la hierba verde y los muros blancos de la Residencia británica, hogar del que tal vez fuese el hombre más avinagrado de la India, el residente de la Compañía de las Indias Orientales en Bhuj, Henry Pottinger.

Pensad en la persona más sumamente irritable que hayáis conocido nunca. Multiplicad por dos su irascibilidad. Tal vez así os acerquéis a imaginar cómo era Pottinger. Si lo dejáramos solo en un cuarto unos minutos, seguramente a la vuelta habría madurado un rencor eterno hacia el sofá y un par de tablones de la tarima. Hasta en su retrato oficial parece que esté a punto de soltar los papeles y pegarle un puñetazo al artista: tiene los bigotes erizados, y las mejillas inyectadas de un rojo furioso. Su capacidad para ofenderse solo se veía superada por su facilidad para caer enfermo. En su *finita* sabiduría, la Compañía de las Indias Orientales lo había puesto al frente de uno de los distritos más duros y delicados de toda la India. (Aún hoy, Kutch no es para tomárselo a broma. Cuanto más nos acercamos a la frontera con Pakistán, más virulentos se vuelven los carteles que flanquean la carretera: «Se abrirá fuego contra los intrusos».)

Pottinger no estaba capacitado para manejar los hilos del reino dorado y ruinoso del marajá. En verano, el calor le dejaba los labios y los ojos resecos, hasta que daba la impresión de que se le iban a fundir en las cuencas. La mayoría de mañanas, se despertaba y no sabía con qué enfurecerse primero: si con los bandidos, con el marajá, con sus ineptos subordinados, con sus ineptos superiores, con el tiempo, con

sus enemigos o todo a la vez. Por lo general, optaba por todo a la vez.

Un día, en 1833, pocos meses antes de que Masson partiera hacia Bagram, resultó que Pottinger no estaba enfadado. Estaba intrigado. Acababa de recibir una carta inesperada desde Kabul. Venía escrita en papel ruso de color azul, con la inquietud de un desconocido ansioso por causar buena impresión, y llena de chismorreos sobre la corte de Dost Mohammad y las intrigas de Haji Khan. Pero al autor le interesaba mucho más el pasado que el presente. «Mi objetivo concreto en estos países consiste en apoderarme de sus antigüedades —decía—. Y mis esfuerzos no han sido infructuosos.» ¿Querría Pottinger, le preguntaba, saber más sobre sus hallazgos? Si así fuera, «estaré en Kabul al menos los próximos seis u ocho meses, y me llegará cualquier misiva destinada sencillamente a Masson, Farangi, en el barrio conocido como Bala Hissar».[266]

«Le ruego me perdone por dirigirme a usted —decía Masson—, a quien no conozco personalmente.»[267] No era eso lo único por lo que habría que perdonarlo, aunque Pottinger no tenía ni idea de que su nuevo amigo por correspondencia era un desertor en busca y captura. La carta de Masson era ávidamente reveladora sobre todo menos sobre sí mismo. Establecer correspondencia con un funcionario de la Compañía de las Indias Orientales —alguien que lo habría arrestado sin mediar palabra de saber toda la verdad— era una temeridad incluso para él. Pero, estando en Persia, Masson había oído hablar de Pottinger: y lo único que hacía sombra a su irritabilidad, decían, era su obsesión por el pasado. A Masson aquello le pareció maravilloso. Y necesitaba aliados.

Uno puede cruzar una montaña solo. Tal vez no sea lo más aconsejable —de hecho, sería imprudente en extremo—, pero es factible. Lo que no es posible es excavar una ciudad perdida sin ayuda. No se ha hecho jamás. Si tuviera una pala y suficiente determinación, conseguiría quizás, al cabo de unas semanas, abrir una zanja y desenterrar un muro. Sin embargo, incluso así, dando por hecho que, por una milagrosa fortuna, uno cavara precisamente en el lugar correcto a la primera, ¿cómo iba a levantar él solo esos bloques de mampostería? Y luego —Masson lo tenía presente—, estaban los problemas reales. Si lo lograba, si contra todo pronóstico conseguía encontrar algo más que «ídolos rotos»,[268] ¿qué? ¿Cómo iba a llevar las piezas hasta Kabul? ¿Cómo iba a pagar el traslado hasta la India, y no digamos ya hasta Gran Bretaña? ¿Quién cuidaría de ellas en el camino, y quién estaría allí para recibirlas en su destino? (Por desgracia, faltaban todavía muchos años para que los arqueólogos comprendiesen que llevarse el legado de un país sin el consentimiento de su población y dejar los yacimientos desvalijados eran prácticas absolutamente destructivas.) Masson esperaba que Pottinger lo

pudiese ayudar.

Cuando regresó a Kabul, todavía abrumado por los descubrimientos en Bagram, era pleno verano. Los mercados estaban llenos de lechugas y de ciruelas verdes, albaricoques, rábanos y pepinos. En los jardines que bordeaban las murallas de la ciudad, las rosas estaban en flor, y su aroma seguía flotando en el aire todo el largo atardecer.[269] Masson fue a sentarse en los ruinosos jardines de recreo de Babur, el primer emperador mogol —los templetes descuidados, el césped crecido, los caminos invadidos de malas hierbas, los árboles cargados de fruta—, para ver la puesta de sol. Los jóvenes de todo Kabul se reunían allí: los hombres tropezando unos con otros mientras jugaban caóticamente a saltar al potro; las mujeres cantando y tocando la pandereta.[270] «Todo irá en decadencia», escribió.[271] Pero era una completa «delicia».[272]

Masson tenía motivos para estar animado. Cuando volvió a la ciudad, había una carta de Pottinger esperándolo. No solo le respondía muy afectuosamente, sino que le mandaba algo de dinero para financiar las excavaciones. Masson no tenía palabras para expresar su gratitud: «En respuesta a esta prueba de bondad, le ruego que acepte mi mayor agradecimiento —le escribió a Pottinger—. He tenido la mala fortuna de desperdiciar una enorme cantidad de tiempo desaprovechado en Kabul, incapaz de proseguir, debido a las limitaciones inmediatas. Su amabilidad, ahora, ha venido a liberarme [...] Tengo extremo interés en localizar los diversos lugares que se enumeran en la expedición india de Alejandro Magno, y en muchos de ellos espero obtener resultados satisfactorios.»[273]

Masson tuvo aquel verano otro asiduo visitante: Karamat Ali, el espía en Kabul de la Compañía de las Indias Orientales. No estaba siendo un buen año para él: «Habría querido permanecer en el anonimato, pero habían interceptado una de sus cartas, con destino a Herat; su existencia y la naturaleza de su empleo habían quedado reveladas, y lo habían confinado en la prisión de Dost Mohammad Khan».[274] El hermano de este, Jabar Khan, dejó libre al agente *no tan secreto* cuando este le hubo prometido que no volvería a escribir jamás una sola palabra sobre Dost Mohammad. Después de eso, Karamat Ali decidió que dar vueltas de tapadillo por Kabul para la Compañía de las Indias Orientales era una ocupación escandalosamente sobrevalorada y decidió mudarse a la corte de Jabar Khan.

Un día, durante el ramadán, llamó a la puerta de Masson. Se presentó, con mucha pompa, como «agente del Supremo Gobierno de la India» y se invitó a almorzar.[275] A Karamat Ali no le gustaba ayunar, y la casita de Masson en el barrio armenio era uno de los pocos sitios en Kabul donde podía infringir el ayuno discretamente. Masson contó «con su frecuente compañía» el resto del ramadán.[276] El

espía comió muy bien y no volvió a contarle nada más sobre Masson a la Compañía de las Indias Orientales.

Sentado en los jardines de Babur, Masson trató de averiguar qué era lo que había encontrado en Bagram. Inspeccionó las monedas que había comprado allí, esperando detectar algún detalle, alguna palabra, que lo ayudase a comprender qué tenía delante. Los rostros de reyes desconocidos le devolvieron la mirada. ¿Serían los reyes de Alejandría? Masson no tenía apenas libros, de modo que ignoraba «qué era conocido y qué desconocido para el mundo europeo».[277] En realidad, aunque hubiese podido disponer de las mayores bibliotecas del mundo, no habría sido capaz de resolver aquel enigma. «Cuando Alejandro se marchó —decía un historiador reciente—, la oscuridad engulló las tierras.»[278] Si quería encontrar Alejandría, Masson debía aclarar una cuestión que nadie había sabido resolver en un millar de años: ¿qué ocurrió después de que Alejandro dejara Afganistán?

La carta de Pottinger no era la única sorpresa que aguardaba a Masson cuando volvió de Bagram. A unos kilómetros de la ciudad, se encontró con un cazatesoros transilvano, Johann Martin Honigberger, «enfrascado en la demolición» de una estructura que Masson había estado inspeccionando durante meses: «uno de esos muchos edificios antiguos» que había en los alrededores de la ciudad.[279] A Honigberger le gustaba citar a Cicerón, practicar la homeopatía y romper cosas. Se había pasado los últimos cuatros años en la corte de Ranjit Singh en Lahore, y «mediante la práctica de la medicina y la elaboración de pólvora, había acumulado al parecer una considerable suma, y se disponía ahora a partir a Europa».[280] Honigberger era además el creador del cóctel favorito de Ranjit Singh: «arde más que cualquier whisky, quema como fuego. [Ranjit Singh] se lo daba a beber, en particular, a los viajeros ingleses, para tratar de sonsacarles noticias».[281]

Para Honigberger, aquellos yacimientos antiguos de Afganistán olían a dinero. Masson se pasó los meses de verano viéndolo trajinar con el pico en una ruina tras otra, en busca de objetos valiosos. «Me habría gustado ser yo el primero en excavarlos; que se me hayan adelantado se debe por entero a mis estrecheces —escribió, con pesar —. He tratado de recaudar fondos en Kabul, y los voy consiguiendo, aunque ante tan tremenda pérdida, tal como están las cosas, solo puedo quedarme quieto.»[282] Honigberger se recreaba mostrándole a Masson sus hallazgos, enseñándole una «soberbia medalla de oro» que había desenterrado cerca de Kabul. Le dijo alegremente que él no estaba «versado en historia antigua», y que no tenía ni idea de qué podían ser aquellas piezas, pero que «eran valiosas».[283]

(Las técnicas de excavación del propio Masson, desde luego, harían palidecer horrorizado a cualquier arqueólogo moderno. Hace

mucho que los picos y la fe fueron reemplazados por georradares y pinzas. Pero en comparación con muchos arqueólogos del siglo XIX, Masson era meticuloso. Décadas más tarde, Heinrich Schliemann excavaría el yacimiento de la antigua Troya con dinamita.)

Confiando en distraer a Honigberger, Masson le propuso que salieran juntos de Kabul y pasaran unos días en el campo. «Tenemos objetivos distintos —escribió Masson, esperanzado—, el doctor centra su atención en la historia natural, y yo mismo, en las antigüedades y la geografía del país.»[284] Honigberger apareció con una mula, un montón de sacos vacíos y un secretario montado «en un poni del Punyab con muy mal genio».[285] «Recogía cada planta en la que reparaba su atención»; la arrancaba de la tierra y la aplastaba entre las páginas de un grueso libro negro. Masson observaba con consternada fascinación cómo sus dedos se afanaban, pegajosos de savia, removiendo y aplastando.[286]

En otoño, otros dos viajeros llegaron a Kabul. El doctor James Gerard y Mohan Lal habían hecho escala en la ciudad en 1832 con Alexander Burnes, «el segundo Alejandro».[287] Ahora, iban de vuelta a la India. Gerard estaba casi tan fascinado por la historia antigua de Afganistán como Masson, y cayó rendido ante aquel cuentista tímido y andrajoso. «La vida de Masson había sido errabunda y un reguero de vicisitudes —relataba—. No pasará inadvertido que yo, como viajero, me sienta predispuesto a favor del señor Masson, [...] sin embargo, posee unos méritos que no son del orden común»:[288]

Sus investigaciones subsiguientes, de las cuales tengo en parte conocimiento, procuran una clase de inteligencia y de aplicación de las que no es fácil encontrar paralelo. [...] Sus últimos descubrimientos comprenden antigüedades de Afganistán, donde Bamiyán y Bagram destacan como objetivos de gran interés: la primera es famosa por sus ídolos gigantes, pero todo nuestro conocimiento al respecto se limita a ese escaso hecho. El señor Masson, escalando las montañas, halló numerosas imágenes, leyendas e inscripciones. La segunda [Bagram] es posible que corresponda a Alejandría. [...] Sumamente culto, y muy por encima del nivel general de incorporaciones sociales, su atención abarca todo cuanto le rodea.[289]

Había algo en la singularidad de su obsesión, y en su voluntad de apostarlo todo en ella día tras día, que convertía a Masson en una compañía embriagadora. Gerard no recordaba la última vez que había topado con alguien tan fervientemente vivo.

De puertas para adentro, la vida en Kabul era un desmadre. Babur solía decir que la ciudad «era el mejor lugar del mundo donde beber vino».[290] Dost Mohammad había demostrado durante años tener mucho más saque que sus cortesanos, pero hacía poco «había

renunciado al vino, y ordenado a sus súbditos, bajo penas severísimas, que fuesen igualmente abstemios».[291] La prohibición fue tan eficaz como acostumbran a serlo todas: «una sola rupia» servía todavía para comprar «cuarenta botellas de vino o diez de brandy».[292] Durante su estancia en Kabul, Harlan terminó envuelto en una fiesta nocturna particularmente agitada en la que «el músico principal bebió de más y terminó insultando al nabab [Jabar Khan] con la sinvergonzonería de un borracho desquiciado, con todo lo cual su alteza se rio de buena gana, y con campechana paciencia. Un mulá que había tomado un buen trago de brandy peleón se quedó clavado en mitad de sus genuflexiones, incapaz de enderezarse. Pero pasara lo que pasase, ocurría siempre en la confidencialidad entre afganos, que no se delataban entre sí, por estas orgías ilícitas, ante la comunidad, austera y ejemplar».[293] Las fiestas de la ciudad dejaban a Masson sin aliento.

Llevaba años viviendo día a día, paso a paso. Ahora estaba empezando a imaginar lo que tal vez le deparase el futuro.

Sus hallazgos se multiplicaban. «Descubrir una localidad tan interesante como Bagram me reportó una ocupación nueva, grata, y cabría esperar, no exenta de beneficios. Aprovechaba cualquier oportunidad de visitarla —contaba—. Antes del comienzo del invierno, cuando el llano, cubierto de nieve, queda vedado a las exploraciones, había acumulado ya mil ochocientas sesenta y cinco monedas de cobre, así como unas cuantas de plata, y un buen número de anillos, sellos y demás reliquias.»[294] Había avanzado mucho: de falsear sus propios diarios a catalogar con esmero cientos de monedas; de sus primeros esbozos borrosos a esos cuadernos de Bagram llenos de detalles concienzudos.

Y, por primera vez en mucho tiempo, tenía amigos. Pottinger y Gerard —dos hombres que no se habrían parado ni un segundo a mirar al soldado James Lewis— estaban fascinados con Charles Masson. Aquella primera carta que le había mandado a Pottinger inauguró una correspondencia que pasó de afectuosa a chismosa, y de chismosa a alegre con tal rapidez que los cogió a ambos por sorpresa. La impresión que se llevó Gerard, por su parte, fue la del «mayor de los respetos por sus dotes, su iniciativa, su infatigable entrega, en investigaciones tan útiles e interesantes».[295]

No obstante, la nueva vida de Masson se apoyaba en unos cimientos nada profundos. Las rupias de Pottinger se habían esfumado en pocas semanas: «de las 164 rupias que recibí aquí en Kabul, una vez saldé las obligaciones contraídas durante el invierno, no me quedaron más que 80, y esas ya las he apurado».[296] Desesperado por seguir con sus excavaciones, fue adquiriendo deudas por todo Kabul. No tenía ni idea de cómo las pagaría.

Había, sin embargo, una buena noticia: después de llenar sus

sacos, «Honigberger andaba haciendo preparativos para partir a Bujará, y de allí, pasando por Rusia, a Alemania —informaba Gerard —, tras desvalijar y arrasar un sinfín de mausoleos [...] con espíritu de adelantarse a su contemporáneo [Masson], no tan afortunado pero más merecedor, y en gran detrimento de los loables e interesantes hallazgos de este, a causa de su incapacidad o desinterés por indagar más allá de la mera colección de restos, que imagino están destinados a colocarse al mejor postor de entre los eminentes académicos de su país. Los objetivos del señor Masson son de un orden superior, y se ocupan de la identificación de yacimientos antiguos, y de su relación con registros históricos, de cuya investigación cabe esperar buena cantidad de información interesante, si bien la escasez de recursos lo ha dejado muy a la zaga de su aventajado competidor».[297]

Pese a la pobreza y a las dificultades que afrontaba, Masson vio cómo, poco a poco, Afganistán iba desvelando sus secretos.

Les enseñó a Gerard y a Mohan Lal aquel montículo a las afueras de Kabul en el que había hecho sus primeros descubrimientos.[298] «El 7 de noviembre de 1833 —relataba Mohan Lal—, bajamos corriendo a dicho lugar y contratamos a nueve hombres para excavar.» Tras varios días, «desenterraron una preciosa estructura cuadrada, grande y cubierta; se había conservado tanto tiempo en ese estado que alguien podría pensar que la acababan de encalar. El interior estaba maravillosamente recubierto de oro y pintado con lapislázuli».[299] Para un martillo, todo son clavos; y para alguien en busca de Alejandro, todo es griego: Masson se preguntaba si ese montículo se habría levantado «inmediatamente después de la expedición de Alejandro Magno».[300] Pero cuando Mohan Lal puso un pie dentro, no tardó ni un segundo en comprender qué era lo que tenían delante: se trataba de una ermita budista, como lo eran también la decenas de montículos similares que había en los campos que rodeaban Kabul.[301]

Entretanto, las monedas de Bagram empezaron a revelar sus secretos. Masson examinó algunas de las mejor conservadas y, mientras copiaba las inscripciones, un carácter confuso tras otro, cayó en la cuenta de que aquello era griego antiguo. Todas las monedas llevaban estampadas las mismas palabras: «Basileus Basileon», «Rey de Reyes». Masson había encontrado dos piezas de su puzle: en cierto momento de la expedición de Alejandro Magno, los gobernantes de Afganistán habían usado el griego antiguo, y en cierto momento, Afganistán había sido un país budista. El resto de la imagen seguía siendo, por el momento, un misterio.

En cada uno de los pueblos que visitaba cuando regresaba a Bagram le ofrecían puñados de monedas antiguas. Eso significaba una cosa: que no había localizado el emplazamiento de un pueblo de poca monta, sino de una ciudad antigua con un «área inmensa», que se

extendió en su día por todo el llano, «a juzgar por los vestigios, que cubren una superficie de suelo de, tal vez, cincuenta kilómetros a la redonda. Que gozaba de prosperidad en tiempos de la soberanía griega, lo deduzco de las monedas encontradas allí».[302] Las dimensiones del yacimiento eran abrumadoras.

Tanto si se trataba de Alejandría como si no, Masson necesitaba dinero más que nunca. Calculaba que «1500 rupias me permitirían prolongar las excavaciones durante un año, puede que más».[303] No era una suma desorbitante —vendrían a ser hoy en día alrededor de 17 000 euros—, pero Masson sabía que no podía pedirle a Pottinger tanto dinero. Solo quedaba una opción: la propia Compañía de las Indias Orientales. «Si considera usted que la importancia del asunto lo merece, no tengo objeción alguna a que le proponga al gobierno de Bombay que me suministre fondos para proseguir con las labores de excavación —le decía a Pottinger por carta—. A cambio, todo lo que se obtenga lo pondré a su disposición.» Pero, al terminar, Masson lo pensó mejor y añadió una breve posdata: «Creo, pensándolo bien, que será mejor no hacerle ninguna propuesta a Bombay, aun cuando una cifra tal me permitiría hacer mucho y seguir tirando [...] Sería humillante recibir una negativa, y no veo por qué, siendo una suma tan pequeña la que se requiere aquí, debería situarme en una posición de dependencia».[304] Por desesperado que estuviese, no quería que los funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales hicieran indagaciones sobre el señor Charles Masson.

Al menos, Karamat Ali, el espía de la Compañía de las Indias Orientales, no representaba ya ningún peligro. Hacia finales de 1833 había dejado de informar sobre casi todo, menos de lo maravilloso que (él mismo) era. Y de lo poco que lo valoraban. Y de los pagos que le debían. «¿Qué sentido tiene, si no recibo ninguna compensación, ni un simple gracias por lo que he hecho? —se quejaba—. Ah, Dios te libre de un patrón falto de generosidad. Y aunque entre los sabios se considera altamente indigno loar los propios méritos, he escrito, sin exageración, la pura verdad: que ninguno de mis servicios ha recibido hasta el momento su justo reconocimiento.»[305]

Cuando la Compañía de las Indias Orientales insistió en que la informara de otros temas al margen de sí mismo, Karamat Ali empezó a inventar historias disparatadas sobre sus hazañas en Kabul. En lugar de reconocer que Dost Mohammad lo había enchironado, les contó a los británicos que tenía a la élite afgana comiendo de su mano: «Me he vuelto imprescindible para ellos —decía—. Los tengo en mi poder, y no ellos a mí. No se alarmen, solo deseo que sepan que me granjeado la confianza de todos, y de ahí que se guíen por mi consejo».[306] «No hay secreto, por tanto, que no me confíen, y no hay otro en quien depositen más confianza que en mí.»[307]

Un buen espía ha de ser impredecible: si miramos a la izquierda, él gira a la derecha. Karamat Ali había sido un buen espía en sus tiempos, pero ya no: si mirábamos a la izquierda, él giraba a la izquierda, y luego intentaba desviarse a la derecha, y luego tropezaba y se caía de morros. Ahora que apenas tenía noticias que transmitir, sus fantasías se fueron haciendo cada vez más elaboradas. Hacia finales de 1833, por ejemplo, informó de que Dost Mohammad y sus hermanos se habían reunido la noche anterior y habían decidido «entregar su país a los ingleses».[308]

Karamat Ali esbozaba la escena: un sanctasanctórum de palacio, y una reunión secreta entre los hombres más poderosos de Afganistán. Jabar Khan había dado un discurso apasionado, dirigiéndose a Dost Mohammad: «Yo, que soy tu hermano mayor, te digo que si desoyes mi consejo, no debes depositar en mí tus esperanzas, pues obedeceré a mi propia causa». «Ha sido siempre su aspiración —decía Karamat Ali del hombre que lo había sacado de la cárcel—, desde el mismo día de mi llegada, que los ingleses tomen posesión del país.» Dost Mohammad y sus hermanos proponían, por tanto, «que acudiera aquí algún sahib, que el gobierno del país se entregara a los ingleses, contemplando para ellos una dotación de seis o siete annas por rupia, o lo que pudieran acordar ambas partes, y ellos se retirarían de la vida pública [...] A esos que al principio hablaban siempre con amenazas, los he ablandado tanto que les podrán dar la forma que quieran —concluía—. En mi humilde opinión, cuanto antes tome en consideración el gobierno británico los asuntos de este país, mejor».[309]

El propio Munchausen se habría sonrojado contando semejante historia, pero Karamat Ali le cogió bastante cariño, pese a que no tenía una palabra de cierta. Lo indignó que el jefe de espionaje de la Compañía de las Indias Orientales no se lo tomase en serio (como el propio jefe de espionaje recogió con desgana en su informe) y se lamentó «de que no creyeran nada de lo que escribía, mientras que, si un sahib ocupase su puesto, recibirían sus palabras como se fuesen el Evangelio».[310]

Aquella caída en picado de Karamat Ali tuvo un efecto secundario inesperado: las cartas chismosas que le mandaba Masson a Pottinger pasaron a ser el mejor material de inteligencia que le llegaba a la Compañía de las Indias Orientales desde Afganistán.

El año 1834 Masson se hallaba en Bimaran, una aldea diminuta y desmoronada compuesta por una veintena de casas construidas en una antigua ruta comercial, a unos 140 kilómetros de Kabul.[311] Cinco gigantescos montículos artificiales se elevaban sobre ella. Masson sabía ya que eran yacimientos budistas. De hecho, los montículos eran estupas derruidas: cúpulas enormes, hechas de ladrillos y barro, que contenían reliquias sagradas. Durante siglos, mientras imperó el

budismo en Afganistán, las estupas fueron lugares de devoción. Los peregrinos las engalanaban de flores y las envolvían de oraciones. Cada estupa guardaba un tesoro dentro: a veces sencillas ofrendas votivas, otras plegarias escritas en finos rollos de papel, y en ocasiones oro y piedras preciosas.

En Bimaran, Masson estaba esperando, con el corazón en un puño, a que los trabajadores que había contratado llegaran al centro de una de estas estupas. «Después de despejar la cúpula, procedí a abrirla, y pronto contemplé presagios halagüeños —contaba—. Para mi alegría, los hombres dieron con un aposento cubierto de pizarra, pero, al abrirlo, no ofreció nada más que un poco de moho suelto, en el que, tras la más minuciosa inspección, y la posterior disolución en agua, no pudo hallarse un solo fragmento de hueso ni ningún otro resto.» Masson se desanimó. Tras varios días de trabajo, lo único que había encontrado era algo de polvo y una araña solitaria que había tejido su red en el interior de la estupa y que «salió muy airada de su recóndito escondrijo cuando nuestras manos profanas invadieron la privacidad de su refugio y permitieron la entrada de luz».[312]

Cerca de allí se alzaba otra estupa. Había sido sometida a uno de los asaltos de pillaje y destrucción de Honigberger, pero el transilvano no había logrado sacar nada de ella y se había retirado con las manos vacías. Masson tenía la corazonada de que podía quedar algo muy escondido dentro. Con sus últimos fondos, puso a sus hombres a excavar de nuevo, aunque no le habría extrañado no encontrar más que otra araña.

En el núcleo de la estupa, los obreros descubrieron, una vez más, «una pequeña estancia formada, como de costumbre, por recuadros de pizarra». Sin embargo, no estaba vacía. En el suelo había un receptáculo de pesada esteatita gris, y al lado, algunas monedas con la inscripción de siempre: «Basileus Basileon», «Rey de Reyes». Masson solo tenía ojos para el receptáculo. Despacio, con cuidado, levantó la tapa. La luz brilló y centelleó en las joyas y metales de su interior. Estaba lleno de «perlas negras, cuentas de zafiro» y gemas preciosas, y «en el centro, había un relicario de oro puro».[313]

Masson lo cogió entre las manos, atónito. Medía seis centímetros y medio de alto, llevaba incrustados granates del color del vino añejo, y tenía cerca de dos mil años. En algún momento del siglo I a. de C., uno de los maestros orfebres de Afganistán había batido y trabajado una lámina de oro para que contuviera ochos figurillas perfectamente definidas. En el centro estaba Buda, con la ropa formando pliegues, como las ondas de una túnica griega, y una pose que parecía sacada de la Atenas clásica o la Florencia renacentista: en *contrapposto*, con una rodilla flexionada y la mayor parte del peso apoyado en el otro pie. A sendos lados, dos grandes dioses hindús, Brahma e Indra.

Hoy en día, las imágenes de Buda están por todas partes: se fabrican a millones cada año, y podemos encontrar decenas de millones en cualquier rincón del mundo. Pero, en un principio, los budistas se resistían a retratar a Buda con forma humana. El primer arte budista era simbólico: solía representar un árbol de Bodhi, o las huellas de Buda. Lo que tenía Masson entre las manos era la primerísima imagen datable de Buda jamás encontrada, un descubrimiento revolucionario, equivalente a la primera representación conocida de Jesús. Posando como un griego, flanqueado de dioses hindús y las manos dispuestas en un mudra, un gesto con un sencillo mensaje: sois todos bienvenidos, la paz os acompañe.

7 Póthos

Allá donde fue Alejandro Magno, dejó historias tras de sí. En Egipto, lo adoraban como a un dios: en el oasis de Qasr el-Miqisba, en el desierto oriental, habían descubierto un templo en su honor. Pero en Grecia, lo consideraban un bárbaro: «no solo no [es] griego —decía el orador ateniense Demóstenes del padre de Alejandro, Filipo, y por extensión, de su hijo—, ni [está] relacionado con los griegos por algún lazo de unión, sino, incluso, ni siquiera bárbaro procedente de un lugar que se pueda nombrar, sino un miserable macedonio, oriundo de un país en el que antes ni comprar un esclavo diligente era posible».[314]

Aunque el conquistador viajó muy lejos, las historias sobre él llegaron más lejos aún. Existen una *Saga de Alejandro* islandesa y una épica armenia, un poema balinés y un romance francés. Y a lo largo de más de dos mil años, los relatos han seguido creciendo, y la historia ha entrado en el terreno de la leyenda. En la Europa medieval, Alejandro vuela hasta las estrellas llevado por grifos alados. Se cuela en el Corán (como «el de los dos cuernos») y en los cuentos populares de los judíos iraquís, donde también tiene cuernos, pero está tan acomplejado por ellos que se deja crecer el pelo hasta taparlos, y mata a un barbero tras otro para proteger su secreto. En Etiopía, Alejandro descubre una ciudad mágica en medio del desierto, llena de robots danzarines. En *Las mil y una noches*, en cambio, es él quien construye una ciudad mágica: la Ciudad de Bronce, «situada en el desierto andaluz» e «inaccesible, porque estaba cercada de encantamientos».[315] Alejandro es el rey de las historias. Durante más de dos mil años ha sido un traductor universal. Un historiador se refirió a él como «una botella que se puede llenar con cualquier vino».[316]

Sin embargo, hubo un lugar en el que, durante largo tiempo, fue casi imposible contar su historia: Persia.

Cuando Alejandro entró en Asia en el 334 a. de C., gobernaba el Imperio persa Darío III, Rey de Reyes. A los griegos, el imperio y la riqueza de Darío les parecían infinitas, pero tras pocos años de campaña, Alejandro dejó su poder totalmente destruido. Egipto cayó. Babilonia abrió sus puertas. Los ejércitos reales sucumbieron en el campo de batalla. Pronto, el poder de Darío se esfumó: sus ciudades fueron conquistadas, sus ejércitos huyeron y sus consejeros se volvieron contra él. En el 330 a. de C., el propio Alejandro le seguía los pasos, acortando distancia. El historiador griego Arriano relató así los últimos momentos del Rey de Reyes:

> *En una noche recorrió cuatrocientos estadios, para caer a la hora del alba sobre los bárbaros, que marchaban en desorden y desarmados, de modo que tan solo unos pocos intentaron resistir, mientras que la mayoría, al divisar a Alejandro en persona, huyeron sin esperar entrar en combate. [...] pero cuando Alejandro estuvo a sus talones, Satibarzanes y Barsaentes hirieron a Darío, y abandonándolo allí mismo, emprendieron de nuevo la huida con seiscientos jinetes; Darío murió poco después a causa de estas heridas, antes de que Alejandro lo encontrara.*[317]

El macedonio se había convertido en el Rey de Reyes. Para los persas, aquello era el mundo al revés; que los gobernase Alejandro era una idea tan inaudita como lo habría sido para los griegos tener a Darío de monarca de Grecia. La conquista supuso una profunda humillación nacional, y durante mucho tiempo, en Persia, fue la historia que no se podía contar.

Entonces, en torno al año 1000 d. de C., el poeta persa Ferdousí compuso su *Shahnameh*. Este Libro de los Reyes era la historia de Persia, desde la edad mítica a la edad histórica. No hay muchos libros que conserven su popularidad después de mil años: el *Shahnameh* es una excepción. En el Irán actual, el libro de Ferdousí es tan famosa como la de Shakespeare en el mundo anglohablante.

En el meollo de la obra, encontramos uno de los mayores ejemplos de apropiación cultural de la historia. Ferdousí narra el relato de Alejandro, o Sikandar. Al principio, todo nos suena: Sikandar lanza a su ejército contra Persia, gobernada por Darío, o Dara, según Ferdousí. Dara huye y Sikandar lo alcanza justo después de que sus cortesanos lo hayan apuñalado. Es aquí donde la historia cambia. Cuando Sikandar llega al lado de Dara, descubre que el rey sigue vivo:

Raudo como el viento del desierto,
Sikandar apoyó en su regazo
Al rey moribundo,
Y aguardó, sin aliento apenas,
A que Dara hablase.
Luego tocó su cara, y le dijo:
Todo irá bien.
Tú y yo, unidos,
Destruiremos los corazones de tus enemigos.
Ven, intenta ponerte en pie.

Esta camilla de oro te llevará a casa.
Si tienes fuerzas suficientes,
Aquí tienes tu caballo, esperándote.
Todos los médicos de Oriente,
Todos los médicos de Occidente
Serán llamados a verte.
Por cada una de tus lágrimas,
Verteré yo una gota de sangre.
El país es tuyo.
El trono es tuyo.
Dara al oír esto, respondió:
Que la sabiduría te acompañe siempre.
Dios te recompensará por tus palabras, lo sé.
Irán es tuyo.
Pero, cuídate de decir nunca:
«*Yo conquisté esta tierra legendaria,*
Yo conquisté a este pueblo
Con mis propias fuerzas».
Toda alegría proviene de Dios.
Todo pesar proviene de Dios.
Por cada día de luz que Él te conceda
Da siempre gracias.[318]

Alejandro ya no es un usurpador: ha sido el rey moribundo quien lo ha escogido sucesor. Y Ferdousí no se queda ahí: en el *Shahnameh*, Filipo de Macedonia no es el padre de Alejandro Magno, sino que este es hijo secreto de Darab, rey de Persia y (según Ferdousí) predecesor de Darío. Así que Alejandro siempre fue persa; medio hermano de Darío, y legítimo heredero al trono. Cuando marcha con su ejército contra Persia, no hace más que reclamar un reino que le pertenece.

Así, Persia no fue arrasada por Alejandro. Persia puede enorgullecerse de él, de su Sikandar.

En el siglo XVI, el emperador Babur se sentaba en sus jardines de Kabul —donde Masson, siglos más tarde, pasaría las tardes de verano — a escuchar los poemas de Ferdousí. Babur adoraba su ejemplar del *Shahnameh*, lo conservó toda su edad adulta, de los días del exilio a los días de gloria, y lo legó junto con sus tesoros a su heredero.[319] En el siglo XIX, en la India y Afganistán, el Alejandro de Ferdousí seguía presente allá donde mirásemos. Ranjit Singh encargó una impresión espectacular de la obra para él mismo y para su corte.[320] En Cachemira, los escribas tenían dos superventas: «Transcriben el Corán o el *Shahnameh*, y un número reducido de otros títulos, que son objeto de un comercio pequeño pero regular. Los mejores cobran una rupia

por un millar de pareados del *Shahnameh*».[321]

Para los escritores islámicos, Alejandro no quería conquistar el mundo: quería comprenderlo. No era la avaricia lo que lo impulsaba, y tampoco la sed de sangre, sino una curiosidad insaciable. Su mundo no se limitaba a batallas, alianzas, matrimonios y al clamor de un ejército victorioso: estaba plagado de criaturas gigantescas, magia y asombro, viajes a lugares increíbles. El macedonio era el gran explorador. Fue más lejos y vio cosas más extrañas que ningún otro antes.

Este Alejandro no se definía por su fuerza, sino por su inteligencia.[322] Era capaz de resolver cualquier acertijo. Se le ocurría un invento nuevo cada día (¡estatuas candentes!, ¡ratones amaestrados!, ¡autómatas!). Una vez, descubrió incluso una manera de explorar el lugar más inaccesible de la tierra, el mundo bajo las olas. Cuando regresó de las profundidades, relató sus aventuras:

> *Ideé hacer una gran jaula de hierro y dentro de ella introducir una enorme tinaja de cristal con un espesor de codo y medio. Y ordene hacer en el fondo de la tinaja un agujero, suficiente para que pasara la mano de un hombre, porque quería descender y averiguar lo que había en el fondo del mar aquel. [...] Ordené hacer una cadena de trescientas ocho brazas y di instrucciones de que nadie me izara hasta que sintieran agitarse la cadena.*
>
> «*Pues en cuanto yo haya descendido hasta el fondo en seguida agitaré la tina y vosotros me izáis.*»

Tras haber realizado todos los preparativos, me introdujeron en la tina de cristal con el deseo de intentar lo imposible.[323]

Hoy, en las galerías altas y desvaídas del Museo Indio de Calcuta, los fósiles y los dinosaurios acechan desde oscuras vitrinas de madera, las momias nos lanzan miradas maliciosas desde sus expositores de cristal y un sinfín de cosas innombrables metidas en tarros se amontonan entre las sombras. El museo es uno de los mayores tesoros ocultos del mundo, y también uno de los más extraños; una fantasía victoriana de céspedes verdes, columnatas y moluscos, bañada por las lluvias del monzón. También aquí Ferdousí tiene un puesto de honor: la fascinación de Alejandro por el mundo, mientras contempla la invención de espejos y los debates entre filósofos indios, aparece representada vívidamente en un cuadro mogol tras otro, con tonos dorados, verdes e índigo.

Pero en la obra de Ferdousí, esta sed insaciable de conocimientos que guía a Alejandro lo va destruyendo poco a poco. Su obsesión por

descubrir hasta el último secreto, encontrar hasta el último tesoro y ver hasta el último rincón del mundo es imposible de satisfacer. Existe una palabra para este tipo de búsqueda en griego antiguo: *póthos*, un deseo tan grande que hace que te estalle el corazón; un anhelo de lo imposible. Según los griegos, para entender a Alejandro hay que entender su *póthos*: eso era lo que le empujaba a hacer una cosa imposible tras otra, a perseguir sus sueños, hasta los confines de la tierra y más allá.

Para los griegos, el *póthos* no era una simple obsesión, sino una obsesión que iría, inevitablemente, demasiado lejos. Era deseo, anhelo y remordimiento. El Alejandro de Ferdousí acaba comprendiendo que es humano, que, aunque sus sueños son infinitos, su fuerza y su tiempo no lo son.

* * *

El 30 de abril de 1834, el mundo comenzó a prestar atención a la aventura del propio Masson.

Calcuta, ciudad de libros, se encuentra en el extremo más oriental de la India, junto al río Hugli, en Bengala. Esta región ha sido durante siglos uno de los centros intelectuales del mundo. Mientras los funcionarios británicos sudaban y rezongaban entre los muros del Fuerte William y el elefantiásico Edificio de los Secretarios, en las librerías cercanas de Bowbazar se desplegaba una vida no tan ordinaria. Los estudiosos bengalís que pasaban el día traduciendo para los británicos, por las noches montaban tertulias sobre poesía y filosofía, historia y leyendas. Uno de los pocos lugares en los que el mundo bengalí y el mundo británico se tocaban era un edificio bajo, pintado de blanco, que había en Park Street, junto a los jardines ondulantes del Maidan, el enorme parque central de la ciudad. Era la Sociedad Asiática de Bengala, la galería de curiosidades de Calcuta.

Si los protagonistas de una novela cómica victoriana hubiesen decidido fundar un club científico, tal vez se pareciera a la Sociedad Asiática de Bengala. En abril de 1834, estaban tratando de resolver el problema de una momia varada. Se trataba de una donación del teniente Archbold, un oficial del ejército británico, pero transportarla de Egipto a Calcuta resultó ser un quebradero de cabeza. Estaba en tal estado de descomposición que el primer barco en el que Archbold trató de mandarla se negó, y los dejó, a él y a su desafortunado cargamento, plantados en el muelle. Al final, un buque de guerra británico accedió a llevar la momia hasta Bombay, desde donde tendría que apañárselas para llegar a Calcuta. Mientras, el calor y la humedad iban haciendo mella en la reliquia. Después de casi 4000 años, el olor era indescriptible. (Hoy en día, los tesoros de la Sociedad Asiática son la esencia del Museo Indio de Calcuta. Cuando hace poco

se averió el aire acondicionado del museo, la momia empezó a pudrirse de nuevo: el *Times of India* informaba de que los «visitantes se ven obligados a taparse la nariz por el hedor»).[324]

Una vez resueltos los trámites para el traslado de la momia, se hizo el silencio. El doctor James Gerard, el viajero que había conocido a Masson en Kabul, había remitido a la Sociedad una carta de este en la que explicaba, con indecisión, sus primeros descubrimientos. «Me encontraba en muy mala posición para emprender semejante empresa —decía, disculpándose—, pues no contaba con ninguno de los autores a los que habría resultado beneficioso consultar, por lo que me vi obligado a recurrir a los vestigios de información que mi memoria atesoraba de aquellas primeras lecturas, cuando poco esperaba yo que el devenir de mi vida futura me haría volver a ellas.»[325] Sin embargo, cuando se refería a los hallazgos de Bagram, resonaba en sus palabras un orgullo inconfundible: «Las monedas eran de una clase y tenían unas características que aumentaron naturalmente el fervor de mis investigaciones al respecto; y cuando logré aplacar la desconfianza de sus descubridores, fui obteniendo sucesivos lotes, hasta acumular en este momento (28 de noviembre de 1833), 1865 monedas de cobre y catorce de oro y plata».[326]

Extrapolando sus observaciones, Masson calculaba que «se descubre anualmente en el llano de Bagram una cifra no inferior a treinta mil monedas, si no mucho más alta». Tanto si Bagram era Alejandría como si no, afirmaba, era un lugar formidable esperando a revelar sus secretos, «una segunda Babilonia».[327] Se dirigía a una sala llena de gente a la que no había visto jamás, a cientos de kilómetros de distancia, y lo hizo desde el corazón: «Los últimos seis o siete años he centrado mi atención en las antigüedades de Asia Central [...]. A pesar de las circunstancias adversas, he hecho muchos descubrimientos, que un día, si lo quiere el Altísimo, haré públicos. No cejaré en mis labores, sin importar los inevitables desmanes del tiempo».[328]

El aplauso fue tan clamoroso que casi se podría haber oído en Kabul.

A principios de 1834, la vida allí ya no era tan pacífica. Shah Shujah, el rey exiliado de Afganistán, empezaba a hacer movimientos. El año antes había partido de Ludhiana, en el norte de la India, esperando una vez más recuperar el trono. «Kabul está inquieta por un millar de rumores en torno al avance de Shah Shujah.»[329] Las cartas de este corrían de mano en mano por la ciudad. Incluso Harlan, a cientos de kilómetros, estaba en el ajo: uno de sus sirvientes entregó «seis o siete cartas» entre Shujah y Haji Khan.[330]

Cuanto más avanzaba el primero, mayor era su ejército. Y cuanto mayor era su ejército, más airadas se volvían las cartas. «Perros

execrables, ¿vosotros le imponéis las condiciones a vuestro amo? Si Dios quiere, os asestaré tal golpe que serviréis de ejemplo al mundo entero —decía—. La única manera de tratar con un perro rabioso es atarle una cuerda al cuello. ¿Vais a venir a atacarme? Venid, por favor, estoy listo para recibiros y no os tengo miedo. Es Dios quien dispone, el país será de quien lo conquiste.»[331]

Oficialmente, la Compañía de las Indias Orientales no tenía nada que ver con la campaña de Shah Shujah. Cada uno de sus intentos anteriores por reclamar el trono había ido acompañado de la indiferencia oficial de Calcuta. «Con respecto a la idea, que Shah Shujah tiene el deseo evidente de alimentar, de que el gobierno británico está dispuesto a respaldar su causa —escribía un funcionario en 1816—, Su Señoría el Gobernador General considera que tal vez sea necesario guardarse frente a todo aquello que pueda tender a confirmar tales informaciones.»[332] «Voy oyendo que [Shujah] ha logrado también infundir la impresión en las mentes de toda clase de que tiene el respaldo secreto del gobierno británico de la India —le contaba Pottinger a Masson—, pero yo personalmente no tengo motivos para darle crédito.»[333]

Extraoficialmente, sin embargo, el capitán Claude Wade, jefe de espionaje fronterizo de la Compañía, estaba metido hasta el cuello en las intrigas de Shujah. «Cuando el sol entre en el signo de Libra y la estación se modere —le escribía este—, proseguiré el camino hacia mi destino, y Dios mediante, espero alcanzar pronto mi objetivo y hacerme con Kandahar, que pasará a ser entonces hogar de mis amigos (la Honorable Compañía), pues la concordia y la unión han reinado siempre entre nosotros.»[334] «No me cabe duda de que se prolongará su buena fortuna —decía Wade—, y de que estará a la altura de las exigencias de su situación, con la prudencia y la sagacidad que las sufridas adversidades, y el conocimiento profundo que ha adquirido de nuestras instituciones, le han conferido.»[335]

En mayo de 1834, cuando Dost Mohammad lo repelió en Kandahar, los planes de Shujah quedaron al descubierto. El shah, olvidando sus amenazas sanguinarias, huyó sálvese quien pueda cuando la batalla no había ni mucho menos terminado. Su ejército se desintegró al momento. «Shah Shujah se ha convertido en un errabundo en el desierto de la adversidad —proclamó exultante Dost Mohammad tras la batalla—. Nuestras tropas victoriosas se han apoderado de todas sus posesiones.»[336] El shah pronto llegó a Ludhiana, tramando ya su enésimo plan para recuperar el trono.

Masson se mantuvo cuidadosamente al margen de todas estas intrigas, pero Karamat Ali, el espía de la Compañía de las Indias Orientales en Kabul, no fue tan afortunado. Su vida iba de mal en peor. Justo cuando más falta le hacía a la Compañía su red de

contactos, esta se desintegraba. A Hari Singh, el nuevo gobernador militar sij de Peshawar, no le hacía ninguna gracia compartir la ciudad con espías británicos. Dejó patente su sentir confiscando la casa de uno de los «reporteros» de Karamat Ali, multando a otro con 700 rupias y ordenando, por último, que interceptaran las cartas de Karamat Ali a la India y las «rompieran en pedazos».[337] Y en caso de que los informes de Karamat Ali lograsen llegar, la Compañía de las Indias Orientales no sabía de qué fiarse menos, si de las noticias que mandaba de Kabul o de sus gastos: «No es propio de contables rigurosos enviar las cuentas con el descuido de usted», le dijeron al espía.[338] Masson se divertía discretamente con toda la situación. «Hari Singh no tiene ningún problema conmigo», decía. Sus cartas hacia la India «pasaban sin abrir».[339]

Él no tenía tiempo para conspiraciones. Estaba sumergido en un mundo de dioses y demonios.

Hacía 1500 años, Hadda, a unos 160 kilómetros al este de Kabul, era un paraíso budista. Sus colinas y valles estaban salpicados de estupas, monasterios y capillas, a cual más suntuoso y descabellado que el anterior: espíritus espantosos miraban a Masson con ojos enormes y maliciosos, enseñando los dientes. Un hombre delicadamente esculpido se arrancaba la cabeza y la sostenía en alto sobre el cuello. Había miles de esculturas, mirase donde mirase. Y cuanto más se fijaba Masson, más sorprendentes resultaban algunas.

Atlas, el titán legendario del mito griego, condenado a cargar el firmamento sobre sus hombros por toda la eternidad, cargaba aquí con un templo budista. Había al lado de Buda una figura musculosa que era casi clavada a Hércules, con su porra y su piel de león, pero era en realidad Vajrapani, uno de los discípulos de Buda. En las paredes, el vino se derramaba de ánforas griegas y un joven con un cesto lleno de flores atendía al Buda. Lo habían esculpido con técnicas maduradas en los talleres de Alejandría, Egipto.

Masson deliraba de felicidad. Por una vez, ni siquiera tenía que preocuparse por el dinero. Unas semanas antes había llegado carta de Pottinger, con una cuerda de salvamento. A cambio de sus futuros hallazgos, y de las monedas que había reunido ya en Bagram,[340] la Compañía de las Indias Orientales había accedido a financiar las excavaciones de Masson. «El gobierno de Bombay —le informaba Pottinger— me ha autorizado a depositar mil quinientas rupias a su disposición, y me ha nombrado encargado de recibir cualquier comunicación o reliquia de la antigüedad que desee usted enviar en adelante.»[341] Masson casi no se lo podía creer: «Apenas es necesario señalar cuánto aprecio el favor que me ha concedido —le respondió—, y me alegro de que esta información me haya llegado precisamente aquí, pues estaba a punto de sacrificar algunas reliquias

interesantísimas para poder proseguir con mis exploraciones».[342] Le prometió a Pottinger que daría buen uso a aquel dinero.

Masson reparó también, con un ligero nudo en el estómago, en que Pottinger le había descrito a la Compañía de las Indias Orientales como «un caballero americano, creo yo, cuyo nombre al Muy Honorable Gobernador General tal vez no le sea desconocido».[343] No obstante, la verdadera identidad de Charles Masson, se dijo, sí debía ser «desconocida» para la Compañía: después de tantos años, y de tantos kilómetros, a buen seguro no tenían ni idea de quién era.

Cerca de los cimientos de la estupa más grande de Hadda, Masson encontró una maltrecha vasija de cobre, medio llena de líquido. Dentro había un cofrecillo de plata, más pequeño, en el que halló varias monedas relucientes y una piedra de un azul intenso. Y debajo de este, un «cuerpo de cristal» y un último cofrecillo, de oro puro e incrustado de piedras preciosas, que contenía «un líquido incoloro y cristalino con un deliciosísimo aroma de almizcle», pero tan pronto Masson aspiró su fragancia, se «evaporó».[344]

En la vasija, Masson encontró algunas monedas de oro, casi en perfecto estado de conservación, que llevaban las efigies de tres gobernantes distintos: «Teodosio, Marciano y León». Era la clase de pista que había estado esperando: si conseguía averiguar cuándo había ostentado el poder cada uno de ellos, podría hacerse una idea bastante aproximada de la fecha de construcción de la estupa. Aunque, por mucho que se devanó los sesos, no logró ubicar a ninguno de los tres. Sin saber qué hacer, le escribió a Pottinger, pidiéndole ayuda.[345]

A cientos de kilómetros, y a muchas semanas de peligroso viaje de cualquier biblioteca que le pudiera haber servido,[346] Masson tomó dolorosamente conciencia de que no contaba «con ninguna otra fuente que consultar más que la memoria».[347] Le rogó a Pottinger que le mandase libros, cualquier libro, «lecturas escolares, de hecho, que me puedan ser de utilidad aquí, el *Diccionario clásico* de Lemprière, las *Antigüedades griegas* de Potter, el *Panteón hindú* de Moor, una gramática griega, del autor que sea, y un diccionario. Aunque me encantaría recibir cualquiera de estos libros, le suplico que no se tome excesivas molestias».[348] Y, si no fuera mucho problema, también algunos lápices, un volumen de Alexander Pope[349] y algo de opio.[350]

Cuando recibió la carta de Masson sobre las tres monedas, Pottinger se pasó horas examinando todos los libros que tenía a mano, hasta que al fin comprendió dónde buscar. Cogió su ejemplar de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* de Gibbon y le mandó a Masson un «breve resumen de las épocas de Teodosio, Marciano y León, tomado de Gibbon, en el que verá que todos ellos tuvieron su apogeo en el siglo V de nuestra era».[351] Los tres habían sido emperadores romanos, pero emperadores de Oriente, con sede en

Constantinopla. Teodosio II fue el emperador más joven de la historia: en el 402 d. de C., cuando no tenía todavía un año, lo proclamaron soberano de gran parte del mundo conocido. Una vez aprendió a hablar y caminar, gobernó de un modo precario, sobornando a todo aquel a quien no pudiese combatir, hasta su muerte en 450 d. de C. La moneda de Masson la habían acuñado en las cecas imperiales de Constantinopla, y había conseguido llegar de algún modo al corazón de Afganistán. «Nuestro señor Teodosio, próspero y dichoso», decía en latín. Masson tenía ahora una primera fecha clara: si Teodosio II había gobernado entre el 402 y el 450 d. de C., entonces la estupa debía de tener unos 1500 años.

Mediante diminutos fragmentos de conocimiento, transmitidos de mano en mano, transportados en caravanas de camellos por los pasos de montaña de Afganistán, Masson comenzó a entender el mundo que estaba desenterrando. Años antes, se había dedicado a borrar obsesivamente todo rastro de su pasado: ahora lo que más deseaba era contar una historia verdadera.

Al este de Kabul, en un valle que se extiende entre la ciudad y Bagram, se encuentra la estupa de Topdara. Para Masson, era «tal vez, el monumento más íntegro y hermoso de su clase en estos países»:[352] un cilindro enorme, de treinta metros de alto, que domina la campiña circundante. Masson la había excavado por primera vez en 1833. Regresó ahora, cuaderno en mano. Los aldeanos estaban ya acostumbrados a las idas y venidas del «bicho raro» y le dieron la bienvenida.[353] «Había logrado entablar amistades en todos los pueblos de la zona —explicaba—, y estaba seguro de que siempre que me dejara caer por alguno de ellos me recibirían con cortesía.»[354] Masson se sentó a dibujar durante horas junto a un riachuelo que bajaba por una ladera cercana, demorándose en cada detalle de la mampostería y los relieves. Era muy meticuloso. Tiempo después, cuando un equipo arqueológico afgano restauró la estupa de Topdara, se basaron en los esbozos emborronados, desvaídos, pero terriblemente precisos de Masson para reconstruirla.

El mundo se estaba revelando para él. «Si puedo ser el medio por el que dar a conocer al mundo sus descubrimientos más interesantes, ya habré cumplido mi único objetivo», le dijo Pottinger.

En relación con sus manuscritos, como le decía en mi última carta, si quiere usted confiármelos, me encargaré de que se publiquen, ya sea bajo los auspicios del gobierno de Bombay, ya de alguna sociedad científica de Gran Bretaña; cualquiera de ellas se abalanzaría alegremente sobre semejante trofeo [...] Me ofrecería incluso a editar yo mismo el texto de imprenta, pero haber llegado a la India siendo un muchacho de catorce años no me permite aventurarme en semejante empresa, y lamentaría que tuviese usted motivos para la

decepción por la forma en que se publicaran.[355]

El cuentista de Kabul descubrió que sus historias se estaban haciendo realidad. Todas las mañanas, se levantaba con una sonrisa de oreja a oreja y se ponía a trabajar.

Pero entonces, un día de principios de 1835, Masson recibió una carta. La leyó y sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

Era del jefe de espionaje de la Compañía de las Indias Orientales, Claude Wade. Lo sabía todo. Sabía que Charles Masson era el soldado James Lewis, de la Artillería de Bengala. Sabía que era un desertor. Sabía que llevaba casi una década a la fuga. Y tenía para Masson un sencillo mensaje: ahora eres mío.

8 Nuestro hombre en Kabul

«Lo que buscas, te busca a ti», decía Rumi.

Claude Wade llevaba buscando el soldado James Lewis desde que este huyó de la Compañía de las Indias Orientales en 1827.

Wade era un hombre achaparrado, perpetuamente hambriento, con un hoyuelo en la barbilla, un bigote desaliñado y el aspecto de una araña adormilada.[356] No había un solo informe de espionaje procedente de Afganistán que no pasara por él: el viajero francés Victor Jacquemont lo llamaba «el rey de la frontera».[357] El dinero era su debilidad —su amor por las mordidas le granjeó el apodo de «baksheesh sahib» o «don Soborno»—,[358] pero la información era su pasión. Desde una casa sin ningún tipo de distintivo en la polvorienta Ludhiana —una ciudad tan amodorrada que hoy en día las vacas rumian en mitad de sus flamantes autopistas y los tractores desfilan, retumbando, por delante de mansiones abandonadas— tejía sus telarañas y susurraba a los oídos de los reyes. Para cuando tú te dabas cuenta de que querías algo, Wade ya lo tenía bajo llave.

En el otoño de 1827, Wade había recibido un informe acerca de dos desertores de la Artillería de Bengala, James Lewis y Richard Potter. Por aquel entonces, Josiah Harlan andaba por Ludhiana, intentando convencer a Shah Shujah de que él podía sentarlo de nuevo en el trono de Kabul. Wade le enseñó el informe y le mandó que tuviese los ojos bien abiertos. Unas semanas después, cuando Harlan se topó con Masson en Ahmadpur, gracias al despacho «recibido por el funcionario del gobierno en Ludhiana poco antes de mi partida», supo sin lugar a dudas quién era en realidad aquel forastero harapiento. «Decidí que aquellos hombres debían de ser los individuos a los que aludía el documento. Mi deducción se confirmó posteriormente.»[359]

Harlan le aseguró a Masson que «no tenía vínculo alguno con el gobierno británico y, en consecuencia, tampoco ningún interés ni obligación que pudieran inducirme a traicionarlo en ese momento o más adelante».[360] Sin embargo, como casi siempre en lo tocante a Josiah Harlan, eso no era estrictamente cierto. Wade lo tenía en el bolsillo desde que había salido de Ludhiana. Cuando el americano llegó a Kabul, se puso a reclutar informantes para la Compañía de las Indias Orientales. Tanteó incluso al hermano de Dost Mohammad, Jabar Khan, y «le recomendó que remitiera una cordial epístola al agente británico en Ludhiana».[361] Después de abandonar la causa de Shah Shujah y de huir por piernas a la corte de Ranjit Singh, Harlan

siguió informando a la Compañía de todo, hasta de las veces que Ranjit Singh iba al baño: «Desde mi llegada aquí a Lahore ha venido sufriendo de una leve diarrea —relataba—. Los informes que hablan de una recaída grave del marajá no son ciertos».[362] Cuando en 1833 Wade recibió noticias de Kabul sobre un tal Masson recién llegado a la ciudad, afirmando haberse «ausentado doce años del país, tiempo en el cual había estado viajando»,[363] se hizo una idea de quién era realmente aquel misterioso forastero: «un desertor de nuestra artillería».[364]

Mientras Masson se hacía felizmente a la vida en Kabul, Wade comenzó a trabajar en su expediente. Así, cuando partió hacia Bamiyán para unirse a Haji Khan, Wade sabía adónde se dirigía, qué estaba haciendo y hasta lo que había pagado por alquilar aquel poni. Y cuando escribió a sus amigos de Kabul para pedirles «algo de té y vino, papel y alguna que otra prenda de ropa», Wade lo supo también.[365] Pero no tenía aún pruebas suficientes para actuar.

La pieza definitiva del puzle la aportó el doctor James Gerard, el viajero británico. Gerard había disfrutado enormemente de la compañía de Masson en Kabul, «y pese a que me seguía generando dudas alguien cuya situación y objetivos resultaban tan misteriosos, no busqué satisfacer mi curiosidad a costa de sus sentimientos, y tampoco vi por su parte ningún propósito de desenmascarar a su personaje». Pero cuanto más tiempo pasaba Gerard con él, y cuanto más oía hablar de sus descubrimientos, «más ansioso estaba por averiguar el secreto de su historia».[366]

De vuelta a la India, Gerard pasó por Lahore. Los mercenarios extranjeros de Ranjit Singh estaban obsesionados con la historia antigua, así que Gerard los entretuvo con las historias de ese tímido «explorador» que había conocido en Kabul, cuyos méritos «no son del orden común», y de «la luz que sus interesantes investigaciones arrojen tal vez sobre la historia, las antigüedades y la situación actual de Afganistán». Mientras Gerard hilvanaba su relato, se oyó un farfulleo desde un rincón de la sala. Josiah Harlan estaba a punto de reventar. Y entonces, en palabras de Gerard, «se descorrió el velo».[367]

Harlan le contó a Gerard toda la historia. Aquel hombre que el doctor tanto admiraba era un «servidor fugitivo de la Honorable Artillería de la Compañía, que había repudiado su lealtad en Bharatpur (después de la conquista de la plaza, no obstante) aliado con otro soldado llamado Potter, y que su nombre (supongo, falso) en aquel entonces era Lewis. Al parecer, se había unido en un primer momento al doctor Harlan (ahora al servicio de Ranjit Singh), pero dado que le desagradaba la conducta, en su opinión, impetuosa y temeraria del caballero, escapó en secreto (desertó, en opinión del doctor Harlan), cuando este se preparaba para someter una fortaleza a

la autoridad de Shah Shujah». Consciente de que podía estar condenando a su nuevo amigo a una muerte extremadamente dolora, Gerard añadía decaído, en su carta a Wade: «mi conocimiento posterior de la trayectoria de dicho individuo, aun de naturaleza desagradable, no ha mermado mi consideración por él, ni me ha predispuesto en contra de sus talentos».[368]

Después de años vigilando a Masson, Wade tenía lo que necesitaba. «El señor Masson —anunció, triunfante— era anteriormente soldado de la Artillería de Bengala, y su verdadero nombre es Lewis. Atrajo la atención del general Hardwick, comandante del cuerpo en ese momento, que lo empleó para clasificar y describir sus especímenes zoológicos. En la fecha de su deserción, era soldado de caballería de la 3.ª Tropa 1.ª Brigada de la Artillería Montada, a las órdenes del capitán Hyde, y sirvió en ella durante el sitio de Bharatpur. Poco después de este suceso, él y un hombre llamado Potter, perteneciente a la misma tropa, desertaron de Agra y huyeron al Punyab. Potter está ahora al servicio del rajá Gulab Singh de Jammu.»[369]

Ahora que sabía quién era Masson, Wade se preguntaba qué hacer con él. El informe de Gerard incluía algunos detalles intrigantes. «El talante retraído del señor Masson le reporta seguridad y respeto. El altivo gobernante de Kabul rara vez se rebaja a prestarle atención, y solo en una ocasión mostró algún recelo hacia sus objetivos», le contaba a Wade.[370] Gerard admiraba a Masson, y creía que la Compañía de las Indias Orientales debía chantajearlo para que se hiciese espía: «La situación política del estado afgano precisa del esclarecimiento que proporcionarían sus capacidades —señalaba—. Nada aceleraría más nuestro proceso [la expansión de la influencia británica] como un conocimiento previo del país por medio de alguien como el señor Masson, cuyas peculiares actividades, hasta ahora entorpecidas y restringidas por la pobreza, dependerían demasiado de la mano que le ofrece amnistía y ayuda como para no estar impaciente por cumplir con toda contraprestación que pudiera sugerirse...». Wade miró aquella elipsis, larga y sugerente, y sonrió para sí.

Necesitaba urgentemente un nuevo espía en Kabul. El desdichado Karamat Ali no hacía más que distraerlo. Masson, se dijo, sería perfecto para el puesto. «El largo tiempo que lleva residiendo en Afganistán no solo le ha permitido adquirir unos conocimientos geográficos y estadísticos muy completos del país, sino que, dado que ha llevado la vida de un nativo, en términos de confianza y familiaridad con sus habitantes, ha disfrutado de unas oportunidades para la observación que ningún otro explorador europeo ha tenido a su alcance hasta la fecha. En el curso de sus viajes ha visitado diversas zonas de Afganistán que ninguno de ellos ha pisado nunca. Se han

ceñido a los caminos más transitados y han gozado de las atenciones de sus jefes. Él se ha introducido en los recovecos del país.»[371]

Wade, lentamente, comenzó a tejer su telaraña.

A principios de 1834, le mandó a Masson una carta almibarada, asegurándose de no dejar caer ningún indicio en relación con su secreto: «Los singulares hallazgos en los que ha estado trabajando son de extremo interés para el mundo literario y científico [...] Me supondría una verdadera satisfacción que pudiera valerse usted de algún modo de mis humildes servicios para su consecución. Si llegado el día precisara fondos, espero que recurra a mí en la medida de sus necesidades [...] y espero también que confíe en la sinceridad con que le hago esta profesión de buenos oficios».[372]

Unos días después, Wade escribió a la Compañía de las Indias Orientales en Calcuta para exponerles su plan: «La deserción es un delito que nuestro gobierno, según creo, juzga con un grado de rigor que rara vez admite el indulto —decía—, pero si la severidad de nuestras leyes impidiera dispensarle la clemencia de Su Señoría, espero que se me excuse por la correspondencia que he entablado con el señor Masson [...]. Las observaciones que ha llevado a cabo, y la información que ha recabado, sobre el gobierno y los recursos de un país que presenta cada día mayor interés para el gobierno británico, no puede ser objeto de indiferencia». En cuanto a lo espinoso de reclutar a un desertor en busca y captura, «la circunstancia de que el señor Masson haya adoptado un nuevo nombre puede evitar en cierto grado la vergüenza de identificarlo en su actual situación».[373]

Cuando recibió la primera carta de Wade —a la que siguieron otra, y otra, cada cual más empalagosa que la anterior—, Masson se quedó con la inquieta sensación de que algo pasaba. Gerard le había hablado de Wade: «Su Alteza Política —le decía a Masson— está muy dispuesto a aceptar recomendaciones de mejora, o a seguir los pasos de otros, en temas a los que hasta entonces no había prestado la más mínima atención [...]. Investigaciones como la suya no le interesan demasiado, salvo para entorpecer las pretensiones de otro por rivalidad».[374] Pero «como no tengo motivos para dudar de la sinceridad de sus declaraciones, le respondí en términos acordes —le escribió Masson a Pottinger—. No sé adónde puede llevar mi correspondencia con el capitán Wade, o si llevará a algo, pero consideré acertado señalarle a usted las particularidades que le he detallado, y en confianza, si esta fuera necesaria».[375]

En Calcuta, William Macnaghten, secretario del Gobierno de la India, leyó con incredulidad el informe de Wade sobre Masson. Macnaghten examinaba el mundo a través de unas enormes lentes azules, y no movía jamás un pelo. «Domina el persa más que el inglés, y el árabe más que el persa, aunque para las conversaciones

informales prefiere el sánscrito.»[376] Si Wade era ávido y fogoso, Macnaghten era burocrático y frío: tan seco y despiadado como los desiertos de Kutch. Unas semanas antes, se había sumado a la multitud reunida en el edificio de la Sociedad Asiática en Park Street para escuchar, embelesado, las noticias de Masson desde Kabul. Se llevó una buena sorpresa cuando oyó hablar de nuevo de él. Y a Macnaghten no le gustaban las sorpresas. Le pareció que Masson sería un espía excelente, pero a diferencia Wade, no era partidario de chantajearlo para que aceptase el puesto; aún no, al menos. «No se considera necesario en este momento que el gobierno identifique al señor Masson —afirmó—. Probablemente baste, para garantizar sus fervientes servicios, con que lo motive usted a mantener la comunicación.»[377] Wade tenía otros planes en mente.

En los comienzos de 1835, en uno de los primeros días soleados de la primavera, Masson estaba alojado en la casa de campo de Jabar Khan, al abrigo de un meandro del río Kabul, a unos cuantos kilómetros de la capital, cuando le llegó un fajo de cartas de Wade. Momentos después, la vida de Masson cambió para siempre.

«El gobierno, atendiendo a mi recomendación, ha tenido el placer de nombrarlo Agente en Kabul, con el fin de transmitir información de inteligencia acerca del estado de los asuntos en dicha región», anunciaba Wade.[378] Con la cabeza dándole vueltas, Masson siguió leyendo. A continuación, Wade sacaba su baza, y le recomendaba a Masson que confirmara «firmemente su deseo de recobrar por medio de su favor [el de la Compañía de las Indias Orientales] esa posición en sociedad que tuvo la desdicha de perder». «En caso de destinar esfuerzos continuados al servicio del gobierno, y de cumplir con las expectativas que se depositan ahora en usted», Masson podría aspirar, con el tiempo, a ser indultado. «El delito que por desgracia cometió es, desde el punto de vista militar, indudablemente grave, pero se juzgará, espero, susceptible de atenuación.»[379] «Trabaje sin respiro», le dijo Wade a su nuevo espía, porque le va la vida en ello.

¿Y si se negaba? No hacía falta recordarle las consecuencias. Esas palabras llevaban años rondando por un rincón de su mente: «Si cualquier persona [...] desertara del servicio de la Compañía», ya fuese en los «territorios que están o puedan estar bajo el gobierno de esta, o en enclaves extranjeros, en tierra firme o en el mar, contemplados o no en los estatutos de la Compañía», esa persona «sufrirá la muerte, la deportación o cualquier otro castigo que pueda decidir un tribunal militar».[380]

Si algo le sucedía a Masson, pocos se enterarían, y aún menos serían los que se preocuparían por él. Meses antes, el doctor John Gilchrist, un médico escocés que había dedicado su vida al estudio del indostánico, había reprochado a la Junta de Directores de la

Compañía en Londres su historial de atrocidades. Lo habían echado de la sala a risotadas:

> *[Gilchrist] había leído las informaciones en prensa acerca de las horribles carnicerías cometidas recientemente en la India, de hombres a los que volaban en pedazos atados a la boca del cañón por ciertos delitos. Ahora deseaba saber si la Junta de Directores tenía noticia de esas operaciones, o si se trataba de meros rumores sin fundamento.*
>
> *El Presidente: No vacilo en afirmar que no ha llegado a nosotros ni una palabra de tales informaciones [...]*

Dr. Gilchrist: Si se permitieran semejantes barbaridades, con toda certeza [la Compañía de las Indias Orientales] dejaría de estar en posesión de la India. La mera idea de despedazar a un hombre de un cañonazo pone la piel de gallina. Estos caballeros pueden reírse, pero no era ninguna broma para los desdichados cuya carne desgarraba el gato [de nueve colas] en Madrás y en Bombay. Estos caballeros del estrado pueden reírse, aunque en su opinión, deberían dar un ejemplo muy distinto.[381]

El desmentido de la Compañía, desde luego, era falso. Pocas semanas antes, un tribunal militar de Calcuta había condenado sin inmutarse a un tal «Tippoo, havildar [sargento] y havildar de instrucción; a Budderodeen, soldado; a Shaikh Ismail, havildar; y a Kullunder Berg, soldado, a la muerte por cañonazo [...] en la fecha y lugar que a Su Excelencia el Comandante en Jefe tenga a bien indicar».[382] El destino de esos hombres había quedado registrado en un breve párrafo de un diario poco conocido. Masson pasaría al olvido igual de rápido: «Me induje por tanto a pensar —decía— que no me quedaba otra opción».[383]

Masson se sentó con la carta, contemplando el río Kabul y las colinas cubiertas de moreras. Le temblaban las manos. Sabía que nada volvería a ser igual.

¿Ahora qué? ¿Sería mejor escapar? Podía ocultarse tras una docena de disfraces, salir de inmediato de Afganistán y esfumarse por los caminos secundarios de Asia. Wade no lo atraparía jamás. Pero perdería la oportunidad de encontrar Alejandría. Y si se quedaba, estaría a merced de Wade y de la Compañía de las Indias Orientales, si bien tal vez lograra encontrar la ciudad de Alejandro. Debía tomar una decisión.

Masson se quedó. Para perseguir su sueño, se convirtió en espía a las órdenes de la gente que más despreciaba en el mundo.

En Kabul no había muchos secretos, y pronto se supo que ahora

trabajaba para la Compañía de las Indias Orientales. Los viejos amigos empezaron a guardar las distancias. Algunos lo trataban con «grosería evidente»,[384] o alegaban estar «confinados por culpa de la disentería e incluso al borde de la muerte»[385] cuando iba a visitarlos. Masson era tan bienvenido en Kabul como una diarrea explosiva.

Durante años, había sido capaz de mantenerse alejado de la política de la ciudad, de sus conspiraciones y contraconspiraciones: aquel nuevo puesto lo colocó en el mismo meollo.

Dost Mohammad Khan llevaba casi diez años en el poder. Era «querido» en Afganistán, consideraba Masson.[386] «Justo e imparcial, sin rastro de altivez, accesible a todas las clases. Atento a la administración del país, los delitos pasaron a ser contados. La gente dejó de cometerlos, conscientes de que les pedirían cuentas.»[387] Alexander Burnes, el explorador británico, había quedado igualmente impresionado: «Ningún otro merece tanto la alta dignidad que ha obtenido —afirmaba—. Un mercader puede viajar, sin guarda ni protección, de una frontera a otra; una circunstancia inaudita en tiempos de los reyes».[388]

La justicia de Dost Mohammad era proverbial. Décadas después, los afganos se seguían preguntando unos a otros: «¿Es que se ha muerto Dost Mohammad, que no hay justicia?».[389] Pero también lo era su capacidad para la violencia. «Ha asesinado a muchos jefes del país —explicaba Mohan Lal, el estudioso indio que viajaba con Burnes —, después de jurar siete veces por el sagrado espíritu de Mahoma, y hasta sobre el Corán, que no les haría ningún daño. Sus futuras víctimas se relajaban: ningún musulmán de bien rompería un juramento hecho sobre el Corán. Justo antes de prestar tal juramento, eso sí, Dost Mohammad cambiaba su Corán por un "libro cualquiera" con encuadernación idéntica.»[390] Sus víctimas nunca se daban cuenta. Era una versión muy cruenta, y muy afgana, del juego de los trileros.

El emir de Afganistán era un misterio, y se esforzaba mucho por que así fuera. «Se prodigaba en sarcasmos, y estaba siempre listo para ganarle la baza a su adversario.»[391] Si jugaba al ajedrez con su abogado, siempre vencía él. Nadie tenía muy claro si el abogado le dejaba ganar, o si Dost Mohammad le dejaba creer que le estaba dejando ganar.[392] Lal reconocía que «igual sería capaz de describirlo en persa», pero que no era posible «hacerle justicia a su personaje» en inglés.[393]

En 1835, Afganistán era un país pobre y pequeño rodeado de países ávidos y enormes. Al este, Ranjit Singh había echado mano hacía poco a la ciudad afgana de Peshawar, que controlaba la antigua Ruta de la Seda por medio del paso Jáiber. Había expulsado de allí a uno de los hermanos de Dost Mohammad, Sultan Mohammad Khan, y había metido su ejército en la ciudad. Más allá del imperio de Ranjit

Singh, la Compañía de las Indias Orientales observaba y esperaba. Al oeste, los ejércitos del shah de Persia estaban a una distancia intimidante de la ciudad fronteriza de Herat. Al norte, se estaban desplegando agentes rusos por todas las estepas de Asia Central. Y por si Dost Mohammad necesitara aún más motivos para dormir con un ojo abierto, ahí estaba Shah Shujah: el antiguo rey, que seguía en Ludhiana y decidido a recuperar el trono.

Dost Mohammad sabía que la mayoría de gente que lo rodeaba lo quería ver muerto. No se fiaba de nadie: «Dost Mohammad Khan puede tener cómplices, pero nunca amigos».[394] Su hermano, Jabar Khan, era la única excepción. «No hubo nunca hombre más modesto, y más querido —escribió Alexander Burnes—. No permitía que lo acompañara más que un solo asistente, y la gente se paraba en las carreteras y en los caminos para bendecirlo.»[395] A Masson le había parecido siempre que Jabar Khan era demasiado manso. Pero entonces, poco después de que llegase la carta de Wade, el hermano de Dost Mohammad lo hizo llamar. Y se quitó la máscara.

«Tuve conocimiento por primera vez de que el nabab [Jabar Khan] había estado implicado en negociaciones casi perversas con Karamat Ali», contaba Masson, perplejo.[396] Aquel hombre alegre de barba blanca, que parecía incapaz de matar una mosca, llevaba casi diez años conspirando contra su propio hermano. En 1828, se había llevado a Harlan a un aparte para hacerle saber que estaría encantado de derrocar a Dost Mohammad y devolverle el trono a Shah Shujah, por el precio adecuado. «Su Majestad hallará en mí a un servidor eficiente y devoto —había afirmado—. ¡Pero ojo!, sin esa ayuda, ninguna disputa doméstica me llevará a sacrificar los intereses de mi familia.»[397] «Yo ignoraba por completo la naturaleza de sus intrigas», confesaba Masson.[398]

Entretanto, el antiguo espía de Wade, Karamat Ali, tardó cierto tiempo en comprender que estaba despedido. Y cuando lo hizo, no se tomó demasiado bien la noticia. «Atienda a mis quejas y hágame justicia —le escribió, furioso, al Gobernador General de la Compañía de las Indias Orientales en Calcuta—. Ignoro de qué falta se me considera culpable, pero sí sé que nunca he cometido la más leve. He servido a la Honorable Compañía, y no al capitán Wade.»[399]

En primavera, mientras las nieves se fundían en las montañas del Hindú Kush, y las flores silvestres empezaban a florecer, Masson partió con gran inquietud de Kabul. A pesar de haberse pasado el invierno haciendo felices planes para localizar la ciudad de Alejandro en Bagram, ahora iba camino de Peshawar. Dost Mohammad —que se había erigido en emir de Afganistán poco antes, en una ceremonia especialmente pobretona— capitaneaba un ejército con el que reconquistar la ciudad. La Compañía de las Indias Orientales había

encargado a Masson que siguiera de cerca la expedición.

«De la mano de todos nuestros hermanos, y acompañados de nuestros soldados triunfantes, y de la artillería atronando, resolveremos ciertas cuestiones que requieren explicación», le escribió Dost Mohammad a Ranjit Singh.[400] En el campamento, «exclamó audiblemente, sin duda para que lo escucharan todos allí, que él era una mosca floja, a punto de enfrentarse a un elefante; y que, si Dios lo quería, la mosca vencería al elefante, y le imploró a Dios que le concediese la victoria».[401]

En realidad, una guerra era lo último que quería el nuevo emir.

Dost Mohammad estaba arruinado. Sus comandantes vivían en la «indigencia» y apenas podían alimentarse a sí mismos. Haji Khan tuvo que empeñar una espada para «procurarse 20 rupias, y los medios a los que tiene que recurrir, para reunir fondos, son extraordinarios».[402] Dost Mohammad esperaba que los británicos se aliasen con él en contra de Ranjit Singh, o al menos que convencieran al marajá de retirarse de sus fronteras, antes de verse obligado a entrar en batalla. «En la crítica situación en la que se encuentra el emir —informó Masson a Wade—, estaría encantado de zafarse sin riesgo de conflicto, aunque siente que debe aventurarse, si los sijs insisten en retener Peshawar.» [403]

Se diría que [Dost Mohammad] albergaba grandes esperanzas de una mediación británica, y que todavía las alberga, como se manifiesta en la impaciencia que expresa, así como otros aquí, por la llegada de cualquier información de inteligencia procedente de la India.

Es posible que no vuelva a presentarse nunca una ocasión tan noble de ejercer la mediación británica que el momento actual, y si se esgrime alguna objeción a ella, apelando a los intereses Sadozai [la familia de Shah Shujah], cabe tener en cuenta que el sol de esa dinastía parece haberse puesto ya. En las campañas recientes de Shah Shujah, no cabe duda, si lo hubiese acompañado un único oficial británico, y no como aliado, o asistiéndole, sino actuando como un mero escribano para su gobierno, el shah se habría impuesto, aunque como no ha sido el caso, sus tentativas personales sin ayuda no tienen muchas esperanzas. Habrá quedado patente que la causa del shah no era muy popular, dado que ninguna persona de cierta categoría o renombre se ha unido ni adherido a ella.[404]

«Afganistán —decía— es el aliado natural de los británicos.»[405] Pero no recibió, desde Calcuta, respuesta alguna.

De camino a Peshawar, llegó un informe que alegró a todos inmensamente. Ranjit Singh había sacado a Harlan de su palacio de Gujrat y lo había mandado a negociar con el hermano de Dost Mohammad, Sultan Mohammad Khan. Este informaba a su hermano

de la «llegada del señor Harlan, al que habían ejecutado, mientras que sus elefantes y pertenencias se habían tomado como botín. La noticia causó sensación en el campamento, la multitud estaba exultante [...]. Los hermanos eran uno, y habían borrado sus enemistades con sangre de farangi».[406]

Cuando el ejército de Dost Mohammad llegó a Peshawar, las tropas de Ranjit Singh lo estaban esperando. El marajá, sin embargo, no se encontraba allí, y había ordenado a sus comandantes «que evitaran el combate y aguardaran a su llegada. A consecuencia de esas órdenes, los sijs retomaron las negociaciones para entretener al emir».[407] En el campamento de Dost Mohammad apareció entonces, pavoneándose, un hombre alto y de piel cetrina, con una «cabeza enorme y una cara demacrada estampada en ella», vestido «como un saltimbanqui, con todos los colores del arco iris».[408] Por lo visto, las noticias de la muerte del americano eran una enorme exageración.

Harlan creía que estaba negociando el destino de las naciones, cuando en realidad solo estaba ahí para ganar tiempo. Singh necesitaba unas cuantas horas para posicionar sus ejércitos, así que mandó al mayor fanfarrón del Punyab a distraer a Dost Mohammad. Harlan habló y habló y habló. «Expuse con tensa exaltación la eficiencia del ejército sij —relató—, y la riqueza y el poderío militar de Ranjit.» Sin embargo, señalaba Masson, «al señor Harlan, el emir no le resultó tan maleable como su hermano, y se le reprendió que interfiriera en asuntos que no eran de su incumbencia [...] Le pareció necesario mandarle al emir un Corán, y hacer muchas promesas».[409] Dost Mohammad le lanzó una agria mirada: «Cuando Sikandar (Alejandro) visitó este país —le replicó al americano—, envió un agente secreto adonde estaba el príncipe, y los montañeses mataron al embajador de Sikandar».[410] La lección de historia quedó interrumpida cuando Dost Mohammad descubrió que Ranjit Singh tenía el campamento rodeado por tres de sus lados.

La batalla terminó antes de empezar. Dost Mohammad supo que «solo tenía dos alternativas: luchar, o retirarse sin pérdida de tiempo. Se quedó aturdido por un momento».[411] Tras un tímido intento de secuestrar a Harlan, decidió retirarse. Contaba «con demasiada experiencia en los campamentos afganos como para no saber que una retirada ordenada era prácticamente imposible»,[412] y en efecto, tan pronto se anunció esta, la mitad de su ejército empezó a saquear a la otra mitad. Tenía algunas tropas apostadas en la carretera hacia Kabul, «con órdenes de hacer retroceder a cualquier fugitivo del ejército que tratara de llegar a [esa ciudad]. Sin embargo, el primer aluvión [...] doblegó a la guardia, y le arrebató los caballos, las armas y los pertrechos. El emir, indignado, cejó en el intento de contener la huida de sus hombres, y terminó alcanzando secretamente Kabul de

noche».[413] Le quedaba todavía menos dinero, y estaba de peor humor, que cuando había partido.

A su regreso a la ciudad, Masson descubrió que su vida pacífica de antes era solo un recuerdo lejano. El ejército afgano había sembrado el caos a su retirada, y «las calles eran escenario de conflictos y matanzas continuas, a las que nadie parecía prestar atención, y daba la impresión de que la ciudad estaba a punto de hundirse en la anarquía».[414] Masson empezó a mirar a su espalda más a menudo. Hasta Bagram había cambiado. Los jefes locales y las bandas de salteadores luchaban por el control, y lo que Masson llamaba delicadamente «alborotos» eran cada vez más frecuentes.[415] En más de una ocasión, se vio obligado a dejar las excavaciones a medias «debido a la agitación del país». «El llano de Bagram —le decía a Pottinger— es un enclave peligroso, pero confío en que las precauciones en pos de la seguridad de mis trabajadores sean efectivas.»[416]

Su nueva vida como espía lo abrumaba. Había días en los que «mis asuntos han tomado un giro tan complicado que ocupan demasiado mi mente como para que pueda disfrutar de proseguir con mis investigaciones anteriores».[417] Aun así, no se rendiría. Wade le había prometido un modesto salario, que Masson planeaba destinar directamente a las labores de excavación. Seguía teniendo muchos amigos. Y le quedaban un as o dos en la manga.

Poco después de volver a Kabul, Masson puso a algunos hombres a trabajar en una estupa próxima a Bagram. «Durante un día o dos, las operaciones quedaron interrumpidas, pero una mañana, un hombre [...] fue a ver a mi amigo, llamado Baloch Khan, y le dijo que había alguien en el pueblo de abajo que deseaba hablar con él.» Cuando Baloch Khan llegó al pueblo, se lo encontró ocupado por una de las bandas locales:

> *Le transmitieron que había sido una bendición enterarse de que él estaba allí, pues al ser informados de que un farangi andaba excavando tesoros [...] se habían jurado, sesenta de ellos, lanzarse sobre él, y que allí estaban, decididos a disparar primero un fuego de volea y cargar luego cuchillo en mano, pero, le preguntaron: «¿Qué haces tú aquí, Baloch Khan? ¿Por qué has traído a este farangi?». Este les respondió que era amigo del farangi y, ansioso por ayudarlo, que ni hablar de ningún tesoro, que lo único que sacarían serían unas cuantas paisas [unos centenares de rupias], y muchas más cosas por el estilo.* [418]
>
> *Los saqueadores «respondieron que, si ese era el caso, y también por consideración a él, no interrumpirían los trabajos*

[...] Es más, se comprometieron a que, si otra banda local se planteara interferir, protegerían al grupo frente a ellos».[419]

Pasara lo que pasase, se decía Masson, le echara lo que le echase el mundo, lograría su sueño. Tenía su *póthos*. Tenía Alejandría. «Si ejecutas la tarea presente siguiendo la recta razón, diligentemente, con firmeza, con benevolencia y sin ninguna preocupación accesoria —dejó escrito el emperador romano Marco Aurelio en sus *Meditaciones*—, antes bien, velas por la pureza de tu dios, como si fuera ya preciso restituirlo, si agregas esta condición de no esperar ni tampoco evitar nada, sino que te conformas con la actividad presente conforme a la naturaleza y con la verdad heroica en todo lo que digas y comentes, vivirás feliz. Y nadie será capaz de impedírtelo.»[420]

9 La realidad supera a la ficción

La identidad de Masson se había convertido en un secreto a voces. Una tras otra, las personas que lo habían conocido cuando todavía era James Lewis se fueron enterando de que su viejo amigo seguía vivito y coleando. En 1835, Charles Brownlow, que había servido con Masson en la Artillería de Bengala, tomó asiento en el fresco silencio de la biblioteca St. Andrew de Calcuta y se preguntó cómo podría empezar su carta a «mi querido Lewis».

Aunque han pasado cerca de trece años sin vernos, y aunque seguramente desde entonces rara vez mi recuerdo haya cruzado por tu memoria, no puedo resistirme a la tentación de escribirte unas líneas. Tengo noticia de los documentos recientes que han pasado por las manos del gobierno de Bengala, y que devuelven al reino de los vivos a alguien a quien todos sus amigos habían relegado a la tumba. No sé si conoces este hecho, pero se difundió y creyó un informe según el cual te habías tomado la muerte por tu mano [suicidado] poco después de dejar el servicio de la Compañía de las Indias Orientales. Me alegra que ese rumor no sea cierto, y que vivas todavía para hacerte un nombre. Yo soy miembro de la Sociedad Asiática, y he disfrutado mucho con la lectura de tus artículos sobre antigüedades en el *Journal of the Asiatic Society*. ¡Poco me imaginaba yo, sin embargo, que se los debía a alguien que conocía tan de cerca y desde hacía tanto tiempo![421]

Brownlow le mandaba recuerdos de otro viejo amigo: George Jephson. Este había visto hacía poco al antiguo oficial al mando de Masson, y ambos habían mantenido «una larga conversación sobre ti, sin pensar que estuvieras en el reino de los vivos». «Debes de haber echado una partida muy curiosa.»[422]

Y la partida lo era cada vez más. En el verano de 1835, Masson iba adaptándose a su nueva vida como espía. La detestaba. «Su carácter ingrato, su tendencia a ponerme en un compromiso con personas con las que llevaba viviendo larga y respetablemente, el freno que había impuesto en las investigaciones en las que estaba embarcado y la pérdida de independencia y libertad para ir adonde se me antojara se contaban entre mis motivos de insatisfacción», escribía con pesar.[423] Pero, por desgracia para él, era un espía extremadamente bueno.

En cuestión de meses, Masson había reconstruido la maltrecha red de inteligencia de Karamat Ali. Pronto estuvo al corriente de todos los chismorreos de Kabul. Dost Mohammad y sus consejeros andaban

furiosos por aquella retirada humillante de Peshawar. «Si os digo que vayáis con veinte mil hombres, y os plantéis delante de setenta mil sijs, que descarguéis vuestros cañones sobre ellos, que los combatáis y regreséis al campamento enarbolando sus cabezas, os enfadáis —le había soltado Haji Khan al emir echando humo—. Y si os digo que vayáis y les mostréis las vergüenzas antes de escabulliros, también os enfadáis. No se puede decir nada que os complazca.»[424]

Muchos culpaban a los británicos: si la Compañía de las Indias Orientales no hubiese ignorado sus peticiones de ayuda, farfullaba Sami Khan, el jefe de gabinete de Dost Mohammad, otro gallo cantaría.[425]

Hacia finales de verano, las redes de Masson se extendían ya de punta a punta de Asia Central. En sus viajes, había hecho amigos en casi cada pueblo y ciudad, por no mencionar a los mercaderes que cruzaban trabajosamente las montañas con sus caravanas de camellos, cargados de sedas y especias. Así, cuando un sospechoso personaje que se presentó como Mirza Jafar llegó a Bujará, gran metrópolis de la Ruta de la Seda situada a cientos de kilómetros, Masson se enteró enseguida. Mientras Mirza Jafar decía sus oraciones en la mezquita principal, los agentes de Masson lo seguían como una sombra. Hablaba «árabe, persa y turco», anotó Masson, y de vez en cuando afirmaba ser francés. Corrían rumores de que el gobernador ruso de Oremburgo había «traído a Mirza Jafar» desde San Petersburgo[426] y lo había mandado al otro lado de la frontera para recabar información.

A Wade le costaba creer «el volumen y la exactitud de la información» que llegaba de Kabul.[427] Le agradeció a Masson «la esforzada atención que seguía mostrando en el desempeño de las funciones que se le han encomendado».[428] Pronto, los informes de Masson empezaron a llegar a Calcuta, y se convirtió en «una autoridad de extrema confianza para el gobierno indio».[429]

Wade también estaba inquieto. Macnaghten le había pedido que dejara de referirse a Masson como «nuestro Agente» en Kabul,[430] puesto que eso daba a entender que se había producido un nombramiento oficial. «He evitado darle ninguna otra designación al señor Masson más allá de decir que está “vinculado a mi despacho”», le había asegurado Wade, mintiendo.[431] Esperaba que Masson no leyera entre líneas. Esperaba, por encima de todo, que Masson no comprendiera que ya estaba indultado.

A principios de 1835, llegó a Londres el informe de Wade sobre Masson. Aterrizó en la mesa de lord Ellenborough, presidente de la Junta de Dirección de la Compañía de las Indias Orientales. Ellenborough quedó entusiasmado con el relato de las peripecias de Masson. Wade tenía intención de seguir mostrándole a Masson la zanahoria del indulto indefinidamente. Le daba igual que se lo

concediesen o no:[432] lo importante era preservar esa ventaja. No obstante, Ellenborough tenía otra idea en mente. Le escribió al rey, «solicitando que se conceda el indulto a James Lewis, alias Charles Masson» de manera inmediata,[433] no por su labor como espía, sino por sus hallazgos arqueológicos:

> *Ha adoptado el nombre de Charles Masson. Posee grandes dotes y conocimientos. Ha obtenido y transmitido abundante información útil con respecto al estado de la población y los territorios que bordean el Indo, y sigue ahora embarcado en sus investigaciones, pues tiene un carácter más científico que político [...]*

En toda circunstancia, lord Ellenborough aconseja humildemente a Su Majestad que conceda el indulto que el Gobernador General de la India ha solicitado para esta persona, cuya reputación particular parece ser intachable, salvo en lo tocante al delito de deserción, y que parece dispuesta a expiar en todo lo posible tal delito por medio de sus útiles contribuciones a la historia antigua, y a nuestro conocimiento presente, de las naciones próximas al Indo.[434]

Tres días más tarde, el indulto del rey Guillermo IV estaba firmado, sellado y listo para despachar a la India.[435] Masson no lo sabía, pero Alejandría lo había liberado.

Cuando el indulto llegó a Ludhiana, a Wade no le hizo ninguna gracia. No tenía otra que mandar la noticia a Kabul, pero, como informó a Masson, la Compañía de las Indias Orientales se encargaría de conservar el indulto ella misma, «por motivos que usted sabrá comprender»,[436] y había decidido que se mantuviese en secreto. Aquello dejó a Masson en un mar de dudas: ¿por qué lo habían indultado, y con qué condiciones? No tenía ni idea «de si era o no un agente libre»,[437] pero sí sabía que una equivocación podía costarle la vida.

Durante años, Masson había sobrevivido a base de historias. Ahora había caído en la red de Wade y, día tras día, se iba embrollando más en ella. Después de casi diez años a la fuga, una parte de sí mismo no había dejado nunca de sentir miedo. Temía que el indulto respondiese únicamente a su labor como espía, y que pudieran revocarlo en cualquier momento. Nada de eso era cierto, pero, como iba descubriendo Masson, convertirse en espía era fácil: lo difícil era dejar de serlo.

Masson estaba cada vez más atado a Kabul. «El nombramiento oficial como Agente, como podrá imaginar, me ha cargado con nuevas responsabilidades —le explicaba con tristeza a Pottinger—, y al

restringir, por así decirlo, mi residencia a Kabul, me ha impedido proseguir con las exploraciones arqueológicas, más gratas, en las que me ocupaba.»[438] Confiaba en sus asistentes afganos, eso sí. Ahora pasaban gran parte del año trabajando por su cuenta, comprando monedas en Bagram, y dirigiendo las excavaciones. «Uno de ellos, por nombre Hassan, es un joven que lleva conmigo desde que salí de Kabul, de donde es oriundo, y no se ha separado de mí bajo ninguna circunstancia ni fortuna, con notable fidelidad. Me ha prestado un servicio enorme en las diversas operaciones, ofreciendo siempre total confianza, y tiene el buen tino de congraciarse con la gente donde quiera que va, cosa nada despreciable.»[439]

Era un trabajo lento, y caro. Pero cada rupia que Wade soltaba iba directa a las excavaciones de Masson, y Pottinger continuaba mandando fondos siempre que podía. Junto con los gastos típicos de una excavación —«herramientas de afilado, etc.»—, Masson gastaba una fortuna en sobornos. En cada lugar, los oficiales tenían su particular debilidad: uno «ahuyentó a mis trabajadores con un grupo armado. Durante las explicaciones, se distrajo con unas medicinas que pidió, y a partir de ahí mantuve su buen humor en el curso de las excavaciones con pequeños presentes de fruta de vez en cuando». Y a cada una de esas «numerosas personas que conviene aplacar» había que pagarle por separado. «En caso de que algún concepto resulte inaceptable —se disculpó con Pottinger, cuando le mandó las cuentas —, le ruego que se suprima.»[440]

En Bagram, los contornos de la ciudad comenzaban a tomar forma. «En muchos puntos, se ha comprobado que basta con cavar a un metro de profundidad para que aparezcan tramas de cemento, que parecen demarcar las plantas de edificios y de sus departamentos.»[441] Y los hallazgos de Hassan no dejaban de acumularse. En cada habitación de la diminuta casa de Masson había sacos de monedas, pilas de joyas y cofres apoyados en las esquinas. Un mundo desconocido iba cobrando nitidez. «No solo estaba a punto de arrojarse una luz enorme sobre la oscuridad que había envuelto tantas eras y naciones, sino que muchas de las teorías que hasta entonces habían gozado de la aprobación del mundo culto iban a ser desterradas.»[442]

Masson era consciente de que, si quería narrar la historia del antiguo Afganistán, no podía perder tiempo.[443] Después de años de trabajo laborioso, otros podían adelantársele.

A miles de kilómetros de allí, Johann Martin Honigberger, el cazatesoros transilvano, estaba escribiendo una carta para el Museo Británico: «Durante mi estancia en Kabul (más de cuatro meses)», he excavado las estupas «del pueblo y sus alrededores, hasta Yalalabad. Las desenterré todas».

Animado por la devoción en pos del progreso de la ciencia, y con la única intención de poderle ofrecer al Museo Británico tesoros encondidos y desconocidos en Europa hasta la fecha, calculando al tiempo la recompensa por mis servicios [...], resultaría de todo punto imposible fijar un precio concreto en objetos de una importancia tan alta e incalculable. Pero si me permite señalarle el ingente gasto de cerca de 1200 libras en el que incurrí viajando por tierra desde Lahore hasta Londres, y los peligros a los que estuve expuesto, las precauciones que tomé, la fatiga que soporté y las dificultades que hube de superar con el único propósito de ver dichos tesoros alojados a buen recaudo en Inglaterra, podrá usted hacerse una idea apropiada de la remuneración que merezco.[444]

Cuando Edward Hawkins, el conservador de antigüedades del museo, vio lo que había encontrado Honigberger en Afganistán, aquello fue codicia a primera vista: «El Museo debe, sí, debe, comprarlos aun si ha de empeñar algo para recaudar el dinero», defendió.[445] Pero 1200 libras era una cifra enorme: unos 140 000 euros hoy en día. Honigberger pronto rebajó el precio a 700 libras. Los responsables del museo refunfuñaron por su «evidente embaucamiento»,[446] e intentaron rascar dinero de aquí y de allá para hacerle una oferta. «No deje de hacerse, bajo ningún concepto, con una parte de los tesoros de ese abominable germano», suplicó Hawkins.[447]

El relicario de Bimaran, de oro y con joyas incrustadas, una pieza más importante que toda la colección de Honigberger junta, le costó a la Compañía de las Indias Orientales un total de cinco rupias: hoy día, algo menos de 60 euros.[448] Masson consideraba que la Compañía había salido muy beneficiada del trato. Y, en una ocasión, cometió la imprudencia de decírselo a Wade.

En el otoño de 1835, de la nada, Masson recibió una carta furiosa de Pottinger. Wade le había dicho que Masson encontraba ofensivo el acuerdo que tenía con él y el dinero que le había ofrecido. «No se le puede culpar por preferir mi oferta de empleo —había añadido Wade en su carta—, si tenemos en cuenta que es de vital importancia para su felicidad futura.»[449] Masson no había dicho nada parecido, sin embargo, Pottinger picó el anzuelo. Comunicó a Masson, con total frialdad, que no le daría ni una sola rupia más para sus excavaciones. No quería volver a saber nada de él.[450]

Masson estaba devastado. Le escribió a Pottinger tres cartas largas y apesadumbradas, pidiéndole que «lo librase de culpa por cuestiones que no había provocado ni insinuado él».[451] «No es simple pesar lo que siento por que el curso fluido y agradable de la correspondencia, existente entre usted y yo, se haya visto alterado, y por que hayan intentado, no solo disolver una relación que yo valoraba, sino atizar

sentimientos hostiles en su corazón y traerme el descrédito.» Wade había retorcido sus palabras hasta dejarlas irreconocibles, y «pese a que tal vez finja amistad y desinterés, dudo muy mucho de una y otro».[452]

Wade necesitaba a su espía indefenso, aislado y dependiente por completo de él. Ahora, dio otra vuelta de tuerca. Las piezas de Masson quedaban retenidas indefinidamente en Ludhiana.[453] Cualquier carta sobre sus excavaciones necesitaba aprobación previa. «No me pareció correcto que se comunicara al respecto por un canal distinto al de mi despacho», sentenció Wade.[454] No le pagaban el sueldo: «Debía de ser consciente de que yo no tenía otro modo de afrontar mis gastos, más allá de incurrir en deudas en Kabul —escribiría Masson—. Sospecho que su objetivo era dejarme atado de manos, y hasta cierto punto lo logró».[455] Sin embargo, Wade lo había subestimado.

Por las noches, cuando se encendían los faroles y la llamada a la oración resonaba por todo Kabul, Masson extendía frente a él los hallazgos de Bagram y trataba de encontrarle un sentido a aquello. ¿Era la ciudad de Alejandro, o no? Las monedas estaban magulladas y desgastadas. Las inscripciones, escritas en antiguas hojas de corteza, eran tan frágiles que a menudo se hacían pedazos antes de que pudiera llegar a copiarlas. Seguía sin tener apenas libros. Un año y medio después de haber prometido ayudarlo, «el capitán Wade mandó una docena de obras inglesas, entre las que estaban las *Historias* [de Escocia y América] de Robertson y el Álgebra de Young [...], con vistas a ilustrarme, entiendo, sobre la historia de la antigua Bactria [Asia Central]».[456] Pero, un día, al voltear una moneda puede que por centésima vez, comprendió de pronto qué estaba viendo.

En una cara de la moneda, había una efigie del rey, y una inscripción en griego antiguo. En la otra, símbolos de una escritura desconocida. Ni Masson ni nadie más en el mundo sabía descifrarlos. Llevaba años preguntándose si encontraría jamás una forma de hacerlo. Y entonces descubrió que el secreto había estado siempre delante de sus ojos.

«Basileus», comenzaba siempre la inscripción griega en la cara de la moneda: «Rey». Al otro lado, se fijó, la inscripción también empezaba siempre con la misma serie de símbolos. Las monedas eran bilingües: la escritura desconocida del reverso decía lo mismo que la griega del anverso. Si sabía leer griego, sabría descifrar aquella lengua perdida. Cada moneda era como una piedra Rosetta en miniatura.

Aquella escritura desconocida se llamaba karosti. Se introdujo unos cien años después de la expedición de Alejandro, y se difundió por los actuales Afganistán y Pakistán, y por la Ruta de la Seda hasta China. En el siglo IV d. de C. había caído en desuso en Afganistán, y en el siglo VII estaba muerta por completo. Nadie había sido capaz de

leerla en más de mil años.

En el 150 a. de C. la había empleado el rey Menandro I, nacido en las llanuras de Bagram, en una aldea diminuta cercana a Alejandría.[457] Había gobernado un reino, con centro en Afganistán, que se extendía hasta las llanuras del Punyab. Masson había encontrado un centenar de monedas suyas. «Basileus Soteros Menandrou» podía leerse en ellas: «Rey Menandro el salvador». «Maharajasa tratarasa Menamdrasa», decían las palabras en karosti del reverso, que habían intrigado a Masson durante tanto tiempo: «Rey Menandro el salvador».

Cuanto más averiguaba sobre sus descubrimientos, más desconcertantes resultaban.

En 1835, prácticamente todos los libros de historia británicos afirmaban lo mismo: Oriente y Occidente no tenían ningún punto en común. La expedición de Alejandro, igual que la historia de la Compañía de las Indias Orientales, había marcado el triunfo de «la disciplina y la intrepidez de griegos y macedonios [...] sobre la artería bárbara y la furia arbitraria».[458] El imperio de Alejandro fue derribado por «su disposición a abandonar el carácter de un griego en contraposición al de un bárbaro».[459] A su muerte, en la India y Afganistán, «los bárbaros [...] terminaron borrando todo rastro de la civilización europea que había dejado allí Alejandro».[460]

La historia que Masson estaba revelando no contenía ninguno de esos elementos. Era una historia sobre Alejandro Magno, pero, a diferencia de todas las demás, lo era también del arte budista y los exploradores chinos. Era una historia sobre los griegos en Asia, pero, a diferencia de todas las demás, no la del triunfo de Occidente sobre Oriente. Cada día que Masson pasaba en Afganistán, cada nuevo descubrimiento, arrojaba dudas sobre las ideas con las que se había educado. Las certezas frías y grises de Bretaña, del imperio, de la superioridad occidental, se iban desvaneciendo.

Masson no se decidía entre confiar en su material, o encajar sus ideas en los modelos antiguos y polvorientos. «Temo escribir», confesaba.[461] «La falta de fuentes de referencia y comparación, que tan dolorosamente me ha pesado en todas mis investigaciones, en particular por cuanto muchas de ellas se centraban en temas nuevos e inesperados, tal vez me haya hecho dudar.»[462] Aun así, no podía contener su entusiasmo. Sentado en su casa del barrio armenio, asomado a los tejados de todo Kabul, extendió sus piezas más recientes pluma en mano. Estaba tan absorto en su trabajo, que cuando uno de los confidentes de Dost Mohammad «comentó que yo sabía demasiado de los asuntos de Kabul», no prestó la atención que debería haber prestado.[463]

Cuando las notas de Masson llegaron a Calcuta, James Prinsep, el

secretario de la Sociedad Asiática, no se podía creer lo que estaba leyendo. Si Masson estaba en lo cierto respecto a esa escritura desconocida, entonces muy pronto sería posible «desentrañar» por completo la lengua perdida.[464] En Calcuta, aferrarse al pasado era casi imposible. El aire estaba cargado de sudor y descomposición. En los edificios recién pintados brotaba el moho. Los animales disecados se pudrían. Los cuadros se combaban y desconchaban. En el cementerio de Park Street, justo al lado de la Sociedad Asiática, las enredaderas trepaban inexorablemente por las columnas y pórticos de los mausoleos británicos, y un musgo verde y espeso cubría los epitafios. Todos los días, la India les recordaba a los británicos que nada dura para siempre.

Por mucho que se esforzara la Sociedad Asiática por preservar el pasado, estaba atrapada en una lucha condenada inevitablemente al fracaso. Y la Compañía de las Indias Orientales no era ninguna ayuda. Cuando Prinsep les pidió financiación para publicar las obras maestras de la literatura sánscrita, la Compañía le respondió que no tenía deseo alguno «de acumular montañas de papelajos», y que sus fondos se destinarían «a impartir conocimientos de literatura inglesa a la población nativa».[465] (Al enterarse de esto, Macnaghten, resplandeciente con sus lentes azules, empezó a vociferar en furioso latín.)[466] La promesa de Masson de hacer comprensible de nuevo aquella lengua perdida era como un sueño hecho realidad, y la lectura de aquella carta suya desde Kabul, el momento más «cautivador» del que Prinsep tenía memoria.[467]

Masson comprendió que la ciudad que había encontrado en Bagram lo cambiaba todo. Los griegos no habían querido arrasar con el resto de culturas: habían querido aprender de ellas. En los siglos posteriores a la muerte de Alejandro, la sangre y el caos de su campaña habían quedado prácticamente en el olvido, pero la curiosidad había seguido estando ahí.

Según la leyenda islámica, Sikandar «partió hacia la tierra de los brahmanes, para aprender algo de su antigua sabiduría»,[468] y desafió a un duelo de ingenio al hombre más sabio de la India:

> *Para poner a prueba al maestro, Sikandar le mandó una copa llena de aceite con que ungirse; el sabio forjó con él un millar de alfileres y se los envió a Sikandar, que hizo con ellos un anillo que mandó al maestro, que lo pulió con un brillo de espejo y se lo devolvió [...]. Sikandar había querido afirmar: «Soy más sabio que todos los filósofos»; y el indio había respondido: «Sikandar y sus conocimientos son transitorios». El rey le había mandado un anillo que simbolizaba su poder; el*

sabio le puso un espejo delante para que se viera a sí mismo.[469]

Menandro I, aquel rey nacido a la sombra de Alejandría, gravó en sus monedas a Atenea, la diosa griega de la sabiduría, pero muchos sostienen que también él se convirtió al budismo. Un antiguo texto budista, *Las preguntas de Milinda*, recoge un diálogo entre Menandro y un monje budista. «Al igual que cuando se lleva una antorcha a una casa oscura y esta disipa las tinieblas, produce claridad, brilla la luz y descubre las formas, así actúa la sabiduría» —le dijo el monje a Menandro—. «La sabiduría disipa las tinieblas de la ignorancia, produce la claridad de la ciencia, hace resplandecer la luz del conocimiento, revela las santas verdades.»[470]

Durante el reinado de Menandro, se dio un gran peregrinaje budista desde Alejandría del Cáucaso. Los peregrinos recorrían el camino entero hasta la India, serpenteando por los pasos de montaña, antes de cruzar el mar hasta Sri Lanka. A la consagración de la estupa budista de la ciudad esrilanquesa de Anuradhapura, según una antigua crónica, «acudió desde Alejandría, la ciudad de los griegos, el anciano Mahadharmaraksita, con treinta mil monjes».[471] Los gobernantes indios sentían la misma curiosidad por los griegos: un rey mandó embajadores a ver a los sucesores de Alejandro, a los que pidieron «vino dulce, higos secos y un filósofo». (El vino y los higos se los enviaron debidamente, aunque los acompañaron de una respuesta: «Nuestros filósofos no están en venta».)[472]

La civilización que Masson había encontrado no era ni griega ni afgana. No era ni pagana ni budista. Era todas esas cosas. Era una cultura que no encajaba en ninguno de los modelos de los libros de texto. Las ciudades de Alejandro no fueron bastiones aislados de cultura griega en tierras lejanas. Pese a que, en su fundación, muchas eran lúgubres guarniciones militares, se habían convertido en puestos de avanzada de la curiosidad. Vistos desde Alejandría del Cáucaso, Oriente y Occidente no eran opuestos, sino que habían ido conviviendo, y aprendiendo uno de otro, durante más de 2000 años.[473] Masson comprendió que, como ocurría con las dos caras de sus monedas, la historia del mundo estaba interconectada: griegos y budistas, Alejandro y Sikandar.

Masson había dado con la historia que llevaba tantos años persiguiendo. La historia de Alejandro, pero también la suya propia: la historia de los forasteros que encontraban su hogar en una tierra extraña.

«La realidad es increíble —le decía Brownlow a Masson—, supera a la ficción. ¡Tu historia es una novela! A pesar de la gran indulgencia que has dispensado ya a tu vocación exploradora, esa inclinación

sigue siendo tan fuerte en ti como siempre: creciendo de aquello con que se la alimenta.» Estaba convencido de que su viejo amigo elucidaría pronto «una historia que había sido un enigma persistente a lo largo de dos mil años».[474]

Y entonces los asesinos llegaron a por Masson.

Una noche, un ruido repentino lo arrancó del sueño. Abrió los ojos y fue tambaleándose hasta la puerta. Unos hombres armados con cuchillos estaban subiendo por la escalera. [475]

10 La era de todas las cosas

Masson tardó un momento en comprender qué estaba pasando. Los hombres llevaban la cara «embozada» y empuñaban con fuerza los cuchillos.[476] Fueron directos a por él.

Masson no era nada pendenciero: sus dotes de supervivencia predilectas eran hablar y correr. Sin embargo, a los hombres no les interesaba conversar, y él no tenía por donde huir. Montó una barricada tras la puerta de su cuarto y gritó tan alto como pudo pidiendo ayuda. Por suerte, los hombres no se quedaron esperando a ver si aparecía alguien. Se esfumaron por los callejones de Kabul tan rápido como habían venido.

La noche siguiente, regresaron.[477]

Desde ese momento, Masson durmió intranquilo; eso cuando podía dormir.[478] Cada pocas semanas, desesperado por contentar a Wade, mandaba un nuevo informe a Ludhiana. Mientras escribía, no dejaba de maldecir a su jefe entre dientes. «No me atrevo a escribir su nombre, porque estoy tan acostumbrado a oírlo en Kabul acompañado del epíteto "perro" que tengo miedo de despistarme y ponerlo también.»[479] Siempre que cogía la pluma para escribir a Wade, se moría de ganas de empezar diciendo: «Querido Perro».

Los despachos de Masson eran la única ventana de los británicos hacia Afganistán, y los leían con interés creciente, no solo Wade, sino los hombres que dirigían la Compañía de las Indias Orientales desde Calcuta. Miraban el país con ojos codiciosos. «La política de la frontera en la que te encuentras no podrá seguir siendo pacífica —lo alertó Brownlow—, y cuando lancen el golpe, esto es, en cuanto Ranjit cierre un ojo, no hace falta ser adivino para saber cuál será el resultado: la expansión de nuestros confines.»[480]

A principios de 1836, Masson subió la cuesta empinada que llevaba a Bala Hissar, camino de la corte de Dost Mohammad. Se escondió al fondo del gentío, observando y escuchando. Oyó entonces el sonido de una voz nasal y familiar y levantó la cabeza de golpe. Un hombretón de barba espesa no paraba de meter baza, «vestido con una chaqueta de raso fina y brillante, de color verde guisante; bombachos de seda granate; botas de ante; una faja de encaje plateado ceñida con una enorme hebilla cuadrada, más grande que la pechera de un soldado, y en la cabeza una gorra de campaña de piel de gato blanca, con borlas y una reluciente cinta dorada.[481] Ahí estaba de nuevo Josiah Harlan.

Harlan se había quedado más tiempo de la cuenta en el Punyab.

Ranjit Singh descubrió su taller de falsificación y llamó al gigante americano para que diese explicaciones.[482] A modo de disculpa, Harlan «confeccionó un talismán» para el marajá, y se lo mostró a su consejero jefe, Fakir Azizuddin. Como recoge la crónica de la corte, a partir de ahí su plan fue de mal en peor. Azizuddin, «que era un hombre culto y competente, se sorprendió al ver una cadena de oro en torno a un cerdo, representando el talismán de la vida, e informó de ello al marajá, que le pidió que le sugiriese a Harlan sahib la idea de una recompensa suculenta, y hacer que anticipara grandes favores con la recuperación del marajá. Dicha persona [Harlan] exigió entonces 100 000 rupias [cerca de 1 200 000 euros de hoy] antes de tratar al marajá» y «comenzó a soltar tonterías y disparates». Los cortesanos de Ranjit Singh le «explicaron los detalles de esta conducta estúpida al marajá, que montó en cólera y ordenó que lo expulsaran descalzo de la ciudad».[483]

Harlan alegó de inmediato que lo habían entendido mal. No pedía 100 000 rupias por el talismán del cerdo. Lo que quería era construir una «batería galvánica» y conectar a Ranjit Singh a ella. «Su plan de galvanizar al marajá recibió la presta aprobación de este último»,[484] hasta que Harlan mencionó el coste. Los materiales, le dijo a Ranjit Singh, ascenderían exactamente a 100 000 rupias.

Wade, que quería mantener a su informante en Lahore, escribió a Ranjit Singh diciéndole que «Harlan sahib era una persona muy sabia e inteligente, y que el talismán que había confeccionado era preciso y acertado, y lo elogió enormemente».[485] Pero era demasiado tarde. Ranjit Singh «amenazó con desatar su venganza contra el doctor Harlan si no abandonaba con toda celeridad sus dominios. Este, conocedor del carácter de ese hombre con el que tenía que vérselas, no tardó en huir a Ludhiana».[486]

Cuando llegó allí, no le quedaba un céntimo. Cogió el camino a Kabul, farfullando furioso. El adjunto de Wade lo vio marchar. «Su intención declarada es la de conducir un ejército que lo vengue de su antiguo señor [Ranjit Singh] por los agravios que ha sufrido [según dice] a manos suyas. Es un excéntrico, y sin duda emprendedor, pero que tenga el talento necesario como para hacerse con semejante ascendiente sobre el rey de Kabul y llevar a cabo su amenaza es, en mi opinión, más que improbable.»[487]

Harlan llegó a Kabul con la mejor actitud. Le había compuesto un poema a Dost Mohammad. «¡En pie, como un guerrero en el fragor de la batalla! / Para hallar aquí un trono, o ir a ocupar la tumba de un héroe —bramó—, Por Dios, el Profeta, y las famosas hazañas suyas / El paraíso de un mártir o el nombre del invicto.»[488] Como casi siempre con Harlan, el poema tenía un aire impresionante, pero visto más de cerca era puro humo. Dost Mohammad lo puso al frente de un grupo

de soldados «como medida provisional».[489] Harlan comenzó a presentarse como «consejero de estado, edecán y General del Estado Mayor de Dost Mohammad Khan, emir de Kabul».[490]

En Bhuj, Henry Pottinger estaba más irritado que de costumbre. Había cortado la correspondencia con Masson unos meses antes, y acababa de recibir una desconsolada retahíla de cartas desde Kabul. Al leerlas, comprendió que Wade lo había dejado en ridículo. «Tuve la sincera satisfacción de recibir un gran fajo de cartas de parte del señor Masson, en las que me ofrece la más completa explicación de su implicación en el asunto, y demuestra claramente que el capitán Wade, por motivos que él sabrá, había hecho uso de un fragmento de una carta privada escrita hace casi dos años para sembrar el desacuerdo entre el señor Masson y yo mismo, y para truncar nuestra correspondencia futura. Decir que la carta del señor Masson me ha complacido no transmite más que una idea muy débil de mis sentimientos al respecto.»[491] A Masson le respondió que «dado que mi amistad es valiosa para usted, se la entrego con total sinceridad».[492] «En cuando a la conducta del capitán Wade —añadía—, mejor será que no diga nada.»[493] (Pronto lo reconsideró: de Bhuj empezaron a salir en tromba suficientes cartas dirigidas a Wade, a sus superiores y a las autoridades de Bombay y Calcuta como para «llenar un libro». «No querría estar en la piel del capitán Wade por nada del mundo», comentaba un conocido de Pottinger.)[494] Masson y Pottinger retomaron los hilos de su amistad. «Qué alegría», le escribió Masson.[495]

Sin embargo, no había muchas cosas más que le elevasen los ánimos. En 1836, habían nombrado un nuevo gobernador general en la India, lord Auckland. Tanto Masson como Dost Mohammad esperaban que supusiera un nuevo comienzo. «La llegada de lord Auckland ha reavivado las esperanzas, y si no se fomenta la comunicación entre la India y Kabul no será por objeción del emir Dost Mohammad, que se lamenta una y otra vez de que no se haya mandado a deliberar con él a nadie debidamente autorizado», señalaba Masson.[496] «El campo de mis esperanzas —le escribió Dost Mohammad a Auckland—, que antes helaba el frío azote de los tiempos, se ha convertido, con la buena nueva de la llegada de su Señoría, en la envidia del jardín del Paraíso.»[497] Pero las cartas de Dost Mohammad no obtuvieron respuesta, y el emir descargó su frustración con Masson.[498] A este, entretanto, se le iban acumulando las deudas de nuevo. Y la vida en Kabul estaba cambiando más rápido que nunca.

Un día, paseando cerca de la ciudad con un amigo, Masson vio «a un hombre corriendo, con un mosquete en la mano». «¿Se ha marchado el farangi?», gritaba. Alguien señaló a Masson a lo lejos, y

entonces el hombre hincó una rodilla en el suelo, apoyó el arma junto a un riachuelo y apuntó a conciencia. «Ese tipo va a disparar», murmuró Masson. «No —respondió su amigo—, ni mucho menos», respondió su amigo. «¡Santo cielo, sí!» Tan pronto «las palabras cruzaron mis labios, llegó el disparo, que impactó a un palmo por debajo de nosotros».[499]

Masson se preguntaba, sombríamente, cuánto duraría su suerte: tarde o temprano un cuchillo o una bala conseguirían alcanzarlo. Mandó sus papeles «a un lugar seguro», con Pottinger.[500] «Me alegrará ir enviando gradualmente el total de mis manuscritos —le decía—, pues así no tendré tanto miedo a que termine ocurriéndome algún accidente en estos países, y no tendré que preocuparme, en caso de que suceda».[501] «Los consideraré un deber sagrado», respondió Pottinger.[502] «En un día futuro y más feliz —le dijo Masson—. Tal vez tenga tiempo para compilarlos.»[503] Estaba exhausto, y cada vez más cerca de sufrir una crisis nerviosa.

Lo de espiar para la Compañía de las Indias Orientales ya era horrible de por sí, antes de que la gente empezara a dispararle. Ahora, la vida como títere de Wade, «su herramienta y su pelele», era incalificable. «Si mido su indecencia por la desdicha que me ha ocasionado —decía Masson—, es desde luego enorme.»[504] Brownlow, desde Calcuta, le aconsejó que pasara desapercibido y no dijese nada: «Me preocupa mucho saber que se ha producido una ruptura entre el capitán Wade y tú, pues este posee una vasta influencia y lo tiene todo en sus manos, ya sea para mejorar la fortuna de uno como para arruinarla».[505] No obstante, Masson se había cansado de estar callado: «No sé si le atribuyo un valor indebido a la independencia —le respondió—, y si, al hacerlo, el horror que le tengo a la dependencia es justificable o no, pero creo que cualquier persona honrada concedería que este individuo es un infeliz, cuyo destino está a merced de una carta oficial».[506] Tenía el indulto. Ya era hora de averiguar si conllevaba alguna condición.

Masson escribió directamente a Calcuta, «asumiendo la opción desesperada de dimitir como agente de Kabul»,[507] dado que «he terminado considerando una maldición el favor de gobierno supremo».[508] «No tomé la determinación de dar este paso hasta que, hace cinco o seis meses, sufrí la agonía mental más extrema que he soportado nunca —concluía—. No tengo a quien encomendarle mi futuro, salvo a Dios y a mis propios recursos.»[509] A Masson le temblaban las manos cuando sellaba la carta. Mientras veía como el mensajero atravesaba las puertas de Kabul, camino de la India, sabía que tal vez se estuviese condenando a la muerte.

La carta de Masson no llegó a Calcuta. En Ludhiana, Wade la interceptó, la abrió, la leyó y se la quedó. Despachó una meliflua

advertencia hacia Kabul:

> *Le ruego que considere primero sus propios intereses [...] Ha contraído obligaciones que merecen particular reflexión, antes de renunciar a la consideración que se le ha otorgado.*

Puede que sacrificar las ventajas personales carezca de importancia en su mente, pero me niego a creer que sea igualmente indiferente a las declaraciones que un gobierno generoso ha hecho, a mi parecer, con base en su gratitud y devoción por su servicio, una vez considerada detenidamente la magnitud de estas.

Espero que comprenda los motivos que me han llevado a no remitir su carta a la secretaría de gobierno sin concederle antes otra oportunidad de ejercer su sentido común, confiando en que este lo disponga a sopesar el tema en relación con el gobierno, así como con las consecuencias sobre sus futuras perspectivas de vida.[510]

Wade, por descontado, se estaba echando un farol: Masson lo podía abandonar todo, era un hombre libre. Ahora bien, la carta parecía confirmar sus peores temores. Había «contraído obligaciones» con la Compañía de las Indias Orientales, y si decidía ignorarlas sus «futuras perspectivas de vida» serían muy distintas. Su indulto sí tenía unas condiciones. Tendría que ser espía. No había escapatoria.

* * *

En el verano de 1836, Godfrey Vigne, un explorador inglés con un enorme sombrero blanco, fue hasta la antigua ciudad de Gazni, a algo más de 150 kilómetros al sur de Kabul. Hassan, el amigo afgano de Masson, estaba excavando una estupa por allí cerca. Vigne se acercó para presentarse y quedó algo sorprendido con lo que ocurrió a continuación. Hassan y sus hombres «estaban vaciando el pozo que acostumbra a encontrarse en el centro de estos edificios». Vigne le dijo entonces que «en breve conocería al señor Masson, y que estaba seguro de que dicho caballero no tendría objeción en permitirme ver el pozo abierto». Hassan «se colocó de inmediato en lo alto del pozo, dio un golpe en el suelo con su pala y, con expresión amistosa, afirmó que eso era imposible». [511]

«Hassan le hizo comprender que no se le permitiría interferir en las excavaciones —explicaba Masson, satisfecho—, y él siguió hasta Kabul, desconcertado.»[512] Masson y Jabar Khan recibieron a Vigne a la entrada de la ciudad. «Por consejo suyo, me cambié el chaquetón inglés y el sombrero blanco de ala ancha por un bonito turbante de seda de Multán y un traje autóctono de percal inglés estampado, que me tendió, recién confeccionados, el nabab.»[513]

Masson se llevó al recompuesto Vigne a cenar con el jefe de gabinete de Dost Mohammad, Sami Khan. Tras el banquete hubo, como siempre, canciones. Vigne, que no sabía «apenas una palabra» de persa, no entendía por qué Masson le iba lanzando «una mirada cargada de intención de rato en rato».[514] «¿No oyen lo que está cantando? —preguntó finalmente Sami Khan a sus invitados—. "Si no recibimos respuesta de una ciudad, ¡la recibiremos de otra! Tengo el corazón lleno de congoja, ¿cuánto tiempo se van a posponer mis esperanzas?" Sorprende lo rápido que aprenden de mis enseñanzas. Cuando van a otra parte, cantan las canciones de Hafez; en cambio, cuando vienen a mi casa, encuentran temas distintos para sus canciones.» Así pretendía Sami Khan recordarle a Masson que llevaban demasiado tiempo esperando conocer «las intenciones del gobierno indio respecto a Kabul».[515]

Vigne sonrió y empezó a dar tumbos por la vida de la ciudad. «Recuerdo que me topé con una mula cargada de hierba entrando por un callejón estrecho justo cuando yo salía. Me era dificilísimo hacer retroceder a mi caballo, y le hice señas al arriero para que echase atrás. Lo hizo, pero exclamó: "¿Es que se ha muerto Dost Mohammad, que no hay justicia?"»[516] Sentado bajo las moreras, con un brandy al lado y las acuarelas en la mano, Vigne pasaba los días ocupado en pintar. Era tan jovial y al mismo tiempo tan obtuso que resultaba tremendamente persuasivo: casi toda la élite de Kabul, incluido Dost Mohammad, acabó posando para él. Hasta Masson se hizo un retrato, por primera vez en la vida. Tan pronto quedó terminado, el hijo de Dost Mohammad, Akbar Khan, lo reclamó para sí. «El hijo de emir está aquí y afirma que debe venir usted —le escribió Vigne a Masson —. Se ha apropiado de su retrato en cuanto lo ha visto.»[517]

En agosto, Masson y Vigne partieron juntos a Bagram.[518] El entusiasmo de Masson por sus descubrimientos seguía siendo incontenible. Cuando vio Bagram por primera vez, aquella llanura era todavía un lienzo en blanco para él. «Ay —se decía, al pasar por delante de unos antiguos tamariscos—, si pudieran decir quiénes y en qué época los plantaron.»[519] Entonces habían aparecido aquellas borrosas inscripciones: monedas de cobre, imposibles de leer y de descifrar para él. Las inscripciones se convirtieron en efigies: los reyes y dinastías se alinearon, uno detrás de otro. Empezaron a aparecer los colores: oro y lapislázuli, coral y plata. El lienzo en blanco pasó a ser un cuadro enorme y reluciente. Y, de pronto, uno de aquellos personajes pintados se volvió hacia él y le habló, y Masson comenzó a entender su lengua olvidada. Al poco, todos los personajes del lienzo estaban hablando. Ahora, cuando Masson cruzaba la llanura de Bagram, sentía como los fantasmas se arremolinaban a su alrededor para contarle sus historias.

Generaciones y generaciones de reyes gobernaron desde Bagram. Dos siglos después de Menandro I, un nuevo imperio tomó el poder. Unas tribus nómadas llegadas a caballo desde China se extendieron por occidente y fundaron el Imperio kushán. Cuando alcanzaron Afganistán, muchas de las ciudades de Alejandro estaban ya destruidas o en plena decadencia. Los kushán levantaron sus fortalezas sobre sus ruinas. Pero Bagram no había caído en la oscuridad durante ese periodo.

En el siglo I d. de C., Kujula Kadphises, el primer emperador kushán, instaló su capital de verano en Bagram. Una de las monedas más extrañas que había encontrado Masson estaba acuñada en sus cecas. Igual que el resto, llevaba una inscripción en griego por un lado, y en karosti por el otro. Pero en lugar de colocar su propia efigie en la cara de la moneda, el emperador kushán había escogido la de Augusto, el primer emperador de Roma. En el reverso, aparecía Kujula Kadphises sentado en una silla curul romana, reservada tradicionalmente a los altos magistrados del imperio. Así, un rey budista, que gobernaba desde una ciudad construida por Alejandro Magno, celebraba la fundación de su propia dinastía acuñando una moneda con inscripciones en griego y en karosti en la que aparecía el primer emperador romano. Era apabullante: un mundo multicultural que superaba la imaginación de la mayoría de estudiosos del siglo XIX. Pero los descubrimientos fueron dando una imagen más nítida. Masson encontró marfil de la India,[520] monedas de la dinastía Tang,[521] plata de Constantinopla y delicados sellos romanos tallados con ámbar rojo de China.[522] Fue la era de todas las cosas: Masson había descubierto la «encrucijada del mundo antiguo».[523]

Masson todavía no estaba seguro de haber encontrado Alejandría del Cáucaso, pero había descubierto algo aún más importante que la ciudad de Alejandro: su legado.

En 1937, un equipo arqueológico francés tropezó en Bagram con una montaña de tesoros de la era kushán, escondidos en una sala secreta y tapiada, a unos pocos palmos de la superficie. Lo que hallaron los dejó pasmados. Había un pez de cristal con incrustaciones de lapislázuli. En una traslúcida cristalería romana se distinguían escenas de una cacería africana. Un joven los contemplaba desde un relieve oval de escayola, con el viento del Hindú Kush, se diría, soplando en su larga melena. El gran faro de Alejandría en Egipto, el Pharos, asomaba de un vaso de cristal.[524] Era una de las siete maravillas del mundo antiguo: su haz de luz había iluminado el Mediterráneo a lo largo de más de mil años. «Es visible a más de setenta millas —contaba en 1183 el explorador Ibn Yubair—, y su construcción, que es de extremada hermosura y solidez a lo largo y a lo ancho, compite con el cielo en altura y elevación. La descripción

resulta insuficiente para dar cuenta de él y la mirada renuncia a abarcarlo. La noticia acerca de él sería exigua, pues el espectáculo que ofrece a los ojos es vastísimo.»[525] A pesar de su fama, apenas han sobrevivido representaciones del Pharos: la del vaso de cristal de Bagram no es solo la primera, sino la más detallada que se ha encontrado nunca.

Cuanto más descubría Masson, más quería. Las monedas se apilaban en montículos relucientes: miles y miles de monedas, de oro, de plata y oro; afganas, griegas, romanas y chinas. Pottinger intentaba contenerlo: «Ya ha enviado suficientes para contentar a toda la masa de numismáticos de Europa», protestaba.[526] Pero Masson no podía parar. Noche tras noche, disfrazado, se escabullía de Kabul para echarles un ojo a las excavaciones. «La misma necesidad de precaución que me había llevado a abandonar la ciudad sin informar a nadie, sin embargo, precipitó mi regreso a ella, y volví sin que se me hubiese echado en falta.»[527] «La colección no es —defendía—, como, de hecho, ninguna podría serlo, demasiado extensa.»[528]

La historia de Alejandro contiene una moraleja inexorable: cuanto más rápido persigas un sueño, más rápido se alejará este de ti. En el *Shahnameh*, Sikandar llega al fin al lugar «a partir del cual no hay nada: el fin del mundo».[529] En los confines mismos de la realidad, crece un árbol mágico. Y cuando Sikandar se sitúa bajo sus ramas, el árbol empieza a hablarle:

> *¿Por qué viaja Sikandar hasta tan lejos?*
> *De las cosas brillantes del mundo*
> *Tiene ya suficientes y aún más.*
> *Y cuando siete años y siete años hayan pasado*
> *Él también pasará [...]*
> *Sikandar,*
> *¿Es en verdad tu mayor deseo*
> *Seguir vagando por el mundo*
> *Y llevar dolor a cuantos te cruzas*?
> *No te queda mucho de vida.*
> *Ándate con tiento.*[530]

Durante años, Masson había llevado siempre consigo unos versos. Estaban tomados de una antigua gramática persa, y sentía que le hablaban directamente a él, el buscador eternamente insatisfecho: «¿A qué has venido? Si lo que quieres es aprender los conocimientos de los tiempos antiguos y modernos, no has escogido el camino correcto. ¿Acaso el creador de todas las cosas no conoce todas las cosas? Y si has venido buscándolo a él, debes saber que en el lugar del que

partiste, estaba ya presente».[531]

El año 1836 se convirtió en el 1837; la vida de Masson se tambaleaba. Uno de los comandantes de Dost Mohammad «insistió al emir para que me detuvieran, y trató de engañarlo con la idea de encontrar veinte mil rupias en mi casa».[532] Mientras, las finanzas de Masson estaban en un punto tan precario que, lejos de tener veinte mil rupias escondidas, sus acreedores amenazaban con mudarse a su casa hasta que saldara las deudas, como era costumbre.[533] Unas migrañas incapacitantes le hacían perder un día tras otro: «Soy incapaz de sentarme y escribir, un dolor fijo en la parte superior de la cabeza no deja de distraerme».[534]

«Si puedes resistir y aguardar el momento propicio, no tendrás de qué lamentarte», le aconsejó Brownlow.[535] Pero para Masson, cada vez era más difícil creer en tiempos mejores. «Solo una vez me he arrepentido de algo, y es de no haber persistido en mi renuncia a este empleo —escribía, con pesar—. Me he vuelto inútil para el mundo y para mí mismo.»[536]

«Mi querido Masson —le escribió Brownlow—, permite que te consuele asegurándote que tus peores problemas ya han quedado atrás.»[537]

Masson no lo sabía, pero sus problemas solo acababan de empezar.

11 El segundo Alejandro

Una celebridad iba camino de Kabul.

A Alexander Burnes le gustaba referirse a sí mismo como «el segundo Alejandro».[538] Había nacido en la costa escocesa, en el pueblo de piedras grises de Montrose. Era el hogar apiñado y ventoso de balleneros y aventureros, encajado entre las montañas y el mar. Uno sabía quién era, si venía de Montrose.

Burnes era vivaracho, generoso, encantador y salvajemente optimista; tenía la energía y el entusiasmo de los cachorrillos. Por desgracia, también compartía con estos su sentido de la discreción y la moral. En el otoño de 1836, la Compañía de las Indias Orientales lo mandó a Kabul para «reforzar cuanto sea posible las relaciones, y para encarrilar el comercio del interior».[539] Pero Burnes no tenía ni idea de lo que se hacía.

En 1831, junto con el estudioso indio Mohan Lal y el doctor James Gerard, había emprendido uno de los viajes más impresionantes de la época. Impulsado, en palabras de Burnes, «por el deseo que había sentido siempre de ver países nuevos y de visitar las conquistas de Alejandro»,[540] los viajeros cruzaron el Punyab, entraron en Afganistán por el paso Jáiber y llegaron finalmente a Kabul el 1 de mayo de 1832. «La gente me conoce por el nombre de Sikandar, el equivalente persa de Alejandro, y es, sin duda, un apodo generoso —escribió Burnes—. Pese a mi pobreza impostada, llevo una bolsa de ducados atada al cinto, y pagarés por tanto dinero como quiera canjear. Me apresto para la lucha y me ciño la espada en toda ocasión, si bien reconozco francamente que prefiero el oro y la plata al frío acero. Cuando llego a una reunión, me llevo la mano al pecho, y le digo con toda humildad al señor de la casa: “Que la paz sea con vos”, de acuerdo con la costumbre.»[541]

En Kabul, la comitiva se alojó con Jabar Khan, y Burnes, a su manera, se enamoró de Afganistán. «La gente de este país es desprendida y hospitalaria —explicaba—. Cuando me preguntan si como cerdo, yo les respondo con un repeluzno que solo los parias cometen tal atrocidad. Que Dios me perdone, porque me encanta el beicon, y se me hace la boca agua mientras escribo la palabra. Ojalá me pusieran un poco en el desayuno, al que me dirijo ahora.»[542]

Tras dieciocho días en Kabul, los viajeros tomaron la carretera del norte hacia Bujará. Desde allí, Gerard y Lal regresaron a la India, pero Burnes acometió primero los desiertos de Asia Central hasta Persia, y no llegó a la India hasta enero de 1833. A su regreso a Londres ese

otoño, Gran Bretaña quedó extasiada.

«He recibido una avalancha de visitas de autores, editores, clubes y de todo —narraba Burnes—. Soy tal cual una bestia salvaje. "Por ahí va el viajero", "Por ahí va el señor Burnes", "Por ahí va Indus Burnes" y qué sé yo cuantas cosas más me dicen.»[543] Burnes fingía un irónico desapego, pero lo estaba pasando en grande. Firmó un suculento contrato con el editor escocés John Murray, y se puso de lo más tiquismiquis con su retrato para la portada del libro: «Me gustaría, no obstante, que pudiera hacerse alguna modificación en mi rostro —le escribió a Murray—, porque según dicen es tan astuto y malicioso que ¡voy a pasar a la posteridad como un auténtico tártaro!». Le rogó al editor que «lo retocase un poquito»,[544] y que la leyenda dijese «El atuendo típico de Bujará», en lugar de indicar que era el autor: «Todo el mundo sabrá que es un retrato, y me ahorrará la apariencia de vanidad».[545]

Burnes insistió en escribir él mismo el texto promocional. «Esta obra tiende ante nuestros ojos una vasta extensión del país que ningún europeo ha visitado en la era moderna, pese a que las imágenes antiguas y los testimonios clásicos nos la muestran de gran interés.»[546] Sus *Travels into Bokhara* se convirtió en un superventas arrollador, y le reportó a Burnes una fortuna. «¿Puedo preguntarle qué perspectivas hay de que se publique una segunda edición de mi libro?», le preguntaba esperanzado a Murray.[547]

En Afganistán, Burnes se había imaginado a menudo pisando donde había pisado Alejandro Magno en su día, contemplando los mismos horizontes.[548] Sin embargo, seguir sus pasos no le bastaba; al igual que Harlan, Burnes quería ser Alejandro: un nuevo Alejandro para un mundo nuevo. «A diario nos decían que éramos "el segundo Alejandro", "el Sikandar sani", por haber completado un viaje tan peligroso», escribía encantado.[549]

A Burnes le fascinaban los rumores que afirmaban que los descendientes de Alejandro vivían todavía en aldeas remotas de Afganistán, aisladas del resto del mundo: los últimos vestigios de sus ciudades. «Cuando menciono la existencia de colonias griegas en regiones remotas de Asia, que descienden, según dicen, de Alejandro de Macedonia, conviene señalar de entrada que no me estoy dejando llevar por especulaciones, sino reivindicando un linaje de tribus diversas que ellas mismas se adjudican, y que merece por tanto nuestra atención.»[550] Estas historias siguen presentes aún hoy en día.

El pueblo de Malana está encaramado a lo alto de las faldas del Himalaya, asomando a un valle escarpado y rodeado de pinos y rododendros. Mucho más abajo, las águilas planean llevadas por el viento, y una bruma cubre el lecho del valle. La gente de Malana se enorgullece de su ancestro, Alejandro Magno, aunque el negocio

familiar ya no consiste en conquistar el mundo, sino en cultivar una de las marihuanas más potentes sobre la faz de la tierra.

Burnes no era el primer «segundo Alejandro», y tampoco sería el último. Nader Shah, que había guiado un ejército persa hasta la India en el siglo XVIII —y se había hecho con Delhi y con el diamante de Koh-i-Noor por el camino—, también se refería a sí mismo como «el segundo Alejandro». Ahora bien, no era un papel que uno pudiera tomarse a la ligera. Cuentan que Alaudín Khalji, sultán de Delhi en el siglo XIV, se lamentó a uno de sus consejeros: «¿De qué me sirven mis riquezas, los elefantes y los caballos, si me conformo con Delhi, y no emprendo nuevas conquistas? ¿Qué dirán de mi región?». «No estamos en los tiempos de Alejandro —le advirtió el consejero—. ¿Y dónde encontraríamos un visir como Aristóteles?»[551] Burnes aún no lo sabía, pero meterse en la piel de Alejandro era un asunto arriesgado.

Rudyard Kipling escribió una novela corta titulada *El hombre que quiso reinar*. Es la historia de dos trotamundos —uno parecidísimo a Burnes, el otro parecidísimo a Harlan— que se proclaman «hijos de Alejandro». Hacen un pacto para viajar a Afganistán y erigirse en reyes. «La India no es lo suficientemente grande para gente como nosotros», dice uno. «No somos chavales y no hay nada que temamos, excepto la *Bebida*, y para eso hemos firmado el *Contracto*. Así pues, nos marchamos a otro sitio para ser reyes.» Uno de estos reyes termina sus días en un asilo de la India. Poco queda de su compañero, más allá de una «cabeza seca y aplastada» en una bolsa de crin de caballo.[552] Incluso Kipling sabía que solo los necios querrían llamarse a sí mismos «hijos de Alejandro».

Cuando Burnes regresó triunfante a la India, lo enviaron a Bhuj como asistente de Henry Pottinger. Costaba imaginar un destino más gris y decepcionante. «El segundo Alejandro» se instaló a regañadientes en una vida de burocracia y ginebra caliente. Pottinger le tenía unos celos tremendos a su glamuroso subordinado —«tiene algo de talento y muy escaso criterio, y el poco que tiene, corrompido», farfullaba—[553]y pronto dejó de dirigirle la palabra. «No solo ha cesado toda comunicación entre dicho oficial (el capitán Burnes) y yo —le confió a Masson—, sino que tengo motivos para considerarlo, de entre los contados enemigos con los que he topado en la vida, uno de los mayores.»[554] Burnes pasó los meses sudando y carcomiéndose, hasta que la oportunidad de volver a Afganistán lo puso de nuevo en marcha.

Masson y Dost Mohammad estaban encantados con la inminente llegada de Burnes a Kabul. Masson esperaba que le guardara las espaldas: «Temía que mi situación, a menos que algo se resolviera, no sería sostenible seis meses más. El nombramiento del capitán Burnes, que ha reportado general satisfacción, me ha librado de este apuro.

Confío sinceramente en que su misión no tope con impedimentos».[555] Dost Mohammad también esperaba que le protegiera las espaldas: por el oeste, Persia le tenía el ojo echado a la ciudad fronteriza de Herat; por el este, los ejércitos de Ranjit Singh veían el camino a Kabul despejado. Dost Mohammad tenía las arcas casi vacías, y sus cortesanos parecían hambrientos.

Una noche, ya muy tarde, llamaron a la puerta de Masson. Fuera lo esperaban dos de los asistentes de Dost Mohammad, «anunciando que el emir quería verme. Les señalé lo intempestivo de la hora, pero que como seguía levantado, iría con ellos».[556] Guiaron a Masson por las calles de Kabul, iluminadas solo por la luna y los candiles de los hombres. Se dio cuenta de que aquel no era el camino hacia palacio. Las callejuelas torcían y serpenteaban, y a un lado y otro los muros estaban pelados, salvo por «las puertas cuadradas y bajas» de las casas, y «alguna que otra puerta grande intercalada, entrada de la residencia de algún gran hombre, con una morera asomando de vez en cuando por encima de la tapia».[557] Los hombres se detuvieron al fin, y una puerta se abrió chirriando. Akbar Khan, el hijo de Dost Mohammad, sonrió a Masson, divertido con su sorpresa. Luego me «pidió que lo siguiera, y me condujo por un oscuro pasillo. Lo llamé para que me diese la mano, puesto que yo no era ningún gato y no veía en la oscuridad, y él se rio y lo hizo. Después de avanzar a tientas por un sinfín de pasillos, salimos a la azotea de un departamento». Allí estaban Dost Mohammad y Sami Khan, sentados junto a un farolillo de papel. Masson y Akbar Khan se les unieron, y se quedaron un rato así, todos callados, con las estrellas en lo alto y los tejados de Kabul más abajo. Entonces Dost Mohammad entró en materia. «Los motivos de mandarme a buscar, descubrí, eran averiguar, primero, si era cierto que el capitán Burnes venía camino de Kabul, y segundo, cuáles eran los objetivos de su misión». Por supuesto, Masson «no podía contarle lo que ni yo mismo sabía».[558] Sería el último momento pacífico que pasarían jamás los cuatros juntos.

El propio Burnes no tenía muy claro si se encaminaba a Kabul para pregonar productos británicos o para negociar una alianza. «Por el momento no tengo más potestad que la de llevar a cabo una misión comercial. Ahora bien, por varias cartas e insinuaciones [...] he llegado a la conclusión de que se avecina una época de agitación política, y tendré que mostrar de qué pasta está hecho mi gobierno, así como yo mismo.»[559]

Entretanto, las noticias sobre los hallazgos de Masson se propagaron por todo el mundo, y las piezas empezaron a llegar a Londres. «La primera remesa de monedas y reliquias ya está en casa —lo informó Pottinger—, y ha despertado la admiración de todos cuantos la han visto. Afirman que la colección es “mucho más extensa

y magnífica que la del señor Martin Honigberger, de la que tanto se ha dicho".»[560] Las revistas hablaban de «los importantísimos descubrimientos del señor Masson, que llevó a cabo en el curso de su estancia en el país de la antigua Bactria. Se han localizado las ruinas de una gran ciudad a los pies de las montañas del Hindú Kush, que se supone que corresponden a las de Alejandría»,[561] y los periódicos aplaudían al «distinguido arqueólogo y naturalista, el señor Charles Masson».[562] Los académicos más destacados del mundo mandaban cartas maravilladas.

En Afganistán, Masson estaba enfermo y hundido en la miseria. El proyecto imperial británico, y su propio papel en él, le repugnaban cada día más. «Los servidores de la Honorable Compañía de las Indias Orientales cruzaron los límites reducidos de sus primeras factorías en las costas de la India y extendieron sus conquistas hasta lo más profundo del continente. Se apoderaron de un estado tras otro, con pretextos diversos —consideraba—. El gobierno indio, como el amo injusto de una finca, sabedor de las deficiencias de sus títulos de propiedad, o queriéndolos del todo para sí, era tan consciente del carácter precario de su autoridad que tenía propensión a alarmarse».[563] Masson no quería tener ya nada que ver con la Compañía de las Indias Orientales. Su vida como espía le había traído «más desdichas de las que puedo aspirar a soportar mucho tiempo».[564]

Cuando salió de Kabul para recibir al «segundo Alejandro», Masson casi deliraba por culpa de la fiebre y la disentería. Burnes y él llevaban años oyendo historias el uno del otro, pero no se conocían en persona. «Me he cruzado con frecuencia en su camino —le decía Burnes—, y nunca lo he hecho sin que las impresiones de las que me había imbuido con respecto a su talento, su honor y su entrega salieran reforzadas.»[565] «Tuvimos el placer de recibir en nuestro campamento al señor Masson —escribió en su diario Burnes—, el famoso explorador que ha arrojado luz sobre las monedas y reliquias de este país, el europeo que lo conoce mejor y está más familiarizado con él. En compañía de este caballero pasé el día, y escuché sus opiniones sobre Kabul.»[566] Masson, por su parte, señalaba que «el segundo Alejandro» parecía tener una gran conciencia de su propia importancia. Burnes le dijo que había «tomado la decisión de hacerle saber de inmediato [a Dost Mohammad] que el gobierno británico no permitiría ningún coqueteo por su parte»: «El honor de que hayan designado a un agente, por modesto que sea, para deliberar con él, no es ni mucho menos despreciable».[567] Burnes tendió la mirada a lo lejos, a la magnífica ciudad de Kabul, y al palacio de Dost Mohammad que se alzaba sobre ella, y afirmó entre dientes que «a los afganos había que tratarlos como a niños».[568]

Charles y Alexander eran la antítesis el uno del otro.

Contemplaban el mundo con ojos muy distintos. Burnes veía Afganistán desde arriba, Masson desde el suelo; Burnes estaba lleno de estrategia y ambición; Masson tenía tierra bajo las uñas y la obsesión de seguir vivo.

Cuando Burnes cruzó las puertas de Kabul, Akbar Khan lo escoltó a lomos de un elefante, con toda la pompa y circunstancia que la corte de Dost Mohammad era capaz de desplegar.[569] Al día siguiente, Burnes subió a caballo hasta Bala Hissar para presentar sus credenciales al emir. «Le informé de que había traído algunas rarezas de Europa para él, y me respondió al instante que nosotros éramos en sí las auténticas rarezas de Europa.»[570] Burnes le había estado dando vueltas al tema: «No venimos cargados de regalos, sino como corresponde a unos "embajadores comerciales" —le había confesado a Masson—, y si hemos de convertirnos forzosamente en embajadores políticos, el emir de Kabul estará más satisfecho sin un cargamento de fruslerías de Birmingham.»[571] Lo único que podía ofrecerle a Dost Mohammad eran «un par de pistolas» y un telescopio, junto con un saco de «alfileres, agujas, tijeras, cortaplumas, pañuelos de seda, juguetes, relojes, cajitas de rapé musicales» para las mujeres de la corte.[572] Dost Mohammad aceptó aquellas baratijas «de un modo muy halagador, expresando muchas veces cuánto apreciaba el gran honor que se le había concedido».[573] Burnes se retiró caminando de espaldas, con las manos enlazadas frente al pecho, encantado consigo mismo.

Tan pronto hubo salido, sin embargo, Dost Mohammad arrojó los regalos al suelo y «apartó la cara». «He aquí —espetó rabioso—, he agasajado y honrado a este farangi hasta las seis mil rupias, ¡y ahora tengo una montaña de alfileres y agujas y chucherías para recompensar mi estupidez!»[574]

Burnes se instaló en Kabul ajeno a todo. «Cruzo a caballo la ciudad y soy objeto, sin duda, de cierta curiosidad —decía—. Qué ciudad tan magnífica, activa y bulliciosa esta.»[575] Cuando pasaba al trote por las calles, la gente le gritaba: «¡Cuide de Kabul!», «¡No destruya Kabul!».[576] «Cuál será el giro que tomará la misión, lo desconozco —confesaba Masson—, y no estoy seguro de que [Burnes] sepa decir con qué encargo ha venido a Kabul, ni que el gobierno sepa decir para qué lo ha enviado.»[577] «Un fatalista, soy yo —había escrito en una ocasión Burnes—, un tarugo escéptico, con la cabeza tan llena de sus propias vanidades que se imagina más capaz de lo que es.»[578]

La política de Kabul era espinosa en el mejor de los casos, y este, ahora, no era el mejor de los casos. Masson y Burnes pasaban muchas horas juntos, resiguiendo la trama de enemistades, favores y miedos que mantenía unido Afganistán. «Me ha mostrado los escollos que amenazan cada movimiento —le agradeció Burnes—, y tan terrible es

el camino que mucho me temo que, aun con semejante faro, me veré envuelto en graves apuros.»[579] «Estoy en deuda con el señor Masson —informaba más adelante a Macnaghten—, que con sus cultivados conocimientos, su estancia prolongada en este país y su profunda comprensión de la gente y los sucesos, me proporciona los medios, a cada paso, con los que formarme un juicio más correcto del que, tras una transición abrupta a Kabul, pudiera haber alcanzado».[580]

Dost Mohammad estaba harto de dormir con un ojo abierto. Quería librarse de la amenaza de una invasión persa y de Ranjit Singh. Y también quería que este entregara Peshawar, ciudad que controlaba el paso Jáiber y las rutas comerciales entre la India y Afganistán. Ranjit Singh le había arrebatado la ciudad a uno de los hermanos de Dost Mohammad en 1834. «Tenía y tengo un gran deseo de entablar amistad con el gobierno británico —le escribió a Burnes—, y de expulsar a los sijs de Peshawar siguiendo las recomendaciones de dicho gobierno.»[581] Por desgracia, había un obstáculo considerable: tal como le había explicado Pottinger a Masson meses antes, «acabe como acabe la misión del capitán Burnes, tiene en estos momentos estrictamente prohibido cometer la más mínima intromisión en los asuntos políticos».[582] Habían mandado a Burnes para discutir sobre aranceles, no sobre grandes alianzas.

No obstante, a Burnes los aranceles le aburrían. «Suponiendo que se confirmara que Dost Mohammad Khan posee toda la influencia y todo el talento que se le reconocen universalmente —escribió a la Compañía de las Indias Orientales—, no es probable que se derivasen grandes problemas para nosotros en caso de comprometernos con él, o de llegar a un acuerdo secreto, para poner nuestra influencia en sus manos.»[583] Sin esperar respuesta de la India, emprendió las negociaciones.

Si Burnes hubiese hecho caso a Masson, y hubiese jugado a los juegos de Kabul como un afgano, las cosas podrían haber tomado un rumbo muy distinto. Pero no lo hizo. «Conmigo fue siempre muy amable y solícito, pese a que, por desgracia, discrepábamos en todas nuestras opiniones —explicaba Masson—. Estas se las expresé siempre libremente por una simple cuestión de conciencia, y el deseo de que llegase a buen puerto. Tampoco me enfadaba cuando no hacía caso, pues era consciente de que tal vez pecaba de presuntuoso al ofrecérselas, y como me dijo una vez, cuando le rogué que fuese un poco discreto: “Yo soy el responsable, Masson, y debo obrar según mis propias opiniones”.»[584]

Burnes estaba disfrutando de lo lindo. Masson pronto comprendió por qué había insistido en tener una casa «a salvo de miradas ajenas».[585] Burnes se pasaba las noches en una nube lujuriosa, en los brazos de las mujeres de Kabul. «Sus siluetas fantasmales cuando

caminan por las calles lo ponen a uno melancólico, pero si es cierto todo lo que se cuenta de ellas —insinuaba lascivo— compensan con creces de puertas adentro esas sombrías apariciones en público.»[586] Los afganos no se podían creer lo que veían sus ojos. ¿Tan fácil era negociar con los británicos?

Masson tuvo visita al cabo de poco. Sami Khan, «tras algunos circunloquios, me sugirió que imitara el ejemplo de mi ilustre superior, y que llenase mi casa de damiselas de ojos negros. Yo le señalé que mi casa no era ni mucho menos lo bastante grande». De modo que Sami Khan le ofreció una mayor. «Le pregunté entonces de dónde iban a salir las damiselas, y él me respondió que podría escoger a las que yo prefiriera, y que se encargaría de que las tuviese. Le dije que su generosidad excedía todo elogio, pero que creía que sería mejor continuar discretamente según mi costumbre.»[587]

En la política de Kabul había una constante: nada era nunca lo que parecía. «Los afganos son los miembros de mi cuerpo —solía decir Dost Mohammad—, ¿cómo no los iba a proteger? Según el proverbio, cuando un miembro del cuerpo está dolorido, no hay calma para el resto.»[588] Pero lo cierto era que no esperaba que Ranjit Singh le entregara Peshawar. A fin de cuentas, él no había tenido nunca el control de la ciudad, sino que era su hermano quien la gobernaba. «Jabar Khan insistió contundentemente al capitán Burnes en la necesidad de rechazar de plano la propuesta que estaban a punto de hacerle —escribiría Masson—. Y yo hice lo mismo, del modo más firme que pude.»[589] Pero Dost Mohammad lo tenía demasiado encandilado y no atendió. «Nunca había tenido un recibimiento más generoso —le explicó a Masson—. ¡Es importantísimo para nosotros!»[590] «El emir me mandó llamar esta tarde para verme en privado —escribió Burnes en su diario—, y entre otras cosas me dijo que él era inglés en sus posturas e intereses, y que haría como nosotros deseáramos en todo.»[591]

Una noche, Masson se lo encontró sentado junto al fuego en su casa, sin una sola «damisela de ojos negros» y con aspecto más preocupado que de costumbre. «Masson —le confesó nervioso—, he ido hasta el final.»[592]

Los ministros de Dost Mohammad «habían propuesto, a cambio de la cesión de Peshawar al emir, que uno de los hijos de este último se quedase como rehén en Lahore con el marajá, para asegurar la buena conducta de su padre». Burnes les había confirmado al momento que «todo se llevaría a cabo como querían».[593] Pronto, «hasta el último vendedor de calabazas del bazar estaba enterado» de su oferta.[594] «Yo no pude hacer más que expresar mis temores de que aquello terminaría de la peor manera», dejó escrito Masson.[595]

«Dost Mohammad Khan ha ido abrazando todas nuestras

opiniones —le relató Burnes a un amigo—, y lo ha hecho, bien pensando por sí mismo, bien siguiendo mi consejo, pero por lo primero le concedo todo el mérito. ¡Ah! ¿Qué te parece, después de todo lo que han insistido en que Dost Mohammad Khan mostraba pretensiones estrambóticas? Ranjit accederá, estoy seguro.» Solo había un nubarrón en el horizonte: «No tengo ni idea de lo que pensará el gobierno de la India de mis medidas», confesaba.[596] En diciembre, el cielo se fue ensombreciendo de manera considerable. Un ejército persa numerosísimo sitió Herat. Y justo antes de Navidad, llegó con paso arrogante a Kabul un tal Iván Vitkévich que decía traer una carta del zar de Rusia para Dost Mohammad.

Vitkévich había nacido en Vilna con el nombre de Jan Prosper Witkiewicz. De adolescente, había coqueteado con la corriente política equivocada. Nada del otro mundo —colgó algunos carteles desatinados y escribió algunas cartas imprudentes—, pero bastó para que lo desterraran a las estepas de Asia Central, condenado a servir el resto de su vida como soldado en el ejército del zar. Igual que Masson, pasó años soñando con la libertad. Leía vorazmente, y se gastaba en libros cualquier rublo que le cayese en las manos. En su caso, el ejército ruso había sido más receptivo que la Compañía de las Indias Orientales; habían licenciado a Vitkévich y lo habían puesto a trabajar de espía.[597]

Masson llevaba un tiempo pensando en salir unas semanas de Kabul para evitar «ser espectador, pues no soy nada más, de lo que está sucediendo»,[598] sin embargo, cuando se preparaba para partir, llegó una nota aterrada de Burnes: «Le estaría muy agradecido si pudiera acercarse, dado que deseo hablar particularmente con usted: ¡¡¡ha llegado el ruso!!!, y el emir me ha llamado para saber qué hacer».[599] «Estamos en un lío —le escribió Burnes a un amigo—. Herat está sitiado y puede que caiga, ¡¡y el emperador de Rusia ha mandado a un enviado a Kabul para ofrecerle a Dost Mohammad dinero con el que enfrentarse a Ranjit Singh!! No me podía creer lo que estaba viendo y oyendo, pero el capitán Vitkévich, pues ese es el nombre del agente, apareció aquí con una carta furibunda de tres palmos de largo, y pidió de inmediato presentarme sus respetos. Yo lo recibí, por supuesto, y lo invité a cenar.[600]

Vitkévich se presentó en la cena de Nochebuena con una sonrisita en la cara y el uniforme de cosaco completo. No era la clase de regalo navideño que esperaba Burnes.

Masson estaba receloso. Aquel agente ruso le daba mala espina. Tenía demasiada labia, y la carta del zar no venía firmada. Masson y Burnes se pasaron horas analizándola. «No he encontrado ningún error en la correspondencia, y me inclino a considerarla auténtica», concluyó Burnes.[601] Pero Masson creía que Vitkévich no era un

enviado imperial; su carta tenía que ser «una falsificación». Cuando se lo comentó al capitán Burnes, este «se encogió de hombros, enarcó las cejas y paseó la lengua por dentro de la mejilla».[602] Vitkévich, igual que Masson, era un cuentista compulsivo que raramente usaba dos veces el mismo nombre, aunque esta vez, en Kabul, era ni más ni menos que quien afirmaba ser: un enviado del gobierno ruso. La carta era auténtica. Masson había cometido un error colosal.

A pesar de sus discrepancias, Burnes nunca dejó de ser generoso con Masson, y le ayudaba a arrancarle el sueldo a Wade, por el que sentía la misma antipatía. «Yo no le debo nada —le decía Burnes—, más bien al contrario. Todo esto lo hago constar a modo de consuelo para alguien que, como usted, ha visto cómo jugaban con sus sentimientos.»[603] Cuando Wade tardaba en pagar, Burnes se ofrecía a financiar él mismo las excavaciones. «Si mi propio bolsillo le puede ser útil, que recurra a él, ahora o más adelante, será siempre para mí una gratificante muestra de su confianza. Sé que ya tiene usted amigos que le prestan esa ayuda, pero ellos están ausentes, y yo estoy presente.»[604] Masson se prometió que tan pronto mejorase su salud, y el panorama despejase un poco, retomaría la búsqueda de Alejandría.

Un día, Dost Mohammad le preguntó a Harlan: «¿Conoce usted la historia del zorro hambriento?». Un zorro medio muerto de hambre andaba buscando comida cuando «de pronto, se topó de bruces con un carnero enorme, de los de cola ancha». El carnero era más grande que el zorro, pero «mientras miraba, anheloso, cómo se alejaba sin prisa, el zorro quedó atónito al ver aquella cola enorme colgante, que parecía una lonja de carne, oscilando precariamente, a punto de soltarse de su agarre. En su tripa hambrienta prendieron nuevas esperanzas, y comenzó a seguirlo con sigilo», esperando que al carnero se le cayese la cola en cualquier momento. Desde luego, no se le cayó, y «cuando [el carnero] llegó al fin a su redil, entró y dejó al zorro, decepcionado y hambriento y desolado, plantado en la puerta». «Esta es mi situación ahora mismo —le dijo Dost Mohammad a Harlan—. Voy siguiendo a este agente europeo con la esperanza pasajera de que se le caiga algo, y acabaré volviendo otra vez, como ese zorro desdichado, a alimentarme con el mísero rancho al que estamos siempre destinados los montañeses.»[605]

«El nuestro es un buen país —le dijeron a Burnes—. Es como una viuda hermosa que admite voluntariamente la unión, y a la que no puedes rechazar como esposa.»[606] Uno de sus amigos afganos, «tuvo una visión en la que los farangis aparecían sentados en el mausoleo de Babur, mientras los afganos los saludaban. Lo despertó la llamada a la oración de la mañana, y se quedó sin saber cómo seguía».[607] Sin embargo, las promesas de Burnes a Dost Mohammad seguían flotando en el aire: desde la India, no llegaba respuesta, y el emir empezaba a

preguntarse «si sus superiores en Calcuta compartían la confianza del capitán Burnes en lo tocante a Peshawar».[608] Burnes volvió a escribir a lord Auckland, advirtiéndole de que aquello era ahora «una carrera reñida entre los rusos y nosotros».[609] Había olvidado su promesa a la Compañía de las Indias Orientales de «no permitir que Dost Mohammad ponga en nuestra contra a ninguna otra potencia».[610]

Mientras Burnes y Dost Mohammad aguardaban respuesta de la India, Harlan y Vitkévich seguían echando leña al fuego alegremente. «El emir se ha reafirmado en su postura contra nuestra estrategia por influencia del señor Harlan, un americano a su servicio que le ha dicho que buscamos derrocarlo —informaba Burnes—. Compartí con Mirza Sami mis temores de que el señor Harlan fuese mal consejero (ha estado al servicio de Ranjit Singh, fue en su día agente de Shujah y ahora sirviente del emir), pero a fin de cuentas todos ellos son objeciones a la persona, y no a la estrategia»[611]

Dost Mohammad le hizo una visita a Burnes. «Estaba encantadísimo con un globo terráqueo de papel» que este último tenía por casualidad. El emir y «el segundo Alejandro» giraron juntos el globo, «preguntando los nombres de los diversos países, sopesando cortar los istmos de Suez y de Darién [Panamá]». Dost Mohammad le dijo que «los afganos eran, por profesión y por vocación, soldados, y que los británicos podrían valerse de ellos como quisieran, pero que llegaría un día en el que no sería tan fácil, y que tal vez no hubiese vuelta atrás. Yo estuve de acuerdo con él».[612]

«Lo seguiremos hasta que usted nos suelte», aseguró Dost Mohammad.[613] Sin embargo, la Compañía de las Indias Orientales decidió soltarlos. No querían tener nada que ver con las promesas que Burnes le había hecho a Dost Mohammad. «Su Señoría no ve nada, en ninguno de los hechos de los que ha sido informado hasta la fecha, que lo induzca a correr los riesgos del atolladero en el que desembocaría el rumbo del que trata de persuadirle —le respondió Macnaghten—. Estas promesas estaban completamente desautorizadas por todas y cada una de sus instrucciones.»[614] Burnes tenía órdenes de deshacer cualquier acuerdo al que hubiese llegado, de un modo que no dejará ningún lugar a dudas. Para alguien que apostaba por decirle a todo el mundo lo que quería oír, empezando por sí mismo, la ejecución de esa orden sería una experiencia terrible. Pero no tenía elección.

«No debe recibir nunca a agentes de otras potencias —le dijo Burnes a Dost Mohammad en marzo de 1838—, ni tener trato alguno con ellos sin nuestra autorización; debe despachar con cortesía al capitán Vitkévich; debe renunciar a toda reivindicación sobre Peshawar, dado que dicha jefatura pertenece al marajá Ranjit Singh; debe mantener una convivencia pacífica con ese soberano.»

«¿Debemos permitirle acaso —proseguía— que gobierne usted en Kabul, trate con Rusia y Persia, reciba a agentes de esos países y admita públicamente que desea perturbar la paz de un aliado en nuestras fronteras?» [615]

Cuando Burnes terminó, se hizo un largo y «embarazoso silencio».[616] Dost Mohammad «afirmó que nuestro gobierno lo tomaba por un don nadie, que su amistad no valía nada, que le estaban diciendo que debía considerarse afortunado por que impidiésemos a los sijs atacar Kabul, cosa que a él mismo no le daba ningún miedo».[617] «Es imposible reproducirlo todo —le confesaba Burnes a Masson—, y que yo vaya a verlo, o usted a mí, antes de la cena pondría en evidencia nuestro miedo. Hablé con temor y lo dejé montado en cólera, pero no quedó fuera una palabra de las que le tenía preparadas. Él me respondió con la historia de siempre: ningún beneficio, a nadie le importa una nación que se hunde, he puesto mis mercancías a la venta y no las compran...»[618]

Burnes «se abandonó a la desesperación. Se envolvió la cabeza en toallas y pañuelos húmedos, y se amorró al frasco de sales».[619] «No aguanto mucho más —escribió en su diario—. Quieren convertir a este hombre en su aliado sin darle nada a cambio.»[620]

Los ministros de Dost Mohammad estaban perplejos. Un día, Sami Khan se llevó a Masson aparte y le preguntó: «"¿Qué es lo que debemos aceptar?" No podía haber pregunta más desconcertante. Mi respuesta fue: "¡Cielo santo! Yo sé lo mismo que usted, pero estoy seguro de que no se les exigirá acceder a nada perjudicial", y luego: "Debemos acceder a todo sin saber a qué, y luego ya lo descubriremos"».[621]

Vitkévich no se podía creer su suerte. A medida que el invierno daba paso a la primavera, Dost Mohammad «fue entablando una relación cada vez más cercana y manteniendo conversaciones en público con él; lo invitó sin disimulos a cenar y a pasar la velada en palacio».[622] Burnes iba informando, con pesimismo, de todo a Macnaghten. Nadie en Kabul se daba cuenta de cuán aterrorizada tenía a la Compañía de las Indias Orientales este ruso. En Calcuta y en Londres, muchos veían la misión de Vitkévich como el primer movimiento de una vasta y siniestra conspiración, una que acabaría con el ejército ruso entrando en tromba en la India a través del paso Jáiber. Había que separar a Afganistán y Rusia, costara lo que costase.

A Burnes le llegaron rumores de que estaban a punto de «apresarlo». Alguien en el bazar «afirmaba que lo habían sobornado por 200 rupias para que lo hiciera».[623] Masson siguió pasando las noches en vela.[624] Continuaban vigilándolo de cerca, y vigilando su casa. Sabía que, si Burnes no lograba reconducir la relación entre la Compañía de las Indias Orientales y Dost Mohammad, Kabul dejaría

de ser un lugar seguro para él. Gran Bretaña y Afganistán se estaban deslizando de la amistad a la rivalidad.

«La situación en Kabul está acabada —escribió Burnes—. Nuestra posición es precaria, y cuanto antes cambiemos de postura o abandonemos Kabul, mejor.»[625] Se encerró en casa, comiendo uvas, taciturno. Cada carta que recibía de la India dejaba más patente la alarma de la Compañía de las Indias Orientales ante la negativa de Dost Mohammad a ceder. Burnes advirtió al emir de que pronto «se arrepentiría si no le escuchaba [...] El emir debe meditarlo bien antes de renunciar a la amistad del gobierno británico».[626] «Dado que mis esperanzas hacia su gobierno se han esfumado —respondió Dost Mohammad—, me veo obligado a recurrir a otros gobiernos. Por la seguridad de Afganistán y por la salvaguarda de nuestro honor, y no, Dios no lo quiera, por ninguna mala voluntad hacia los británicos.»[627]

«Alguna gente que había guardado las distancias desde la llegada de la delegación, se atrevió una noche a preguntarle al emir qué pensaba hacer con Sikandar. Él les respondió que no lo sabía. Le había pedido que se marchase, pero él se quedó.»[628] «Si me hubiese convertido a la creencia afgana en los sueños —decía Burnes—, habría tenido, todas las semanas de mi estancia allí, pruebas de que terminaríamos por alcanzar el éxito y la supremacía en el país.»[629] Desafortunadamente, los sueños no lo son todo. «Abundan los rumores de que Dost Mohammad ha terminado con los británicos», escribió pesaroso en su diario.[630] Había llegado el momento de irse.

Aquella precipitación cogió a Masson por sorpresa. «No estaba en absoluto preparado para una marcha tan abrupta», confesó.[631] Todos sus amigos le dijeron lo mismo: quedarse en Kabul era demasiado peligroso. «Masson se viene conmigo —escribió Burnes—. No puede quedarse aquí, cree, y yo estoy de acuerdo.»[632] Había estado muy cerca de resolver el misterio de Alejandría, pero ahora tenía que recoger sus cosas y marcharse. Se iba con él media década de trabajo: miles de monedas volcadas en cajas, piezas embutidas a toda prisa en sacos. Aquellos días en Kabul habían sido los más felices de su vida. Cuando cruzó sus puertas en 1832, era un vagabundo con las manos vacías. Desde entonces, había descubierto una ciudad perdida, desentrañado una lengua olvidada y visto el mundo con otros ojos. No tenía ni idea de cuándo podría regresar, ni de lo que le depararía el futuro.

El 25 de abril de 1838, Burnes obtuvo «la venia del emir por la noche. Fue una escena muy dura y no puedo describirla. Todo el mundo estaba alterado, y yo, no es de extrañar, me quedé despierto hasta medianoche».[633]

Era el fin.

Hay una vieja historia judía sobre Alejandro Magno que cuenta

que, una vez, viajó durante semanas hasta unas tierras desconocidas y terminó plantándose frente a las puertas del Jardín del Edén. Llamó tres veces, y apareció un ángel que sostenía en la mano un cráneo hecho del oro más puro. Alejandro pidió que lo dejase entrar, a lo que el ángel se negó:

—Solo los justos que llevan la paz a la humanidad pueden entrar vivos en el Paraíso —repuso el ángel, con delicadeza.

Alejandro agachó la cabeza, avergonzado. Luego, con la voz quebrada por la emoción, rogó que le dieran al menos un recuerdo de su visita. El ángel le entregó el cráneo y le dijo:

—Toma esto y medita sobre su significado.

El ángel se esfumó, y las puertas doradas se cerraron.

El cráneo era tan pesado que, a pesar de su fuerza enorme, Alejandro apenas podía cargar con él. Lo colocó en una balanza para determinar su peso, y descubrió que pesaba más que todos sus tesoros. Ninguno de sus sabios supo explicar este misterio, de modo que Alejandro buscó a un judío entre sus filas, uno que había estudiado con los rabinos. El judío cogió un puñado de tierra y la colocó sobre los ojos, y el cráneo, entonces, se volvió ligero como el aire.

—El significado está muy claro —dijo el judío—. Solo cuando el ojo humano queda cubierto de tierra, en la tumba, puede estar satisfecho. Solo después de la muerte, puede aspirar un hombre a entrar en el Paraíso.

Alejandro estaba ansioso por abandonar cuanto antes aquella extraña región, pero muchos de sus soldados le comunicaron que deseaban asentarse en las orillas del Río de la Vida. La mañana siguiente, sin embargo, el río había desaparecido. Donde todo era hermoso, no había ahora más que una llanura desolada, rodeada de montañas peladas que se alzaban hasta el cielo. Los hombres de Alejandro emprendieron, apesadumbrados, la marcha.[634]

Si le hubiésemos contado esta historia al «segundo Alejandro» es probable que la hubiese entendido. Lo que no es nada probable es que le hubiese gustado.

Mientras el sol se ponía el 26 de abril de 1838, Masson salió a caballo de Kabul. No halló las fuerzas para mirar atrás. «Y Bagram, supongo, quedó bastante en el olvido, o sus antiguos tesoros, como antes de que yo interviniera, cayeron en las manos de cobreros, y terminaron fundidos en sus talleres, o en las cecas de la ciudad.»[635] Se le rompía el corazón.

12 El último recurso

La mañana del 2 de mayo de 1838, los directores de la Compañía de las Indias Orientales se reunieron en Londres. Sus coches de caballos traquetearon por la extensión ancha y gris de Leadenhall Street, por delante de burdeles e iglesias, cafeterías y librerías hebreas, y se detuvieron frente a un largo edificio de piedra: la Casa de las Indias Orientales. Desde allí se gobernaba la India, con avaricia e inquietud. Los empleados trabajaban a destajo bajo su techo. Los secretos, los escándalos y el dinero (sobre todo, el dinero) rezumaban por las puertas. La Casa de las Indias Orientales era el expolio hecho edificio.

La Sala de Juntas, donde se reunían los directores, era un espacio alto, dorado, bordeado de sillas tapizadas de terciopelo. Sobre la chimenea, Britania, «sentada junto al mar en un globo terráqueo, con tres figuras femeninas, que representan a Asia, África y la India, rindiéndole homenaje. Asia le ofrece especias con la mano derecha, y con la izquierda guía un camello; la India le muestra, medio abierto, un gran cofre de joyas [...]. El conjunto lo sostienen dos cariátides que representan a los brahmanes, pero que parecen más bien antiguos filósofos de aspecto europeo».[636] Aquí, la curiosidad y el asombro topan con el capitalismo y la burocracia. Y la curiosidad y el asombro tuvieron siempre las de perder.

Los partidarios de Masson llevan dos años intentando convencer a la Compañía de la genialidad de sus descubrimientos. No lo habían conseguido. H. H. Wilson, el bibliotecario de la Compañía, había estado a punto de caerse redondo tras «inspeccionar la primera remesa» de piezas de Masson. Les propuso a los directores dar «una conferencia sobre ellas. De manera individual, todos respondieron: "¡Oh, una deliciosa idea!", aunque, por lo visto, cuando lo debatieron en la Junta, algunos consideraron una innovación poco aconsejable recibir lecciones de su bibliotecario, y se descartó la medida». Wilson les mandó entonces una pila de notas. Tendría que haberlo imaginado. «Se expresan con todo refinamiento —comentó, decepcionado—, pero puede que no sean muy leídos».[637]

Aquel día de 1838, Masson estaba otra vez en el orden del día. A los directores —un grupo con nombres muy dickensianos, el señor Lushington y el señor Muspratt, el señor Thornhill y el señor Shank— les preocupaba haberle pagado de más por su labor. «Una tasación exacta del valor de artículos como estos que ocupan nuestra atención es por completo inviable —afirmaron con desdén—. Depende de

nociones arbitrarias y caprichosas de su rareza e interés.» No obstante, una vez examinados los hallazgos de Masson, se convencieron de haber hecho un magnífico negocio. «La colección vale muchísimo más que la suma que ha costado. Estamos por tanto satisfechos de que el desembolso quede plenamente justificado por el valor de los artículos que ha procurado.»[638] En la Casa de las Indias Orientales, eso era lo único que importaba.

Los directores remitieron una carta a la India sobre Masson que, a primera vista, parecía tremendamente afable y generosa: «Nos gustaría que el campo de sus labores [las de Masson] se ampliara tanto como fuese compatible con sus deberes oficiales, y que se investigara con toda la profundidad posible». Ahora bien, una serie de anotaciones a lápiz en los márgenes dejaban claro lo que los directores pensaban en realidad: «Deberíamos dejarlo, creo yo», «No somos coleccionistas ni arqueólogos», «Es arrojar luz sobre la historia, pero se desvía de nuestro cometido», «Mejor dejarlo».[639] La Compañía de las Indias Orientales, el dios hambriento del capitalismo, no iba a ponerse a buscar ciudades perdidas. Los directores ordenaron ofrecer a Masson un cordial agradecimiento y una suma simbólica de dinero, y cortar toda financiación para sus excavaciones en el futuro. Era un espía y, en adelante, solo se le pagaría por espiar. Si quería encontrar Alejandría, tendría que hacerlo por su cuenta. En la Casa de las Indias Orientales no había sitio para el *póthos*.

Dos días más tarde, Masson y Burnes llegaron a Peshawar, la ciudad de último recurso.

Sus tapiales polvorientos recorrían la base del paso Jáiber. Si uno quería entrar o salir de Afganistán, Peshawar era difícil de esquivar. Espías y comerciantes, camellos de patas doloridas y exiliados nerviosos cruzaban sus puertas, aunque pocos se quedaban más tiempo del estrictamente necesario.

Masson y Burnes estaban desolados. El primer atisbo de Peshawar no los animó lo más mínimo. Por todo alrededor de sus muros, hasta donde alcanzaba la vista, el sol poniente iluminaba campos y campos de cadáveres. Había cuerpos colgados de horcas y de palmeras mustias, atados a postes. Algunos no eran más que esqueletos descoloridos, dorados a las últimas luces. Otros aún estaban calientes. Unos pájaros ávidos les estaban arrancando los ojos y la carne a picotazos. Aquellos muertos eran los «centinelas silenciosos»[640] —y el particular motivo de orgullo— del general Paolo Avitabile, el gobernador de Peshawar.

Avitabile parecía un *dumpling* enfadado: enorme, de labios gruesos y abultado allí donde no tocaba, «clavado al cuadro de un sátiro de Rubens», según un oficial británico, Henry Lawrence, pero «uno de los cerebros más privilegiados del mundo».[641] Y también,

decididamente, una de las peores personas del mundo. Era un antiguo teniente venido a menos, de uno de los ejércitos menos lucidos de Napoleón, y había llegado a la corte de Ranjit Singh en 1827, con un cargamento de pornografía.[642] Al poco, ya se hacía llamar «general» Avitabile. En 1834, a falta de otros candidatos, Ranjit Singh lo puso al frente de Peshawar. La ciudad estaba sumida entonces en una anarquía de órdago: nadie esperaba que el nuevo gobernador sobreviviera más de unas cuantas semanas. A Avitabile le encantaba contar cómo les había quitado la razón a todos.

«Cuando entré en Peshawar —comenzaba—, mandé por adelantado un buen número de postes de madera, que mis hombres plantaron alrededor de los muros de la ciudad. La gente se burlaba en voz alta de este nuevo disparate de los farangi, y aún más alta cuando mis hombres volvieron y dejaron rollos de cuerda a los pies de los postes. Cañones y espadas, murmuraban, son las armas con las que se gobierna una ciudad, no palos y cuerdas. Sin embargo, cuando dejé terminada mi instalación, aparecieron allí una mañana, colgados de aquellos mástiles, cincuenta de los peores personajes de Peshawar; y el espectáculo se fue repitiendo cada día de mercado con nuevos sujetos, hasta que hice limpieza de bandidos y asesinos. Luego me encargué de los mentirosos y los chismosos. Mi método con ellos fue cortarles la lengua. Y entonces apareció un médico y afirmó que era capaz de devolverles el habla. Lo mandé apresar y le corté la lengua también. Después de esto, hubo paz: y al cabo de seis meses —*ecco*!— el crimen pasó a ser algo inaudito en Peshawar.»[643]

Avitabile no salía nunca de casa sin un verdugo o dos.[644] La mayoría de días, mataba a una docena de personas antes de la hora de cenar.[645] Cuando llegaron Masson y Burnes, estaba ya algo aburrido, y andaba experimentando. Un día igual colgaba a alguien boca abajo. Otro, se ponía creativo y lo desollaba vivo. «El verdugo comienza la labor despegando la piel de las plantas de los pies, que luego arranca a tiras hacia arriba, y la desdichada criatura anhela en vano el alivio que a veces la muerte no le concede hasta después de dos horas de aquel castigo.»[646] Todas las tardes, cuando se ponía el sol, los buitres de Peshawar se abalanzaban sobre su festín diario entre «chillidos estridentes por la salud y la prosperidad del gobernador Avitabile, mientras planeaban en círculos sobre su espantoso banquete».[647]

Avitabile, o Abu Tabela, como lo llamaban los habitantes de la ciudad, era literalmente el hombre del saco. Bien entrado el siglo XX, las madres de Peshawar les seguían diciendo a sus hijos que, si no se portaban bien, vendría Abu Tabela a llevárselos.

Avitabile, eso sí, sabía montar una fiesta; y para muchos visitantes, aquello bastaba para darle un puesto entre los ángeles. Sus ochos cocineros estaban «bien versados en todos los misterios de las

gastronomías persa, inglesa y francesa».[648] Había música y fuegos artificiales, y el jardín gigantesco de su cuartel general se iluminaba como un país de ensueño. Avitabile se repantingaba a la cabeza de la mesa, afanado en una montaña enorme de arroz, con un par de muchachos afganos y flacuchos temblando detrás de él. Para los invitados de estómago más delicado, el menú de carne no era muy agradable. «Confieso que la parafernalia de las horcas rodeándonos me acuciaba en la mesa —recordaba uno—. ¡A duras penas lograba convencerme de que el cabrito hervido y los capones ensartados no eran ninguna exquisitez novedosa procedente de un criminal desollado al que habían trinchado con sumo arte!»[649]

Al terminar, había más vino, y bailarinas nautch y mujeres de belleza espectacular[650]; mientras Avitabile, a veces, leía algún documento oficial con una mano y sobaba a una mujer con la otra: como en «el cuadro de un festín de Nerón».[651] (No era aconsejable hacer observaciones sobre los gustos sexuales de Avitabile. Tras cierto comentario desafortunado de un ayudante —eso contaba la leyenda peshawari—, «mandaron arrojarlo en el acto desde lo alto de un minarete. Lanzaron al desdichado, pero a media caída consiguió agarrarse al saliente de una cornisa, desde donde clamó a gritos "Misericordia, por el amor de Dios". Avitabile, sin inmutarse, respondió: "Dios puede apiadarse de ti si quiere, pero yo no. ¡Soltadlo de la cornisa!"».)[652]

Huelga decir que aquella bravuconería y aquella sed de sangre de Avitabile tenían por intención ocultar su absoluto terror. A lo largo de los primeros meses como gobernador, «no durmió jamás dos veces en el mismo cuarto, sino que cambiaba de cama cada noche, y tenía un caballo veloz, y siempre ensillado, esperándolo a todas horas en la misma puerta privada de palacio».[653] Tenía «miedo de sus hombres —contaba Henry Lawrence—, y miedo de su gobierno, y del nuestro, también».[654] Cuando Joseph Wolff, aquel misionero ocasionalmente desnudo, pasó por la ciudad, Avitabile se lo llevó aparte, se quitó la careta y le suplicó ayuda: «¡Por el amor de Dios, ayúdeme a escapar de este país!».[655]

Masson y Burnes no estaban de humor para festines ni para danzas nautch. Ambos sentían que habían perdido, y perdido estrepitosamente. Burnes estaba, por primera vez en su vida, derrotado. «Se acabó el juego —le contó a un amigo—, los rusos me han dado el golpe de gracia, y no podía seguir en Kabul.» Por encima de todo, estaba furioso: furioso por que lo hubiesen dejado vendido en Afganistán, furioso por que lo hubiesen ignorado, furioso —como solo podía estarlo Burnes— porque tenía por completo la razón. «Todo lo que dije y escribí recibió grandes aplausos, cordial aprobación y demás..., pero cuando el barco se hundía y grité "¡Todos a achicar!",

me dijeron que no me precipitara, que debía esperar... Pues así sea.» «Ojalá la culpa fuese mía, y no de mi país», se lamentaba, con poca sinceridad.[656]

Burnes no tenía ni idea de lo que le aguardaba: ¿esperaban que cargara con las culpas? ¿O que solucionase las cosas? Después del estupendo trabajo que habían hecho los británicos aislando a Dost Mohammad, sospechaba que tal vez llamasen a la puerta de Shah Shujah, el rey afgano en el exilio, que llevaba décadas conspirando y cercenando orejas en Ludhiana. Si el plan era ese, Burnes no quería tener nada que ver. «Espero órdenes en Peshawar, y serán mandarme a Shimla o [...] capitanear al antiguo rey contra los Barakzai [Dost Mohammad y su familia]. Esto último no lo haré. Los Barakzai se encomendaron a nosotros, y solo pidieron lanzarle una advertencia a Persia, cosa que no hicimos. El miedo, por tanto, los llevó a abandonarnos.»[657] «Después de todos mis esfuerzos —escribió en su diario—, espero que ahora me dejen en paz.»[658]

Masson estaba todavía de peor ánimo: «Nuestra retirada de Kabul tuvo algo de huida —decía, apesadumbrado—. Es un asunto vergonzoso, y digno de lamentación.»[659] Ahora que había tenido tiempo de ordenar sus ideas tras el caos de las semanas anteriores, comprendió que las consecuencias para su labor eran funestas. Muchos de los tesoros que andaba catalogando estaban hechos un batiburrillo de nuevo. Sus planes flotaban a la deriva: no sabía si alguno de sus colaboradores afganos podría ponerse en contacto con él, no digamos ya enviarle lo que hubiesen encontrado. Tal vez le vendieran unas cuantas monedas en Peshawar, pero eso no le serviría para acercarse a Alejandría. Cada día que pasaba lejos de Afganistán era una tortura para él.

Masson entendió que su relación con la Compañía de las Indias Orientales estaba llegando al punto de ruptura. Había pasado años agobiado por las obligaciones, pero demasiado asustado como para desentenderse de ellas. En Kabul, sin embargo, era posible al menos racionalizar esa relación: le amargaba la vida, si bien le permitía buscar —intermitente, ávidamente— aquello que anhelaba. Ahora, gracias a Burnes, no le quedaba ni eso. Esperaba que la Compañía de las Indias Orientales se comportara con él y lo dejase al fin libre para perseguir sus sueños.

Se notaba entumecido: sentía vergüenza de sí mismo, y vergüenza por todo el trabajo que no había logrado llevar a cabo. Llevaba meses posponiendo escribirle a Pottinger,[660] y años sin ser capaz de coger la pluma y escribirles a sus amigos de Gran Bretaña. «No he respondido una sola carta llegada de Europa desde mi nombramiento [como espía], tanto me acongojaba... Antes, acostumbraba a escribir expresando mis esperanzas y propósitos, pero descubrí que si seguía

haciéndolo corría el riesgo de que me tomaran por un impostor, o alguien dispuesto a engañar. Nada me había mortificado tanto jamás.»[661] Era como si una parte de él, aquella parte que había entrado en Afganistán con paso tan tranquilo y seguro, se hubiese quedado años paralizada.

Ahora, se prometió, las cosas tenían que cambiar. Y eso significaba, lo sabía muy bien, que él mismo iba a tener que cambiar. Debía dejar de amoldarse a los deseos de los demás. Debía dejar el espionaje. Pero ¿cómo? Tal vez podía ir esfumándose, sin más: dado que ya no estaba en Kabul, era posible que la Compañía de las Indias Orientales decidiese que ya no resultaba útil. «Así, finalizados mis servicios, aceptarían fácilmente mi petición de libertad para renunciar al puesto.» Le aterraba la idea de que lo pusieran de nuevo a trabajar. «Si lo intentan —escribía, intentando encontrar coraje en las palabras —, me resistiré.»[662] «Si me someto, estoy condenado de por vida.»[663]

Tras varias semanas de nerviosismo —Peshawar no mejoraba cuando se la conocía mejor—, Masson y Burnes recibieron sendas y empalagosas cartas de Macnaghten. «¿Harían ustedes el favor de decirme qué vía recomendarían adoptar para hacer frente a las políticas de Dost Mohammad, y si creen que los sijs podrían asentarse en Kabul usando algún instrumento (y cuál) de mediación afgana?»[664] Mientras leía, Burnes comprendió que la Compañía de las Indias Orientales había dado por descontado su fracaso. Que mientras él se aferraba a una balsa, calado hasta los huesos, en el río de Kabul, Macnaghten había estado tramando el derrocamiento de Dost Mohammad. «Les haré saber con toda claridad mi parecer —le aseguró Burnes a Masson—. Cuál es el suyo, no lo sé, aunque es fácil de adivinar.»[665]

Al poco, convocaron a Burnes a un encuentro con Macnaghten en el gran palacio de Ranjit Singh en Adinagar. A Masson lo dejaron en Peshawar, con Avitabile y los buitres por compañía. Antes de que Burnes se marchase, hablaron de su futuro. Generoso como siempre, Burnes prometió ayudarlo a librarse de Wade y de la Compañía de las Indias Orientales. (Estaban ambos tan paranoicos con la posibilidad de que Wade leyese sus cartas que diseñaron estratagemas elaboradísimas para esquivar los tentáculos de Ludhiana. Burnes le indicó a Masson que recurriera a mensajeros no oficiales, y que mandase «el envío en un sobre persa», para que los hombres de Wade no sospecharan que venía de él.)[666] De camino a Adinagar, una tormenta de arena se abalanzó aullando desde el norte sobre Burnes: «El polvo nos engulló de tal manera que no podía ver a un metro de distancia —decía—. El calor era insufrible. No pude medir la temperatura, pero supongo que debió ser de 126 – 130 [52 – 54 °C]».[667] Achicharrado, ciego y perdido, siguió avanzando a tumbos.

Adinagar era el escenario de tal desastre diplomático que la pifia de Burnes en Kabul parecía magistral en comparación: la tentativa de Macnaghten de burlar a Ranjit Singh.

Macnaghten —ataviado con pantalones de rayas y chaleco amarillo—,[668]se acercó a Ranjit Singh deslizándose por las alfombras como un escarabajo tropical a punto de ser aplastado. Fuera, «los soldados del marajá —recogió el escriba de la corte—, cubiertos de pies a cabeza de plata, joyas y toda clase de ropas hermosas, formaron frente a las puertas, y su aspecto era tal que la mina de joyas, presa de la envidia, arrojó una piedra por los aires, [y] el río se estancó en las arenas de la vergüenza».[669] El marajá recibió a Macnaghten con un abrazo inesperado. Luego, sentado con las piernas cruzadas en un sillón dorado, todo vestido de blanco, con el diamante Koh-i-Noor reluciendo en el brazo, puso a prueba al enviado.[670] «¿Bebe usted vino?» «¿Cuánto?» «¿Probó el vino que le mandé ayer?» «¿Cuánto bebió?» «¿Qué artillería ha traído consigo?» «¿Tienen granadas?» «¿Cuántas?» «¿Le gusta montar a caballo?» «¿De qué país prefiere los caballos?» «¿Usted es militar?» «¿Qué le gusta más, la caballería o la infantería?» «¿Lord Auckland bebe vino?» «¿Cuántas copas?» «¿Bebe por la mañana?» «¿Cuántos hombres tiene el ejército de la Compañía?» «¿Son disciplinados?»[671] Cuando terminó la reunión, Macnaghten estaba sin aliento, confuso y aturdido.

Al cabo de unos días, los británicos ya no sabían por dónde tirar. Cada reunión se desarrollaba de la misma forma: una avalancha sin fin de preguntas imposibles de responder por parte de Ranjit Singh. «¿Ha visto usted a mis muchachas cachemiras?» «¿Qué le parecen?» «¿Son más guapas que las mujeres del Indostán?» «¿Son tan guapas como las mujeres inglesas?» «¿A cuáles admira más?» «Se las mando esta noche, y espero que escoja usted a la que más le guste.»[672] «¿Está casado lord Auckland?» «¿Cómo? ¿Que no tiene ninguna esposa?» «Y ¿por qué no se casa?» «¿Por qué no se casa usted?» «¿Sale muy cara una esposa inglesa?» «Yo quería una para mí hace un tiempo; le escribí al gobierno, pero no me la mandaron.»[673] Al final de las negociaciones, Macnaghten estaba acorralado. Él se había presentado allí esperando convencer a Ranjit Singh de que mandase a sus tropas contra Dost Mohammad: «En caso de que [Ranjit Singh] pudiese ser un instrumento para Shah Shujah —decían las órdenes de Macnaghten—, le hará usted saber que el Gobernador General otorga demasiada importancia a la persona del antiguo rey como para permitir que este dé un paso al frente si no es con una práctica certeza de éxito».[674] Pero Macnaghten salió de allí con una carretada de promesas caras por cumplir y con muy poco que esperar a cambio.

Masson y Burnes respondieron con desgana a aquella carta zalamera de Macnaghten mientras se desarrollaban las negociaciones.

A los dos les parecía retorcido: ¿por qué intentar derrocar a alguien que estaba tan ansioso por ser tu aliado? «Queda por considerar por qué no podemos convenir con Dost Mohammad —respondió, en vano, Burnes—. Es un hombre de talento indudable, y tiene una alta y sincera opinión de la nación británica, y si la mitad de lo que habrán de hacer por otros lo hiciesen por él, y se formulasen ofertas que él percibiese vinculadas a sus intereses, mañana mismo renunciaría a Persia y a Rusia.»[675] Todo aquel asunto era doblemente desagradable, puesto que tanto Burnes como Masson habían garantizado a sus amigos de Kabul la buena fe de los británicos. Pero darle a Macnaghten instrucciones punto por punto para remplazar el régimen —que era lo que estaba pidiendo— no parecía buena fe. Parecía una traición.

«De Shah Shujah al-Mulk, personalmente, en cuanto que antiguo rey de los afganos, no tengo muy alta opinión», escribió Burnes. Y luego lo tachó. «En cuanto a Shah Shujah al-Mulk, personalmente —probó de nuevo, y llegados a este punto, casi podemos oír un suspiro de resignación—, el gobierno británico no tiene más que mandarlo a Peshawar con un agente, y dos de sus regimientos como guardia de honor, y la ratificación para los afganos de que hemos abrazado su causa, para asegurarnos de que permanezca por siempre en el trono [...]. Cabe recordar en todo momento, sin embargo, que nuestra presencia ha de ser directa, pues los afganos [...] creen que Shujah no posee ninguna fortuna; nuestro nombre lo investirá de ella.»[676] Burnes empezaba a replantearse su promesa de no acompañar a Shah Shujah en la incursión en Afganistán: «Mi opinión es que hay que poner a Shah Shujah en el trono —escribió en privado—, y que su humilde servidor ha de acudir para hacerlo efectivo. A mi parecer, se trata de una tarea hercúlea, pero factible, y aún más a causa de nuestra propia torpeza».[677]

La respuesta de Masson fue todavía más ambigua. Por encima de todo, esperaba no decir nada que pudiese desencadenar una guerra total. Que Ranjit Singh invadiese Afganistán —con Avitabile, quizás, como encargado de pacificar Kabul— solo podía acabar en desastre. «¿Pueden aspirar los sijs, por medio de su propio poder, a conquistar Kabul? No me atrevería a negarlo —decía—. Aunque tal vez podrían, en mi opinión, invadir las llanuras de Kabul y sus proximidades, mantendrían su control sobre ellas muy a la manera en que se ven obligados a mantener el control de Peshawar.» Masson no tenía ningún deseo de convertir Kabul, la ciudad de sus sueños y esperanzas, en una nueva Peshawar, y mucho menos de soltar a Avitabile contra sus amigos. El único resultado de una invasión a gran escala, aseguraba Masson, sería una devastación mutua. «Si se decidiera entregar Kabul a su destrucción, y poner a Ranjit Singh en

un riesgo considerable de destrucción también, el mejor plan que podría idearse es animarlo a cargar contra dicha ciudad.»[678]

Eso dejaba solo a Shah Shujah. Al igual que Burnes, Masson imaginaba que esta opción sería relativamente sencilla: el shah podría abordar Afganistán con la ayuda de ciertas insinuaciones en los lugares apropiados, y algo de dinero de mano en mano, y un par de oficiales británicos en su comitiva, para dar a entender que había más dinero esperando. «Si se hubiese mandado al shah a Peshawar, como considero que debería haberse hecho, con el reconocimiento del gobierno británico y acompañado de dos o tres oficiales británicos, los afganos, con toda seguridad, lo habrían entrado triunfante en Kabul ellos mismos, o le habrían llevado a Dost Mohammad atado de pies y manos.»[679]

No era un plan noble, pero al menos tenía alguna posibilidad de funcionar, y de mantener una paz precaria. Por desgracia, no se parecía en nada al plan que se estaba gestando en esos momentos a unos cientos de kilómetros, en Shimla.

Imaginaos un pueblo británico en miniatura, idéntico hasta el último detalle —las agujas de la iglesia, las casas imitando el estilo Tudor, chimeneas bien calientes y tacitas de porcelana, chismes y cuchicheos— desplegado sobre una cresta de las estribaciones del Himalaya, y os haréis una idea de Shimla. Lord Auckland estaba instalado allí cómodamente, con un séquito de miles de personas. Era el lugar perfecto para trazar planes. Y, ese verano, los planes giraban en torno a la invasión de Afganistán y al teatro amateur, más o menos en la misma medida. «Había en Shimla una especie de teatrito, pequeño, caluroso y algo sucio, aunque marcha muy bien —escribió Emily Eden, la hermana de lord Auckland—. Hasta que los actores riñeron. A uno le dio un acceso de melancolía; a otro, que interpretaba bien los papeles de mujer, le dio por no afeitarse los bigotes, y otro se largó a matar osos por el Himalaya. Ese hombre se ha llevado un castigo por perder el tiempo con tonterías: la nieve lo dejó ciego, y lo trajeron de vuelta enrollado en una manta.»[680] En lo tocante a Afganistán, muchos de los consejeros de Auckland, de los cuales no había ni uno que hubiese plantado un pie jamás en el país, eran partidarios de lanzar una invasión y estaban convencidos de que la amenaza rusa era real. («A cualquiera que necesite una explicación de los términos “influencia rusa”, o que ose dudar de la potencia y virulencia de sus efectos en su país —afirmaría el editor de un periódico indio años más tarde— debe afrontar el riesgo de que su cordura, sinceridad y patriotismo se pongan en tela de juicio.»)[681] Pero cuando se consiguieron interceptar dos cartas de Rusia —prueba, sin duda, de una colosal conspiración—, «desgraciadamente, nadie en la India las entiende. Los edecanes se han pasado el día entero

sacando facsímiles para enviarlos a Calcuta, Bombay, etcétera, con la esperanza» de encontrar un traductor.[682]

Puede que más abajo, en las llanuras, estuviesen muriendo miles de personas, pero en Shimla la banda nunca dejaba de tocar. El espejismo, aunque delicado, se sostenía. Cierto: una intrusa panda de monos podía abalanzarse sobre tu perfecta mesa de té inglesa y llevarse todo lo que hubiese a la vista (hoy en día, los carteles en Shimla siguen alertando del «Peligro de monos», y de vez en cuando unos simios grises y enormes cruzan a la carga Mall Road y obligan a dispersarse a la multitud), pero no tenías que enfrentarte nunca cara a cara con las consecuencias del imperio.

Burnes subió de Adinagar a Shimla para presentarse ante lord Auckland. «Les dije que habían perdido su influencia —contaba—, y ellos me respondieron: "Venga a vernos, cuéntenos que debería hacerse, ahora estamos listos para actuar".»[683] Estaba inquieto, y todavía de un humor de perros. «Ahora, lamentablemente, han caído en falta, y se han retratado como unos idiotas.»[684]

Burnes componía una estampa solitaria en el camino que ascendía hasta el Himalaya. El sendero rodeaba una colina tras otra, serpenteando poco a poco hacia arriba, en dirección a las nubes. Gracias a Auckland, las mulas iban cargando arriba y abajo, una a una, el papeleo de todo un imperio por ese camino de tierra. Por primera vez en semanas, el calor empezó a aflojar, y Burnes sintió una brisa fresca en la cara. Una bruma se extendía alrededor, se desató una llovizna y las montañas se alzaban hasta el cielo y se hundían en el abismo. Burnes se preguntó si sería una trampa para hacerlo fracasar. «Tuve el placer de ser informado de que me mandaban a Kabul a hacer cosas imposibles, de manera que todas las labores que no prosperaron, ¡no se esperaba que prosperasen! La política es una ciencia de lo más rara.»[685] Ahora los árboles eran muy altos, y las colinas parecían más bien montañas: muros macizos de verde atravesados de nubes. Estaba muchísimo más cerca del Tíbet que de su viejo hogar en Escocia. El camino angosto parecía un sendero que llevara al mundo de los dioses, si bien uno patrullado por monos gordos de panza temblona.

Mientras, en Peshawar, Avitabile lo estaba pasando de lo lindo. Por todas partes corrían historias sobre él. En cierto pueblo, tuvieron que pagar sus tributos con cabezas cortadas.[686] Y cuando un grupo de afganos no logró reunir el dinero que les pedía, los encerró en una celda y empezó a emparedar la entrada, «levantando cada día una hilera de ladrillos. Resistieron con su ración de agua y pan hasta que solo quedó el último resquicio, pero uno de ellos murió y dejaron su cuerpo dentro durante días en mitad de un calor sofocante. Los pobres desgraciados se taparon las narices con trapos para escapar del

hedor».[687] Avitabile desviaba una generosa tajada de la recaudación a sus propios bolsillos. Cada pocos meses, cargaban los camellos de sacos de plata y los mandaban a Ludhiana, donde Wade blanqueaba alegremente el botín de rupias de Avitabile, arrancadas a los desperados, los muertos y los moribundos, en forma de flamantes bonos de la Compañía de las Indias Orientales.[688]

Masson seguía sin tener ni idea de lo que le tenía reservado el futuro. «Deseo vivir con total libertad —escribía, desesperado—, he aborrecido la política.»[689] Pero la incertidumbre se prolongaba. «En dos, tres, cuatro o cinco días, debería llegarme alguna clase de informe.»[690] Seguía convencido de una falsedad: que la Compañía de las Indias Orientales se preocupaba por algo; que un imperio capitalista sin un ápice de moralidad podía ser también bondadoso.

13 No hay vuelta atrás

En Shimla, Burnes volvía a sentirse poco a poco el de siempre. El aire era puro y fresco. Todo el mundo parecía encantado de verlo. Se trasladó al Pabellón de Secretarios, que quedaba poco más abajo de la casa de lord Auckland. A la luz del atardecer, sus jardines verdes, sus muros blancos y sus tejados rojos se teñían de un dorado reluciente. Al este, se extendía hasta el horizonte una cresta de montañas tras otra, oscilando imperceptiblemente entre el verde y el azul oscuro. Dentro de las casas, los cuartos revestidos de madera tenían las lámparas encendidas, y la mesa estaba preparada para la cena. A aquellos que se habían aventurado demasiado lejos y habían contemplado demasiados horizontes, Shimla los reconfortaba. Aquí tenían un sillón junto al fuego, unas mantas colgadas del bastidor de latón envejecido de la cama y una taza caliente de dulce té matutino. Desde el sillón, uno podía llegar a pensar incluso que comprendía la India. Ese era el gran solaz que ofrecía Shimla, y también el motivo por el que, en 1838, era uno de los lugares más peligrosos del mundo.

Cuando Burnes, con el aspecto más respetable que pudo conseguir, acudió a informar a lord Auckland, dos de sus secretarios privados «corrieron hacia él y le suplicaron que no dijese nada que pudiera perturbar a Su Señoría: que les había costado Dios y ayuda que se concentrase en el asunto, y que incluso ahora recibiría encantado cualquier pretexto que le permitiera retirarse».[691] El «asunto» resultó ser la invasión a gran escala de Afganistán.

En el curso de unas semanas, la modesta operación que habían propuesto Burnes y Masson —un oficial británico por aquí, un puñado de dinero por allá— se había convertido en una expedición militar mastodóntica. La primera reacción de Burnes fue de conmoción. La segunda, que quería estar al cargo. «Andamos perfilando una gran campaña para restaurar al shah en el trono de Kabul —decía—. Cuál es el papel exacto que yo voy a desempeñar, no lo sé, pero si la plena confianza y las consultas recurrentes son símbolo de algo, parece que seré el jefe. Puedo decirles sin ambages que es *aut Caesar aut nullus* ['o el César o nada'], y si no me dan lo que me corresponde por derecho, pronto me verás rumbo a Inglaterra.»[692] A pesar de la seguridad de Burnes, uno de los secretarios de Auckland, John Colvin, había mandado ya una «carta privada a Macnaghten postulándose para la dirección diplomática de la expedición del shah».[693] (Cuando Masson se enteró, pensó que aquel «desafortunado secretario era el último hombre de la India que debería haberse presentado».)[694]

La hueste de secretarios de Auckland andaba con ganas de sangre. «Los agoreros militares han dicho siempre que nuestro ejército no da la talla —criticaba Colvin—, pero nunca ha estado fundamentado.»[695] Hacía solo unas semanas que Burnes había renunciado a tener cualquier tipo de implicación en el retorno de Shah Shujah a Kabul: «Esto último no lo haré», había prometido.[696] Pero en cuanto vio el tablero de ajedrez, escogió otro movimiento, y empezó a insistir en que «a los británicos no les queda otra opción más que un movimiento inmediato, y el respaldo más cordial a Shah Shujah».[697] «Deben implantar a Shah Shujah como hombre de paja y afirmar la supremacía en Afganistán —comenzó a decir— o perderán la India.»[698] Auckland no era el hombre más decidido del mundo; se pasó el verano titubeando. «Si lográsemos que empuñara el arma que ha cargado... —se lamentaba Burnes—, sin embargo, Su Señoría tiene dudas.»[699]

Las lluvias descargaban un día tras otro, y el techo del Pabellón de Secretarios goteaba sin cesar. Burnes cenaba bajo un paraguas que un sirviente sostenía sobre su cabeza.[700]

En Peshawar, Masson intentaba mantener el optimismo: «Espero, y casi creo, que exista la posibilidad de un cambio en mi situación, sea cual sea. Confío en Dios, recuperaré la libertad».[701] Pero no había recibido todavía noticias definitivas de Burnes, y la ciudad de Avitabile no era lugar para estudiosos. («¡Ah, amigo mío! —exclamaba siempre Avitabile—. ¡No lea! ¡No es bueno para usted!»)[702] Los rumores de la inminente invasión corrían de aquí para allá. A Masson aquel «asunto» lo ponía físicamente enfermo. Le confesó a un viejo amigo afgano que temía «no poder intervenir en las medidas que se determinen, y él respondió: "Los suyos vienen hacia aquí. No saben nada de nuestras costumbres, ni nosotros de las suyas. Usted nos conoce tanto a nosotros como a ellos, nos sería de ayuda, no se le ocurra abandonarnos"».[703]

Masson quería escabullirse de allí y volver a sus trabajos en Afganistán. Pero tenía miedo: ¿era en verdad incondicional su indulto? Las consecuencias podían llegar a ser tan catastróficas que, por más que se lo proponía, no lograba reunir el coraje suficiente para cortar por lo sano con la Compañía de las Indias Orientales.

Al fin, a principios de agosto, llegó una carta de Shimla.

La mañana del 27 de julio, Burnes se había reunido con lord Auckland para interceder en el caso de Masson. En una estancia tranquila y abarrotada, intentó trasladar el sufrimiento de Masson a un lenguaje que la Compañía de las Indias Orientales pudiese entender: «le dije sin rodeos al Gobernador General que no consideraba que sus méritos se hubiesen visto adecuadamente recompensados, y que me sentía obligado a convenir con la opinión

que sé que alberga usted: que el empleo del gobierno se ha interpuesto entre usted y su justa fama en el mundo académico». Auckland, acostumbrado a hombres desesperados por ganarse su favor, estaba perplejo. «Es evidente que el señor Masson no conoce la opinión que tenemos todos de él», le respondió a Burnes. Los buenos deseos, se vio empujado a señalar Burnes, difícilmente compensaban años de lidiar con Wade. «A esto, [Auckland] dijo: "Hágame saber cómo puedo servir al señor Masson». Yo le expliqué que quería usted libertad; que, pese a que no había expresado queja, su paga era por completo insuficiente; que debían liberarlo de toda restricción, y permitir que se moviese a su antojo, del océano a la China, sin las ataduras de ninguna instrucción, y que a cambio de esto, como usted mismo considerara conveniente, beneficiaría al gobierno de la India con sus observaciones, quedando a su incumbencia el resto de asuntos».[704]

Muy pocas personas tenían el valor de hablarle así al gobernador general, pero «lord Auckland me dijo que accedería de buen grado, y que solo deseaba que le confirmara que me había usted [Masson] cedido plenos poderes. Le dije que no, pero que había conocido extensamente su forma de pensar y creía que podía responder en su nombre». Ahí fue donde las cosas empezaron a torcerse. «Bien, pero el señor Masson no puede retomar su carrera en Kabul, si vamos a entrar en guerra —replicó lord Auckland—, y está claro, por tanto, que ahora mismo no puede seguir el rumbo de sus propias inclinaciones. Además, es un caballero [es posible que esta sea una de las pocas ocasiones en que a un desertor sin blanca lo han llamado "caballero"] con tantos conocimientos que no se puede prescindir de él, y no querría abandonarnos en este momento, en particular si lo liberamos del modo que usted propone una vez el shah esté en el trono.»[705]

Era la misma promesa vacía con la que Masson se había visto forzado a tragar durante años: el mañana, quizás, sea suyo, pero hoy, usted es nuestro. A Burnes, que soñaba con su propia gloria, la propuesta de Auckland le pareció maravillosa. «Respondí de inmediato por usted en este punto —le escribió despreocupadamente a Masson —, y le dije que, a lo largo de seis meses, no había recurrido nunca a usted en vano, y que estaba seguro de que lo impulsaría ese mismo celo en esta crisis, quedando claramente estipulado que, más tarde, tendría usted lo que quería en el modo que yo había propuesto. "Decidido, entonces", respondió Su Señoría.»[706]

Masson, en Peshawar, llegó al final de la carta y sintió cómo la desesperación se cernía sobre él. Pensó, compungido, que Burnes «no solo había explicado mis deseos y mis sentimientos de un modo errado, sino ridículo, incluso».[707] A decir verdad, Burnes había hecho lo que siempre hacía. Con la mejor de las intenciones, era incapaz de ver el mundo con los ojos de otra persona. Si alguien le pedía que

hablase en su nombre, terminaba siempre hablando por sí mismo. Era, bien mirado, un rasgo inoportuno en un diplomático.

Los secretarios de Auckland supervisaron el tema para asegurarse de que Masson tenía claro su lugar. «Escriba al señor Masson para decirle que lord Auckland es verdaderamente consciente de sus méritos —le indicó Colvin a Burnes—. Mientras dure la presente crisis, sus servicios son demasiado valiosos para su país como para contemplar que se aleje de aquí».[708] «Su Excelencia —le informó Burnes— pondría a su cargo el departamento de inteligencia, dados sus amplios conocimientos locales y su reconocida aptitud.»[709] Mientras la Compañía de las Indias Orientales necesitase un espía, Masson no tendría más remedio que ser espía. En ese caso, ¿por qué no huir?

¿Y si uno topaba con un futuro brillante, y caía, y no dejaba de caer? Masson no tenía que buscar muy lejos, ahí en Peshawar, para ver cómo sería eso. Los últimos años lo habían despojado de gran parte de sus esperanzas. ¿Y si la vida no consistía en perseguir sueños, sino en reconciliarse con la infelicidad? «Habría preferido con mucho aprovechar la oportunidad y hacerme de inmediato con mi libertad —contaba—, pero en todas aquellas circunstancias, juzgué conveniente no seguir tentando la buena disposición de lord Auckland en ese momento.»[710] Aferrarse siquiera a un fragmento de sus sueños era mejor que nada.

Nadie más, ni en Gran Bretaña ni en Europa, conocía Afganistán como lo conocía Masson. Pottinger, atormentado por las piedras en la vesícula, lo apremió a aprovechar la oportunidad de hacerse famoso y publicar un libro cuando antes. Había leído suficientes notas de Masson para saber sin lugar a dudas que su amigo «tenía material para un libro extremadamente valioso e interesante, y solo desearía que fuese posible publicarlo en un plazo moderado de tiempo, pues la sed de información sobre Kabul [...] va a ser insaciable en John Bull [el público británico], para el que siempre tiene que haber algo “haciendo furor”, y de esta próxima guerra se va a hablar mucho, no solo en Inglaterra sino por toda Europa. No estoy seguro, pero sería buen plan que autorizase a enviar todos sus diarios y documentos a Inglaterra, donde no me cabe duda que se podría encontrar alguna persona eficiente que sabría poner orden, y algún editor encantado de publicarlos con un acuerdo generoso».[711] Daba igual que la guerra tuviese razón de ser o no, insistía: piense solo en los royalties.

La labor de Masson se estaba viendo muy perjudicada. Seguía llegando un goteo de piezas nuevas de parte de sus colaboradores afganos —a finales de julio, recibió desde Kabul «15 monedas de oro, 104 monedas de plata y 1 gema grabada—,[712]pero sus descubrimientos estaban estancados. «Me alegra ver que los

manuscritos colmaron sus expectativas, pero me temo que no he podido ordenarlos —le respondió con pesar a Pottinger—. De hecho, he andado tan confundido que, a decir verdad, no he alcanzado uno solo de los objetivos que me había propuesto cuando partí de Tabriz en 1830.»[713] Empezaba a preguntarse cada vez más si no era un fracasado.

Por suerte, la Compañía de las Indias Orientales tenía algunas ideas sobre cómo podría ocupar su tiempo: «El señor Macnaghten requiere de inmediato un centenar de mulas buenas —le anunció Burnes—, de Peshawar a Ludhiana, y no he vacilado en afirmar que usted haría lo necesario».[714] Masson no sabía si reír o llorar. Unas semanas después, llegó a las oficinas de un periódico indio una carta anónima escrita con una letra picuda e inconfundible: «He observado que se utilizan asnos en lugar de camellos para el servicio de transporte de tropas destinadas en Afganistán —decía Masson—. Dado que ya hace mucho tiempo que se emplean asnos en el Departamento Político, ¿es esto el comienzo de un sistema para introducirlos en el militar, con vistas a implantar uniformidad en los servicios? ¿Siente el respetable enviado [Macnaghten] cierta simpatía por las criaturas de orejas largas, o las ve a la manera de parientes a los que está obligado a ascender de destino y empleo?».[715] A paso lento pero seguro, la rabia que Masson llevaba tanto tiempo conteniendo empezaba a estallar.

En Shimla, George Jephson, viejo amigo de sus tiempos en la Artillería de Bengala, trabajaba a toda máquina. Jephson había ido ascendiendo en el escalafón burocrático hasta convertirse en unos de los altos funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales.[716] Era un chismoso descarado y, como era de esperar, Masson y él se llevaban a las mil maravillas. Los últimos años, se habían estado escribiendo; exasperándose con aquellos idiotas inmorales que se llamaban a sí mismos los amos de la India. Pero a Jephson le habían llegado algunos comentarios sobre Masson que lo tenían descolocado. Si bien había dado por hecho que la posición de Masson «era la de un "oficial británico destinado en Kabul" [...], reconocido y respetable», Burnes había insinuado otra cosa. De modo que Jephson empezó a buscar en volúmenes antiguos de informes del gobierno, donde se registraban todos los nombramientos, hasta años y años atrás. Fue pasando páginas, cada vez más agitado, mientras sus subordinados trabajaban alrededor, con el olor a tinta flotando en el aire. El nombre de Masson no aparecía por ninguna parte. «Tu nombramiento no se publicó jamás —le escribió a su amigo—, no me habría pasado por alto, aunque en aquel momento no supiese quién era Charles Masson.»[717] En Shimla, todas las piezas encajaron al fin. «Desearía poder expresarte, mi querido Masson, cuánto lo lamento», le decía

Jephson.[718]

Masson no se lo podía creer. «El nombramiento como Agente en Kabul me fue comunicado por parte del capitán Wade "como otorgan las G. O. G. G., el 7 de enero de 1835", iniciales, supongo de Órdenes Generales del Gobernador General, y para mi sorpresa, descubrí posteriormente que no se había emitido ninguna orden semejante.»[719] De hecho, Macnaghten se había limitado a sugerir que Wade motivara «al señor Masson a proporcionarle, siempre que haya oportunidad, sus impresiones de la situación política imperante y del sentir de la gente en los distintos países que pueda visitar».[720] Wade había disfrazado esa sugerencia informal de nombramiento oficial: «El gobierno —le había dicho—, atendiendo a mi recomendación, ha tenido el placer de nombrarlo Agente en Kabul».[721] «Se trataba de un caso de engaño y artificio —escribió Masson—. ¿Ejecutado por qué? Porque sabían que, en caso de ofrecerme dicho puesto, yo lo habría rechazado. Me indujeron por tanto a creer que no tenía más opción.»[722]

Jephson consideraba que iba siendo hora de que Masson plantase cara. «Si no —le advertía—, te van a tener de pelele hasta que te vayas demasiado pronto a la tumba.»[723] «Un hombre que careciese de otras expectativas o esperanzas, y que supiese menos del país y de la gente, tal vez habría aceptado que el gobierno sacara tan mezquina ventaja del error que había cometido desertando como hiciste tú.»[724] Pero Masson no estaba ni mucho menos indefenso, y sus amigos afganos coincidían: «Ahora no tienes más remedio que retirarte —le dijo uno—. Te han deshonrado, y no les importas nada».[725]

En Shimla, a Burnes lo habían ascendido y ordenado caballero, y le llovían los elogios. Por el camino, la historia había quedado rescrita. «Todo salió bien en Kabul», le decía ahora a todo el mundo sir Alexander Burnes.[726] En lugar de recibir «el golpe de gracia»,[727] ese acto de misericordia con el que poner fin al sufrimiento de una víctima indefensa, había sido un motivo de orgullo para su país. «Me reuní públicamente con el agente ruso y exigí mi dispensa, y la obtuve.»[728] Había sido el héroe en todo momento, y ahora, una fama y una fortuna aún mayores lo aguardaban.

«Me solazo bajo los rayos del Señor», decía Burnes, satisfecho.[729]

«Tal vez aún pueda mostrarle mis canas a lord Auckland y preguntarle si son resultado del juego limpio», escribía por su parte Masson.[730]

Se contempló detenidamente a sí mismo: «Me encuentro en un estado mental y de salud tan terribles, que creo que el segundo viene causado por el primero». Había transigido durante años. Día tras día, había cedido un poco más, un poco más. «No deseaba ofender, y esta actitud me ha llevado a posponer el último paso con la esperanza de que el propio gobierno me permitiera seguir con mis planes, hasta un

punto en el que, en verdad lo creo, me encuentro al filo de la locura.»[731]

Masson comprendió que la Compañía de las Indias Orientales no tenía ninguna intención de darle a su historia un final feliz. Más bien, «debía estarles agradecido por todo»:[732] por cualquier migaja que le cayese por casualidad. Recordó a una persona, mucho tiempo atrás, un tal James Lewis que había osado vivir la vida marcando sus propias condiciones, sin importar las consecuencias. Oyó los buitres en el cielo de Peshawar, planeando en círculos sobre su último festín. Y, sin saber aún si no estaría firmando su propia sentencia de muerte, encontró las palabras que andaba buscando:

> *Tengo el honor de solicitarle que remita al Muy Honorable Gobernador General de la India mi renuncia al servicio que he venido prestando al Gobierno de la India.*
>
> *No tengo un motivo para dar este paso, sino muchos, y el único que preciso mencionar es que estoy decidido a determinar si soy o no un agente libre.*[733]

14 Mundos por conquistar

Aún hoy, brotan remolinos de humo de las chimeneas del antiguo Pabellón de los Secretarios en Shimla. Al atardecer, las lámparas se encienden, y la mesa se prepara para una cena de *poulet au citron* y pudin de jengibre. La ginebra aguarda en bandejas de plata, y una luz amarillenta flota en las amplias estancias. «¿Querría usted pulsar ese timbre de ahí?», pidió Reggie Singh. Un sirviente entrado en años trajo té y galletas, saludó con una reverencia y repartió las tazas de porcelana. El abuelo de Reggie, Raja Charanjit Singh, compró la casa hace décadas. En el jardín de invierno hay colgada una imagen del edificio tal como era en los tiempos de Masson. Este es el lugar en el que se tomó una de las decisiones más desastrosas del siglo XIX, el 1 de octubre de 1838. «La casa donde empezó todo», dice Reggie quedamente.

* * *

El otoño de 1838 trajo a Shimla unas densas brumas matutinas. Las colinas estaban de un verde intenso y perenne, y el aire frío y vigorizante. Las chimeneas, encendidas, y el té, preparándose. Emily Eden había prometido pintar para Ranjit Singh un cuadro de la reina Victoria, recién coronada. Por desgracia, no tenía ni idea de qué cara tenía la reina Victoria. «Me ha costado mucho trabajo inventarme una reina entera —explicaba—, con traje de ceremonia y todo.»[734] En unas de las últimas ferias benéficas del verano, el «puesto de comida» de Macnaghten había sido un tremendo fiasco.[735] Estaba listo para meter las zarpas en Afganistán.

El 1 de octubre, la Compañía de las Indias Orientales le declaró la guerra a Afganistán. «El Gobernador General —decía el comunicado de Macnaghten, emitido desde el Pabellón de los Secretarios— se ha convencido de que una extrema necesidad, así como toda consideración en materia de política y justicia, nos legitiman a abrazar la causa del Shah Shujah al-Mulk, cuya popularidad en todo Afganistán Su Señoría ha podido constatar por medio del testimonio unánime y contundente de las más altas autoridades [...] El Gobernador General —seguía diciendo— se congratula por la oportunidad, en el cumplimiento de su deber, de ayudar a restaurar la unión y la prosperidad del pueblo afgano.»[736]

En el siglo III a. de C., setenta años después de la muerte de Alejandro en Babilonia, gran parte de la India estaba gobernada por el emperador Ashoka. Hacia el final de su reinado, este proclamó un

edicto para su pueblo que distaba mucho de la declaración de la Compañía de las Indias Orientales de 1838:

> *Ocho años después de su coronación, el rey, amado de los dioses, el de la benévola mirada, sitió Kalinga. 150 000 hombres quedaron allí cautivos, 100 000 fueron pasados a cuchillo, y un número aún mayor perdió la vida.*
>
> *Pero luego, habiendo sido conquistada Kalinga, el amado de los dioses se transformó para seguir más estrictamente la recta conducta, para amar la recta conducta y para adquirir sabiduría en la recta conducta. Esta fue la promesa del amado de los dioses en el asedio de Kalinga. Tales son las palabras iniciales de una inscripción grabada en la roca en Shahbazgarhi [...].*

Nunca jamás —sigue la citada inscripción, como otras muchas semejantes— ni él ni sus sucesores emprenderán una guerra de conquista, que siembre el país de dolor y lágrimas y rompa los lazos de hermandad entre los hombres».[737]

Ashoka le dio la espalda a su vida anterior: retiró sus ejércitos, repartió gran parte de sus riquezas y mandó instalar en cada rincón de su reino inscripciones gigantescas que proclamaban tolerancia y respeto para todos. Cada una de ellas estaba escrita en el idioma local: brahmi y karosti, arameo y griego. Una de las inscripciones que se ha conservado mejor se encuentra a unos cien kilómetros de Peshawar, en el pueblo de Shahbazgarhi. Mientras la Compañía de las Indias Orientales se preparaba para la guerra, Masson andaba retirando cuidadosamente siglos de musgo de su superficie.

Le habían llegado rumores sobre aquella inscripción, y tras entregar su renuncia, había acudido a verla por sí mismo. Sus antiguas costumbres viajeras regresaban: por el camino, hizo noche en una pequeña mezquita a la sombra de los plátanos. El trayecto desde Peshawar era peligroso: «muchos esfuerzos hicieron nuestros amigos de la aldea para disuadirnos de cruzar la llanura con un grupo tan reducido; y abundantes las conjeturas sobre nuestro probable destino».[738] Masson cabalgó por entre una hierba alta y espesa que «alcanzaba los dos metros de altura», hacia la «cadena de bajas montañas en las que se encuentra la roca inscrita».[739]

Cuando llegó a Shahbazgarhi, Masson se sentía optimista y alegre, como no se había sentido en años. «Un vistazo a la superficie de la roca me convenció de que el viaje sería recompensado.»[740] Estaba cubierta de hileras apretujadas de caracteres. Cuando la examinó con atención, descubrió que era la misma escritura karosti que había encontrado en las monedas de Bagram. A lo largo de varios días,

imprimió la inscripción meticulosamente en metros de exquisito percal. Las «noticias de cañones y armas pequeñas» a lo lejos que iban llegando aceleraron el trabajo de manera considerable.[741]

Masson no lo sabía, pero la inscripción de Shahbazgarhi era la última pieza del puzle que había empezado a encajar años antes en Kabul, cuando se propuso descifrar la escritura desconocida de aquellas monedas. Dado que los edictos de Ashoka se habían publicado en tantos idiomas distintos, cada línea de la inscripción en karosti de Masson se podría comparar con la misma línea del mismo edicto escrito en griego antiguo. La lengua perdida estaba a punto de convertirse en un libro abierto.

Cuando Masson volvió feliz a Peshawar, la declaración de guerra de la Compañía de las Indias Orientales se acababa de conocer en la ciudad. Mientras la leía, con el corazón encogido, Masson comprendió que «la autoridad del señor Masson» y «los informes del señor Masson»[742] estaban detrás de prácticamente cada frase. Habían arrancado de sus cartas todas las cosas buenas que había escrito sobre Shah Shujah, y todas las cosas malas que había escrito sobre Dost Mohammad y las habían puesto juntas para respaldar su guerra.[743] Él, más que ningún otro, había conformado la visión del gobierno sobre Afganistán. Sus consejos se tenían en gran consideración. Y ahora habían retorcido sus palabras de un modo que, afirmaba desolado Masson, «jamás habría imaginado».[744]

Años antes, en uno de sus primeros informes para Wade, Masson había instado a la Compañía de las Indias Orientales a aceptar la amistad de Dost Mohammad. «Decepcionado con la mediación británica que ansiaba —les advirtió Masson— buscará seguramente una indeseable alianza con Persia, se debate incluso una con Rusia.» Según señalaba, Dost Mohammad le estaba «ofreciendo al gobierno británico dominio supremo en el país situado a occidente, un dominio que no debería obtener por medio de la conquista y la destrucción de vidas, sino que se asumiría por invitación de los propios gobernantes [...] Un objetivo importante que podría estimarse asequible, aun si se adquiriese a costa de un gran dispendio de vidas y capital, podría lograrse con unos cuantos trazos de la pluma, y la influencia británica quedaría introducida en Asia Central de un modo honroso para la reputación británica y aceptable para todas las partes [...] No cabe la menor duda de que el gobierno británico tendrá en adelante sobrados motivos por los que congratularse».[745]

En aquel momento, Wade, que desdeñaba cualquier estrategia que no empleara la fuerza o el miedo, había dejado unas despectivas anotaciones en el despacho de Masson diciendo que «no puedo convenir con su opinión de que, si se sintiera decepcionado en sus esperanzas de una mediación británica, Dost Mohammad Khan [...] se

lanzaría a los brazos de Persia o Rusia. Los jefes Barakzai [la familia de Dost Mohammad] son demasiado conscientes de los medios de que disponemos tanto en su perjuicio como en su beneficio como para alterar temerariamente su postura actual con respecto a nosotros buscando una alianza con una potencia rival. Ni persas ni rusos pueden ejercer una influencia tan drástica en la destrucción o la consolidación de su poder en Afganistán como el gobierno británico».[746] El consejo de Masson cayó en saco roto y pronto quedó olvidado.

Masson comprendió al fin su lugar en la historia. Sabía que, en cuanto entrase en Afganistán el primer regimiento británico, la relación entre ambos países no volvería a ser la misma. Esa puerta se estaba cerrando para siempre.[747]

El doctor Percival Lord —picajoso, desinformado y encantadísimo con la próxima guerra— había llegado a Peshawar para ocupar el puesto de Masson. «No me he topado jamás con un sentimiento que se pueda definir más apropiadamente como nacional y unánime que el deseo de los afganos de ver regresar a Shah Shujah. Raro es que conversen con ingleses más de cinco minutos sin aludir a ello.»[748] Lord tenía una larga lista de gente por convertir a la causa británica, lista que blandió triunfante ante Masson. «No había un solo hombre ahí que pudiera serle de ninguna utilidad —captó Masson de un vistazo—, y algunos estaban incluso muertos.»[749] Pero Lord, impertérrito, pasaba los días «hablando, persuadiendo, amenazando, acosando y sobornando».[750] Cuando Masson partió de Peshawar, Lord lo acompañó hasta la salida de la ciudad, «vertió lágrimas cuando nos despedimos, y luego informó confidencialmente al gobierno de que yo estaba loco».[751]

El mes de diciembre encontró a Masson en el pueblecito de Firozpur, en las fronteras de Ranjit Singh. No estaba solo: se estaba reuniendo allí un ejército británico numerosísimo, junto con Burnes, Macnaghten, lord Auckland y, se diría, todos los cargos de la Compañía de las Indias Orientales que tuviesen, o se diesen, importancia. Emily Eden llevó su retrato de la reina Victoria. Y Ranjit Singh, bastantes soldados como para incomodar incluso a los británicos: «son igual de disciplinados [que los británicos] —comentaba Eden—, van bastante mejor vestidos, repiten los mismos movimientos militares y algunos otros más complejos, y, en resumen, nadie sabe muy bien qué decir al respecto, así que no dice nada, salvo que están seguros de que los sijs saldrían corriendo en un combate real. ¡Es un triste golpe a nuestro orgullo!».[752] En su encuentro con los británicos, el marajá se sacó una de las calcetas, «para poder sentarse con un pie en la mano, cómodamente», y «comentó que tenía entendido que había libros que incluían objeciones a las borracheras,

y que creía que era mejor que no existiesen los libros, antes que incluir ideas tan estúpidas».[753] Macnaghten «estaba ocupadísimo tratando de colocar una pata de su silla sobre la alfombra, cosa que acabó consiguiendo».[754]

Masson se había convertido en una pequeña celebridad. El coronel Lewis Stacy, cuya obsesión por las monedas antiguas estaba casi a la par con la de Masson, se planteó seguir marchando con su regimiento toda la noche a través del barro del invierno para aumentar sus posibilidades de conocerlo. «Le ruego me escriba para decir cuándo se propone dejar el campamento, pues por el placer de conocerlo me dirigiría a Firozpur a marchas forzadas —aseguraba—. Tengo las manos demasiado heladas para escribir en este momento. Espero verdaderamente tener el placer de conocerlo.»[755] Stacy selló la carta con una antigua diosa de la victoria que había cazado en el bazar de Ludhiana. Era un coleccionista obsesivo, y «se lo podía ver soportando todo contratiempo, bajo los árboles o en un caravasar cualquiera de India Central; cavando en ruinas desiertas o escudriñando los viejos almacenes de los cambistas locales».[756] «¿Puedo preguntarle si tiene intención de publicar?», le escribió a Masson.[757]

Masson llevaba años planeando escribir un libro, pero cuanto más lo pensaba, más le intimidaba la idea. Sus notas parecían un revoltijo impenetrable. Si revisaba aquellos papeles y esbozos amarilleados, apenas entendía nada él mismo. «Soy consciente de que gran parte, la mayor parte, de hecho, no es inteligible para nadie más que para mí, y soy consciente también de que todo está desgraciadamente incompleto.»[758]

Así que se dedicaba a vagar por el campamento militar de Firozpur. De todos aquellos miles de personas —los soldados y la comitiva de acompañantes, oficiales y espías—, él era el único al que no esperaban en ninguna parte, que no tenía ninguna función que cumplir. Nada en aquella expedición tenía sentido para él. «No han surgido situaciones de alarma nuevas, ni tampoco, hasta donde yo sé, ha conjurado el prolífico cerebro de sir Alexander Burnes nuevos ejércitos rusos hipotéticos.» (Masson había tachado el nombre de «sir Alexander Burnes» y había escrito «los Rusófobos de Shimla».) «¿Cómo ha sucedido, pues, que con menguados pretextos para la inquietud se haya puesto en marcha una expedición tan formidable?»[759] Con justificación o sin ella, aquí estaba el ejército, y no tenía manera de detenerlo. «Ni dedicándole varios tomos sería posible reflejar la frivolidad que ha llevado a movilizar los poderosos ejércitos empleados, los errores y la negligencia de los que dirigen las operaciones, ni los males que conlleva y que cabe temer de la vía estratégica adoptada.»[760] Parecía, según él, «el engendro mismo de la

locura».[761]

Tras una década de conquistas, y después de viajar más lejos que ningún griego antes, Alejandro y su ejército llegaron al fin del mundo, y a las orillas del último mar. Los soldados dieron saltos de alegría al sentir la brisa salada en sus caras por primera vez en años. Alejandro clavó la vista en el horizonte, buscando tierra en vano, y no divisó más que el océano sin fin. Alejandro, ahora ya «Rey de todo lugar y de toda cosa»,[762] «pensando que había alcanzado los confines de la tierra, y que se habían puesto límites a su ambición, se echó a llorar porque no quedaban más mundos por conquistar».[763]

Este relato —de cómo Alejandro conquistó el mundo, y de cómo derramó viriles lágrimas a orillas de un mar desconocido— no es una antigua historia griega: es del siglo XIX.

Existe otra historia antigua sobre las lágrimas de Alejandro, aunque es muy distinta. «Alejandro aprendió una vez la verdadera naturaleza del universo —escribió Plutarco—. Le dijeron que contenía infinitos mundos. Él, al escuchar esto, lloró. Sus amigos le preguntaron por qué, y él respondió: "¿Cómo dejar de llorar? Hay en el cielo más mundos de los que pueden contarse, y yo aún no he conquistado ninguno de ellos".»[764] El Alejandro de Plutarco descubre que el universo es demasiado vasto para que alguien alcance a comprenderlo, no digamos ya a conquistarlo, y que debe aceptar su lugar en él. Vislumbra su propia insignificancia y no tiene consuelo. En cambio, en la historia del siglo XIX, lo único que necesitaba Alejandro para secarse las lágrimas era seguir matando gente.

La noche antes de que partiera el ejército, ni Masson ni Burnes pudieron dormir. Se juntaron a charlar, hasta bien entrada la noche, cada uno tratando de entender la historia de la que formaban parte. Masson supo que, en último término, «el segundo Alejandro» y él seguían caminos distintos: «Nuestros intereses chocan en ciertos aspectos, como también nuestras costumbres [...] Proceder a su lado o a sus órdenes es tan doloroso que roza lo imposible [...] Discrepamos demasiado como para ser compañeros, y yo detesto ser cómplice».[765]

Aquella noche, Burnes era como un hombre en equilibrio sobre un saliente altísimo, aterrorizado por lo que podría descubrir si bajaba la vista. Su optimismo, que a Masson, como poco, le ponía los pelos de punta, tenía ahora un matiz nuevo y desesperado. «Una larga conversación que concluyó con una singular confesión por su parte —relataba Masson—: que llevaba catorce años trabajando para que se materializase ese momento, y que al fin lo había conseguido.»[766] Todo era para bien: esa invasión, a la que Burnes se había opuesto con tanto fervor, era lo que había tenido siempre en mente. «Es, sin duda, transcendentalmente formidable —le escribió a un amigo—. Se han adoptado mis posturas.»[767] «A veces entusiasta, a veces abatido; a

veces lleno de confianza, a veces crédulo: otorgaba a las impresiones pasajeras toda la importancia y la aparente permanencia de las convicciones asentadas, y teñía cuanto lo rodeaba con los colores de su mentalidad cambiante —afirmaba el historiador John Kaye—. Si engañaba a otros, se engañaba el primero a sí mismo. Si emitía opiniones contradictorias, eran todas ellas *sus* opiniones desde el momento mismo de nacer.»[768]

Hizo mucho frío esa noche. (El tiempo tenía a Emily Eden horrorizada: «No hay nadie que no ande resfriado desde que pasamos por Firozpur, pero ahora los estornudos y las toses son incesantes. Todo el mundo va por ahí chapoteando con chanclos, nos llevan a cenar en palanquines, y han cavado zanjas en torno a los dormitorios».)[769] Masson trató de dormir, escuchando los ruidos del campamento alrededor. La última vez que había estado junto a soldados británicos, él mismo era el soldado James Lewis. Ahora, después de tantas noches solo, ya no estaba seguro de quién era.

Por la mañana, aturdido por el agotamiento, Masson vio al ejército formando: miles de hombres con casacas rojas, los caballos pateando el suelo envueltos en vaho, largas hileras de sirvientes. «Los oficiales veían la expedición como poco más que un extenso paseo por placer: un pícnic enorme.»[770] Los camellos iban cargados de «mermeladas, encurtidos, puros, conservas de pescado, carnes conservadas herméticamente, bandejas, cristalería, loza, velas, mantelería».[771] Hasta los oficiales más jóvenes habían traído «su maletín tocador, sus perfumes, su jabón Windsor y su *eau-de-Cologne*».[772] Burnes venía acompañado de varias mujeres cachemiras espectacularmente bellas.[773] Aquel viaje a Kabul no tenía nada que ver con el que había hecho Masson tantos años atrás, sin «calcetines ni zapatos, [...] un gorro verde en la cabeza, y un cuenco de faquir o de derviche colgado al hombro».[774]

En mitad del caos, «un oficial, amigo de sir Alexander Burnes», se llevó a Masson aparte, y le hizo «una última propuesta de acompañarlo: "Bien, Masson, te ruego que vayas con él. Antes no fue así, pero en el futuro hará todo tal como tú le aconsejes. He visto en muchas ocasiones que tú tienes la mente clara y él no. Los caballos y los sirvientes están todos a tus órdenes, y él pondrá remedio, tanto como pueda, a la dejadez del gobierno"».[775]

Con el ejército británico detrás, Masson sabía que Alejandría sería suya. Pero sentía un profundo amor por Afganistán. Lo había considerado su hogar durante casi diez años. Sus mejores amigos estaban allí, personas que le habían salvado la vida, que habían cuidado de él cuando nadie más lo hizo. ¿Soportaría traicionarlos? La Compañía de las Indias Orientales lo había perseguido, chantajeado y engañado. Debía escoger entre su lealtad y su mayor deseo. Masson

dudó, y al cabo de un largo minuto, respondió, sencillamente: «Es demasiado tarde».[776]

El ejército partió sin él. Y, poco después, Masson se esfumó.

Al otro lado de la frontera, en Afganistán, un americano de piel cetrina y barba espesa contemplaba con recelo el avance de las tropas británicas. Josiah Harlan había tenido las manos ocupadas: cuando Masson y Burnes abandonaron Kabul, se unió a un pequeño destacamento comandado por uno de los hijos de Dost Mohammad. Harlan seguía siendo, como siempre, el héroe de su melodrama particular, en busca de nuevos mundos por conquistar. «Ascendimos por pasos de montañas a regiones en las que glaciares y valles silenciosos, y rocas amenazadoras, ennegrecidas por siglos de curtida fama, preservaban los serenos dominios de un tiempo remoto, cubierto de nieves perennes. Avanzamos a duras penas por entre las cúspides de aquellas cordilleras alpinas —inaccesibles hasta ahora, supongo, al trajín del hombre—, infantería y caballería, artillería, ayudantes y bestias de carga, superando las dificultades a base de obstinada resistencia, desafiando el martilleo implacable de la nieve o la lluvia [...], bregando entre nubes como espíritus agitados de otra esfera.»[777] Cuando el destacamento hizo un alto en la cima del paso, Harlan aprovechó el momento y desplegó su ajadísima bandera estadounidense. «Coroné el Cáucaso indio, y allí, en lo alto de sus cumbres, desplegué al viento la bandera de mi país, bajo una salva de veintiséis cañonazos. En el paso más elevado del gélido Cáucaso [...] la bandera estrellada ondeó con dignidad entre los picos helados».[778]

Harlan regresó a Kabul haciéndose llamar príncipe de Gaur, y le contaba a todo aquel dispuesto a escuchar que el «jefe de Gaur», Mohammad Rafi Beg, le había «transmitido su principado en título feudal, obligándose, él y su tribu, a pagar por siempre tributo. La posesión absoluta y completa de su gobierno se recogió legalmente de acuerdo con el procedimiento oficial, por medio de un tratado que aún conservo».[779] Mohammad Rafi Beg no era exactamente un príncipe, y tampoco le había transferido a Harlan semejante título, pero sí le había entregado, no obstante, un documento en papel de aspecto imponente, escrito en un persa muy elegante. (Lo tradujo en 2008 Eckart Schiewek, que era en aquel momento asesor de la ONU en Kabul. «Los documentos —recuerda— me llegaron en mitad de la batalla por Kandahar.»)[780] Era lo que el americano había soñado siempre, desde los tiempos en que conoció a Masson:

> *Dado que he ido desarrollando hacia Harlan, este noble remanso de bienestar, este instrumento de gloria y orgullo, el ideal de los espléndidos khanes, el administrador del estado,*

> *tanta amistad [...], siempre que el amigo Harlan, amable y afectuoso, llegue a las tierras del río Rojo, no debo yo desobedecer ni por un pelo las órdenes del susodicho Harlan. Cualquiera que sea el servicio requerido, cualquier el sacrificio de vida, no lo habré de eludir yo en ningún aspecto. Por el contrario, de la mañana a la noche, en todo momento, estaré al servicio del generoso Harlan. A lo largo de años y siglos incontables, yo, junto con mis hijos y hermanos, no eludiré sus órdenes.*[781]

«La soberanía sobre sus posesiones quedó garantizada al que escribe y a sus herederos para siempre», afirmaba Harlan con satisfacción.[782] El público americano quedó extasiado con las noticias de su campaña. La *United States Gazette* —en un artículo que Harlan reprodujo, con modestia, en las primeras páginas de sus *Memorias*— lo nombraba el nuevo Alejandro Magno. «Tras las huellas de Alejandro», la pequeña incursión de Harlan era «un acontecimiento absolutamente único desde los tiempos de las conquistas de Alejandro».[783] (El actual heredero al trono de Gaur, descendiente de Harlan, vive en Los Ángeles y es conocido por sus películas de zombis. No tiene intención de reclamar el principado.)

Para Harlan, fue un golpe descubrir que no gobernaría mucho tiempo. Al ejército británico que se abalanzaba en esos momentos sobre la ciudad no le hacía falta ningún príncipe americano. Los relatos no se ponen de acuerdo en lo que ocurrió a continuación. Según Harlan, cuando contó la historia más adelante, ya de vuelta en Pensilvania, fue él quien organizó casi sin ayuda la defensa de Kabul. Dost Mohammad «instituyó al general Harlan generalísimo de sus tropas, y asumió él mismo una posición subordinada en el planteamiento de medidas con que plantar cara, y combatir, a Shujah al-Mulk y a los ingleses».[784] Harlan (según Harlan) fue un auténtico héroe americano, que lideró al pueblo de Afganistán contra los británicos. Y pese a que era un príncipe afgano, «para el General, reinos y principados poseen una frívola importancia, si se los compara con el título, más honroso y estimable, de ciudadano americano».[785]

La verdad era más compleja. Mucho antes de que los británicos llegasen a Kabul (antes, de hecho, de que partiesen hacia Kabul), Harlan andaba ya compinchado con la Compañía de las Indias Orientales. En diciembre de 1838, el coronel Stacy mandaba a Kabul afectuosas cartas a «mi querido Harlan» en las que chismorreaba sobre las tropas británicas: ni mucho menos la clase de información que uno compartiría con el «generalísimo» de la fuerza rival. «Ardo en deseos de saber cuáles son sus intenciones de cara al futuro —le preguntaba

Stacy—, si se quedará en la India o regresará a su país. Le ruego que me escriba lo antes posible si hay alguna forma en que le pueda ser de ayuda.»[786] Cuando los británicos alcanzaron Kabul junto con Shah Shujah y fueron asentando su ocupación de Afganistán, Stacy le escribió de nuevo a «mi querido Harlan», con planes para pasar varios días juntos, pero «encantado de verlo cuando a usted le apetezca».[787]

Una vez tomada Kabul, Harlan descubrió que la «intimidación sutil» del nuevo régimen no era de su gusto. «Se prohíbe a todo el mundo ascender a las proximidades del Harén Real a riesgo de ser destripado vivo. ¡Larga vida al Rey!»[788] Pero lo que lo llevó al límite no fue la amenaza de terminar destripado, sino que los británicos se apropiaran de su casa y su caballo al entrar en Kabul. Un día, Harlan reconoció a su montura, se la arrebató a su nuevo dueño y escapó al galope. Aquello derivó en una sucesión de cartas airadas entre el superintendente británico de la policía y él mismo: «Puesto que he sido privado de mi propiedad por un acto de expolio —argumentaba Harlan furioso—, la ley me autoriza a reclamar y apoderarme de tal pertenencia por ser mi legítima propiedad». Aun echando espumarajos, Harlan procuró señalar lo «cordial» que se había mostrado siempre con los británicos. «Si el caballo hubiese sido propiedad de Dost Mohammad, o de cualquier persona que se hubiese levantado en armas contra el Rey y sus aliados, se habría convertido en botín, pero dado que pertenecía a un residente ajeno y temporal [...] que mantiene con los captores una amistosa relación, me confieso incapaz de reconocerles a los agentes recaudadores del ejército británico el derecho a la propiedad de un ciudadano americano.»[789]

Entretanto, los amigos de Masson tenían, del primero al último, el mismo mensaje para él: termina tu libro y termínalo pronto. Todo apuntaba a que sería un éxito. Habían leído un fragmento de sus notas en la Sociedad Geográfica de Bombay, y «se había declarado, en una reunión —informaba Pottinger—, el mejor artículo que había recibido jamás la Sociedad».[790] Pottinger había visto los planes de su amigo para el volumen completo y estaba absolutamente «encantado con ellos. Son justo lo que hacía falta, y lo situarán en lo más alto de todos los arqueólogos de Europa. Creo que no debería permitir que nada interfiriera con la culminación de su libro».[791] Charles Masson —desertor, viajero, peregrino, médico, arqueólogo y espía— había sido muchas cosas, pero nunca famoso. Ahora, todos en su vida, incluido Burnes, pensaban que le tocaba prepararse para la inmortalidad. «Nadie se alegrará más que yo de que crezca su fama», le escribió Burnes.[792]

Lo único que tenía que hacer era escribir.

Meses después, en el invierno de 1839, Henry Rawlinson llegó a caballo al antiguo puerto de Karachi en busca de Masson. Rawlinson,

como Stacy, era un soldado que disfrutaba más excavando el pasado que haciendo volar por los aires el presente. Llevaba años siguiendo el trabajo de Masson, y la posibilidad de conocer a ese hombre «del que tanto he oído hablar y tanto he leído» lo puso verdaderamente pletórico.[793] Cruzó despacio la vieja ciudad a la luz de la mañana. El polvo y el humo flotaban en el aire. Las casas eran ruinosas «carcasas hechas de zarzos y barro, que son una magra protección frente a la lluvia».[794] Rawlinson llamó con indecisión a la puerta de una «choza miserable». Dentro, «casi desnudo y medio borracho», estaba Masson.[795]

Después de tantos años siendo un maestro del relato, capaz de envolver el mundo en sus historias y transformarlo, aquel libro inacabado había hundido a Masson en la desesperación. No tenía «medios de acceder a ninguna biblioteca»;[796] no contaba siquiera con papel suficiente, y tenía que rogar a los amigos «una pequeña provisión».[797] Atormentado por la fiebre y violentas migrañas,[798] apenas si podía dormir o pensar con claridad.[799] Comenzó a beber. Y luego fue muy difícil parar. Creer en sí mismo era una batalla diaria:[800] cada vez menos cosas conseguían que «un hombre pensara mejor, aun de sí mismo».[801] «Recuerdo que me dijo que escribir un libro no era tan fácil como yo pensaba —le confesó a Pottinger—, y he descubierto que su experiencia era acertada».[802]

«Estuve varias horas con él —explicó Rawlinson—, y quedé extremadamente dolido por todo lo que presencié. Su lenguaje al principio fue tan insolente que pensé que se había vuelto idiota, pero al final me contó que se había sentado a escribir poco antes del amanecer, había cenado una botella de vino y se había despertado a la luz del día y escrito con los efluvios todavía en la cabeza. Casi pienso, no obstante, que su mente se está en verdad desmoronando.»[803]

Masson había pasado años controlando su temperamento, había dicho «no» lo menos posible y había mostrado un ansia prácticamente desconcertante por agradar a todos. Ahora, tanto si era o no «aconsejable, o prudente, o lo que fuese», se estaba dejando llevar.[804] Rawlinson quedó sorprendido por lo «resentido» que estaba: una ira desatada contra Wade, Burnes y la Compañía de las Indias Orientales.[805] De rato en rato, Masson agarraba una hoja y garabateaba por toda ella versos furiosos.[806] «Si alguno de los comentarios que aparecen en la última parte de mi relato se juzgan demasiado personales, ruego que tengan presente que los insultos e injurias que se me dispensaron a mí también fueron personales», escribió.[807] Burnes, como era propio de él, se lo tomó a risa con un amigo: «Me he divertido mucho con el informe de tu entrevista con el pequeño Masson. Era consciente de su cólera, pero no creía que yo fuera a ser objeto de una parte de ella [...] Supongo que está

avergonzado de sí mismo».[808]

Masson estaba avergonzado, sí: «He evitado escribirte, aun a riesgo de que pensaras mal de mí —le confesó con tristeza a un amigo —. No tengo nada que contar salvo crisis y mala fortuna, y no querría importunarte con eso».[809] Casi cada noche, la culpabilidad por su papel en la guerra le impedía pegar ojo.[810]

A pesar de todo, día a día, a veces entre sollozos, a veces temblando, a veces apretando los dientes con furia, seguía escribiendo. Y en febrero de 1840, su libro quedó listo al fin. Sus esperanzas reposaban en esas páginas. «Hay tanto que depende de ellas y del destino que hallen...—le decía a Pottinger—. Aunque no me atrevo ser tan optimista como para esperar lo que su generosidad apunta, que terminaré en lo más alto de los arqueólogos de Europa.»[811] Pottinger había prometido buscarle editor en Gran Bretaña. Tenía previsto volver a Londres para convertirse en el enviado de la reina Victoria en China (también conocida como el principal camello de opio de la Compañía de las Indias Orientales). El manuscrito viajaría con él.

Masson no tenía ni idea de cuánto dinero daría su obra. «Ando bastante perdido en estas cuestiones», reconocía. Pero cuando se vendiera, él tendría una fuente de ingresos propia. Después de tantos años obligado a depender de los demás, la «independencia, sin la que, al menos yo, no le veo a la vida ningún placer», estaba a su alcance.[812]

Pero había un problema. Todo el que leía el manuscrito de Masson llegaba a la misma conclusión: era impublicable. Cuando Rawlinson fue a conocerlo, fue muy doloroso ver a su héroe babeando borracho, pero las páginas que le arrojó le rompieron el corazón: «Me dio a leer varias hojas, que estaban escritas en el mismo estilo vago y monótono con el que hablaba, y me dio la impresión de que toda la información se había perdido por su método para agruparla [...] Intenté convencerle de que bajase a Bombay y consultara a las autoridades, antes de escribir sin más, pero se mostró claramente reacio. Ha escrito ya dos tomos en relación con sus viajes y con su labor en Afganistán, y estaba enfrascado en el tercero, del que me mostró muchos fragmentos, y eran muy curiosos, pero no servirían para ser publicados [...] Si Pottinger permite que los manuscritos se publiquen tal y como están ahora, Masson quedará como un ignorante presuntuoso, y no como el tipo trabajador y concienzudo que es en realidad».[813]

Los amigos de Masson esperaban un libro sobre sus aventuras tras los pasos de Alejandro: una historia de ciudades perdidas, monedas de oro y huidas escalofriantes. Y ese era el libro que Masson se había sentado a escribir, pero lo que había escrito en su lugar era una fervorosa condena del imperialismo británico, la Compañía de las

Indias Orientales y la invasión de Afganistán. Dando nombres y apellidos. Revelando secretos. Citando cartas embarazosas. Le mostró al mundo «el segundo Alejandro» con los calzones bajados. Para los diligentes hombres de la Compañía que leyeron sus páginas, aquello era una herejía. «Confío en que se haga algo para llevarlo a Bombay», anotó tristemente Rawlinson en su diario.[814]

Masson sabía que había quemado sus naves. «No sé si tengo algún amigo en la India —decía—, o alguna persona a la que conozca lo suficiente como para pedirle un favor.»[815] Sin embargo, no tenía ninguna intención de rendirse, ni de retirarse dócilmente a Bombay.

Partiría camino de Kabul.

15 La Cámara Sangrienta

Cuando llegó la primavera de 1840, Bagram se había convertido en una estrafalaria atracción turística, plagada de oficiales británicos aburridos, que buscaban romper «con la pesada monotonía de la vida militar en los acantonamientos». «La inmensa cantidad de monedas encontradas en Bagram, cerca de Kabul, que se conjetura que podría ser el emplazamiento de Alejandría —escribió uno de ellos—, atraía a muchos con reminiscencias clásicas, ansiosos de cruzar y explorar las tierras que había pisado el héroe macedonio.»[816] Naturalmente, todos esos visitantes querían souvenirs, y los habitantes de Bagram los complacían con montañas de *flamantes* monedas antiguas y demás artefactos. A los más ingenuos les señalaban un pequeño montículo y les informaban de que aquello era el «mausoleo que se había erigido supuestamente sobre el formidable corcel de Alejandro Magno, Bucéfalo».[817]

Todos los relatos que van tras las huellas de Alejandro tienen un elemento en común: al narrador siempre lo timan. «El campesino "inocente" de la mayoría de países conoce muy bien al arqueólogo amateur, y son muchas las "antigüedades auténticas" que se fabrican para él. La principal dificultad es darles a estos "hallazgos" una apariencia vetusta. Algunas de estas "antigüedades" se entierran durante dos o tres años para que la tierra les eche años encima [...] La pátina de las monedas "del periodo de Alejandro Magno" puede que apareciera mientras unos gansos las digerían parcialmente. Antes de que este método se implantara, se conseguía que las monedas pareciesen antiguas llevándolas unos meses atadas a las suelas de las botas.»[818]

Los excursionistas británicos decían de Bagram que era «un desagradable yermo»,[819] pero en la memoria de Masson, en Karachi, se convirtió en un paraíso perdido: «un paisaje cuya belleza difícilmente puede concebir quien no la haya contemplado».[820]

Masson se acordaba de Afganistán todos los días. Se moría de ganas de sentir el viento de las montañas en su cara, y de cruzar de nuevo las puertas de Kabul. Burnes le decía que sus amigos «no dejaban de preguntar» por él, y que sabían «que no podría vivir sin volver a Kabul una vez más. Si lo hace, yo, por mi parte, me alegraría muchísimo de verlo».[821] Los años de Masson en Afganistán habían terminado con sus esperanzas escurriéndosele entre los dedos y las excavaciones, abandonadas. Pero ahora vio la oportunidad de cambiarlo. «Espero que este viaje mío me haga levantar cabeza»:[822]

esta vez, no permitiría que la Compañía de las Indias Orientales se interpusiera entre Alejandro y él.[823]

Pero, primero, debía llegar a Afganistán de una pieza. Los desiertos y los pasos de montaña eran implacables, y además, meditaba Masson: «imperaba un nuevo orden, y era muy posible que los cambios y accidentes políticos recientes hubiesen generado en las personas que me encontrara unos sentimientos que eran desconocidos para ellos diez años atrás».[824] Allí por donde hubiese pasado la Compañía de las Indias Orientales camino de Afganistán, había dejado un rastro de odio y muerte. «Hubo una o dos escabechinas —se reía un oficial—. Es tremendamente molesto ver a un montón de gente que te viene detrás gritando que les han saqueado. Esto suele ocurrir el primer o el segundo día que entras en un lugar.» Las ciudades se ocuparon con un desprecio brutal. «Dos o tres mezquitas las convertimos en buenas moradas cristianas, y dejamos pudrirse todos los prejuicios musulmanes [...] El doctor se hizo con una mezquita y la transformó en hospital: el mejor uso que se le ha dado desde que la construyeron. Los devotos pueden rezar fuera si quieren.»[825] Los afganos siguen contando la historia de esa invasión: así es cómo los británicos recompensan tu confianza.

Con la esperanza de estar a salvo, Masson se sumó a una caravana de comerciantes guiada por un viejo amigo, rumbo a Afganistán. Todas las mañanas, se arremolinaba alrededor de los camellos, lentos y pesados, una horda de cuervos y de minás, «tan voraces que se posaban en las jorobas de los camellos y se las agujereaban a picotazos».[826] Masson se adelantó, impaciente, y dejó el equipaje y los documentos con los comerciantes. Tenía pensado esperarlos en la ciudad desértica de Kalat, una de las últimas paradas en el camino antes de llegar a los pasos de montaña que cruzaban hasta Afganistán.

Kalat se alzaba sobre el desierto como una nube de polvo: 800 casas desvencijadas, a los pies de un alcázar y un palacio en ruinas. Cuando llovía, las zonas bajas de la ciudad se inundaban, y los pobres debían vadear la mierda de los ricos. En verano, todos se achicharraban al sol. Era un lugar patas arriba: «lo que en algunos países se habría considerado una prueba de locura, se juzgaba aquí la evidencia irrefutable de santidad y sabiduría». A un hombre desnudo que deambulaba por las calles en busca de oro lo tenían todos por la persona más sabia de la ciudad.[827] En los recuerdos de Masson, sus calles estaban llenas de caravanas de camellos y de vagabundos con los ojos como platos, espías hambrientos y un príncipe exiliado que vendía mulas.[828] Años atrás, había pasado allí tiempos felices como aprendiz de alquimista, intentando (sin éxito) obtener oro a partir de jugo de lima, «vinagre de siete años» y «la savia turbia y acre de las plantas de la vecindad».[829]

Pero el mundo no había sido generoso con Kalat en los años que Masson llevaba fuera. La Compañía de las Indias Orientales se había convencido de que el gobernante de la ciudad, Mehrab Khan, era el responsable de tender una emboscada a su ejército en la carretera a Afganistán. No apareció ninguna prueba de ello, más allá de algunos rumores y unas cartas de aspecto dudoso. Pero eso no impidió que los británicos asaltaran la ciudad, mataran a Mehrab Khan y se apoderaran de todo lo que había de valor dentro de las murallas. El hijo y heredero de Mehrab Khan, el joven Nasir Khan, estaba ahora en el exilio, perseguido por la Compañía de las Indias Orientales y bajo la protección de un puñado de antiguos sirvientes de su padre. Habían puesto en el trono al pariente más dócil, Nawaz Khan, junto con un delegado político británico, el teniente William Loveday, que manejaba los hilos entre bastidores. En las colinas y los mercados, se cantaban canciones llenas de ira:

El ejército sinnúmero de la Compañía nos atacó.
¿Cómo resistir su embate?
Se reunió una infinidad de hombres,
Miles y más miles,
Imposible contar los mosqueteros que disparaban a lo lejos,
Ni los cascos que cubrían sus cabezas,
Ni los zapatos que calzaban,
Ni los caballos guarnecidos para la batalla.
Pusieron en marcha sus máquinas de guerra,
Montaron sus cañones y sus tiendas.
Bebieron vino y fortísimos licores.
Los cobardes escupían al cielo.
Los descreídos soltaron un millar de alardes:
«*Capturaremos a vuestro jefe y será nuestro esclavo*».
Cruzaron el río a por nosotros.
Nuestro mundo cayó engañado,
Conquistado y repartido como botín.
Alabanza sobre alabanza,
Un millar de alabanzas,
Para el hijo de la cólera, generoso Mehrab, blandiendo su espada.
Reunió hombres para resistir,
Luchó a su lado en la batalla.
No entregó su ciudad en las manos de los hombres blancos.
Dio su vida por defender a su familia.
Nasir Khan, eres como una rosa
En un frondoso jardín.

Tu nombre y tu fama han cruzado el mundo,
Hasta la lejana Delhi y los verdes pastos de Kandahar.
Que encuentres el hogar en tu país,
Y en las tierras de tus ancestros.
Que Kalat sea tuyo por siempre.[830]

Cuando Masson llegó a Kalat, adelantándose a los comerciantes, estuvo demasiado ocupado poniéndose al día con sus viejos amigos como para prestarle demasiada atención a Loveday. «Pero antes de caer la noche me dijeron que el teniente Loveday había sido informado de mi llegada, a lo que comentó que no sabía nada de mí, pero que debía de ser un grosero, porque si fuese un caballero habría venido a verme.»[831] La mañana siguiente, más divertido que agraviado, Masson se acercó a presentarse.

Loveday tenía una mansión en el casco antiguo de la ciudad, pero se estaba construyendo la casa de sus sueños al otro lado de las murallas. Era una monstruosidad: una villa neogótica colosal diseñada por él mismo. Se pasaba prácticamente el día entero sentado en una tienda junto a la obra, viendo cómo tomaba forma. «Ojalá pudierais ver mis bonitos diseños de divanes y mesas», le decía a su familia.[832] Masson comprendió, echando un vistazo, que muchos de los obreros eran esclavos.[833] Y estaban aterrados.

Antes de que pudiese asimilarlo todo, un joven se le acercó a toda prisa, con dos bulldogs detrás. «"El señor Masson, si no me equivoco", dijo. "Sí", le respondí, y entonces él añadió: "Será mejor que entremos en la tienda". Caminó delante de mí, y yo lo seguí. Había, en verdad, una sola silla en la tienda, y él me comentó: "Siéntese en el suelo... Está usted acostumbrado, supongo". Sonreí, y le confirmé que así era, y me senté en el suelo. Él se cambió de ropa, y mientras lo hacía, lanzó tres o cuatro periódicos delante de mí.»[834] Mientras desayunaban, Loveday le habló a Masson de los hombres que había matado: estaba orgulloso de haber «reventado de un cañonazo» a un jefe local, y «dijo que le encantaría atrapar» al resto, para darles «el mismo trato».[835] Loveday ardía particularmente en deseos de matar al antiguo daroga, o jefe de gabinete, de Mehrab Khan, Gul Mohammad. A él también «había que reventarlo de un cañonazo. Le pregunté cuál era la gravísima ofensa que había cometido, e insinué que si su único delito era la adhesión a su antiguo señor, y ahora a su hijo, acaso no sería mejor buscar la conciliación en lugar del castigo». Loveday respondió que tenía «pruebas de una conspiración diabólica, y que, por ese motivo, no sería perdonado».[836] Además, añadió, alegremente: «La fuerza da la razón».[837] Sentado en el suelo, masticando el desayuno, Masson sintió cómo se le hacía un nudo en el estómago.

Algo allí andaba muy mal.

Los ejércitos de la Compañía de las Indias Orientales habían ido dejando tras de sí un mosaico de ciudades y territorios recién capturados a medida que avanzaban hacia Afganistán. Los jóvenes como Loveday, con solo una pizca de persa y aún menos sentido común, habían quedado al cargo: nombrados delegados políticos e investidos con el poder de la vida y de la muerte sobre reinos enteros. Si el joven delegado político en cuestión era muy gentil, muy inteligente y muy afortunado, puede que su gobierno no fuese desastroso. Pero pocos tenían siquiera una de esas cualidades. «Si un hombre es demasiado idiota o demasiado vago como para instruir a su compañía —se quejaba el general de división William Nott—, a menudo se vuelve un tiralevitas, se arrastra delante de los directores de departamento y lo acaban nombrando delegado, con lo que supone, por supuesto, un gasto enorme para el gobierno y una deshonra para la reputación de su país.»[838] Nott relataba, incrédulo, que un «estúpido delegado destruyó una pequeña aldea de veintitrés habitantes. Y ¿por qué, pensará usted? ¡Porque le pareció —le pareció, ojo—, le pareció que lo miraron de un modo insultante cuando cruzó por allí con sus 200 soldados de caballería escoltándolo! Si llego a estar ahí, habría necesitado ocho soldados para su protección; entonces habría sido amable con los aldeanos, o tal vez no cruel».[839] Hasta Burnes, que nunca veía con malos ojos la ambición, detestaba aquella «lechigada» de los nuevos delegados.[840]

Loveday había escalado por la cucaña como si hubiese nacido para ello. «Una vez llamen la atención del señor Macnaghten sobre mí —escribió antes de la guerra—, será culpa mía si no merezco su buena opinión.»[841] En una reunión organizada con sumo cuidado, se había congraciado con Macnaghten —o le había lamido las botas, que dicen — de tal manera que este lo sacó de una carrera militar anodina y lo puso a cargo de Kalat. «Al fin he alcanzado el primer peldaño de la escalera que lleva a la fama —se recreaba—, e incluso a la riqueza.»[842] Cuando cayó Kalat, Loveday se descubrió como un saqueador de primera categoría, y encontró «el lugar en el que el khan había enterrado las joyas» antes del ataque británico: bajo una ligera capa de tierra, en un rincón anónimo de la ciudad, dio con «cuatro cajas llenas de diamantes, esmeraldas, rubís y perlas grandes como guisantes». Su parte, anunció alardeando a su familia, «sería bastante suculenta».[843]

A Masson le habían ido llegando historias extrañas y preocupantes sobre Loveday desde que había dejado Karachi. Esa tarde, deambuló por la ciudad sumido en un inquieto estupor. La Kalat pacífica y próspera de sus recuerdos estaba ahora desolada. «La mayor parte de la ciudad estaba deshabitada, y el pequeño bazar, en otros

tiempos concurrido y bien abastecido, casi desierto. Los habitantes estaban agobiados por la melancolía y el desaliento, vestidos con los ropajes toscos y abyectos de la pobreza. Todos mis conocidos habían salido perjudicados del modo más cruel en el expolio de sus propiedades, y me dolía ver a gentes que hasta hacía poco tenían una posición rica y holgada aparecerse ante mí míseras y necesitadas. El cielo estaba tan sereno como siempre, los huertos desplegaban su verdor, y el valle, como antes, estaba adornado de cultivos, pero había una soledad, real o imaginada por mi parte, que empañaba el paisaje, que resultaba contagiosa, y aun con toda mi feliz disposición, me sentí, a mi pesar, triste y abatido.»[844]

Esa noche, Masson vio adónde había ido a parar el dinero de sus viejos amigos. La mansión de Loveday en el casco antiguo era el paraíso del saqueo. «Encontré al teniente Loveday en un espacioso apartamento, rodeado de armaduras, con las esquinas repletas de picas, alabardas, hachas y armas de guerra, botín del arsenal del difunto khan. Él estaba tumbado en su diván, y me dijo que había cenado hacía rato, pero que habían preparado algo para mí.»[845] Fue una velada horrible. Masson picó algo de su plato de sobras, mientras Loveday «extremadamente agitado, se iba levantando de golpe del diván para sentarse en una silla, y luego volvía a cambiarla tan de golpe por el diván. Me enseñó los planos para la casa que estaba construyendo, y de los ventanales góticos que había diseñado para ella».[846] Antes de que llegara Masson, Loveday les había dicho a sus sirvientes que era «un enemigo suyo, y para ilustrar el argumento cruzó sus dedos menudos, mostrando que él y yo estábamos en tal situación, esto es, en directa hostilidad».[847] Su zozobra tenía un sencillo motivo: tenía miedo de que Masson trabajara para la Compañía de las Indias Orientales y tuviese órdenes de llegar al fondo de lo que estaba ocurriendo en Kalat. Loveday le dio las buenas noches con una sonrisa forzada y lo invitó a desayunar con él la mañana siguiente. Luego, a santo de nada, le preguntó si tenía pensado escribir un libro, y Masson, le respondió, con gran placer: «Ya he escrito uno».[848]

En cuando su invitado salió por la puerta, Loveday estalló. Masson, dijo, era un espía, un gorrón y muchas cosas más, que «iba a Kabul a por *tikka naan*, o un pedazo de pan, porque Burnes estaba allí. De nuevo señaló que yo [Masson] era un antiguo delincuente, pero había escrito un libro, y que el coronel Pottinger se había mantenido a mi lado, si bien ahora se había marchado a Europa y yo me había quedado sin amigos».[849] Puede que Masson hubiese dejado el espionaje, pero seguía teniendo la mejor red de inteligencia de la región. En cuestión de horas, le llegó un informe, palabra por palabra, de las opiniones y el sentir de Loveday. La mañana siguiente, Masson

dudó un momento si debía mantener la cita para desayunar con él, y se dijo: «¿Qué trato he de tener con él? ¿Y qué necesidad hay de que lo incordie con mi compañía o me fastidie yo con la suya?».[850] Decidió mantenerse al margen el resto de su estancia en Kalat.

La intuición de Masson no se equivocaba: algo andaba muy mal en Kalat. Loveday, solo en mitad del desierto, veía conspiraciones por todas partes y gobernaba por medio del miedo y el «horror».[851] Al cabo de unos días, creyendo, al parecer, que Masson se había marchado, Loveday mostró su verdadera naturaleza. Tenía a un hombre llamado Yahya, un granjero local, trabajando como esclavo en la construcción de su casa. Yaya, por algún motivo, «se ganó la desaprobación del teniente Loveday», que montó en cólera y dio a sus bulldogs «la señal conveniente». Los perros se abalanzaron sobre Yahya y lo derribaron entre un revoltijo de colmillos y baba. Loveday se quedó mirando cómo los perros lo desgarraban —los gritos, los gruñidos, las expresiones horrorizadas de todo el mundo a la vista—, y solo los mandó parar cuando le hubieron «infligido varias heridas al desdichado. Lo llevaron en volandas a casa en un estado penoso, y murió en pocos días».[852] El miedo que vio Loveday en las caras de todo el mundo lo hizo muy feliz. «Dentro de poco —relataba a su familia—, se convertirán en buenos súbditos.»[853]

Masson estaba nervioso y preocupado. Sabía que pasarían meses antes de recibir noticias de su libro, pero no se quitaba en ningún momento de la cabeza aquellas páginas escritas a toda prisa: imaginaba a alguien pasándolas en el despacho de tal o cual editor, y se preguntaba si las leerían con placer, o con sopor, o con asombro, o si las leería alguien siquiera. «Hay tanto que depende de ellas, y del destino que hallen», pensaba.[854] Estaba impaciente por salir de Kalat: cada día parecía traer un nuevo plan en el que embarcarse. Pero su equipaje estaba atascado en el camino. Los comerciantes habían topado con dificultades: los camellos se les morían, y el viaje estaba resultando más complicado de lo que nadie había previsto. Cuando la caravana llegó por fin a Kalat, lo hizo en un estado deplorable. Y entonces, se desató la catástrofe.

Loveday encontró la manera de volverse aún más impopular: empezó a cobrar impuestos, algo a lo que la gente de Kalat no estaba acostumbrada. Hicieron saber su opinión en una aldea periférica, rodeando al secretario de Loveday y a los soldados que lo acompañaban y matando hasta al último de ellos. Lo que vino después fue, no tanto una rebelión, como un suspiro de alivio, con la furia del pueblo, tanto tiempo reprimida, estallando al fin:

Nuestros enemigos se dividieron el botín:

Un tendero se quedó tu casco,
Los hombres repartieron tus armas.
Niños he visto huérfanos,
Durmiendo al calor del sol.
Las mujeres derraman lágrimas de sangre.
El alma me arde de dolor,
Y el corazón responde así:
Ahora ruge el tigre.[855]

Al cabo de días, más de un millar de hombres se lanzaban sobre Kalat, con Nasir Khan al frente.

Los acontecimientos se aceleraron considerablemente. Masson se acostó como de costumbre, en los jardines en los que se alojaba, pero enseguida lo despertó uno de sus amigos, Faiz Ahmed. «Resollando y presa de extrema agitación, me suplicó por el amor de Dios que abandonase los jardines, o me matarían.» Se abrió el fuego en prácticamente todas direcciones. Dos de los antiguos sirvientes de Mehrab Khan «se habían ceñido sus armas con intención de asesinarme esa noche». Faiz Ahmed «me iba insistiendo para que abandonase Kalat. Yo seguí empeñado, dispuesto a no tomarme el asunto en serio».[856] A Faiz Ahmed le parecía que Masson estaba actuando como un idiota insoportable, y así se lo dijo. Ensillaron su caballo, le buscaron un guía y Masson se dispuso a partir.[857] Pero entonces, en el último minuto, cometió uno de los peores errores de su vida: decidió que, pasara lo que pasase, no valía la pena marcharse de la ciudad.

Casi al instante, llegó un mensaje de Loveday, que se había refugiado en su casa, dentro de las murallas de la ciudad, invitando a Masson a visitarlo. «Su recibimiento fue muy distinto al de antes. Saltó del asiento y vino hacia mí con las manos tendidas, exclamando en tono amable "¡Señor Masson! ¡Señor Masson!". Le ofrecí de inmediato mi mano, y nos sentamos; pues descubrí ahora que había sillas en la casa.»[858] El motivo de aquella transformación súbita de Loveday quedó pronto muy claro: ahora que estaban a punto de atacar la ciudad, quería a Masson de su lado. «Habría sido mucho más gratificante que hubiese sido mi destino quedar vinculado a una persona en mayor estima que el teniente Loveday», decía Masson.[859] Pero su incapacidad para decir «no» resurgió, fatalmente, una vez más, y antes de saber muy bien lo que estaba haciendo, había accedido.

Masson comprendió enseguida que Kalat no estaba ni mucho menos preparada para resistir un asedio. Había en las murallas unos agujeros enormes, lo bastante grandes para que pasara gente. El arsenal contaba con bloques de plomo gigantescos, pero a nadie se le

había ocurrido transformarlos en balas. En lo alto del alcázar se alzaban unos cañones temibles, si bien eran «inservibles; el más grande, de hecho, podía considerarse una curiosidad, pues lo habían forjado en Módena, Italia, y tenía más de trescientos años».[860] Loveday esperaba ayuda de la ciudad de Quetta, a unos 150 kilómetros, donde el indolente y avinagrado capitán J. D. D. Bean comandaba unas fuerzas mucho mayores. Pero el «estado de debilidad e ineficiencia» de los soldados de Bean era la comidilla de la Compañía de las Indias Orientales,[861] y el propio capitán no tenía ninguna prisa por aventurarse más allá de sus murallas. Loveday le leía las cartas de Bean a Masson, al que aseguró que «estaba obligado a defender mis esfuerzos y la ayuda que yo le había prestado en su gobierno».[862] Sin embargo, como vio Masson, lo único que decía Loveday en sus cartas era «el señor Masson está conmigo».[863] (Decía más cosas, de hecho, aunque eso era lo único que leía en voz alta. «Por lo visto —continuaba la carta—, [Masson] seguía merodeando por Kalat, y al estallar la rebelión se escondió en alguna parte. Cuando lo supe, mandé que lo trajesen a mis dependencias».)[864] Encerrado con un niño grande —tontaina, homicida y «obsequiosamente cortés»[865]— y sus bulldogs, Masson se distraía como podía con las defensas de la ciudad. Había dejado de ser soldado hacía mucho tiempo, pero hasta él sabía que esas murallas con agujeros gigantescos no podrían impedir el paso a nadie mucho tiempo. Hizo lo posible por ayudar con las reparaciones y, junto con Nawaz Khan, puso a algunos hombres a fabricar balas a regañadientes. Loveday, al menos, estaba de lo más amable. Masson no podía dar ni un sorbo de agua o de vino sin que él exclamara: «¡Salud!».[866]

El ejército de Nasir Khan llegó como una estampida: una multitud de unos 1500 hombres, solo la mitad armados, «y muchos más armados solo con espada y escudo».[867] Parecieron sorprendidos de encontrarse las puertas cerradas y la ciudad defendida, y se arremolinaron indecisos un rato antes de prepararse para sitiarla.[868] Esa noche, Loveday contempló desde las murallas, taciturno, cómo aquel ejército demolía la casa de sus sueños, a medio construir. Toda esa madera recién cortada era justo lo que necesitaban.[869] Masson —sin mencionar sus tiempos como soldado en la Artillería de Bengala— hizo lo que pudo con el cañón del alcázar, aunque representaba más un peligro para sí mismo que para cualquiera de los de fuera. Aquellos cañones llevaban años sin disparar. Estaban atados a los carros con vueltas de cuerda, lo que «interceptaba la vista, y hacía imposible apuntar con una precisión mínimamente aceptable. En lugar de fogones había unas aberturas tan grandes como la palma de la mano, y las cámaras estaban tan agujereadas que me asustaba pensar cómo resistirían el disparo».[870] Masson probó a lanzar unos cuantos, pero

cuando vio que era más fácil que alcanzase a los defensores de las murallas que a cualquiera del ejército de Nasir Khan, tuvo la sensatez de dejar el asunto en manos de los artilleros de Kalat.

La tercera noche del sitio fue fresca y despejada. Había antorchas encendidas por todas las murallas, arrojando unas sombras enormes sobre la ciudad, con «las luces dibujando la silueta de los baluartes y envolviendo las torretas».[871] Masson no podía dormir, y se paseaba arriba y abajo por la terraza de la casa de Loveday.[872] «Pasaron las horas; no se dio ninguna voz de alarma ni apareció ningún enemigo, y entonces, entre las dos y las tres de la mañana, cuando las antorchas ardían débilmente, el fuego de la guarnición llevaba ya un rato amansado y el aspecto de la ciudad era el del reposo tras un gran esfuerzo, se reanudaron de manera repentina y violenta los disparos, anunciando que había un ataque en marcha.»[873] En el extremo occidental de la ciudad, los hombres trepaban por las escaleras que habían construido con los restos de la villa neogótica de Loveday y se encaramaban a los muros. Cuando los soldados de Loveday llegaron allí y repelieron a los atacantes, al menos cincuenta de ellos se habían dispersado ya por la ciudad.

El ataque terminó tan bruscamente como había comenzado, y todo quedó de nuevo en calma. A la luz grisácea del amanecer, Loveday salió con cautela de su casa, rodeado de soldados, «para visitar el escenario de la hazaña». Cruzaron a toda prisa las calles, con Masson detrás, «subieron a lo alto de la muralla y echaron un vistazo a los cuerpos desparramados, y a las escaleras rotas, algunas apoyadas todavía en los muros y otras en tierra».[874] Mientras Loveday y sus hombres examinaban los cuerpos para ver si había algo que mereciera la pena llevarse, Masson se fijó en las escaleras. Había algo raro, se dio cuenta: ni una sola era lo bastante alta para llegar a lo alto de la muralla, y sin embargo, decenas de hombres habían logrado trepar hasta arriba y entrar en la ciudad.

No tardó mucho en comprender lo que había sucedido en realidad: «El ataque se había lanzado en connivencia con parte de la guarnición».[875] A la hora acordada, los atacantes habían subido por las escaleras y, al llegar al final, los hombres apostados en las murallas se habían desatado los lungis y los habían dejado caer a modo de cuerdas, para que los atacantes pudiesen ascender el tramo restante. Los disparos de ambos bandos eran fingidos: habían cargado sus armas de pólvora, pero sin ningún proyectil. Los sitiadores ni siquiera habían podido reunir suficiente pólvora para un combate impostado, así que se la pasaron discretamente desde dentro.[876] Masson dedujo enseguida por qué el cañón del alcázar no parecía hacerles nunca ningún daño a los asediantes: tampoco estaba cargado, y llevaba días disparando sin munición.[877] Aquella era la batalla de soldaditos más absurda que

había visto jamás.

Loveday, desde la bendita ignorancia de encontrarse en mitad de una obra de teatro amateur, escribió con gran satisfacción sobre cómo «había salvado la ciudad».[878] Mientras, Masson no sabía que debía prepararse para lo inevitable. A pesar de que los sitiadores no tenían «ni municiones ni provisiones»,[879] y de que las defensas seguían en pie, estaba claro que aquel asedio solo podía terminar de una manera. Uno tras otro, los comandantes de Nawaz Khan informaron a Loveday de que «era peligroso proseguir con la defensa, y de que convenía negociar. Extrañas noticias. La idea misma de seguir resistiendo pareció quedar, como de común acuerdo, abandonada; los hombres del alcázar dejaron su labor, y todos los preparativos se suspendieron».[880] Loveday comenzó a negociar en secreto con Nasir Khan y Gul Mohammad. Por desgracia, sus negociaciones secretas no eran muy secretas, y pronto toda la ciudad estuvo enterada. Sus soldados hablaban entre murmullos de «traición».[881]

El desdichado Nawaz Khan intentó convencer a Loveday de seguir luchando o, al menos, de huir de allí con él, mientras ambos pudieran. Loveday «lo rodeó con el brazo, con la familiaridad afectuosa de la amistad, fingiendo convenir con sus planes, al mismo tiempo que sus agentes estaban negociando en ese momento con el enemigo para deponer la autoridad del khan».[882] Los sitiadores, como es natural, le dijeron a Loveday lo que quería oír: si la ciudad se rendía, él podría «hacer exactamente lo que quisiera; podría marcharse a Quetta o quedarse en Kalat». En cualquier caso, tenía garantizado «un trato amable y protección». Y, como conocían a su interlocutor, le hicieron una última promesa: «si se quedaba, se construiría para él una espléndida residencia, para sustituir la que se había demolido».[883]

Esa noche, Masson y Loveday estuvieron debatiendo casi hasta el amanecer. Masson lo intentó todo para convencer a Loveday de que no entregase la ciudad: probó con la vergüenza, el miedo, el amor propio y la mera insensatez de «someterse a un enemigo derrotado», pero Loveday se mantuvo imperturbable, y «desechó todos los argumentos que pude emplear».[884] «Estaba muy enfadado conmigo por precaverle, o por atreverme a sugerir que le estaban engañando».[885] Una vez, en plena noche, Loveday «dio un brinco teatral y exclamó “¡Moriré!”. La resolución se esfumó tan pronto las palabras que la expresaban cruzaron por sus labios».[886] Masson no tenía ninguna intención de morir, pero empezaba a estar profundamente preocupado y se «consumía en conjeturas sobre cómo terminaría aquel drama».[887] Sentía que las estancias largas y bajas de la casa de Loveday comenzaban a asfixiarlo.

Este, entretanto, hizo planes para abrir las puertas de la ciudad y quemó sus papeles.[888] Los sirvientes sacaron de la casa los utensilios

de cocina del delegado político con toda la discreción posible, «tal vez porque eran, así como gran parte de sus propiedades, el botín arrebatado a Mehrab Khan, y llevaban su emblema en ellos».[889] Loveday solo se rio cuando Nawaz Khan le advirtió, en un último y desesperado encuentro, de que los insurgentes lo «desvalijarían» y seguramente lo «asesinarían».[890] «Se ha estipulado expresamente que tendré permiso para permanecer aquí —escribió Loveday, despreocupado—. No preveo ningún peligro ni para mí ni para mis hombres.»[891] Al oír esto, uno de los sirvientes de Loveday murmuró en persa:

El malvado ha caído en su propia trampa,
El que devoraba a los hombres con perros,
También él será devorado por perros.[892]

Loveday lo oyó y le lanzó a Masson una mirada consternada. Pero, para entonces, era demasiado tarde.

Se abrieron las puertas. Cada muro y cada tejado que rodeaba la mansión de Loveday quedó pronto «cubierto de insurgentes»,[893] y «llovió sobre ella una lluvia de piedras».[894] Todo aquel que asomase la cara se arriesgaba a una pedrada, aunque fuese por equivocación. En este punto, seguía habiendo alguna opción de apaciguar a Nasir Khan y a su corte. Pero el enfoque de Loveday consistió en decirle «al joven khan que debería ordenar que reventaran de un cañonazo a uno de los hombres que lanzaba piedras contra el recinto, con vistas a poner fin a tal práctica».[895] Le mandó a Nasir Khan una espada de una belleza impresionante, «con la empuñadura incrustada de perlas y esmeraldas». Por desgracia, el chico la reconoció de inmediato como su propia espada, «que su padre le había regalado en día de su circuncisión»[896], y que Loveday se había agenciado cuando los británicos tomaron Kalat. Al caer en la cuenta de su error, Loveday se quedó helado, con la mirada perdida en el vacío. Masson le preguntó «si no sería mejor que los soldados se quedasen en sus puestos. Él no respondió; le hablé una y otra vez en vano, preguntándole si debía transmitir la orden, y como seguí sin recibir respuesta, me volví al havildar [sargento], que aguardaba, y le dije que reuniese a los hombres y cerrase las puertas».[897]

Por la noche, los soldados de Loveday comenzaron a esfumarse por las murallas, «y por la mañana, muchos otros, decidiendo que el asunto tocaba a su fin, siguieron su ejemplo, lanzando primero sus pertenencias y saltando luego tras ellas».[898] Masson vio al despertar que los «sirvientes y los mozos que cuidaban de caballos y camellos habían desaparecido, y que los guardas de las puertas se habían

marchado, llevándose sus pertenencias».[899] Tendría que haberse escabullido con algún disfraz, como tantas otras veces, pero antes de que pudiese poner orden en sus pensamientos, la casa estaba «abarrotada de punta a punta» de gente «lanzándose al pillaje, y tan concentrada en ello que apenas repararon en nosotros»: abriendo las cajas de caudales de Loveday, dando tragos de sus botellas, despanzurrando las camas y divanes y «persiguiendo con tremendo alborozo las aves de corral, que andaban ya sueltas».[900] Loveday había vertido en su casa toda la riqueza de Kalat, y ahora la estaban vaciando de nuevo. Masson intentó recoger sus papeles, pero era tarde: en un instante, diez años de apuntes y esbozos se esfumaron entre las manos de la multitud. Todo lo que tenía —libros, platos, ropa, monedas— le fue arrebatado y se desperdigó.

Luego, aturdido y paralizado, esperando la muerte de un momento a otro, lo condujeron con Loveday hasta el alcázar por las calles de la ciudad, donde los saludaron con espadas desenvainadas. Todo el odio que Loveday había ido sembrando descargaba ahora sobre ambos. Desnudaron y registraron a Masson mientras este se preparaba para que le asestasen el golpe, aunque lo que hicieron fue hacerle subir a empujones una escalera de caracol y encerrarlo en una celda en lo alto del palacio. Loveday lo siguió trastabillando. Era un espacio alto y pelado,[901] «en el que solían ajusticiar a los que atentaban contra el estado». La llamaban la Cámara Sangrienta.[902]

Masson escuchó las canciones y la música que subían desde la ciudad, allí abajo a sus pies, y comprendió que lo había perdido todo.

¡Llévale mi canción a los dispersos baluchis!
Tú mismo dijiste, en otros tiempos,
Tú mismo dijiste: «¡Acabaré con este pueblo!»
Mira ahora la batalla que se extiende alrededor,
¡Mira cómo el mundo se vuelve dulce y maravilloso!
Ahora, vamos, tomaremos la India por la fuerza.
Tal vez podamos ser los amos de los fuertes,
Tal vez recibamos los salaams de los ancianos.
Ese día, los aplasté como a una sandía arrancada del tallo,
Aplasté sus cabezas perfumadas.
Nuestros hombres convirtieron sus cráneos en polvo.
Esa mañana, los esparcí como el trigo en la era.
A algunos se los llevó el río raudo,
A algunos se los comieron los chacales en las dunas,
Otros murieron como corderos descarriados
Otros volvieron a casa con deshonor.[903]

16 El prisionero

La ventana de la Cámara Sangrienta le ofrecía a Masson un panorama a vista de pájaro de la muchedumbre que estaba desvalijando la casa de Loveday. En la azotea, estallaban peleas por los objetos de particular valor. «Levantaron todos los suelos, excavaron los sótanos e inspeccionaron minuciosamente las paredes.»[904] Cuando decayó el alboroto, vio cómo la gente subía hacia el alcázar por las calles tortuosas de Kalat, con sus piezas del botín, para interrogar a Masson y a Loveday sobre «su uso».[905] Por desgracia, la extensa colección de bebidas alcohólicas de Loveday comenzó a inmiscuirse en el proceso. Un par de imprudentes abrieron botellas de ácido sulfúrico y echaron unos tragos. Cuando el resto de la multitud vio bien sus efectos, mandaron todas las botellas restantes de Loveday a la Cámara Sangrienta. Los prisioneros tendrían bebida de sobra, al menos; «Nos esperaban aún más apuros y peligros», escribió Masson, con triste ironía.[906]

La vida en la Cámara Sangrienta no era muy agradable. Masson y Loveday eran el espectáculo más interesante de la ciudad. Los ricos y pobres de Kalat se acercaban a contemplarlos boquiabiertos, «para satisfacer su curiosidad y para desahogarse manifestando su triunfo y resentimiento».[907] Pasados unos días, llevaron a Masson abajo para ver al daroga Gul Mohammad, el consejero de Nasir Khan. El daroga —«un hombre alto, enjuto, tuerto, entrado en años y de rasgos marcados»—[908] sabía exactamente lo que habría hecho Loveday con él si las posiciones hubiesen estado intercambiadas. «El anciano comenzó su discurso declarando que no podía ver a un farangi, o pensar en uno siquiera, sin que estuviese a punto de salírsele la sangre por los ojos, a causa de las injusticias y los agravios que había padecido.» Le contó a Masson «cómo Sikandar (sir Alexander Burnes) le había jurado en esa misma habitación por Hazrat Isa, o Santo Jesús, que no albergaban ningún plan contra el país». Cómo se había mantenido esa promesa, lo sabían ambos, pero Gul Mohammad, por hacer hincapié, «expresó su horror por que el cuerpo de su difunto señor se hubiese expuesto en una mezquita, sin honrar y sin enterrar: así tal cual, señaló un agujero en el departamento, que había dejado una bala de cañón durante el asalto».[909] Seguía demasiado furioso para ver al desafortunado delegado político, «un hombre, dijo, que había devorado hombres con sus perros».[910] Y de remate, mencionó lo que Masson ya sospechaba: que uno de los consejeros de más confianza de Loveday había estado trabajando para él desde el principio.

Todos en Kalat se preguntaban cuánto tardaría en aparecer un regimiento británico por el horizonte. Gul Mohammad no tenía ningunas ganas de terminar sus días como fugitivo. Les pidió a Masson y a Loveday que escribieran al capitán Bean, en Quetta, para que apoyase un acuerdo de paz. Loveday pasó casi un día entero escribiendo y rescribiendo la carta. Mientras estaba en ello, le comentó a Masson que «ahora era necesario contar la verdad; a lo que yo [Masson] respondí: "Es lo que debería haber hecho siempre"».[911] Loveday seguía negándose a creer que corriese ningún peligro. «Si bien no se puede seguir ocultando el hecho de que somos todos prisioneros —escribió—, el motivo aducido para ponernos bajo arresto es protegernos.»[912] Masson dejó su carta para el último momento, y entonces, con los mensajeros ya esperando, «cogió un pedazo» de papel y escribió «en apoyo a los deseos de paz del teniente Loveday».[913]

Nadie sabía qué hacer con él: «Que yo me había involucrado inocentemente en una calamidad era algo que se aceptaba de un modo casi unánime, y desde el primer día de mi confinamiento, no pasaba una hora en que no oyese los comentarios que hacían muchos en ese sentido. Hasta los guardianes, cuando les explicaban quiénes éramos a los recién llegados, me señalaban como inocente de cualquier crimen, esto es, de los crímenes que se le imputaban al teniente Loveday, mi desdichado compañero, en cuyo favor nadie alzó la voz». A sus carceleros les daba cierto apuro tenerlo encerrado, aunque no hicieron el más mínimo gesto de soltarlo: «No me era posible ignorar que tenía en verdad poquísimas posibilidades de que me permitiesen marchar, y me había hecho a la idea de afrontar lo que quiera que ocurriese como un fin inevitable».[914]

Ese fin parecía muy cerca. Sacaron a Masson y a Loveday de la Cámara Sangrienta y los hicieron desfilar por las calles de Kalat. Por todas partes les llovían golpes, patadas, terrones y piedras. Hombres y mujeres se reían y gritaban, desde las azoteas de las casas, mientras los llevaban a rastras. «Las mujeres nos escupían y aullaban "¡Vergüenza! ¡Vergüenza!", y nos insultaban por haber tenido la presunción de sentarnos en el trono de Nasir Khan.»[915] Los llevaron, rodeados de guardas, a la ciudad cercana de Mastung. Esa noche, un hombre «llegó con unos grilletes, con los que sujetó los pies del teniente Loveday al poste de la tienda». «Ni el teniente Loveday ni yo pudimos dormir —recordaba Masson—. Él no decía palabra, y yo no tenía valor de hablarle.»[916] Loveday, «que no había parecido entender en ningún momento su situación, fue entonces cuando la comprendió».[917] Se pasaron la noche entera los dos mirando el vacío, sumidos en la desesperación. Masson contempló la salida del sol, pensando que sería su último amanecer.

Las negociaciones con el capitán Bean habían sido desastrosas. «Si desea la paz, la aceptaremos gustosos —le había escrito Gul Mohammad, poco después de tomar Kalat—, pero si no, mi respetado señor partirá de este [lugar] el viernes para ir a por usted, y veremos entonces a quién concede Dios la victoria.»[918] Por razones que él sabría, Bean pensó que la respuesta más apropiada era lanzar insultos. «El estilo y el lenguaje de su carta eran tan pésimos, y las respuestas tan poco convenientes a las preguntas planteadas, que difícilmente puedo responder a ella —decía—. Si piensa traer un ejército a saquear las afueras, mejor que venga en jueves. Está claro como el sol del mediodía que tiene usted la fortuna de su lado.»[919] En este punto, Gul Mohammad había empezado a preguntarse si se las estaba viendo con un idiota. «Cuando los habitantes de las montañas no son capaces de entender algo no es cosa de asombrarse —había escrito, con exasperación—, pero es una lástima que usted, que se considera el más sabio entre los sabios, sea tan ignorante.»[920] En respuesta, Bean se dirigió directamente «al joven khan como se dirigiría un amo a su esclavo».[921] «Nadie ha obtenido nada de nuestro gobierno si no es por sumisión —decía su carta—. Si tiene presente su bienestar y el bienestar de su pueblo, debería aceptar las condiciones propuestas.»[922] «Dice usted, por el amor de Dios, que venga el ejército del joven khan —le respondió Gul Mohammad, en nombre de Nasir Khan—, pero nosotros gritamos "Bismilá", en el nombre de Dios mucho antes. Lo gritamos la primera vez que llegamos a este país, y lo gritaremos de nuevo, "Bismilá, allá vamos", depositando nuestra confianza en el Todopoderoso.»[923]

Entretanto, en Mastung, Masson y Loveday seguían metidos en un edificio improvisado en un jardín, «que los dueños no usaban más que para dejar combustibles y basuras, por culpa de los insectos, que eran enormes e incordiantes». Cada vez que Masson ponía un pie fuera, lo «acribillaban con terrones y piedras», con «espectadores encaramados constantemente a lo alto de los muros, y hasta a los árboles de los jardines».[924] Día tras día, era más y más incapaz de mantener la calma.

Loveday, demasiado tarde, comprendió que le habían ganado la partida en inteligencia y en astucia a cada paso. «Estoy sufriendo todas las privaciones, y junto con el señor Masson, estoy retenido en una estancia cerrada, con un guarda que no se aparta de mí ni un segundo, y por las noches, me encadenan los pies para evitar —eso dicen— que escape —le explicó a Bean—. Como consecuencia de los padecimientos del calor, los insectos, la falta de ropa, siento que mi salud se ha visto perjudicada.»[925] Se pasaba horas seguidas sin moverse y sin reaccionar, mirando la nada, mientras desde fuera llovían «los abucheos, las maldiciones y las amenazas».[926] Aquel joven

cruel y borracho de poder se había convertido en un muchacho indefenso y asustado.

Para mantenerse despiertos durante la noche, los guardas «contaban historias y cantaban canciones, sin respeto alguno por nuestro descanso. Al final trajeron instrumentos musicales, que no dejaban de sonar hasta la mañana, por lo que era imposible dormir».[927] En mitad de una noche particularmente terrible, Gul Mohammad mandó llamar a Masson. «En ese momento, yo tenía la cabeza ida y no estaba en mi sano juicio. Cuando salí del departamento le dije al hombre del daroga que su señor había dado con un buen método para quitarnos de en medio con aquella maldita música, y el tipo estuvo a punto de caerse al suelo de la risa. Cuando me encontré con el daroga, me preguntó "¿Está bien?", y yo le contesté que cómo iba a estarlo si no se me permitía dormir ni de día ni de noche, y me quejé de la música. Le dije además que sería mejor que nos matase de una vez, en lugar de destruirnos de un modo tan cobarde.»[928] Soltarle gritos a hombres alterados y armados hasta los dientes no era muy sabio, Masson lo sabía, pero «estaba demasiado furioso para ocultar lo que sentía».[929]

Cuando volvió a ver a Gul Mohammad, Masson estaba más tranquilo, y trató de hacer que liberasen a Loveday mientras fuese posible, pidiéndole al anciano que «nombrase al teniente Loveday enviado suyo y lo mandara a Quetta. Él parecía asombrado, pero seguí diciéndole que nadie haría mejor ese trabajo, que la experiencia le había abierto los ojos, y que se había convencido hasta tal punto de sus errores anteriores que estaba preparado para defender la causa del khan». «Me pongo en sus manos —le propuso Masson—. Quédese conmigo, libere a Loveday, y si la paz no es el resultado, córteme en pedazos.» Gul Mohammad miró a Masson fijamente «durante dos o tres minutos, y entonces, negando con la cabeza, respondió que no lo haría».[930]

La decisión que se tomó, por el contrario, «fue la de matarnos a los dos y atacar Quetta».[931] Los guardas empezaron a discutir quién se quedaría sus ropas, cuando los hubiesen ejecutado. Uno reclamaba el lungi sucio y desastrado de Masson; el otro, la capa de Loveday. No había nada más que repartirse. Todos los papeles y tesoros del primero, y todo el oro y la plata del segundo se habían esfumado. «La gente que nos rodeaba parecía considerarlo una resolución inapelable —contaría Masson—. Y los que pasaban por allí no lo trataban con ningún secreto.»[932]

Loveday temblaba de fiebre y de miedo, «casi acobardado».[933] Garabateó una nota lastimera para Bean:[934] «Su carta al khan ha tenido los peores efectos posibles —decía—, y por la aspereza de su tono lo ha irritado, a él y a sus sirdars [comandantes] fuera de toda

mesura. Al darse a conocer su contenido, estos últimos se reunieron y exigieron con gran tumulto que yo les fuese entregado y se me ajusticiase, puesto que no había prestado usted ninguna atención a sus quejas y solo estaba jugando con ellos, que usted los había llevado a la desesperación, que se veían empujados a tomar las armas como último recurso y que, dado que no tenían donde más refugiarse, se sacrificarían en el empeño de recuperar su país. Y que, fracasando en ello, ocuparían las montañas y los pasos, cortarían todas las comunicaciones y lanzarían ataques constantes, de manera que fuese necesario un ejército numeroso para retener el control de su país. Esas fueron sus palabras, y cada sirdar juró por el Corán que cumpliría ese acuerdo, y que no cesarían nunca las hostilidades mientras quedara allí un solo inglés».[935]

Llevaron a Masson y Loveday ante la presencia de Gul Mohammad una vez más. El anciano apenas si podía mirar a Loveday: le comentó a uno de sus consejeros que «le hervía la sangre nada más verlo, pues había alimentado a sus perros con sangre humana».[936] Loveday cayó de rodillas al suelo, «colocó las manos sobre los pies del daroga y le dijo que era su prisionero, que estaba a su merced, pero que imploraba su protección. No creo que al daroga le desagradara aquella reacción. Contestó, primero, "Está bien", y por último, sin que el teniente Loveday apartara las manos, "Estese tranquilo"».[937]

Al amanecer, un hombre vino a por Masson. Y, aunque esperaba que lo condujesen a la muerte, le pidieron que se «preparase para partir hacia Quetta, y que el teniente Loveday escribiera una carta para el capitán Bean». Masson pensó que aquello debía ser una trampa, o una broma cruel. «Tenía muchas dudas de que me permitiesen marchar, y prepararme no me supuso ningún problema, ya que no contaba con más ropa que la que llevaba puesta.»[938] Pero, para su asombro, la súplica de Loveday había surtido efecto. Condujeron a Masson «por los jardines y lo pusieron detrás de otro hombre a caballo». Pronto cabalgaba hacia Quetta lo más rápido que podía. Nasir Khan y sus consejeros habían decidido que era mejor negociar que combatir, y esperaban que Masson acordase la paz en su nombre. «Al despedirme del teniente Loveday, le prometí que le pediría al capitán Bean que fuese tan lejos como le permitiesen sus instrucciones. Y el teniente Loveday me respondió: "Dile que vaya más allá de donde le permitan".»[939] Se estrecharon las manos, y luego se llevaron a Masson.

17 El espía

Masson llegó a Quetta en plena noche. Al poco, estaba sentado delante del capitán Bean, a medio vestir, y de su asistente, el teniente Hammersley, contándoles su historia. Bean parecía muy disgustado por que lo hubiesen despertado, y aún más disgustado de ver a Masson. Leyó la carta que le había escrito Loveday. «Mi estimado Bean —comenzaba—, permítame que le suplique encarecidamente que se detenga antes de emprender una guerra a la que no le veo fácil conclusión. Seguramente esta sea la última vez que le escriba, y por tanto no dudo en hacerle saber mi opinión [...] Tras una campaña descomunal solo es capaz de controlar los terrenos en los que está acampado.»[940] Mientras Bean leía, las lámparas titilaban y proyectaban sombras gigantescas por todo el techo. Iba pasando las páginas, y cada roce y crujido del papel inundaba la estancia. A los pies de la casa de Bean en el alcázar, Quetta dormía. «Adiós —terminaba la carta de Loveday—, puede que por última vez, pues esta gente me considera su sacrificio.»[941] Bean dejó la carta con un gruñido de contrariedad, murmuró «que la situación del teniente Loveday solo servía para justificar su forma de escribir»[942] y le dijo a Masson que se volvía a la cama.

La mañana siguiente, Bean estaba más despierto, pero no más agradable que la noche antes. Tuvo a Masson de pie mientras tomaba el desayuno, y le «concedió audiencia muy a la manera en que un orondo juez rural de Inglaterra se la daría a un cazador furtivo».[943] Masson, que aún no había podido cambiarse siquiera aquellos harapos de la prisión, vio enseguida que el presentimiento de Gul Mohammad era correcto: el capitán Bean era un idiota. Se moría de ganas de ser un siniestro jefe de espionaje como Wade; por desgracia, solo la estupidez superaba su presunción. «Era palmario que tenía delante a un hombre débil —decía Masson—, henchido de nociones absurdas sobre su importancia oficial, y tan ignorante de la naturaleza de las cosas, que hablar con él era desperdiciar palabras.»[944]

La arrogancia y la incompetencia de Bean hacía meses que eran un secreto a voces en la Compañía de las Indias Orientales. Andrew Ross Bell, su superior, tuvo que advertirle de que dejase de «poner al gobierno en evidencia».[945] «El capitán Bean, en una carta que acabo de recibir, afirma que lo han “inducido a error” desde el principio —se quejaba Bell—. Ha cambiado tan pronto de parecer, no obstante, que no puedo depositar mucha confianza en su criterio, en particular sabiendo como sé que sus vías de información son deficientes.»[946]

Bean interrogó a Masson sobre el sitio de Kalat y los sucesos posteriores, pero el propio Loveday le era por completo indiferente. Estaba especialmente molesto con la carta que le había mandado Masson mientras estaba encerrado, en la que no se había mordido la lengua: Mehrab Khan no era «el hombre culpable que se supone que es», el «asalto y el consiguiente saqueo de Kalat» fue un error colosal y, además, contrario a las instrucciones confidenciales de lord Auckland. «El hijo [de Mehrab Khan], afable y libre de culpa, debería haber ocupado su trono». Era hora, añadía, de mostrar «magnanimidad reparando nuestro error, cuando es sabido que se cometió».[947] Entre unas cosas y otras, la carta tenía todos los números para sacar a Bean de sus casillas: un trotamundos harapiento, un insignificante coleccionista de monedas, dándole lecciones sobre política e informándole de las opiniones privadas del gobernador general.[948] Y, aún peor, aún más imperdonable: Masson tenía razón.

Aquel desayuno con Bean, sin embargo, fue decididamente un placer en comparación que con lo que vino después. Tras un largo interrogatorio, «el capitán Bean me informó por último que había tenido la gentileza de proveerme de residencia mientras permaneciese en Quetta, y mandó a una persona que me indicara el camino. Me condujo hasta la planta más alta de la casa de un hindú, y al instante una guardia armada de soldados y chaprasis [ayudantes] se apostó allí. No cabía duda de que era prisionero, pese a que el capitán Bean no había dicho una sola palabra que delatara sus intenciones, y se me escapó una sonrisa ante lo estrambótico de que un hombre me invitara a desayunar y acto seguido me mandase preso».[949]

Masson no esperaba que lo recibiesen como un héroe al llegar a Quetta, pero desde luego tampoco esperaba aquello. Su nueva cárcel era todavía más horrenda que la anterior. Cuando pidió unas sábanas, los guardas arrinconaron a un anciano que pasaba por la calle, le arrancaron la capa de fieltro de la espalda y se la arrojaron a Masson. Esa noche, descubrió que estaba «plagada de bichos».[950] Se tumbó temblando de frío, apestando todavía tras semanas encerrado, notando como los piojos y las pulgas se arrastraban por su piel, devastado, arruinado y solo.

Bean no tenía mucho interés en mantener con vida a su nuevo prisionero. «Su intención en un primer momento parecía ser literalmente dejarme morir de hambre, y en una ocasión estuve dos días enteros y tres noches sin comida.»[951] Masson, demasiado terco como para suplicar ayuda a los guardas, se quedaba horas enteras sentado, mirando la pared, sin un libro siquiera para pasar el rato, «hasta que un guarda, sin que yo le dijese nada, fue a informar al capitán Bean». Este le mandó a regañadientes unas migajas de «cordero frío». «Transcurrieron dos o tres días más, y no volvieron a

darme nada de comer.»[952] «Podría haber seguido ayunando de no ser porque uno de los guardas, sin yo pedírselo, fue e informó de la situación» de nuevo. Bean ordenó entonces de mala gana «que no se me dejara morir de hambre, y como resultado, empezaron a mandarme dos tortas de pan seco del bazar mañana y tarde. Con esta dieta subsistí varios días».[953] Nunca fue nadie a visitarlo.

Débil y traumatizado como estaba, Masson sabía que debía llegar al fondo de lo que estaba ocurriendo. No podía ser que lo hubiesen encarcelado por desertor después de tantos años. ¿Pensaba Bean acaso que había participado en algún asunto corrupto en Kalat? Mientras estaba encerrado con Loveday, había llegado una carta de Bean. «El misterio aparejado a la presencia del señor Masson en Kalat —decía— me ha llevado a la certeza de que los motivos de tal individuo para permanecer allí de manera clandestina sin que usted tuviera conocimiento de ello han de ser de todo menos favorables a nuestro gobierno.»[954] La idea le pareció ridícula incluso a Loveday, que «se sintió avergonzado y también, para hacerle justicia, aparentemente dolido, y me dijo "Pobre amigo, qué difícil tu situación, compartir mis infortunios y, al mismo tiempo, despertar tan mezquinas sospechas". Yo lo consolé expresando la opinión de que el capitán Bean habría planteado esas sospechas a personas que se las tomarían a broma».[955] La última carta de Loveday terminaba con un ruego a Bean: «No detenga al señor Masson. Debe abandonar los prejuicios que tenía. Tengo la máxima confianza en él. Cualquier cosa que yo haya pasado por alto, él la suplirá».[956]

«Le puedo asegurar —le escribió a su vez Masson— que no tenía otro motivo para acudir a Kalat que el que tendría cualquier otra persona para ir de un lugar a otro, y quedo a la espera de que me conceda una entrevista para darle, si es necesario, más explicaciones.»[957] Fuera cual fuese el malentendido, Masson estaba seguro de poder aclararlo en pocos minutos. Como siempre, sobreestimaba a la Compañía de las Indias Orientales.

Durante la detención de Masson en la Cámara Sangrienta, Bean se había ocupado en airear sus sospechas sobre él con todo el que quisiera escucharle. «Aunque carezco de pruebas directas, tengo la firme sospecha de que el señor Masson ha estado intrigando muy a fondo en esa vecindad —le escribió a Macnaghten, en Kabul—. El hecho de que el señor Masson no hubiese abandonado en ningún momento Kalat es un indicio sólido y probable en contra de la integridad de sus motivos. Y el tenor y tono de su carta, que llegó con la del teniente Loveday, evidencia claramente que defiende y apoya al joven khan en su reivindicación de la jefatura de Kalat, y de las posesiones de su padre. ¿Puedo pedirle que tenga a bien darme instrucciones con respecto al trato y manejo que dispensar a esta

persona, en caso de que caiga más adelante en mis manos?»[958] Macnaghten estuvo encantadísimo de seguirle el juego: «Los hechos que expone en relación con el señor Masson son muy sospechosos —le respondió, a pesar de que la carta de Bean no contenía un solo hecho —, y si esta persona fuese a caer en sus manos, está usted autorizado a detenerlo».[959]

Días después, Bean —con expresión muy ufana— convocó a Masson y le dijo que «no debía sorprenderle que las personas que viajaban de incógnito levantasen sospechas, en particular cuando seguro que era plenamente conocedor de las intrigas rusas que se habían ido sucediendo en este país».[960] De hecho, prosiguió Bean «con suma seriedad», había recibido hacía poco un informe de otro oficial, el mayor Outram, acerca de un misterioso agente ruso. Este contaba con un ejército de varios centenares de soldados árabes, y por lo visto tenía el «propósito de colocar al hijo del difunto Mehrab Khan en el *musnud* [trono] de Kalat».[961] Cuando Bean conectó este informe con la «carta del señor Masson estando en Kalat, de la que se desprendía tan intensamente su interés por los asuntos del joven khan y de los sirdars rebeldes, no pude evitar dejar constancia de mis sospechas acerca de la integridad de los motivos con los que el señor Masson se presentó en Kalat».[962] Lo llevaron de nuevo a su cárcel, con la cabeza dándole vueltas: Bean creía haber capturado a un espía ruso.

«Dios perdone a ese simplón», se dijo Masson. Pero la cosa, sin embargo, no tenía ninguna gracia. Bean «parece haberse convencido» de que Masson era el misterioso ruso, y le endosaba «un convoy formidable de árabes», además.[963] Eso convertía a Masson en culpable de alta traición, y con pocos testigos inclinados a defender su nombre ante la Compañía de las Indias Orientales. Años después de su deserción, ¿llegaba ahora el momento de pagar? Después de haber escapado una vez de la soga, ¿iban ahora a ejecutarlo?

«No es mi deseo en modo alguno ocasionarle problemas —le escribió a Bean, añadiendo a continuación, con sarcasmo—, o al menos no problemas innecesarios, pero disculpe que le pida que consigne usted [por escrito] los cargos por los que me tiene detenido.» Masson no se podía creer que Bean se lo hubiese contado todo. Sin embargo, proseguía: «Debo saber de qué se me acusa para poder refutar los cargos. Creo que solo le estoy pidiendo lo que cualquier persona, bajo sospecha o acusación, tiene derecho a pedir».[964] A esto, Bean se limitó a responder: «Está usted detenido aquí por orden de la autoridad, a la que se han solicitado nuevas instrucciones».[965]

Las noticias del arresto de Masson pronto llegaron a Kabul, donde Alexander Burnes estaba viviendo de un modo muy distinto. Todos los días tenía la mesa surtida de su «champán, vino blanco del Rin, madeira, jerez, oporto, clericó, sauternes, sin olvidar una copa de

curaçao y marrasquino, salmón conservado herméticamente y hotchpotch (auténtico hotchpotch, traído desde la misma Aberdeen)». A la hora del desayuno, los oficiales británicos invadían su casa y consumían enormes cantidades de «pescado ahumado, salmón a la parrilla, riñones a la diabla y confituras, y se tiraban hasta las diez chupando sus puros».[966] Harlan, que nunca le hacía ascos a una comida gratis, era un habitual a la mesa del desayuno desde que había salido por piernas de Kabul. Llegaba temprano y le hincaba el diente al festín, siempre con la pinta del «orgullo y la gloria de una banda tirolesa en Vauxhall [los espectaculares jardines de recreo de Londres]». Entre bocado y bocado, se presentaba como un «ciudadano libre e ilustrado del país más importante y glorioso del mundo».[967] En el pasado, Burnes había saltado en defensa de Masson ante cualquier motivo, aunque eso implicara enfrentarse de plano al mismísimo gobernador general. Pero cuando se enteró de que lo habían encarcelado, no movió un dedo. ¿Qué llevaría a Burnes a negarle su ayuda ahora, a no ser, claro, que pensara que las sospechas de Bean eran correctas?

Meses antes de que detuvieran a Masson en Quetta, Burnes había estado dándole vueltas al fracaso de su misión en Kabul. Había algo ahí que le seguía reconcomiendo, aun después de que su humillación quedase olvidada. Cuanto más lo meditaba, más se convencía de que Masson había jugado a dos bandas en todo momento. «Te traigo una anécdota curiosa; dime qué opinas tú —le escribió en secreto a un amigo—. Un par de años antes de que nuestra misión llegara a Kabul, Vikevitch (el verdadero Vikevitch) vino a Bujará, se presentó en la casa de un pariente de Rahim Shah y le pidió que mandara a Masson, en Kabul, sendas cartas dirigidas a los señores Allard y Ventura [los mercenarios europeos de Ranjit Singh]. Al rey de Bujará le ofendió la presencia de Vikevitch, y el *kushbegi* [ministro de interior] lo echó de allí bruscamente. Las cartas no llegaron a mandarse. Esto muestra que hubo una tentativa anterior de conspirar por parte de Rusia, pero ¿cómo puede ser que Masson no informara de ello, y si informó, ¿cómo puede ser que, años después, diese una ristra de motivos por los que Vikevitch no era lo que era? No consigo sacar nada en claro. Ya te hablé una vez de esto, a ti y a nadie más.»[968]

Burnes tenía razón: ¿por qué no informaría Masson de la llegada de un agente ruso a Bujará? Y ¿por qué, años más tarde, afirmaría con tanta rotundidad que Vikevitch era un impostor, cuando debía de saber que no era cierto? La única explicación factible, por retorcida que fuese, era la que Bean había destapado en Quetta: que Masson había trabajado desde el primer momento para los rusos.

Años más tarde, los historiadores determinaron cómo sucedió tal cosa. En 1833, Johann Martin Honigberger, el cazatesoros transilvano,

había visitado Kabul de camino a Europa, siguiendo un recorrido que cruzaba derecho por Rusia. «Pese a que Honigberger menciona a Masson solo de pasada, al parecer este último lo acompañó hasta [la ciudad rusa de] Oremburgo», concluyeron Charles Grey y H. L. O. Garrett.[969] Allí, a principios de 1834, Masson entró en contacto con funcionarios rusos, los homólogos de Wade al otro lado de la frontera. Hasta el oficial de inteligencia ruso más bobo del mundo habría sido capaz de reclutarlo, teniendo en cuenta lo mucho que detestaba y temía Masson a la Compañía de las Indias Orientales. Era un desertor en búsqueda y captura; ya había traicionado una vez a los británicos, así que ¿por qué vacilaría en hacerlo de nuevo? Como afirma un biógrafo reciente de Burnes, «los indicios de que Masson formaba parte de la red de inteligencia rusa parecen sólidos».[970]

A partir de entonces, y a lo largo de un lustro, Masson había estado jugando a dos bandas en Kabul: proporcionando a los británicos información deliberadamente engañosa mientras promovía en secreto los intereses de sus pagadores rusos. Su temor frente a los chantajes y a la intimidación de Wade habían sido un montaje. No había caído en la red de Wade: había atrapado a Wade en la suya. Durante años, había estado trabajando para hundir la Compañía de las Indias Orientales.

La «prueba definitiva de las conexiones rusas de Masson»[971] resolvía unos enigmas que, de otro modo, resultaban inextricables. ¿Cómo podrían haberle dado a Burnes un repaso tan espectacular en Kabul, a no ser que su consejero más cercano fuese con el otro bando? ¿Y por qué si no un virtuoso explorador, un maestro del engaño y el disfraz, se dejaría reducir a una sumisión indefensa por un burócrata prepotente como Wade?

¿Se había ocultado siempre un despiadado agente de inteligencia tras el tímido arqueólogo? ¿Era la búsqueda de Alejandro una simple farsa? Vikevitch estaba convencido de ello. «Masson vive en Kabul so pretexto de buscar monedas antiguas», informó a San Petersburgo.[972] En palabras del biógrafo de Burnes, «puede que Masson no fuese solo un desertor, sino un traidor y un agente doble».[973] Había ido siempre un paso por delante del resto, pero ahora habían destapado su secreto y, como decía el *Bombay Times*, «si el señor Masson ha estado en algún momento empleado como se dice, ninguna reprobación, ningún castigo puede ser demasiado severo para semejante conducta».[974]

18 Tripas

Solo hay un problema con la historia de Charles Masson, espía ruso: que, como tantas de sus historias sobre él, no era cierta.

Esta en concreto se sostiene, frágilmente, sobre tres patas: que Masson se reunió con agentes rusos en la ciudad fronteriza de Oremburgo, que omitió informar sobre la visita de Vikevitch a Bujará, y que el rumor de que un agente ruso conducía un ejército hacia Kalat era correcto.

Pero Masson jamás fue a Oremburgo. Lejos de viajar hasta allí con Honigberger en noviembre de 1833, se quedó en Kabul hasta finales de diciembre, y luego partió en dirección contraria.[975] El tiempo que Honigberger estuvo en Rusia, Masson lo pasó inmerso en excavaciones a cientos de kilómetros de distancia; excavaciones que condujeron al hallazgo de su pieza más espectacular: el relicario de Bimaran.[976] Masson no pisó Rusia nunca en la vida. El primer ruso al que conoció fue Vikevitch, en Kabul.

Masson tampoco omitió ninguna información sobre este. «El caballero ruso que ha llegado a Bujará se llama Ivan Vekterich [sic] —le escribió a Wade en junio de 1836, con una ortografía que deja algo que desear. «A su llegada a Bujará, [Vitkévich] mandó llamar a un Nizamuddin, un mercader de Kabul, cuyo nombre le había dado el señor Honigberger, y le dijo que escribiese sendas cartas a los señores Ventura, Court y yo mismo. Durante tres días, anduvo suelto por Bujará, deambulando a su antojo, pero cuando se informó de que tomaba notas, y de que consignaba por escrito sus observaciones, el emir ordenó su captura, que el *kushbegi* evitó, alegando que sería un paso poco prudente. Sí se lo retuvo, no obstante, y quedó prohibido todo contacto entre él y los ciudadanos, y tras una estancia de siete u ocho días en la ciudad, se lo despachó con una escolta a caballo.»[977] El informe de Masson iba dirigido al Comité Secreto de la Compañía de las Indias Orientales en Londres.[978] Por el camino, Burnes oyó hablar de él: su relato de la estancia de Vitkévich en Bujará es demasiado parecido al de Masson —desde la carta que Vitkévich intentó mandarle a Kabul, hasta su brusca expulsión— como para ser una coincidencia. Burnes tendría que haberse dado cuenta de que esa información de inteligencia provenía de Masson: los británicos no contaban con otras redes en Bujará. En cambio, lo que hizo fue lanzarse a una conclusión que requería de una desfachatez considerable, incluso para él: que el propio informe de Masson acerca de un agente ruso era la prueba de que Masson no había informado

sobre ningún agente ruso.

(En cuanto al motivo por el que Masson no reparó en que «el verdadero Vitkévich»[979] era un auténtico diplomático, la respuesta es sencilla: fue un juicio errado. Tomó a Vitkévich por un trotamundos y un cuentista, como él mismo. En realidad, claro, Vitkévich no tenía ni trampa ni cartón.)

Así, solo restaba el informe del mayor Outram, pero este quedó horrorizado cuando tuvo noticia del encarcelamiento de Masson. Le escribió a Bean una carta furibunda, y una de disculpa a Masson, por medio de un conocido común, Thomas Postans: «El mayor Outram desea asimismo que le comunique el tremendo disgusto que siente por su detención en Quetta, a consecuencia de alguna malinterpretación por parte del capitán Bean de sus manifestaciones [del mayor Outram] en relación con usted, y me ruega que le asegure que no era en absoluto consciente de haber proyectado jamás sobre su persona la más leve sospecha».[980]

Masson detestaba la Compañía de las Indias Orientales, pero nunca la espió. Sus cuentas obsesivas y lastradas de culpa no dejan sin justificar ni una rupia de sus ingresos; entre sus montañas de deudas no hay una sola pepita de oro ruso. Y los archivos imperiales rusos de San Petersburgo, también obsesivos y lastrados de culpa, no incluyen una sola palabra sobre un agente doble británico en Kabul. Pero el mejor argumento contra la historia de «Charles Masson, espía ruso» es también el más simple: Masson odió cada minuto de su vida como espía. Lo ponía literalmente enfermo. Si espió para los británicos fue porque creía que no tenía elección. Jamás habría renunciado ni por un segundo a sus excavaciones para espiar a las órdenes de otro imperio.

Ahora, en Quetta, contemplando las sombras que se deslizaban por su cárcel, oyendo las voces y las risas que subían desde la calle, su mente vagó hasta los primeros y alocados días que vivió en Afganistán. Se acordó de cuando estuvo acampado junto a los budas gigantes de Bamiyán, con Haji Khan. Una noche trepidante, Haji Khan y él se habían quedado sentados hasta tarde junto al fuego, con un millar de estrellas relumbrando en lo alto, y habían compartido sus sueños. «El khan me explicó que tenía el don de las revelaciones, y que en ellas estaba escrito que debía convertirse en un gran hombre; que el país, ya fuese afgano o uzbeko estaba *bi-sahib*, no tenía señor, y propuso que ambos aprovechamos tal estado de cosas y que nos convirtiésemos en padishá [rey] y visir.» Aquella noche, Masson, aturdido, había rechazado con delicadeza al temible Haji Khan. «Se me ha olvidado cuál de los dos iba a ser el padishá», dijo, con una sonrisa. Pero si hubiese tenido intención de fundar un imperio, pensó, irónicamente, mientras miraba por la ventana en Quetta, al menos lo habría hecho como es debido. «Dado que en los últimos tiempos he

sido sospechoso de pretender instaurar un principado en Kalat, con la ayuda de tropas auxiliares árabes, tal vez me arrepienta, justamente indignado por que se me impute un proyecto tan insignificante, de no haberle tendido la mano en aquel momento al khan vidente, y de no haber revivido el antiguo Imperio bactriano.»[981]

A estas alturas, sin ningún atisbo de liberación a la vista, Masson estaba ya seriamente preocupado. Rechinando los dientes, le escribió una carta a Macnaghten, el superior de Bean, en Kabul: «Debo suplicarle que me explique de qué modo se han originado esas sospechas desfavorables, pues aún tengo derechos», le decía.[982] Macnaghten le informó insulsamente de que estaba detenido porque había intentado entrar en Afganistán «sin autorización para ello, ya fuese del gobierno británico o de Su Majestad Shah Shujah al-Mulk».[983] Eso no tenía ni pies ni cabeza: la Compañía de las Indias Orientales no ponía a nadie bajo custodia con guardias armados por posibles irregularidades burocráticas. Además, en todos sus años de viajes, Masson nunca había pedido permiso antes de escoger un camino u otro; ni tampoco ninguno de los miles de comerciantes, peregrinos y vagabundos que cruzaban por todo el norte de la India y Afganistán, año tras año. El propio Burnes había invitado a Masson a Kabul unos meses antes, y no había dicho una sola palabra sobre ningún permiso previo.[984] La explicación de Macnaghten era absurda, estaba claro que quería hacer tiempo hasta que Bean tuviese a punto sus pruebas. Este, por su parte, seguía hablando crípticamente de «las causas cualesquiera que puedan moverme a sospecha» al tiempo que se negaba a reflejar por escrito en qué consistían tales sospechas.[985] Le venía estupendamente no cerrarse ninguna puerta.

Algunos días, Masson no sentía más que arrepentimiento. Cualquier otro camino que hubiese tomado en el pasado, daba la impresión, lo habría conducido a un lugar mejor que el que había escogido.

Entonces, cuando estaba ya tocando fondo, uno de los guardas le trajo una carta. Era de la última persona de la que esperaba tener noticias: el coronel Lewis Stacy, aquel oficial del ejército coleccionista de monedas que era uno de los más fervientes admiradores de Masson. El mando de Stacy dependía del campamento británico en Quetta. Él había caído prostrado por la fiebre, pero le habían llegado rumores de que Masson estaba en la ciudad. «He oído que lo han despojado de todo, menos de la ropa que lleva —le explicaba. Eso servirá de justificación para que le preste a usted mi ayuda. Tengo un sastre, y oso decir que le podría servir con otros fines, si usted me lo permite. No puedo escribir, las fiebres me han dejado sin fuerzas.»[986] Masson suplicó a los guardas que le diesen papel y pluma y le abrió su corazón.

Para Stacy fue un golpe descubrir que el hombre al que llevaba años admirando era ahora un prisionero arruinado que sobrevivía a base de pan duro y dormía tapado con una capa plagada de piojos. Pero no perdió ni un segundo tomándose en serio la historia de Bean. «Tengo el placer de mandarle una muda y una manta, y si tiene la amabilidad de darme una lista de sus necesidades, estaré encantado de ayudarle en lo que esté en mi mano.»[987] Ropa limpia. Después de semanas vestido con andrajos mugrientos y sudados, Masson se la puso con un alivio indescriptible. Stacy, temblando todavía de fiebre, se acercó, tambaleante, a ver a Masson. «He observado que sus botas están rotas; disculpe que le ofrezca tan humilde par.»[988] «Ojalá lo vea llegar con esos zapatos puestos.»[989] Stacy le mandó también un montón de periódicos. Al abrir uno, Masson se encontró su propio obituario.

«Sabemos ahora que el pobre Masson se encontraba en Kalat cuando se produjo la toma de la ciudad —explicaba el *Bombay Times* —. En caso de que haya fallecido, no solo se habrá perdido una vida valiosísima, sino que la destrucción del acopio de conocimientos y de los manuscritos que había ido acumulando a lo largo de años de labor infatigable, en relación con la historia y las costumbres de esta región poco conocida, que hayan desaparecido con él, puede considerarse una calamidad pública enorme e irreparable.»[990]

Era lo más amable que había dicho alguien de él en todo el año.

La ocasión de responder a su propio obituario era demasiado buena para dejarla pasar: «No ha sido mi destino fallecer —escribió Masson al *Bombay Times*—. Aunque, por desgracia, sí es cierto que he perdido todos los manuscritos y los fondos acumulados de materiales escritos, a los que conceden ustedes valor tan alto y, posiblemente, en su deferencia, inmerecido. La pérdida, sea cual sea, es irreparable para mí, en todo caso, y sin duda despliega cierta incertidumbre sobre el futuro, pues me hallo de pronto despojado de la mayor parte de los frutos de mi labor de varios años».[991]

Stacy, mientras tanto, estaba intentando que alimentasen a Masson. «Le he mencionado al teniente Hammersley que no le dan carne —le escribió—, y le he solicitado también que le manden algo de tinta».[992] A Hammersley —nerviosamente engreído, en el mejor de los casos— no le hizo ninguna gracia. Dejó clara su postura mandándole a Masson «una fuente, como quien echa de comer a un perro, en la que el pan venía con un suplemento en forma de dos paisas [dos céntimos de rupia] de tripas de cordero del bazar. Y si tenemos en cuenta que esta es la comida solo de los más miserables, podemos imaginar la naturaleza del insulto». Mientras miraba aquel montículo repugnante de color fangoso, casi echó de menos «las noches en que me había ido con hambre a la cama».[993] Era «una

porquería, desde luego, que cualquier perro de Quetta habría reclamado para sí».[994] Entonces se le ocurrió una idea algo retorcida.

Minutos más tarde, uno de los guardas de Masson, con pinta algo avergonzada, asomó la cabeza en la tienda del coronel Stacy, con la fuente en las manos. Stacy echó un vistazo a aquellos intestinos enroscados y resbaladizos, con pedazos de excrementos todavía pegados, le dieron arcadas, «vertió lágrimas» y murmuró, en indostaní: «Así pues quieren matar al sahib». Le arrancó la fuente de las manos al guarda y la paseó por todo el campamento británico. Se la enseñó «primero a los oficiales acampados, y luego al general Nott, que se la llevó al teniente Hammersley. Este oficial vino corriendo a verme».[995] Hammersley, resollando, irrumpió en la celda de Masson y «exclamó, con gran inocencia: "¡Dios santo! ¿Por qué le ha mandado esa porquería al coronel Stacy? ¿Por qué no me la mandó a mí?».[996] «No pensé que tuviese ocasión», replicó Masson. Hammersley «afirmó que aquello era una vergüenza. Yo le respondí que así lo creía yo».[997]

Cuando los periódicos indios averiguaron por qué estaba encarcelado Masson en Quetta, nadie se lo podía creer. «Masson, como vemos, dispone ahora mismo de tiempo libre de sobra para repasar sus anotaciones —escribía un periodista—, dado que se encuentra detenido por orden del capitán Bean a causa de (es posible que se le escape una sonrisa, amable lector) ¡su implicación en intrigas políticas en contra del gobierno británico! Es más absurdo que aquella confusión de don Quijote cuando toma por duquesa a una sirvienta, y más ridículo que el truco en torno al que gira una obra o una farsa. El señor Masson es un auténtico sabio, ha abrazado la pobreza, el peligro y el anonimato en el desarrollo de sus investigaciones; ningún paso de su carrera, que haya trascendido, lo muestra ávido de riqueza o distinción, sino particularmente indiferente a ambas. Pero aun si tuviese la disposición, no cuenta con medios para llevar a cabo intrigas políticas. La idea de que un pobre hombre como Masson, solo y sin amigos, que ha dedicado años a la búsqueda humilde y peligrosa de monedas antiguas, se convierta en un traidor y lidere a un grupo de rusos para liberar Kalat, no entraría en cabeza alguna, creemos nosotros, más que en la que dicta los destinos de Quetta [la de Bean].»[998]

El capitán Bean, para su disgusto, pronto se convirtió en un hazmerreír nacional. La idea de que estuviese temblando por miedo a que un apacible arqueólogo «se sacara 200 rusos del bolsillo de los calzones, se hiciese con las arcas e izara el águila bicéfala de Moscovia sobre la Union Jack resultaba, para la prensa india, absolutamente desternillante».[999] «La figura del señor Masson —señalaba un autor— no era ni dudosa ni desconocida.»[1000] Ese hombre actualmente detenido por espiar a la Compañía de las Indias Orientales era el que

había escogido la propia Compañía para encabezar la inteligencia afgana, uno «cuyo genio era motivo de admiración, y su trato codiciado por todos».[1001]

Era inusual que los periódicos indios coincidiesen en algo, pero coincidieron en esto: en lo tocante al caso de Masson, «nunca nos fue dado ver uno más monstruosamente injusto».[1002] «Lo han abordado los periódicos de todos los rincones de la India, y la posibilidad de que pueda vincularse de manera justificada, siquiera por un momento, un ápice de sospecha fundada a su persona, se ha desestimado con desdén y unanimidad.»[1003] «En los periódicos de Delhi y Agra es usted la estrella del momento», le contó Stacy a Masson.[1004]

Bean, asentado ya como hazmerreír nacional, iba camino de convertirse pronto en uno mundial. Los acusadores de Masson, afirmaba el *Bombay Times*, «se han labrado, de aquella manera, una celebridad que por otros medios, o con una elección no tan afortunada de su objeto de opresión, tal vez no habrían podido lograr. Cómo menospreciarán los miembros del Instituto de Francia este sistema que asciende a hombres a puestos de autoridad que luego se dejan ir por mal camino. Cómo se mofarán los estudiantes de Petersburgo; cómo se burlarán los estudiosos de Alemania, que han llenado volúmenes y volúmenes con disquisiciones en torno a los descubrimientos de Masson».[1005]

Todo aquello llenaba a Masson de satisfacción, pero no cambiaba el hecho de que seguía encerrado. Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses. Los guardas estaban «apostados día y noche. No tengo conocimiento de las órdenes que tenían, pues no me esforcé por averiguarlas, pero sé que entre ellas estaba la de informar al capitán Bean de las personas que venían a visitarme, y cuando entregaba una carta al *dak* [mensajero] o a cualquiera, la de llevársela a dicho noble funcionario, para que pudiese tomar nota de a quién iba dirigida».[1006] Bean y Macnaghten seguían a la caza de cualquier cosa que respaldara sus sospechas, y mandaron a los oficinistas de la Compañía de las Indias Orientales en Bombay que escarbaran en sus archivos en busca de pruebas que incriminaran a Masson.[1007] «Fue con gran indignación —dejó escrito— que me vi condenado a subsistir, durante un periodo indeterminado, en cautiverio, con el delegado político de Quetta de carcelero.»[1008]

19 Fronteras

La nieve empezó a caer en las montañas que se erigían sobre Quetta. Era principios de noviembre de 1840, y Masson, sin poder apenas contener las lágrimas, tiritaba en su cárcel «pestilente».[1009] Hubo un tiempo en el que tejía sus historias por el mundo y lo hacía suyo. Ahora había quedado enredado en las mentiras de otros: por más que lo intentaba, no encontraba la forma de escapar. Charles Masson había nacido de historias, y ahora otras historias lo estaban destruyendo.

El 3 de noviembre, Kalat despertó con un ejército británico cerniéndose sobre la ciudad. Dentro de sus murallas, la gente enterró las pocas cosas de valor que les quedaban y rezaron por llegar vivos al final del día. Entonces sucedió algo extraño. Los británicos no atacaron. En lugar de eso, los comandantes, Stacy y el general Nott, «hicieron llegar proclamas asegurando a los habitantes que si permanecían tranquilos en sus casas, sus personas y sus propiedades estarían protegidas, que no habría saqueos ni violencia, y que pagarían por cualquier artículo».[1010] Tras unas cuantas horas de negociación, se abrieron las puertas y la toma de Kalat se produjo sin disparar un solo tiro. Stacy, culto y reposado, había recibido siempre el desdén de sus colegas oficiales. «Poseía supuestamente unas dotes militares mediocres. La ocasión dejó patente lo contrario.»[1011]

Desde la cárcel de Quetta, Masson había diseñado toda la campaña. Stacy escribió en su informe, refiriéndose a él: «Considero que le debo gran parte del éxito que ha acompañado a mis esfuerzos».[1012]

Una vez asegurado el control de la ciudad, Stacy emprendió la tarea de recuperar los papeles desaparecidos de Masson. Al anochecer, había localizado ya uno de los cuadernos de su amigo. «Lo he guardado cuidadosamente —le informó—. Haré todo lo que pueda por encontrarlos.»[1013]

Loveday había muerto asesinado a manos de sus guardas unos días antes. Los británicos lo encontraron «desnudo, salvo por los calzones», un despojo consumido, con la cabeza casi rebanada colgando del cuello.[1014] Los recuerdos de su reinado seguían flotando sobre Kalat como una pesadilla. «Se cuentan por todas partes sus abusos de poder», le decía Stacy a Masson.[1015] Al menos dos personas habían muerto causa de «las heridas o los mordiscos de sus perros».[1016] Otro de los pasatiempos de Loveday consistía en invitar a su casa a los hombres más influyentes de Kalat, donde los recibía con

toda cordialidad, y luego los agarraba por las barbas y los arrastraba de habitación en habitación sin dejar de reír.[1017]

La Compañía de las Indias Orientales tenía un largo historial de atrocidades, y un historial igualmente largo silenciándolas. «Si hubieses visto todo lo que he visto yo de la vida pública entre bastidores desde que me convertí en chupatintas —le había escrito Jephson en una ocasión—, te sorprendería todavía más la falta de principios entre hombres educados, y las pretensiones de sentimientos elevados y honrosos.»[1018] Pero Stacy y Nott no censuraron las historias sobre Loveday. Los informes recogieron con escabroso detalle su monstruosa actuación.[1019] En Calcuta, nadie sabía decidir qué era peor: la crueldad de Loveday, o el hecho de que ahora fuese del dominio público. «Su Señoría está tremendamente preocupado», escribió Thomas Maddock, secretario del Gobierno de la India.[1020]

La Compañía de las Indias Orientales trató de salir al paso de estas historias difundiendo el rumor «entre directores de periódico y funcionarios gubernamentales, de que Loveday estaba loco, y de que había en su familia cierta predisposición a la locura».[1021] Macnaghten corrió a cubrirse las espaldas, y al poco andaba diciéndole a todo el que quisiera escuchar que «había oído siempre que el principal defecto de la personalidad del oficial fallecido [Loveday] era una parcialidad excesiva para con los nativos del país, y si las alegaciones del coronel Stacy están bien fundadas, me inclinaría a considerar que el malogrado intelecto del oficial debía de estar trastornado desde un tiempo antes de su muerte».[1022] «Este rumor se ha lanzado en previsión de que Masson saque a la luz la gestión de los asuntos en Kalat y la muerte de los dos hombres atacados por los perros de Loveday», le contó Jephson a un amigo.[1023]

Masson rogó que le permitieran volver a Kalat a buscar sus papeles. Estaría rodeado de un regimiento británico, y en mitad del desierto: no había ningún riesgo de que escapara. Bean se negó en redondo, ante la incomprensión de Stacy: «¿Tienen miedo de que soborne a sus guardas, reúna un ejército de árabes y tome el principado de Kalat? ¡Es muy raro!».[1024] De legajo en legajo, Stacy iba recopilando los documentos de Masson, si bien la mayor parte del trabajo de su amigo parecía perdido para siempre. Le dio la noticia con toda la delicadeza que pudo: «Me temo que sus cuadernos han desaparecido; cuando menos por un tiempo —le dijo—. He prometido recompensa y amistad a cualquiera que nos los haga llegar a usted o a mí».[1025]

Los hilos que asían las esperanzas de Masson se estaban desgastando y rompiendo. A estas alturas, quedaban ya muy pocos.

Era ya pleno invierno, casi Navidad. Masson se preguntaba, desesperado, cuántas estaciones más habría de ver desde el interior de

la cárcel. Seguía sin tener ni idea de qué se le acusaba: ¿de ser un espía ruso, de viajar sin la documentación necesaria, o de algo por completo distinto? Sus guardas continuaban acurrucados frente a la puerta, y llevándole todas sus cartas directamente a Bean. La única buena noticia era que su caso había pasado a manos de Andrew Ross Bell, superior de Bean, para que lo investigara. Bell le escribió a Masson con cortés formalidad, preguntándole si «puso al enemigo del gobierno británico en posesión de cualquier información que pudiera resultarle de utilidad en las operaciones defensivas que estaban llevando a cabo, o que pudiesen haberlo inducido a tratar al teniente Loveday, su prisionero en aquel momento, con redoblado rigor». Y proseguía, amenazante, diciendo: «Querría remarcarle lo importante que es susodicha cuestión para usted mismo en cuanto que súbdito leal del gobierno británico».[1026] Stacy, de nuevo en Quetta, visitaba a Masson a diario y lo ayudaba a redactar su defensa, además de esforzarse por mantenerlo abrigado: «Le mando un retal de velarte. Siento no tener nada mejor; he pensado solo en el frío».[1027]

Stacy estaba decidido a limpiar el nombre de su amigo. «¿Sería usted tan amable de darme una copia de la nota biográfica que escribió en la contracubierta de un libro, y que leí en su celda? —le pidió a Masson—. Es demasiado contundente para desperdiciarla.»[1028] «Me avergüenza pensar en la ofensa que se ha volcado sobre el señor Masson tan gratuitamente —le escribió a Bell—. Se le ha dado un trato de lo más miserable.»[1029] Y, en una carta a Masson: «He hablado como sé que lo habría hecho usted por mí. No he pedido ningún favor, solo un trato justo».[1030] En privado, Stacy estaba seguro de que «Bean y Hammersley están ya convencidos de su error, por el que el señor Masson no solo ha sido detenido, sino que ha padecido un encarcelamiento absolutamente indecente», y estaban intentando escurrir el bulto.[1031]

Masson pasó la Navidad solo, vigilado por sus guardas.[1032] «Cómo desearía que pudiera usted cambiar su celda por un asiento junto a mi chimenea», le escribió Stacy desde Kalat. Los amigos de Masson en la ciudad, incluso los hombres que se habían encargado de vigilarlo en la Cámara Sangrienta, no se podían creer que lo hubiesen vuelto a encerrar. Uno le pidió a Stacy «que lo liberara (pobre hombre, le dije que no estaba en mi mano), pero no lo pueden tener detenido para siempre. Creo que he encontrado un rastro de sus cuadernos».[1033] La gente de Kalat pasaba hambre, y Bean le negaba ayuda a Stacy para comprar comida.[1034] «No estoy en disposición de enviar nada, y tampoco se autorizaría dicho desembolso en las actuales circunstancias, ni conozco a nadie al cargo allí.»[1035] Aquello fue la puntilla que lo hizo desesperar: «No tengo nada que hacer con esta gente —le escribió a Masson—. Ojalá estuviese usted aquí».[1036]

Bean, obligado al fin a recopilar sus pruebas por escrito, se pasó el año nuevo sudando. Después de perder el control de su distrito de un modo tan aplastante unos meses atrás, estaba ya con el agua al cuello.[1037] «El idiota de Bean —se murmuraba en Calcuta— le ha hecho al señor Masson todo el daño que podía hacerle y se lo ve tremendamente contrariado por el giro que ha acabado tomando el asunto.»[1038]

Privado de cualquier otra vía de escape, Masson le había cogido el gusto a escribir larguísimas cartas a los periódicos: epístolas tristes, sarcásticas, que «ponían en la picota» a la Compañía de las Indias Orientales.[1039] «Estoy decidido, en la medida de mis posibilidades, a reprochar la insolencia y la ruindad que han animado a hombres malos o estúpidos a albergar sospechas sobre mi honor y honestidad», despotricó en el *Bombay Times*.[1040] Stacy hizo vanos intentos por calmar los ánimos. «Creo que deberían incluirse todos los hechos y evitar cualquier clase de expresión airada —le sugirió a Masson—. Tal vez sea complicado hablar de su reclusión y de sus particularidades sin sentimientos dolorosos, pero expresarlos en palabras no va a reforzar sus argumentos.»[1041]

Al fin, después de tener a Masson encerrado durante meses, después de la fuente de tripas de cordero y de la capa infestada de pulgas, Bean reconoció a regañadientes que «no ha trascendido nada más por lo que la deslealtad del señor Masson como súbdito británico pueda quedar demostrada».[1042] En otras palabras, Masson no tenía que responder ante nada. «Que lea cualquiera la carta del capitán Bean —decía el *Bombay Times*—, y si puede afirmar escrupulosamente que ha visto alguna vez un documento público más decepcionante o más falto de profesionalidad, debe ser que su experiencia en las imbecilidades de la diplomacia es más amplia de lo corriente.»[1043]

Masson había sido un estorbo para la Compañía de las Indias Orientales desde el momento en que apareció en Quetta. Y a medida que más y más periódicos abordaban su historia, se iba convirtiendo rápidamente en una amenaza.[1044] Según le contó Jephson, un secretario de Calcuta le había murmurado con recelo que «tú [Masson] habías afirmado una vez que “no serías criado de nadie”».[1045] Pero su red de inteligencia no le falló, ni siquiera estando en la cárcel. Comenzaron a aparecer en la prensa datos embarazosos sobre Bean. «Es bien sabido que al contratista de grano de Quetta —informó Masson—, que estaba en bancarrota cuando el capitán Bean lo tomó bajo su protección, se lo ha dispensado de todas sus deudas anteriores, y que se ha embolsado más de tres lakhs [300 000] de rupias.»[1046] Al poco, media India andaba chismorreando sobre la incompetencia de Bean. La idea de dejar a Masson suelto por Afganistán, haciendo preguntas incómodas y escribiendo cartas incómodas, era sin lugar a

dudas terrorífica. Aun si lo absolvían de todos los cargos, «sería beneficioso, incluso para él —determinó la Junta de Directores de la Compañía en Londres— que se lo trasladara, al menos por el momento, dentro de nuestras fronteras, sin ningún tipo de restricción ni apariencia de castigo».[1047] «Esta persona, creo, está muy descontenta, por injustificado que sea, con el trato que ha recibido a manos del gobierno británico —informó Macnaghten por su parte—, y querría someter a la consideración de Su Señoría si no sería prudente, para prevenir la posibilidad de que cause daños, que se le prohíba viajar.»[1048]

Bell interrogó a todos y cada uno de los testigos oculares del sitio de Kalat que logró encontrar, desde Nawaz Khan a los criados de Loveday. «Todos ellos coindicen en afirmar en su testimonio que el señor Masson actuó de un modo perfectamente correcto —escribió Bell en su informe—, y lo absuelven de la más mínima vinculación con ninguno de los sucesos políticos que tuvieron lugar en Kalat, más allá de su detención junto con el teniente Loveday y su posterior liberación con el propósito de transportar ciertas cartas.»[1049] «Lo considero a usted totalmente libre de sospecha —informó a Masson—, y lamento cualquier malentendido que lo haya llevado a estar tanto tiempo detenido.»[1050]

«Si ya no necesita la asistencia de los chaprasis que están ahí con usted —le dijo Hammersley, como si Masson estuviese bajo vigilancia a petición suya—, desearía retirarlos.»[1051] En cuanto a Bean, hubo un silencio total: era un firme partidario de delegar.

Masson era libre.

Pero el mundo al que salió era muy distinto. Tenía límites y fronteras, lugares a los que no podía ir. Afganistán estaba vedado para él. El horizonte no era tan ancho, ni estaba ya tan abierto.

Masson partió de Quetta a pie, sin dinero, cargado con los pocos cuadernos que le quedaban. «El país había quedado tan absolutamente devastado que no lograba reconocer en él aquel que había atravesado unos catorce años antes. Los pueblos, por entonces prósperos, ya no existían, y los que quedaban estaban despojados de las arboledas que los rodeaban; hasta el mismo páramo había quedado pelado de la jungla de arbolillos y arbustos que se esparcían por su superficie. No había miedo alguno a perder de vista el camino como antes, eso sí, pues estaba bien señalizado con esqueletos de camellos y de otros animales, cuyos huesos blanqueados y blanqueándose lo definían a la perfección.»[1052]

Masson avanzó fatigosamente por aquel camino de huesos. Echaba de vez en cuando un vistazo atrás, «paralizado»,[1053] viendo cómo Quetta y los pasos de montaña que conducían a Afganistán se iban hundiendo con lentitud en el horizonte. Alejandro se le había

vuelto a escurrir entre los dedos.

La gente de Kalat y Quetta cuenta a menudo un acertijo que dice así: «Había una cosa buena en el mundo. Un enemigo la ha perseguido hasta expulsarla. Pasó por el camino a la luz del alba. Ahora, ni las plegarias ni las súplicas lograrán hacerla volver».

El enemigo es el tiempo.

Y esa cosa buena que ha expulsado del mundo, para no volver jamás, es la esperanza.[1054]

20 El hombre que pudo reinar

El 9 de marzo de 1841, hacia el final de la tarde, una extraña figura comenzó a subir los escalones de la Sociedad Asiática de Bombay. Llevaba la cabeza afeitada y envuelta en un turbante. Sus ropas eran indeterminadas: turcas, pensaron algunos.[1055] La gente se detuvo a mirar mientras Masson cruzaba por entre las blancas columnas dóricas y se adentraba en el fresco silencio del edificio de la Sociedad, una monstruosa construcción neoclásica que se alzaba sobre el puerto de Bombay.

Masson comprendió enseguida que, tras esa fachada imponente, en el aire flotaba poco más que polvo y chismes. «La Sociedad cuenta en efecto con una sala en la que hay anaqueles, y en ellos ha colocado unas cuantas momias, un par o tres de serpientes en tarros y un dios hindú o algo —suspiraba el *Bombay Times*—. No debe extrañarnos que los museos de Londres, Calcuta y puede que hasta más de un museo de algún condado de Inglaterra o Escocia aporten más información sobre los productos, las antigüedades y la historia natural de la India occidental que el de su propia capital.»[1056] Cuando Masson volvió a salir al aire vespertino, después de soportar un debate burocrático exquisitamente anodino, y de que le mostrasen la sala de maltrechas serpientes en conserva, se sentía como si también a él lo hubiesen encurtido y metido en un frasco.

El atardecer tiñe Bombay de dorado. Por un momento, el sudor y el esfuerzo del día se desvanecen, la brisa del mar sopla pura y fresca, y la ciudad se llena de risas y promesa. Mientras Masson fingía un educado interés antes las momias putrefactas de la Sociedad Asiática, la comunidad parsi de Bombay se reunía a unas cuantas manzanas de allí, en Marine Drive, el paseo marítimo, justo cuando el sol empezaba ya a hundirse bajo las olas. Iban todos vestidos de blanco, «montados, en carro, a pie, sentados en la hierba o en la orilla del mar».[1057] Los parsis habían llegado a la India desde Persia hacía más de mil años. Y habían traído consigo historias de Alejandro: relatos temibles, leyendas de un rey violento y despiadado, que no dejaba a su paso nada más que muerte y destrucción.[1058] Para la comunidad parsi, y para sus compañeros zoroastrianos, Alejandro era la encarnación del mal. No le importaba la montaña de cadáveres que tuviera que escalar para alcanzar sus sueños.

Incluso los autores griegos y romanos sabían que Alejandro Magno había hecho cosas terribles. Dejó la ciudad de Tebas totalmente arrasada, convertida en una ruina humeante, sin una sola

casa en pie. Tras la conquista de Tiro, masacró a todos los hombres en edad militar y vendió a las mujeres y a los niños como esclavos. «Para hacerse una idea de cuánta sangre se derramó basta con pensar que dentro de las murallas de la ciudad fueron pasados por las armas 6000 combatientes. A continuación, la ira del rey ofreció a los vencedores un fúnebre espectáculo: 2000 soldados que habían salvado la vida al agotarse el furor de la matanza fueron crucificados y permanecieron colgados a lo largo de un dilatado trecho del litoral.»[1059] Lo mismo ocurrió en Gaza: todos los hombres en edad militar fueron asesinados, y las mujeres y los niños, vendidos como esclavos. El gobernador persa de Gaza, Batis, se negó a suplicar por su vida, aun viendo como caía todo el mundo alrededor. «Yo doblegaré, sin embargo, su silencio —dijo Alejandro—, y si no puedo hacer otra cosa, al menos quebrantaré su mutismo con sus gemidos.»[1060] Así que sujetaron a Batis y le perforaron los tobillos. Luego le pasaron por los agujeros unas correas de cuero y, todavía vivo, lo ataron al carro de Alejandro y «fue arrastrado por unos caballos alrededor de la ciudad, vanagloriándose el rey de que, al infligir al enemigo un tal castigo, había imitado a Aquiles, del que él descendía».[1061] Sin embargo, había una diferencia importante: cuando Aquiles arrastró a Héctor por las murallas de Troya en la *Ilíada*, este ya estaba muerto.

Pero para los zoroastrianos había una atrocidad que caracterizaba, por encima de todas, la historia de Alejandro. La gran ciudad de Persépolis, capital del Imperio persa, se extendía por una meseta barrida por el viento al pie del monte de la Misericordia. Ningún ejército hostil había posado jamás la vista sobre ella, o se había atrevido a soñar con conquistarla. A lo largo de generaciones, la riqueza del vasto Imperio persa había afluido a Persépolis. La ciudad era, según el historiador griego Diódoro, «la más rica de las que están bajo el sol».[1062] Alejandro la conquistó, la saqueó y redujo el palacio real, el corazón ceremonial del imperio, a cenizas.

La leyenda zoroastriana cuenta que los textos sagrados de su religión se conservaban en la biblioteca palaciega de Persépolis, que ardió en el incendio de Alejandro. «Nuestra religión se difundió por el mundo durante trescientos años. Pero entonces el Espíritu del Mal instigó al perverso Alejandro —narraba el relato zoroastriano—. La Fortaleza de los Archivos salvaguardaba nuestra religión, nuestra tradición y nuestros textos sagrados, escritos en pergaminos de cuero de vaca y con tinta de oro. El enemigo, el malhechor, el descreído, el perverso Alejandro los robó y quemó [...] Y así la tradición se rompió en pedazos, y la duda, la incertidumbre y el desacuerdo aparecieron en el mundo.»[1063]

Muchos historiadores británicos celebraban el incendio de Persépolis. Sir Mortimer Wheeler se plantó en sus ruinas y se refirió al

incendio de Alejandro como «un faro en la historia de Asia».[1064] «Rastrear los vestigios de Persépolis equivale a explorar dos de los mayores logros de Alejandro —escribió—: la civilización sistemática de las regiones bárbaras orientales del antiguo Imperio persa, y la creación resultante de un continuo civilizado que atravesaba una multitud de naciones y culturas desde el Mediterráneo hasta el Ganges; un continuo que nunca ha llegado a romperse por completo.»[1065] Cuando los arqueólogos llegaron para excavar en Persépolis, descubrieron que el suelo del palacio estaba cubierto por una capa de ceniza de casi un metro de alto. Ese era el «continuo civilizado» de Alejandro: fuego y ruina.

Dos mil años después del saqueo de Persépolis, los parsis de Bombay siguen contando historias de aquel día. Han visto siempre, generación tras generación, las sombras que se ocultaban tras la grandeza de Alejandro, aun cuando otros no. «A dormir, o vendrá Alejandro y se te llevará», dicen los parsis a la hora de acostarse.

* * *

Mientras, en Kabul, «el segundo Alejandro» andaba inquieto. Burnes sabía que la ocupación británica no marchaba bien. «No tendría que haber venido jamás, ni tendría que haberme dejado complacer con palabras bonitas pero falsas», se lamentaba.[1066] «Se diría que su misión en Afganistán había consistido en cobrar un salario importante todos los meses y en dar consejos que nunca se seguían —escribió el historiador John Kaye—. Eso podría haberles bastado a muchos hombres, pero no a Burnes. Dijo que quería responsabilidades, y a las órdenes de Macnaghten no tenía ninguna.»[1067] Burnes temía que el poder de Shah Shujah se estuviese tambaleando, pero nadie se tomó la molestia de escucharlo. «Si de verdad quisieran la verdad, yo se la daría gratamente, sin embargo, lo que buscan es armonía, una coincidencia de pareceres; y yo puedo poner mucho de mi parte, pero mi consciencia no da tanto de sí como para aprobar esta dinastía. Eso sí, mamá, que quede entre nosotros.»[1068] «Tú quédate callado —se decía a sí mismo—, embólsate tu paga, no hagas nada más que lo que se te ordene y estarán la mar de satisfechos. Nos sacrificarán a ti y a mí, o a cualquiera, sin inmutarse ni un pelo.»[1069]

Masson llevaba ya más de un año esperando noticias sobre su libro. En los momentos más oscuros, esas páginas, que había embalado con tantísimo cuidado a principios de 1840 y había mandado a Londres con Pottinger, le habían dado esperanza: «Dependo de ellas para conseguir los medios con que proseguir mis viajes».[1070] Pottinger le había asegurado que el editor John Murray lo tomaría bajo su protección. «Sería de primerísima importancia para mí llegar a semejante acuerdo con un editor tan eminente como el señor Murray

—había respondido Masson—, tener la seguridad de que mis futuros manuscritos, al remitirlos a Inglaterra se entregarían en sus manos, al tiempo que podría estar tranquilo, por su conocida integridad, de que obraría para conmigo con la misma justicia que si estuviese yo presente para defender mis intereses.»[1071] Murray le había hecho ganar una fortuna a Burnes años antes; con una fracción siquiera de esa suma, Masson podría regresar a Afganistán y retomar la pista de Alejandro.

El manuscrito de Masson llegó al despacho de Murray el 11 de julio de 1840, cargado con sus esperanzas.[1072] Murray lo dejó aparcado durante meses, y luego lo rechazó.[1073]

Masson había escrito un ataque espeluznante e injurioso contra la invasión de Afganistán y los hombres que había detrás de ella. Dado que la ocupación parecía exitosa, ni Murray ni Pottinger creían que hubiese mercado para un libro furibundamente contra la guerra.[1074] Cuando el rechazo de Murray llegó al fin, a comienzos de 1841, Pottinger escribió que aquello dejaría a Masson devastado, «aunque creo que mi misiva lo habrá preparado hasta cierto punto para ello, puesto que le he señalado, desde el principio, que el estilo y el contenido de la mayor parte de su libro no encajan con el gusto del público lector de este país».[1075] En el apogeo de la obsesión británica por Afganistán, Murray silenció una de las críticas más feroces de la guerra.

Masson no supo nada de esto hasta que llegó a Bombay. Allí, en lugar de la suculenta suma de dinero y de los ejemplares recién impresos que esperaba que estuviesen aguardándolo, se encontró con una carta de rechazo. «Ningún editor respetable de Inglaterra publicará una obra (por su cuenta y riesgo) que desapruebe a cargos o medidas públicos —anunciaba—. Consideran, con razón, que esa es la labor de la prensa diaria, y que semejantes críticas están muy fuera de lugar en un libro de viajes.»[1076]

Masson había pasado más tiempo en Afganistán que todo el resto de británicos juntos, pero no tenía forma de hacer oír su voz. Stacy lo apremió a no esperar ni un momento más, y a trabajar con el primer editor que encontrase en Bombay. «Este retraso en la publicación de sus escritos le restan la mitad de su valor; aun así, confío en que se publiquen. Yo los habría impreso en Bombay... Es decir, su detención por parte de los brahuis y el encarcelamiento por parte de los ingleses, ¡dándole de comer pan del bazar y tripas de cordero!»[1077]

Por todas partes parecían correr rumores sobre él.[1078] «El informe de Bell acaba de llegar —escribía un funcionario de la Compañía de las Indias Orientales—, absolviendo por completo a Masson, declarando que no han existido nunca motivos de sospecha contra él, y recomendando que se le remunere por los inconvenientes y

molestias a los que tan injustamente ha sido sometido.»[1079]

Siempre que podía, Masson se escapaba de la comunidad británica de Bombay. Se enroscaba un turbante a la cabeza y cogía un bote para cruzar el puerto, lejos de los edificios blancuchos y los cuidados jardines de la ciudad colonial, hacia las colinas verdes y agrestes de isla Elefanta. Trepaba por las pendientes, por entre bosques de tamarindo y palmeras, grupos de monos descarados, hasta llegar a su refugio: las grutas de Elefanta, los antiguos templos hindús que coronaban la cima.

Los templos de Elefanta son una de las maravillas de la India. Dentro de las grutas, los ojos tardan un poco en acostumbrarse a la oscuridad, y entonces sus tesoros se aparecen nítidos a nuestro alrededor: esculturas de Shiva talladas en las paredes de roca, con un aspecto tan vivo que parecen esculpidas ayer mismo, pero que datan sin embargo de hace 1500 años, cuando Justiniano gobernaba todavía el Imperio romano desde Constantinopla. (La elefanta de piedra que dio su nombre a la isla se ha trasladado ahora por mar a un museo, donde le da silenciosamente la espalda a una estatua decapitada de lord Cornwallis.) Masson se pasaba horas sentado en las grutas, dibujando y soñando. El Bombay colonial, con sus campos de cricket y sus salones de baile, se había construido para mitigar la nostalgia de Gran Bretaña. Ahora bien, la que intentaba aplacar Masson era de signo muy distinto: era nostalgia del mundo que la Compañía de las Indias Orientales llamaba «extraño e incivilizado»[1080] y que él llamaba hogar.

Masson se sentía profundamente solo y perdido. No tenía ni idea de qué le depararía el futuro. Apenas tenía una rupia, y las puertas de Afganistán estaban cerradas para él. «Yo era humilde, y quise escalar —escribió un día, con pesar—. Descubrí que mi objetivo era vano. Lamenté la pérdida de sentido. Y deseé volver a ser humilde.»[1081] Diez años atrás, había emprendido la búsqueda de Alejandro. Ese empeño le había costado todo cuanto tenía.

Para los griegos, perseguir nuestros sueños más osados suponía arriesgarlo todo. El *póthos* no es solo nuestro deseo más intenso, sino también el más peligroso. El *póthos* de Alejandro acabó con él. Con treinta y dos años, murió en Babilonia el amo del mundo, convertido en un hombre roto. Masson se preguntaba si sus sueños lo habían devorado también a él.

Mientras, en Kalat, Stacy seguía buscando los cuadernos perdidos de Masson. La paz era cada vez más precaria: Nasir Khan seguía fugitivo, y la Compañía de las Indias Orientales empezaba a impacientarse. «Entre usted y yo —le dijo Stacy a Masson—, iré a ver al pobre muchacho yo solo.»[1082] A finales de junio, desafiando sus órdenes y medio esperando un disparo en la cabeza en cualquier

momento, Stacy llegó a caballo hasta la aldea en la que estaba refugiado Nasir Khan. «No desconfiamos de usted —le dijo uno de los asistentes de Nasir Khan, cuando por fin se convencieron de que no había ningún regimiento británico escondido tras la línea del horizonte—. Ha dejado atrás una casa cómoda y a sus amigos, y se ha reunido con nosotros, en mitad de la lluvia y el frío, a sufrir privaciones como nosotros mismos. Ha venido solo, sin un solo cipayo. Sentimos por tanto que es usted un hombre honesto y nuestro amigo.»[1083] Cuando Stacy se quedó a solas con el heredero de Kalat, Nasir Khan, exhausto y devastado, se derrumbó y «dio rienda suelta a sus lágrimas».[1084]

Unos días más tarde, Nasir Khan partió camino de Kalat, de nuevo solo. «Cuando se subió al caballo, [sus asistentes] sujetaron la brida y le dijeron: vaya a cualquier parte menos con los farangis. Pero no sirvió de nada —le explicó Stacy a Masson—. Les respondió: "Iré directo a Kalat. Si el coronel me mata, *kabul* (así sea). Si me encarcela, *kabul*. Si me sienta en el trono de mi padre, *kabul*. Me dirijo a mi destino".»[1085]

Más tarde, cuando todo hubo terminado y Nasir Khan estaba ya en el trono de su padre, un viejo guerrero de barba gris se llevó a Stacy a un aparte y le dijo: «Si no hubiese ido usted a buscar al khan, habríamos vuelto todos a nuestras montañas, y como no podíamos combatir en igualdad de condiciones, habíamos decidido que pararíamos todos los *daks* [mensajeros], atacaríamos todos los convoyes e incordiaríamos sus campamentos de todas las maneras posibles. Ni un solo cipayo habría podido cagar al otro lado de las puertas».[1086]

«Ahora que el khan está aquí —se decían las gentes de Kalat—, Masson *sahib* regresará.»[1087] Eso fue, al menos, lo que Stacy le contó a Masson: una indirecta tan sutil como el Himalaya. Stacy sabía dónde radicaba el mérito de su éxito: «Deje que le dé las gracias por su amable consejo —le escribió a Masson—. Le estoy agradecido, y debe estar usted satisfecho de que, siguiéndolo, haya logrado lo que el mundo decía que era imposible».[1088] Stacy creía que ya iba siendo hora de que su amigo pasara al primer plano: «En caso de que me destinasen a Kalat, ¿aceptaría usted plaza a mis órdenes? ¿Puedo pedirle al gobierno su nombramiento? ¿Con qué condiciones? ¿Con qué salario?».[1089] «Sería un sueldo escaso, una escasa remuneración, pero estaría usted entre amigos, y espero que feliz conmigo.»[1090]

No llegó ninguna respuesta de Bombay. Las cartas de Stacy, cada vez más perplejas y angustiadas, siguieron apilándose durante meses. «¿Cuánto tiempo seguirá callado? —le preguntó a Masson—. Todos sus amigos aquí están ansiosos por que vuelva con ellos. No pasa un solo día sin que pregunten por usted. Le ruego que responda.»[1091]

«¿Está usted en el mismo dichoso estado de indecisión que yo —probó de nuevo, semanas más tarde—, que no me ha escrito en ningún momento? Sabe Dios si la presente le encontrará en Bombay. Si así fuera, permítame rogarle que me escriba y me haga saber sus intenciones.»[1092] Pero Masson era incapaz de responder.

Se estaba sumiendo aún más hondo en la depresión. Sus acusaciones contra la Compañía de las Indias Orientales no habían llegado a ninguna parte: «Pasó un mes tras otro y nadie hizo el más mínimo caso».[1093] Y entonces, final y acartonadamente, le respondieron que «toda persona que sin un pasaporte apropiado, y sin credenciales, considere indicado comprometer su propia seguridad en países extraños e incivilizados deberá atenerse a los riesgos [...] de su imprudente y desautorizado proceder».[1094] No llegaría ningún dinero de Londres. Sus desgracias en Kalat lo habían dejado en la miseria, y en la miseria seguiría. Sin fondos, era imposible continuar con las excavaciones: incluso si conseguía llegar a Afganistán a pie, ¿cómo iba a poder avanzar sin medios para comprar una pala, o papel y pluma, o para pagar un techo bajo el que guarecerse? Estaba «paralizado».[1095]

Cada día le recordaba a Masson, de numerosas y desoladoras maneras, el poco poder que tenía.[1096] Solo veía una forma de reivindicar su historia, y estaba a medio mundo de distancia, en Londres. Allí quizás encontrara un editor dispuesto a apostar por su trabajo. Y allí, también, quizás tendría la oportunidad de avergonzar a la Compañía de las Indias Orientales de manera que cubriese al menos algunas de sus pérdidas en Kalat.[1097] «Estoy seguro de que, si optas por seguir adelante, la Junta [de Directores de la Compañía] te proveerá de la máxima compensación —lo animó Jephson—. No lo olvides, y tampoco permitas que los frutos de tus prolongados esfuerzos se pierdan por las veleidades de un loco y un idiota.»[1098]

Como no podía permitirse la travesía por mar hasta Gran Bretaña, Masson hizo planes para emprender el camino por tierra, a pesar de que no estaba para nada en condiciones de abordar un viaje tan duro y tremendamente largo. Uno de los pocos amigos que le quedaban en el gobierno intercedió por él y le consiguió una litera en uno de los barcos de la Compañía de las Indias Orientales. «Yo personalmente estaría dispuesto a dispensar más ayudas a este emprendedor viajero —le escribió su amigo—, pero me temo que no es posible.»[1099] No informaron a Masson del plan hasta que quedaban apenas unos días para embarcar. Con los dientes apretados, se mostró «agradecido» una última vez.[1100]

Después de veinte años en la India, le quedaba solo una semana para despedirse.

Apenas tenía nada que llevarse. Abandonaría la India con poco más de lo que había traído al llegar, aquel día de 1822 en que bajó

trastabillando del Duchess of Athol hasta el muelle siendo todavía el soldado James Lewis.

En Kabul, Macnaghten andaba también preparando el equipaje. Lo mandaban a Bombay, y habían nombrado a Burnes su sucesor. Gran parte de las tropas ocupantes tenía órdenes de regresar a la India. «Por fin en lo más alto —se regodeaba Burnes—. Aunque me temo que me nombrarán Residente, y no Enviado, lo cual es una pesadez. Pero mientras tenga poder y lleve las riendas, no me importa demasiado.»[1101] Con el entusiasmo, sus dudas y temores quedaron relegados.

Aun a cientos de kilómetros, en Bombay, Masson veía que las cosas en Afganistán no iban bien. Unos días antes de que zarpara su barco, trató de sacar algo en claro de las últimas noticias junto con el editor del *Bombay Times*, George Buist. Masson le señaló al doctor Buist «que era improbable que Burnes pudiese permanecer en Kabul sin tropas, y lo seguro que estaba yo de que encontraría motivos, pese a todo lo que había dicho, para retenerlas. Afirmé incluso que me sorprendería que se tolerara su presencia en Kabul con tropas». Los rumores de una rebelión inminente contra los británicos corrían como la pólvora, y Masson le dijo a Buist que «si tal cosa llegaba a suceder, podía tener por seguro que supondría la ruina de las fuerzas».[1102]

Masson no tenía modo de saberlo, pero la rebelión estaba estallando ya. Al frente estaba su viejo amigo y partidario, el hijo de Dost Mohammad, Akbar Khan. Una vez, Masson y Akbar Khan habían tomado el té en el palacio de Kabul, mientras se contaban historias. Con la ciudad a sus pies, se habían deslizado juntos en el pasado, examinando uno tras otro los tesoros de Bagram, deleitándose en la plácida belleza de esta o aquella pieza delicadamente esculpida. Ahora, Akbar Khan estaba decidido a enfrentarse a la Compañía de las Indias Orientales y recuperar su país:

> *Si te queda alguna historia auténtica,*
> *Acerca un asiento*
> *Y cuéntanos.*
> *Cuéntanos las batallas del joven león.*
> *Cuéntanos de Akbar, el héroe*
> *Que aplastó a los forasteros y los redujo a polvo.*[1103]

El 1 de noviembre de 1841, el vapor Berenice, de la Compañía de las Indias Orientales, se disponía a dejar Bombay. Los últimos paquetes de correo se cargaron a toda prisa, las calderas se llenaron de carbón, los amarres se soltaron y las dos enormes ruedas de paletas empezaron a girar. Masson vio cómo la tierra iba quedando atrás. El

fuerte y los astilleros. La amplia curva de Marine Drive. El mausoleo de Pir Haji Ali Shah, encaramado a una isla, con las olas rompiendo sobre el arrecife, largo e increíblemente estrecho, que la conecta a tierra firme. (El mausoleo, al que se ha sumado ahora el restaurante Haji Ali Juice Centre, sigue despidiendo a los viajeros que pasan disparados hacia el norte, camino del aeropuerto.) Las Torres del Silencio, donde generaciones de parsis de Bombay han dejado a sus muertos para que se los llevasen el viento, el sol y los buitres, en un último acto de caridad con el que devolver sus elementos a la tierra.

Masson temía que su historia terminase pronto. Quedaban solo unas pocas líneas. «Contén tus deseos y recuerda que la dicha que buscas con ellos es vana —escribió—. Es feliz aquel que feliz se considera. Vuelve a casa y sé humilde otra vez.»[1104]

En Kabul, «el segundo Alejandro» se preparaba para la gloriosa culminación de su historia. Pero no podía evitar sentirse inquieto. «Me he ido preguntando si estoy tan bien dotado para ostentar aquí el control supremo como me inclino a creer. A veces pienso que no, pero nunca he errado en el poder cuando me han dejado las manos libres. De lo que sí estoy plenamente convencido, no obstante, es de que no valgo para el segundo puesto.»[1105] Esa noche, mientras el vapor de Masson se alejaba de la costa, Burnes se encontró con su viejo amigo, el estudioso indio Mohan Lal, que le advirtió de que la ira contra los británicos estaba cogiendo una fuerza peligrosa. Burnes «se levantó de la silla, soltó un suspiro y dijo que él no sabe nada, pero que ha llegado el momento de que dejemos este país».[1106] «Me canso enseguida de los halagos —le confesaba a su diario—, y supongo que con el tiempo me cansaré también de la censura.»[1107]

Unas horas más tarde, Burnes se despertó en mitad de la noche. Estaban estallando revueltas por todo Kabul, y nadie sabía qué hacer. En lugar de entrar en la ciudad, el ejército británico no se movió de su cuartel, al otro lado de las murallas, y dejó que Kabul ardiera. Una turba rodeó rápidamente la casa de Burnes en el casco antiguo. Le prendieron fuego, y al poco las puertas estaban en llamas. Burnes trató de escapar por un lateral, envuelto en un lungi, pero lo reconocieron en cuestión de segundos y «lo agarraron entre cientos, y lo cortaron en pedazos con sus cuchillos». Mientras caía, y el mundo giraba a su alrededor, se alzó un clamor: «¡Aquí está Sikandar!».[1108]

Esa mañana, cuando Masson se despertó a bordo del Berenice, la India había desaparecido por el horizonte.

21 El farolero

El atardecer olía a hojas muertas.

Church Street, en Edmonton, es una calle cualquiera del norte de Londres, flanqueada de casas victorianas con la pintura blanca desvaída y grisácea. Los niños corren de vuelta a casa con las últimas luces, encorvados y abrigados, y pasan por delante del torreón de piedra de la All Saint's Church sin fijarse siquiera. Allí, tras una hilera de árboles, en una tumba sin nombre del camposanto, reposa eternamente Charles Masson.

Cuando salió de Bombay en 1841, Masson no tenía ni idea de que se encaminaba a una tumba anónima a las afueras de Londres. Tenía pensado regresar a Gran Bretaña, juntar fondos y volver a Afganistán para terminar su trabajo. El *Berenice* lo llevó de Bombay a Suez; desde ahí, a caballo, recorrió Egipto hacia el norte y hacia otra Alejandría: la más famosa de las ciudades de Alejandro, en la costa mediterránea, donde tomaría otro barco rumbo a Gran Bretaña.

El tiempo y la historia parecen distintos en Egipto. Masson había pasado toda una década desenterrando lo que era, para él, el pasado lejano: siguiendo los pasos de reyes y de relatos que se remontaban hasta Alejandro. Pero cuando este llegó a Egipto, la Gran Pirámide de Guiza tenía ya más de 2000 años. Quedaba tan lejos de los tiempos de Alejandro, como este de nosotros. Los autores griegos, tan seguros de la enorme antigüedad de su cultura, se llevaban a menudo un duro baño de realidad. Heródoto contaba con sorna cómo habían humillado a uno de sus rivales, Hecateo de Mileto, los sacerdotes de Tebas. Hecateo se jactó ante los sacerdotes de que su estirpe descendía, dieciséis generaciones atrás, de un dios. Los sacerdotes lo invitaron a entrar en su templo, y allí, explica Heródoto, «los sacerdotes de Zeus hicieron con él lo mismo que conmigo, aunque yo no les tracé la mía. Me introdujeron en el sagrario del templo, que era grande, y me fueron mostrando, al tiempo que los enumeraban, tantos colosos de madera como he dicho». Cada uno representaba a un antiguo sumo sacerdote del templo, pues era costumbre que, «en el transcurso de su vida, erigiera allí su propia estatua. Pues bien, al hacer su enumeración mientras me las iban enseñando, los sacerdotes me hicieron ver que cada uno de ellos era hijo, a su vez, de un sumo sacerdote; comenzaron su recuento por la estatua del que había muerto hacía menos tiempo hasta que, una por una, me las hubieron mostrado todas. Y cuando Hecateo les trazó su genealogía y la enlazó en decimosexto grado con un dios, se la rebatieron en razón del

número de las estatuas, sin aceptarle que un hombre hubiese nacido de un dios. Y le rebatieron su genealogía como sigue: afirmaron que cada uno de los colosos era un *pirómis* [hombre de bien] nacido de otro *pirómis*, hasta que le hubieron demostrado que los trescientos cuarenta y cinco colosos eran cada uno un *pirómis* nacido de otro *pirómis*·, y no los enlazaron con dios o héroe alguno».[1109]

En El Cairo, Masson se paseó por los antiguos bazares de la ciudad: un laberinto de vendedores voceando y montañas de tela, oro y especias, camellos y burros y viajeros con pinta de haberse perdido. Se ofrecía aquí a la venta, en un momento u otro, casi cualquier cosa imaginable, junto con otras cuantas que no han existido nunca oficialmente. Masson se mezcló con la multitud como un pez sumergiéndose de nuevo en el agua. Al poco andaba ya charlando con los tenderos y preguntándoles, como hacía siempre en Kabul, si sabían de alguien que vendiera monedas antiguas. Una de Alejandro Magno cayó enseguida en sus manos. Los mercaderes de El Cairo y de Guiza llevan en el negocio más de 4000 años: saben darle a la gente lo que quiere.

Masson alzó la moneda hacia la luz, como había hecho en Bagram tanto tiempo atrás, en los días de sus primeros descubrimientos, cuando la moneda de cobre que sacó aquel anciano había cambiado su vida para siempre. Los años de frustraciones no habían hecho ninguna mella en su naturaleza: salió de El Cairo no solo con la moneda de Alejandro, sino con 259 más.[1110]

Mientras Masson regateaba en El Cairo, Afganistán ardía. El 23 de diciembre de 1842, Akbar Khan mató a Macnaghten y lideró una revuelta generalizada que condujo al asedio de Kabul. Las fuerzas británicas, apostadas en el exterior de la ciudad, tuvieron la desgracia de estar al mando de uno de los peores militares de la historia del país: el aprensivo, balbuceante e hipocondríaco general William Elphinstone. Elphinstone estuvo reconcomiéndose una semana, y entonces, en lugar de entrar en Kabul, donde sus tropas podrían haber pasado el invierno protegidas por las murallas de la ciudad, ordenó la retirada hacia la India. Hombres y mujeres, los soldados y sus familias, los enfermos y los heridos, emprendieron el camino por entre las nieves en una columna larguísima e irremediablemente vulnerable. Años antes, cuando Masson había cruzado Afganistán en pleno invierno, de Bamiyán a Kabul, el viaje había estado a punto de matarlo, y eso contando con la hospitalidad afgana a lo largo del recorrido. Ahora, avanzando a trompicones hacia la India, el ejército de Elphinstone era presa fácil. En cuestión de días, de las miles de personas que habían partido de Kabul, todas, menos un solo hombre, habían muerto asesinadas o caído prisioneras.

A su vuelta a Gran Bretaña, Masson se encontró el país en plena

confusión. Los despachos que llegaban de Afganistán, a cual peor, se publicaban con grandes titulares en todos los periódicos. «Nunca jamás nos había tocado en desgracia comunicar a nuestros lectores una operación de inteligencia tan desastrosa como la que vamos a exponerles a continuación —decía el *Times*—. Nuestros peores temores en lo que respecta a la expedición afgana se han materializado. A lo largo de los últimos dos meses, se ha sucedido desastre tras desastre, y aún ahora seguimos en un estado de máximo nerviosismo e incertidumbre, temiendo que lo peor esté por llegar.»[1111] La noticia de la muerte de Burnes se había dado ya a conocer en Gran Bretaña, pero no se había vuelto a saber nada más de Kabul. El país aguardó durante semanas alguna noticia. Nadie sabía si Elphinstone y sus hombres estaban vivos o muertos, si eran los vencedores o los prisioneros. «Día tras día, semana tras semana, a lo largo del tiempo transcurrido desde que escribí por última vez, he estado buscando información verídica de Kabul, en vano. Los informes han ido llegando, uno tras otro, cada cual discrepando del anterior —contaba un corresponsal desde Bombay—. Seguimos pendientes con una zozobra que seguramente no tenga parangón en la historia de la India.»[1112] El 13 de enero de 1842, el único superviviente del ejército de Elphinstone, el doctor William Brydon, alcanzó la India. La verdad, resultó, era mucho peor de lo que todos habían imaginado.

La realidad británica, fría y gris, engulló a Masson.

No había forma de regresar a Kabul. Desde todos los rincones de Gran Bretaña y de la India se juraba una venganza sangrienta contra Afganistán. Los tiempos en los que vivía tranquilo entre sus amigos afganos habían terminado para siempre. La vida de viajes y exploraciones con la que había soñado ya no estaba a su alcance. Había quedado varado.

Masson había llegado a Afganistán como un cuentista ambulante, pero había salido de allí convertido en uno de los estudiosos más respetados de Asia. La gente de todo el mundo estaba esperando que les contase sus descubrimientos. Sin embargo, después de perder años de anotaciones en Kalat, era más fácil decirlo que hacerlo. Las piezas más espectaculares de Masson estaban todas en manos de la Compañía de las Indias Orientales, y H. H. Wilson, el bibliotecario de la Compañía, las tenía a buen recaudo. Cuando Masson regresó a Londres, descubrió que este había publicado ya un libro al respecto.

Wilson consideraba que la historia de Masson debía ser contada como siempre se había hecho: desde un sillón de Oxford, de la mano de alguien como él. Mientras Masson huía de Kalat y sobrevivía al trato del capitán Bean, Wilson había estado escribiendo. «Soy lo bastante malpensado para suponer que tal vez encuentre muchos de sus textos incorporados a la obra resultante del profesor Wilson —le

había escrito Stacy a Masson en el verano de 1841—. Imagino que ya se lo habrán comentado.»[1113] Pottinger le había hecho a Masson una advertencia similar años antes: «Wilson propone incorporar cualquier esbozo y cualquier fragmento de su diario que puedan encajar en la obra. Yo sigo siendo de la opinión de que nadie puede hacerlo mejor que usted mismo.»[1114]

Cuando llevaba leídas unas cuantas páginas del libro de Wilson, Masson empezó a pensar lo mismo. La obra, titulada *Ariana Antiqua*, era colosal y suntuosa: la Compañía de las Indias Orientales había corrido con todos los gastos. Pero, más allá de esto, no daba una. Sus años en Kabul le habían enseñado algo: que las divisiones tajantes entre Oriente y Occidentes jamás funcionaban. Wilson, por su parte, todo lo veía en términos de griegos frente a «bárbaros».[1115] «Yo alabo las instituciones de esos que usted tacha de bárbaros», escribió Masson.[1116] Él había visto culturas que se tendían la mano unas a otras, que aprendían unas de otras y trataban de entenderse. Wilson veía un mundo en el que Asia se sometía a la «civilización superior y la fe, más pura» del imperialismo británico.[1117]

El ejemplar de Masson de *Ariana Antiqua* está plagado de anotaciones a lápiz. Al principio, perplejas. Luego, incrédulas. Por último, furiosas. Cuanto más leía, más rabioso estaba. «Si existen o no ruinas en ella —decía Wilson de cierta región—, no ha habido oportunidad de averiguarlo.» Masson: «Hay ruinas».[1118] Wilson: «Una vasta extensión del país, que no conocemos todavía más que de un modo limitado, pues nunca ha sido explorada por europeos». Masson: «Ah, Wilson, eres un canalla».[1119] Wilson: «Que el señor Masson halló en Bagram». Masson: «No fue en Bagram».[1120] Wilson: «Una de las dos monedas incluidas en la colección de Masson». Masson: «Tengo muchas otras monedas así».[1121] Wilson: «Fácilmente identificable». Masson: «Basta, Wilson».[1122] Wilson: «En concordancia con menciones clásicas». Masson: «¡¡¡Menuda mentira!!!».[1123]

Masson veía, a medida que pasaba las páginas, cómo sus años de estudio concienzudo quedaban arrinconados. «¿Ha aprendido algo de C. M.?», se preguntaba Masson, con una mezcla de tristeza y orgullo herido.[1124] Con el corazón encogido, comprendió que Wilson le había robado su historia.

En abril de 1842, Masson encontró al fin a un editor dispuesto a apostar por su libro. Pero la oferta de Richard Bentley no alcanzaba para cubrir ni el trayecto de vuelta a casa en el autobús tirado por caballos, no digamos ya para proseguir con sus viajes. No recibió ni un penique de adelanto. Cualquier porción de los beneficios le llegaría solo «una vez descontados de los ingresos por las ventas los gastos de impresión, papel, anuncios, adornos, en su caso, y cualquier otro coste adicional, incluida una provisión del diez por ciento de los ingresos

brutos por las ventas, en concepto de comisión y de riesgos de impago».[1125] Era un pésimo trato a cambio del trabajo de toda una vida.

Aun así, Masson confiaba en poder convertir sus palabras en oro. La alquimia literaria, sin embargo, como otras clases de alquimia, es más complicada de lo que parece a primera vista. Por muy valiosos que sean los materiales, por mucha dedicación que se ponga en mezclarlos, por mucho cuidado con que murmuremos sobre ellos, el resultado está casi siempre teñido de decepción. El libro de Masson se publicó en el otoño de 1842. Su *Narrative of various journeys* ['Relato de diversos viajes'] guarda poco parecido con la obra que Masson había imaginado, y que sus amigos habían esperado, a lo largo de tantos años. En una proeza de alquimia inversa que habría abocado a la desesperación hasta a los ascetas de Kabul, había convertido el oro de sus aventuras en fango.

La imaginación de Masson lo había mantenido con vida durante toda una década, sus historias habían transformado los recelos en amabilidad, las dudas en confianza. Le habían dado de comer y le habían proporcionado ropa en alguno de los rincones más salvajes del mundo. Habían extraído oro del suelo y lo habían guiado hasta una ciudad perdida. Pero ahora, sus palabras habían perdido todo poder. «Su evidente falta absoluta de imaginación —se lamentaba el *Times*— hace que sus viajes resulten un tanto aburridos.»[1126]

Las puertas, una tras otra, se le fueron cerrando en las narices. La Compañía de las Indias Orientales se negó a contemplar ninguna compensación por su encarcelamiento injusto en Quetta.[1127] «Nos alegramos de que el señor Masson haya sido absuelto —escribió la Compañía al gobernador general en la India—, pero convenimos con usted en la opinión de que no tiene derecho a remuneración alguna.»[1128] (Jephson, el viejo amigo de Masson, se había mostrado convencido de que la Compañía de las Indias Orientales haría lo correcto.[1129] Pero el día de Navidad de 1844 encontró a «George Jephson, de Bankshall Street, en Calcuta, hasta hace poco de Jephson and Company», «preso en la cárcel de Calcuta»,[1130] encerrado por deudas pendientes y suplicando clemencia.)

Uno de los amigos de Masson escribió al Museo Británico sugiriendo que, dado que estaban teniendo dificultades para manejarse con sus colecciones asiáticas, «los Administradores del Museo podrían quizás tener en su mano la posibilidad de proporcionarle al público un auténtico beneficio mediante la contratación de un hombre extraordinario y de grandes méritos, Charles Masson»:

Desde que ha vuelto a Inglaterra, ha dedicado todo su tiempo y sus pensamientos a los mismos intereses, y a partir del estudio de unos cuantos especímenes [monedas] dañados y duplicados cuya devolución ha obtenido, previa solicitud, por parte de la Compañía de las Indias Orientales, ha logrado redactar diversos artículos que ha presentado ante la Sociedad Asiática y creo que algunas otras. Aquellos que le conocen, tienen la certeza de que en lo tocante al conocimiento de monedas antiguas procedentes de esa zona de Aria [los actuales Afganistán y Pakistán], y en general, de su historia antigua, no es posible encontrar otro hombre en Inglaterra que lo supere.

Si, por tanto, el Museo Británico pudiese encontrar un puesto para él en estos momentos, creo que supondría una enorme satisfacción para el señor Masson. Y si no hubiese tal puesto, me atrevería a decir que deberían crearlo. No es ningún favor lo que pido para el señor Masson, pues no entraña nunca ningún favor escoger al hombre más apto. Por otra parte, tengo entendido que el señor Masson no se encuentra en circunstancias acomodadas, y que depende principalmente de una mísera pensión. [...] Es un hombre muy modesto y reservado, un carácter inusual en estos tiempos que corren; alguien que persigue el conocimiento por el conocimiento mismo.[1131]

El Museo respondió insípidamente que «no se requieren los servicios del señor Masson».[1132]

Desde la primera vez que se enfundó el uniforme de la Compañía de las Indias Orientales como el soldado James Lewis, Masson había sabido siempre una cosa: a los hombres poderosos no les gusta que cuestionen su poder.[1133] Y su libro hacía justamente eso: la esperanza de que «aquellos que han abusado tan deliberadamente del poder conferido, y cuya imprudencia y desatino a la hora de lanzar al país a guerras desastrosas para su reputación, puedan recibir todavía su castigo»[1134] no fue muy bien recibida en los salones de las mansiones británicas. «[Masson] añade que sir A. Burnes se retiró de Kabul en desgracia —señalaba David, hermano de Burnes, echando humo—. Me gustaría preguntarle al señor Masson, ¿en qué circunstancias se *retiró* él de la Artillería de Bengala?»[1135]

Masson llegaba demasiado tarde. Había condenado la guerra afgana, y a los hombres responsables de esta, cuando la guerra gozaba de popularidad y esos hombres eran héroes. Pero su libro llegó cuando la guerra había terminado y los cuerpos estaban ya enterrados. Quedó como una muestra más de quisquilloso y perfecto análisis a posteriori. La prensa británica cambió de chaqueta tan pronto la cabeza de

Macnaghten se separó de su cuerpo. «Les recordamos a los ingleses el terrible historial que estaban acumulando en la India —afirmó el *Times*, cuando las noticias del desastre afgano llegaron a Londres—. Les advertimos que esas cosas no podían durar; que existían, por ejemplo, levantamientos nacionales generalizados, que no debían tomarse a la ligera.»[1136] Por descontado, la visión a posteriori de Masson era en realidad una visión anticipada: había vaticinado aquel desastre, pero nadie le había hecho caso.

Los historiadores despacharon a Masson como «en cierto modo, una de las primeras figuras en llegar al gran drama de Asia Central; con un papel, tal vez, de farolero, el que enciende las luces del proscenio y el escenario; uno de esos operarios que se afanan de aquí para allá antes de que alcen el telón y se llevan un aplauso burlón de manos ansiosas por emprender las ruidosas labores de la velada».[1137] J. A. Norris lo desterró con más crueldad todavía: un hombrecillo insignificante, «atormentado por el rencor personal»[1138] y «aferrado a las faldas del Ejército del Indo».[1139] «Ha hecho un daño enorme a la reputación de hombres más válidos», sentenciaba, despectivo.[1140]

A Harlan, en Estados Unidos, también lo arrinconaron. No se lo vio venir. Había vuelto a su país cruzando Egipto y Rusia de fanfarronada en fanfarronada. Antes de abandonar la India, recopiló un fajo de cartas de recomendación de misionarios estadounidenses, todos proclamando la moral cuáquera impecable y la honradez inquebrantable del «coronel Harlan». «Como misioneros y representantes de los cristianos americanos en países extranjeros —decía uno—, nos sentimos en la confianza de dirigirnos a usted y de recomendar a su amable atención a nuestro amigo el coronel J. Harlan de Filadelfia [...], edecán y general de brigada de Dost Mohammad, exemir de Kabul.»[1141] Antes de llegar a El Cairo, Harlan se ascendió a sí mismo, y se presentó al cónsul estadounidense como «general Harlan». Su nuevo pasaporte decía: «Estatura: metro ochenta. Frente: alta. Barbilla: prominente. Pelo: castaño oscuro. Piel: amarillenta».[1142] En San Petersburgo, Harlan atosigó a las princesas rusas[1143] y se congració con los partidarios estadounidenses del movimiento por la templanza, aun si predicar la «abstinencia total»[1144] del alcohol en el San Petersburgo del siglo XIX era, si acaso, una misión más quijotesca que la de convertirse en príncipe afgano.

Harlan desembarcó en Estados Unidos anticipando grandes cosas. Se recreó en la derrota de la expedición británica; esos hombres que se vanagloriaban de sus «hazañas valerosas a la altura de las victorias de Alejandro» estaban todos muertos o humillados.[1145] «Las calamidades de Inglaterra son las bendiciones de América», escribió.[1146] Sin embargo, sus historias «siguiendo los pasos de Alejandro»[1147] en Afganistán no servían para pagar las facturas en West Chester,

Pensilvania, y Harlan empezó a enredarse en un chanchullo tras otro, a cual más dudoso (¡camellos!, ¡maquinaria!, ¡uva!, ¡un regimiento propio en la Guerra de Secesión!, ¡el pleito que siguió al motín de este!).[1148] Murió en octubre de 1871. Entre sus pertenencias, los albaceas encontraron un boleto de la lotería estatal de Kentucky.[1149] Siguió creyendo en su buena estrella hasta el mismísimo final.

A medida que los meses se convertían en años, Masson se fue instalando en el antiguo modo de vida de la pobreza londinense: peleas con el casero, una casa demasiado lejos del centro para resultar cómoda, amigos que parecían siempre más ricos y exitosos que él, presupuestos que nunca terminaban de cuadrar.[1150] Richard Bentley, su editor, desarrolló una timidez repentina cada vez que Masson sacaba el tema de los royalties. Transcurrido más de un año, este le señaló que «un balance de las cuentas entre nosotros, hasta donde pueda hacerse, no estaría fuera de lugar. Dado que no he recibido ninguna respuesta a mi misiva, le planteo de nuevo la cuestión».[1151] La pobreza lo obligaba a agachar permanentemente la cabeza. Un día se sentó a escribir una carta, comenzó con «Mis disculpas»; lo tachó y escribió «Me disculpo por»; lo tachó también y escribió, con exasperación apenas disimulada, «Le ruego me disculpe (en caso de ser necesario)».[1152]

En 1844, tras años de extremo nerviosismo cuando estaba cerca de cualquier mujer que no tuviese varios centenares de años y estuvieran desenterrando en ese preciso momento, Masson, repentinamente, se casó. Su esposa, Mary Ann Kilby, tomó ese apellido que él se había sacado de la manga tanto tiempo atrás en la India, y pasó a llamarse Mary Ann Masson.[1153] Puede que a Masson le llevase un tiempo superar su cohibición con todo lo que tuviera que ver con sexo, pero su primer hijo nació seis años después, en 1850: Charles Lewis Masson. Una hija, Adelaide Masson, lo seguiría en 1853. La vida familiar de las afueras fue todo un desconcierto para él. Cuando intentaba escribir, tenía que colgar un aviso enorme y seguramente infructuoso: «Aquí es obligatorio guardar silencio».[1154]

Masson se subía de vez en cuando a un autobús tirado por caballos que lo llevaba traqueteando hasta el centro de Londres, a quince kilómetros al sur de Edmonton. El autobús lo dejaba en Holborn, en la misma esquina del Museo Británico. Allí podía sentarse en la sala de lectura, forrada de libros, con los famélicos estudiosos de la clase baja intelectual de Londres, y deambular por las galerías. Incluso en Londres, era difícil eludir la sombra de Alejandro. Una de las glorias de la colección del Museo Británico era el sarcófago del faraón Nectanebo II. Cuando lo descubrieron, muchos pensaron que se trataba del de Alejandro Magno.[1155]

Al atardecer, Masson salía con desgana del Museo y se subía otra

vez al autobús, atestado de oficinistas y dependientes del tres al cuarto, para hacer el largo camino de vuelta a casa.

Sus sueños eran siempre los mismos: su antigua casa en Kabul, y los frutos estivales de Afganistán. «¿Hay alguna manera de olvidar la felicidad de ese lugar? —escribió afligido Babur, el primer emperador mogol, de su amada ciudad—. Me trajeron hace poco un único melón de Kabul. Cuando lo abrí, y empecé a comerlo, me conmovió de un modo que apenas sé describir. Con cada bocado, lloraba.»[1156] Babur añoraba sus jardines; aquellos, para entonces descuidados y maltrechos, en los que Masson había pasado algunas noches felices de verano, con el aroma de las rosas impregnando el aire, viendo cómo los jóvenes jugaban a saltar al potro y escuchando a los cantantes y los cuentistas. En los inviernos gélidos de Londres, Masson recordaba las canciones que solía cantar —aquellos versos tristes y dulces de Hafez — en castillos y ciudades en la otra punta del mundo:

El amor me enseñó a hablar
Y desde ese día
Cada historia
Cada palabra mía
A los rincones del mundo llegó
Pero no digáis que soy sabio
Ni brillante
Ni sincero
Que yo me conozco
Y a mí no me engaña
Este Hafez no sabe nada de nada.
Masson no volvió jamás a Afganistán.

Murió el 5 de noviembre de 1853, de una «enfermedad del cerebro, indeterminada»:[1157] lo más cerca que puede llegar la lengua inglesa de una definición del *póthos*.

Uno no espera que la gente que descubre ciudades perdidas termine en una tumba perdida. Heinrich Schliemann, que desenterró las ruinas de Troya, se alza todavía, aun después de muerto, sobre la Atenas actual. Su tumba domina el Primer Cementerio de la ciudad, un pastiche neoclásico de uno de los templos de la Acrópolis. El mausoleo está presidido por un busto gigantesco del propio Schliemann, y rodeado de frisos que retratan sus excavaciones: Schliemann con un gorro de explorador, agitando un ejemplar de la *Ilíada* y depositando piezas en un carro. Se ha convertido en una de las atracciones turísticas más estrambóticas de la ciudad. En lo alto, su mensaje para el mundo, escrito en griego antiguo «Schliemann el

Héroe».

A Heinrich Schliemann le gustaban las historias inverosímiles aún más que a Charles Masson. Hoy en día, los estudiosos se dividen entre los que creen que era un mentiroso, y los que creen que era un «mentiroso patológico».[1158] Timó a los Rothschild con envíos dudosos de polvo de oro.[1159] Escribió un relato aterrador explicando cómo había sobrevivido al gran incendio de San Francisco de 1851, pese a que en ese momento no estaba ni mucho menos en la ciudad.[1160] Cuando descubrió un alijo de oro y objetos preciosos en Troya, lo bautizó como «el tesoro de Príamo», en honor al rey legendario (pero el tesoro no tenía nada que ver con él). Una diadema y algo de oro pasaron a ser «las joyas de Helena» (tampoco tenían nada que ver con Helena). Schliemann cubrió de joyas a su mujer, Sophia, y la hizo posar frente a la cámara. Aquella se convirtió en una fotografía emblemática.

Schliemann no era un excavador sutil: él prefería la dinamita. Al igual que en Bagram, el emplazamiento de la antigua Troya tenía muchas capas: ciudades construidas unas sobre otras. Schliemann estaba seguro de que las capas más antiguas eran la ciudad de Homero, y voló todo lo que encontró en su camino. Por desgracia, las capas más antiguas de Troya resultaron ser de comienzos de la Edad de Bronce, mil años antes de que hubiese podido tener lugar ninguna guerra troyana histórica. No fue un error pequeño: equivaldría a situar el reinado de la reina Victoria en 2837 en lugar de en 1837. A Schliemann se lo considera el descubridor de la Troya de Homero pero, en realidad, la destruyó. La capa más cercana a la ciudad de los tiempos de Homero quedó reducida a polvo y escombros.

Hoy en día, en el Neues Museum de Berlín, un pequeño busto de bronce de Schliemann supervisa todos los movimientos desde un puesto de honor. Nadie recuerda su doctorado plagiado. Las mentiras y el expolio se despachan sin miramientos. El oro de Troya sigue llevando un rótulo en el que dice «El Tesoro de Príamo». La fotografía de Sophia Schliemann enjoyada nos sigue observando desde la pared. Las galerías no llevan por nombre «Troya», sino «La Troya de Schliemann».

Muchas de las historias épicas de descubrimientos arqueológicos son también historias de fraudes. Todos los años, más de un millón de visitantes acuden en tropel al palacio de Cnosos, en Creta: hogar del Minotauro, aquel ser temible, mitad hombre, mitad toro, de la mitología griega, y laberinto imposible de Dédalo. Nadie informa a los turistas de que el lugar no es obra de Dédalo y sus artesanos, sino de sir Arthur Evans y de su cuadrilla de obreros del siglo XX.[1161] No hay prácticamente nada que sea original. Evans y sus hombres, en palabras de Evelyn Waugh, «han moderado su entusiasmo por una

reconstrucción exacta con una predilección un tanto inapropiada por las portadas de *Vogue*».[1162] El palacio de Minos es una obra maestra de *Art Déco* y hormigón armado.[1163]

Evans es otra de las grandes estrellas de la historia de la arqueología, alabado en el mundo entero por sus descubrimientos. Rara vez se menciona que muchos de sus artesanos trabajaban dos turnos, el primero, restaurando antigüedades minoicas; el segundo, falsificando antigüedades minoicas. Uno de ellos, para gran apuro de Evans, hizo una espectacular confesión en su lecho de muerte:

> «*Estoy a punto de morir, así que puedo contarlo, pero durante años he estado colaborando con George Antoniou, el joven que trabaja conmigo para Evans, falsificando antigüedades [...] George es una sabandija y no puedo con él, así que he estado esperando a que llegara este momento para delatarlo. Vayan directos a su casa y encontrarán allí todas las falsificaciones y nuestro taller de producción.*»
>
> *Los policías fueron para allá, hicieron una redada y encontraron exactamente lo que el hombre había dicho. Le pidieron a Evans que fuese a mirar, y yo no he visto en la vida una colección de falsificaciones tan prodigiosa como la que habían reunido esos tipos.*

Había piezas en cada punto del proceso de fabricación. Por ejemplo, hacía poco la gente había quedado pasmada ante lo que llamaban estatuillas criselefantinas de Creta, unas estatuillas de marfil con adornos de oro [...]. Estos hombres estaban decididos a hacer algo por el estilo, y lo tenían todo: desde el colmillo de marfil tal cual, a una talla tosca de la figura, luego maravillosamente terminada, y por último rematada con oro. A continuación, sumergían la pieza entera en ácido, que corroía las partes blandas del marfil y le daba el aspecto de llevar siglos enterrado. ¡Y no vi que nadie fuese capaz de detectar la diferencia![1164]

Puede que las ruinas recién forjadas de Cnosos sean tan auténticas como la atracción del Minotauro de un parque temático, pero la estatua heroica de Evans ahí sigue, dando la bienvenida a los visitantes a su «laberinto de hormigón».[1165] Con esa media sonrisa de un hombre que ha logrado irse de rositas.

Para Masson no se levantó ninguna estatua. No se erigieron mausoleos de mármol. No nos ha llegado siquiera ningún retrato suyo. Godfrey Vigne, aquel explorador inglés que había estado bebiendo brandy con Masson en Kabul, le pintó uno en 1836. Aunque tan pronto estuvo terminado, Akbar Khan insistió en quedárselo. Vigne

mandó una nota a casa de Masson: «El hijo del emir está aquí y afirma que debe venir usted —le decía—. Se ha apropiado de su retrato en cuanto lo ha visto».[1166] En el caos que siguió a la invasión británica de Afganistán, el retrato se perdió. Y nunca más volvió a aparecer.

Masson se preguntaba a menudo si sus años de viajes habían servido para algo o si no habían sido más que una labor de tontos. ¿Era él el tonto? ¿Había seguido a Alejandro durante años solo para volver con las manos vacías? ¿Era Bagram Alejandría o no? Masson murió dejando la historia de su búsqueda de Alejandro Magno, su última historia, inacabada.

* * *

Pero la historia de Alejandro siempre estará inacabada.

Hoy en día, Alejandría del Cáucaso sigue siendo un enigma: puede que esté enterrada bajo la base aérea de Bagram, bajo las ruinas de un cuartel soviético, un antiguo centro de tortura de la CIA y una montaña de cajas de Pizza Hut procedentes de la base estadounidense actual. Ciertamente, si Alejandría no está en Bagram, no puede quedar muy lejos.[1167] «El número inmenso de monedas y reliquias descubiertas por el señor Masson en Bagram —afirmaba el historiador del siglo XIX George Grote— aporta pruebas más sólidas para identificar dicho emplazamiento con el de Alejandría [...] que las que pueden presentarse a favor de cualquier otra localidad.»[1168]

Alejandro Magno sigue permeando los sueños de muchos en Afganistán. «A media hora en coche de donde me encuentro, en el cuartel general de las Fuerzas Especiales situado en la Base Aérea de Bagram —decía un oficial estadounidense en 2009—, se extiende el cementerio de, literalmente, un imperio de tanques soviéticos oxidados, vehículos de combate acorazados, camiones, artillería y demás unidades averiadas que ocupa una franja de kilómetros allí donde la falda del Hindú Kish linda con la llanura de Shomali. En las inmediaciones, enterrado a gran profundidad, está el campamento base desde el que Alejandro Magno lanzó sus invasiones de Asia Central y la India.»[1169]

¿Cómo se consigue escribir la historia? Prestad atención y descubriréis algo muy importante. A menudo, no se lo debemos a ningún académico sentado en una biblioteca, sino a alguien como Masson, una figura extraña y formidable abriéndose paso entre la nieve para perseguir un sueño imposible. El conocimiento, tal como lo sostenemos hoy día entre nuestras manos, no proviene solo del estudio y los experimentos, de datos y ecuaciones: también está hecho de historias.

La Galería Hotung del Museo Británico es un espacio luminoso, de techos altos, lleno de diosas hindús de una belleza inconcebible,

cerámica china y budas delicadamente tallados. Cuenta lo que, en palabras del director del museo, es la «historia interconectada del mundo»,[1170] la historia a la que Masson dedicó su vida. En una esquina, el titán griego Atlas sostiene una estupa budista. Bajo una ventana, Vajrapani, un bodhisattva, o discípulo de Buda, aparece vestido con la piel de león de Hércules.[1171] Monedas de toda Asia, muchas de ellas de Masson, se mezclan con dioses indios y griegos. En un lugar de honor, destellando a la luz de la tarde, encontramos el pequeño relicario de oro que Masson descubrió en uno de sus días más felices en Afganistán, y al que la conservadora, la doctora Sushma Jansari, se refirió hace poco como «una de las piezas más importantes de todo el Museo Británico»:[1172] el Relicario de Bimaran.

Durante gran parte del siglo XIX, los hallazgos de Masson quedaron abandonados en los almacenes y vitrinas de la Compañía de las Indias Orientales, pero en 1878, unos años después de que el poder en la India pasara de la Compañía al gobierno británico, la colección de Masson se transfirió al fin al Museo Británico.[1173] Los conservadores, que esperaban encontrar un tesoro oculto, quedaron desolados al descubrir que muchas de las piezas más importantes habían desaparecido, que las etiquetas «pocas veces estaban en las bandejas correctas» y que todo estaba absolutamente revuelto. Se habían perdido miles de artículos de Masson. Y otros tantos habían acabado subastados por la Compañía de las Indias Orientales. «Es una verdadera lástima que parte de la colección de Masson, al parecer, se haya dispersado —informó el museo—, dado que posee gran valor histórico.»[1174] «Puede que algunos de estos objetos acaben por aparecer —escribió, esperanzado, uno de los conservadores—. Creo que deben de estar en algún cajón.»[1175] En 1995, aparecieron inesperadamente 6500 monedas de Bagram en la Biblioteca Británica. En 2007, 500 más.[1176]

Reunir de nuevo la colección de Masson ha llevado más de un siglo,[1177] pero hoy, gracias a los conservadores del Museo Británico, los hallazgos de Masson se han podido catalogar al fin, y se tiene de ellos una comprensión más exhaustiva que nunca. Revelar la labor de toda su vida se ha convertido para otros en la labor de sus propias vidas.[1178] El «humilde» farolero arrojó más luz de la que jamás osó imaginar, y sus candiles arden con más fuerza cada día.[1179]

Alejandro nunca llegó a los mismísimos confines de la tierra. Masson nunca descubrió su ciudad perdida. No todo empeño logra su objetivo. Pero tanto Alejandro como Masson descubrieron una cosa: cuando perseguimos nuestros sueños más inalcanzables, está en nuestro poder cambiar el mundo.

* * *

En el verano de 1842, todas las miradas de Londres se volvieron hacía el Panorama de Robert Burford. Era una de las curiosas maravillas de la época, un cilindro gigantesco que se alzaba sobre las callejuelas y los teatros de Leicester Square. Los visitantes entraban a la construcción por un túnel largo y oscuro que se iba enroscando hacia arriba hasta llegar a una plataforma que ocupaba el centro del cilindro. Y, entonces, de repente, asomaban a otro mundo, sus ojos topaban con una ciudad desconocida, o una cordillera, o una sangrienta batalla. La luz iluminaba vacilante una pintura inmensa, que cubría la pared circular en todas direcciones. No se parecía a nada que hubiesen experimentado antes: era como atravesar un plano y aparecer dentro de la película. Algunos visitantes vomitaban nada más entrar.[1180]

Aquel verano, Afganistán llegó a Londres. Cuando emergían de la oscuridad, los visitantes del Panorama se encontraban los baluartes de Kabul alzándose sobre ellos. Los londinenses estaban sobrecogidos. «Nunca nos ha gustado más un panorama que este de Kabul, pintado por el señor Burford —escribía un periodista—. La ciudad se ve desde un promontorio, con las afueras a los pies del espectador; y las montañas, que se elevan alrededor hasta una altura imponente, con el Hindú Kush, coronado de nieve, a lo lejos.»[1181] Al pie de las montañas, junto al río Kabul, Dost Mohammad estaba reunido con su corte. Burnes aparecía también, y Vitkévich, y Akbar Khan —cuya «atractiva persona, y cuya expresión franca y masculina» dejó a las damas de Londres embelesadas—[1182], y el «Campeón de Lucha de Kabul», posando en lo alto de una roca.[1183] Peregrinos, soldados y gente tomando el té se arremolinaban de punta a punta. Y, sentado a la derecha de Dost Mohammad, resplandeciente con su turbante, estaba Masson.[1184]

Burford había pedido a Masson que lo asesorara con el Panorama, junto con Godfrey Vigne, pintor de aquel retrato de Masson que Akbar Khan había querido quedarse. Deseaba mostrar la historia definitiva de Kabul: ricos y pobres, vivos y muertos, todos aparecerían en la tela. Vigne y Masson compusieron la escena a partir de un mosaico de pinturas y bocetos más pequeños.[1185] Para Dost Mohammad, recurrieron a una acuarela de James Atkinson: en ella, el emir posaba reclinado en una alfombra, bajo un parasol, departiendo con tres miembros de su corte. Masson y Vigne conservaron a Dost Mohammad, la alfombra, el parasol y a uno de los cortesanos.[1186] En lugar de los otros dos, pusieron a Masson, tumbado en un cojín.

Burford vendía a los visitantes una «explicación» de su Panorama: una guía con una leyenda de la escena. La figura 67 es el «Sr. Masson».[1187] Ese es el único retrato de Masson que ha sobrevivido: un generoso turbante, una franja de barba. Pero a diferencia de en el

Panorama en sí, las caras de la guía están en blanco. Cuanto más nos acercamos a mirar a Masson, menos vemos.

El día que el Panorama se abrió al público, Masson subió a la plataforma, sin que la multitud entusiasmada y parlanchina que lo rodeaba reparase en él. Salvo decepciones, los últimos dos años no le habían reportado mucho más. Pero por una última vez, allí, contemplando las montañas y los tejados de Kabul, se sintió en casa.

En la tela del Panorama, metido en su historia, Masson sonreía.[1188]

Fuentes y referencias

UN DÍA de invierno, en Londres, me encontraba en una biblioteca. Hasta ahí normal. Estaba intentando contener las lágrimas. Eso ya no lo era tanto.

Como aquello era Londres, en seguida me lanzaron miradas fulminantes. Un hombre chasqueó la lengua para sí. Una señora murmuró algo que sonó bastante parecido a «Hay cada uno...». Hay pocos pecados británicos peor vistos que el de mostrar emoción en una biblioteca. Si hubiese entrado en cueros seguramente no habrían mostrado tanta desaprobación.

Yo llevaba años detrás de una historia: un relato sobre Alejandro Magno, un explorador y una ciudad perdida. No había dejado de visitar archivos, desde Nueva Delhi hasta Pensilvania. Y entonces, ese día en Londres, abrí una caja polvorienta como cualquier otra y al fin vi a Charles Masson con claridad: borracho en un callejón de Karachi, maldiciendo al mundo a voz en grito y escribiendo, escribiendo, y escribiendo.

Gran parte del mundo de Masson continúa vivo hoy en día, en modos que eluden las notas al pie. La arena del desierto cubren las mismas casas, los camellos rumian y escupen en las esquinas de las mismas calles, y los soldados de las llanuras de Afganistán siguen contando las mismas historias sobre Alejandro Magno. Las huellas de la búsqueda de Alejandro que emprendió Masson se extienden por todo el mundo. Las fuentes que enumero aquí son algunas de las notas al pie que quedan.

A pesar de los denodados esfuerzos de prácticamente todos los implicados, esta ha sido una historia verídica.

NOMBRES

La gente del siglo XIX estaba de acuerdo en muy pocas cosas, y cómo escribir los nombres afganos no era una de ellas. Kabul, dependiendo del autor, puede aparecer también como Cabool, Cabul o Kabal (entre otras posibilidades). Y a las personas no les va mucho mejor: Shah Shujah padeció más variantes ortográficas en su nombre que intentos fallidos por recuperar el trono. En pos de la claridad, por tanto, se ha unificado la grafía de los nombres a lo largo del texto.

ARCHIVOS

La inmensa mayoría de las piezas arqueológicas que se conservan están en el Museo Británico. Gracias a décadas de trabajo por parte del Proyecto Masson, encabezado por la doctora Elizabeth Errington, están ya totalmente catalogadas y se pueden examinar en las salas de estudio del museo, o consultar en la base de datos online: <https://www.britishmuseum.org/collection>.

La Biblioteca Británica guarda la mayoría de los manuscritos de Masson. Que la colección sea tan extensa, teniendo en cuenta la frecuencia con la que Masson perdió todo cuanto tenía, es algo milagroso. Hay esbozos y diarios, notas de felices descubrimientos y cartas llenas de furia desconcertada. «Soy consciente de que gran parte, la mayor parte, de hecho, no es inteligible para nadie más que para mí», escribió el propio Masson.[1189] La biblioteca ha hecho un esfuerzo titánico por imponer algún orden al caos, pero los volúmenes saltan aun así de un año a otro, de un lugar a otro, aparentemente a su antojo. La mayoría de fondos de la biblioteca están catalogados con los códigos MSS Eur. A.31, B.98 – 101, C.90, D.441 – 2, E.161 – 70 y F.61 – 5, y se pueden consultar mediante una herramienta maravillosamente idiosincrática, el *Catalogue of European MSS*, volumen II, disponible en la Sala de Lectura de Estudios Asiáticos y Africanos de la biblioteca, que posee también numerosos documentos de la Compañía de las Indias Orientales: las referencias específicas se van aportando a lo largo del texto, pero la serie de las Consultas Secretas de Bengala [Bengal Secret Consultations], un compendio de los actos más turbios de la Compañía, es particularmente valiosa.

Los Archivos Nacionales de la India, en Nueva Delhi, y los Archivos del Punyab, en Lahore, contienen piezas importantes del puzle, sobre todo en lo tocante a la invasión de Afganistán por parte de la Compañía de las Indias Orientales. La correspondencia de Masson con Henry Pottinger está repartida entre la Biblioteca Británica y los Archivos Nacionales de Londres, donde se conserva con los documentos del Departamento de Exteriores (Foreign Office Papers) bajo el código FO 705/32. Los vestigios escritos de Josiah Harlan —tan llenos de ardides como él mismo— se encuentran en la maravillosa Chester County Historical Society de West Chester, Pensilvania. El diario de Alexander Burnes está en la colección del Worcester College de Oxford. Entre los documentos de Henry Rawlinson, en la Royal Geographical Society, vemos a Masson en sus momentos más bajos, y en el archivo de John Murray, disponible en la National Library of Scotland, encontramos la historia de sus desventuras en el mundo de la edición.

BIBLIOGRAFÍA

AL-NADIM, Ibn, trad. de B. Dodge, *The Fihrist of al-Nadīm: a tenth-century survey of Muslim culture*, Columbia University Press, Nueva York, 1970.

Alram, M., y D. E. Klimburg-Salter, *Coins, Art and Chronology: Essays on the pre-Islamic History of the Indo-Iranian Borderlands*, Österreichische Akademie der Wissenschaften, Viena, 1999.

Anón., *A Brief Memoir of an Officer of the Bengal Artillery*, L. B. Seely, Londres, 1834.

Anón., *Accounts and Papers of the House of Commons, Session, 5 February-27 August 1839*, House of Commons, Londres, 1839.

Anón., *Afghanistan: Ancient Land with Modern Ways*, Ministry of Planning of the Royal Government of Afghanistan, Kabul, 1961.

Anón., *Alphabetical catalogue of the contents of the pre-mutiny records of the commissioner in Sind*, Commissioner's Printing Press, Karachi, 1857.

Anón., *Correspondence Relating to Persia and Affghanistan*, J. Harrison, Londres, 1839.

Anón., *Parliamentary Papers, Session 2, 31 May-13 August 1859*, House of Commons, Londres, 1859.

Anón., *Return to an order of the Honourable the House of Commons, dated 24 June 1839: Accounts of all monies supplied from the revenues of India*, Londres, 1839.

Anón., *The Bengal and Agra Annual Guide and Gazetteer for 1841*, William Rushton and Co., Calcuta, 1841.

Anón., *The Law Relating to India and the East India Company*, W. H. Allen, Londres, 1842.

Anón., *The Policy of the Government of British India, as exhibited in Official Documents*, W. H. Allen, Londres, 1839.

Ata-Malik Juvaini, Alā' al-Dīn 'Aṭā Malik, trad. de J. A. Boyle, *Genghis Khan: The History of the World Conqueror* [*Tarīkh-i Jahān-gushā*], Manchester University Press, Manchester, 1997.

Atkinson, James, *Sketches in Afghaunistan*, H. Graves, Londres, 1842.

—*Character and Costume of Affghanistan*, H. Graves, Londres, 1843.

Babur, Zahiruddin Muhammad, trad. de Wheeler M. Thackston, *Baburnama*, Folio Society, Londres, 2013.

Badian, E., *Alexandre le Grand, image et réalité*, Fondation Hardt, Ginebra, 1976.

Ball, Warwick, y Jean-Claude Gardin, *Archaeological Gazetteer of Afghanistan*, Recherche sur les civilisations, París, 1982.

Barr, William, *Journal of a March from Delhi to Peshâwur: And from Thence to Câbul, with the Mission of Lieut.—Colonel Sir C.M. Wade*, J. Madden, Londres, 1844.

Birdwood, G. C. M., *The Industrial Arts of India*, Chapman and Hall, Londres, 1880.

Blakiston, John, *Twelve Years' Military Adventure in Three Quarters of the Globe*, Henry Colburn, Londres, 1829.

Bloss, C. A., *Ancient History, illustrated by colored maps, and a chronological chart, for the use of families and schools*, Clark and Maynard, Nueva York, 1869.

Bopearachchi, O., *Monnaies gréco-bactriennes et indo-grecques*, Bibliothèque nationale, París, 1991.

Buist, George, *Outline of the operations of the British troops in Scinde and Afghanistan*, Times Office, Bombay, 1843.

Burford, Robert, *Description of a view of the city of Cabul, the capital of Affghanistan, with the surrounding country, now exhibiting at the Panorama, Leicester Square*, G. Nichols, Londres, 1842.

Burgon, John William, *Petra, a Poem: To which a Few Short Poems are Now Added*, F. Macpherson, Oxford, 1846.

Burnes, Alexander, *Travels Into Bokhara: Being the Account of a Journey from India to Cabool, Tartary, and Persia*, John Murray, Londres, 1834.

—*Cabool: A Personal Narrative of a Journey To, and Residence in that City, in the Years 1836, 7, and 8*, John Murray, Londres, 1843.

Burnes, James, *Notes on his name and family*, impreso para circulación privada, Edimburgo, 1851.

Byron, Lord, *The Works of Lord Byron: Including the Suppressed Poems*, A. & W. Galignani, París, 1828. [Trad. cast: «En defensa de los ludditas», en David Noble, *Una Visión diferente del progreso: en defensa del luddismo*, Alikornio, Barcelona, 2000.]

Clarke, Edward Daniel, *The Tomb of Alexander, a Dissertation on the Sarcophagus brought from Alexandria, and now in the British Museum*, Cambridge University Press, Cambridge, 1805.

Cohen, Getzel M., *The Hellenistic Settlements in the East from Armenia and Mesopotamia to Bactria and India*, University of California Press, Berkeley, California, 2013.

Cotton, Julian James, *General Avitabile*, Edinburgh Press, Calcuta, 1906.

Creevey, William, ed. por Sir Herbert Maxwell, *The Creevey Papers: A selection from the correspondence and diaries of the late Thomas Creevey, M.P.*, John Murray, Londres, 1903.

Creighton, J. N., *Narrative of the Siege and Capture of Bhurtpore*, Parbury, Allen and Co., Londres, 1830.

Crowe, Thomas Rain, *Drunk on the Wine of the Beloved: 100 Poems*

of Hafiz, Shambhala, Londres, 2001.

Dalrymple, William, *Return of a King: The Battle for Afghanistan*, Bloomsbury, Londres, 2013 [Trad. cast. de Alba María Villar: *El retorno de un rey: Desastre británico en Afganistán 1839 – 1842*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2021.].

—*The Anarchy: The Relentless Rise of the East India Company*, Bloomsbury, Londres, 2019.

Eden, Emily, *Up the Country*, Richard Bentley, Londres, 1867.

Edwardes, Herbert Benjamin, *Life of Sir Henry Lawrence*, Smith, Elder, Londres, 1872.

Egan, Pierce, *Life in London: Or, The Day and Night Scenes of Jerry Hawthorne, Esq., and His Elegant Friend Corinthian Tom*, Sherwood, Neely, and Jones, Londres, 1822.

Elliot, Henry Miers, *The History of India, as Told by Its Own Historians*, Trübner and Co., Londres, 1871.

Elphinstone, Mountstuart, *An Account of the Kingdom of Caubul, and Its Dependencies in Persia, Tartary, and India: Comprising a View of the Afghaun Nation, and a History of the Dooraunee Monarchy*, Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown, Londres, 1815.

Errington, Elizabeth, *Charles Masson and the Buddhist sites of Afghanistan: explorations, excavations, collections 1832 – 1835*, British Museum Press, Londres, 2017.

—*The Charles Masson Archive: British Library, British Museum and Other Documents Relating to the 1832 – 1838 Masson Collection from Afghanistan*, British Museum Press, Londres, 2017.

—Vesta Sarkhosh Curtis y Joe Cribb, *From Persepolis to the Punyab: Exploring ancient Iran, Afghanistan and Pakistan*, British Museum Press, Londres, 2017.

Eyre, Vincent, *Military Operations at Cabul, which Ended in the Retreat and Destruction of the British Army, January 1842*, John Murray, Londres, 1843.

Forrest, George, ed., *Selections from the travels and journals preserved in the Bombay secretariat*, Government Central Press, Bombay, 1906.

Fraser, P. M., *Cities of Alexander the Great*, Clarendon Press, Oxford, 1996.

Gere, Cathy, *Knossos and the Prophets of Modernism*, University of Chicago Press, Chicago, 2010.

Grey, C., y H. L. O. Garrett, *European Adventurers of Northern India, 1785 to 1849*, Languages Department, Patiala, 1970.

Grote, George, *History of Greece*, John Murray, Londres, 1856.

Hackin, J., y J. Carl, *Nouvelles recherches archéologiques à Bâmiyân: Mémoires de la Délégation Archéologique Française en Afghanistan*, G. Van Oest, París, 1933.

Haghe, Louis, y Charles Haghe, basándose en James Atkinson, *Sketches in Afghanistan*, Henry Graves, Londres, 1842.

Harlan, Josiah, *Central Asia: Personal Narrative of General Josiah Harlan, 1823 − 1841*, Luzac and Co., Londres, 1939.

—A memoir of India and Avghanistaun, with observations on the present exciting and critical state and future prospects of those countries, J. Dobson, Filadelfia, 1842.

Hiebert, Fredrik, y Pierre Cambon, *Afghanistan: Crossroads of the Ancient World*, British Museum Press, Londres, 2011.

Higuchi, Takayasu, バーミヤーン: 京都大学中央アジア学術調査報告: アフガニスタンにおける仏教石窟寺院の美術考古学的調査 1970 − 1978 年 / 樋口隆康編 [*Bāmiyān: Kyōto daigaku chūō ajia gakujutsu chōsa hōkoku: Afuganisutan niokeru bukkyō sekkutsu jīn no bijutsu kōkogakuteki chōsa 1970 1978nen*], Dōhōsha Shuppan, Kioto, 1983 − 1984.

Honigberger, Johann Martin, *Thirty Five Years in the East: Adventures, Discoveries, Experiments, and Historical Sketches, Relating to the Punyab and Cashmere*, H. Ballière, Londres, 1852.

Hultzsch, E., *Inscriptions of Asoka*, Clarendon Press for the Government of India, Oxford, 1925. [Trad. cast. de Francisco Rodríguez Adrados: *Asóka: edictos de la ley sagrada*, Apóstrofe, Barcelona, 2002.]

Ibn Jubayr, Muḥammad ibn Aḥmad, trad. de J. C. Broadhurst, *The Travels of Ibn Jubayr*, Jonathan Cape, Londres, 1952. [Trad. cast. de Felipe Maíllo: *A través del Oriente: Rihla*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.]

Jacquemont, Victor, *Letters from India: Describing a Journey in the British Dominions of India, Tibet, Lahore, and Cashmere*, Edward Churton, Londres, 1834.

Kaye, John, *Lives of Indian Officers: Illustrative of the history of the civil and military service of India*, A. Strahan, Londres, 1867.

—History of the War in Afghanistan, W. R. Allen, Londres, 1874.

Kennedy, Richard Hartley, *Narrative of the campaign of the Indus, in Sind and Kaubool in 1838 − 9*, Richard Bentley, Londres, 1840.

Kipling, Rudyard, «The Man Who Would Be King», en *Under the Deodars*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1914. [Trad. cast. de Enrique Maldonado: *El hombre que pudo reinar*, Nórdica Libros, Madrid, 2016.]

Lal, Mohan, *Life of the Amir Dost Mohammed Khan of Kabul: With His Political Proceedings Towards the English, Russian, and Persian Governments, Including the Victory and Disasters of the British Army in Afghanistan*, Longman, Londres, 1846.

—Travels in the Panjab, Afghanistan, Turkistan, to Balk, Bokhara, and Herat, W. H. Allen, Londres, 1846.

Landa, Gertrude (pseud. Aunt Naomi), *Jewish Fairy Tales and Legends*, Shapiro, Valentine and Company, Londres, 1900.

Longworth Dames, M., *Popular Poetry of the Baloches*, Royal Asiatic Society, Londres, 1907.

Macintyre, Ben, *Josiah the Great: The True Story of the Man Who Would Be King*, HarperCollins, Londres, 2004.

MacKinnon, Daniel Henry, *Military Service and Adventures in the Far East*, Charles Oliver, Londres, 1847.

Masson, Charles, *Narrative of Various Journeys in Balochistan, Afghanistan and the Panjab Including a Residence in Those Countries from 1826 to 1838*, Richard Bentley, Londres, 1842.

—*Narrative of a Journey to Kalât, Including an Insurrection at that Place in 1840: And a Memoir on Eastern Balochistan*, Richard Bentley, Londres, 1843.

Mavor, William Fordyce, *Universal History, Ancient and Modern: From the Earliest Records of Time, to the General Peace of 1801*, Collins and Sons, Filadelfia, 1803.

Mazari, Gholam Mahomed Khan, ed. por T. L. J. Mayer, *Baloch Classics*, CMS Mission Press, Sikandra, Agra, 1906.

Mitchell, Robert, *Plans, and views in perspective, with descriptions of buildings erected in England and Scotland*, Wilson and Co., Londres, 1801.

Mitchiner, M., *Indo-Greek and Indo-Scythian Coins*, Hawkins, Londres, 1975 – 1976.

Mitford, William, *The History of Greece*, Cadell and Davies, Londres, 1818.

Modi, Jivanji Jamshedji, *Oriental Conference Papers*, The Fort Printing Press, Bombay, 1932.

Morgan, Llewelyn, *The Buddhas of Bamiyan*, Harvard University Press, Cambridge, Massachussets, 2012.

Morris, Henry, *The Governors-General of India*, Christian Literature Society for India, Londres, 1896.

Murray, Craig, *Sikunder Burnes: Master of the Great Game*, Birlinn, Edimburgo, 2016.

Noelle-Karimi, Christine, *The Interaction Between State and Tribe in Nineteenth-century Afghanistan*, University of California, Berkeley, California, 1995.

Norris, J. A., *The First Afghan War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1967.

Nott, William, *Memoirs and correspondence of Major-General Sir William Nott*, Hurst and Blackett, Londres, 1854.

Oleksijczuk, Denise Blake, *The First Panoramas: Visions of British Imperialism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2011.

Osborne, William, *The court and camp of Runjeet Singh*, Henry

Colburn, Londres, 1840.

Parkes, Fanny, *Wanderings of a Pilgrim in Search of the Picturesque*, Manchester University Press, Manchester, 2001.

Rattray, James, *The costumes of the various tribes, portraits of ladies of rank, celebrated princes and chiefs, views of the principal fortresses and cities, and interior of the cities and temples of Afghaunistaun*, Hering & Remington, Londres, 1848.

Riddick, John F., *The History of British India*, Praeger, Westport, Connecticut, 2006.

Schmitz, Barbara, *Islamic manuscripts in the New York Public Library*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1992.

Shah, Idries, *The Pleasantries of the Incredible Mulla Nasrudin*, Octagon Press, Londres, 1983. [Trad. cast. de A. H. D. Halka: *Las ocurrencias del increíble mulá Nasrudín*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2013].

Smith, Paul, *The Divan of Hafiz*, New Humanity Books, Melbourne, 1986. [Trad. cast. de Clara Janés y Ahmad Taherí: *101 poemas*, Ediciones del Oriente y el Mediterráneo, Madrid, 2001].

Stoneman, Richard, *The Greek Alexander Romance*, Penguin Books, Londres, 1991 [Trad. cast. de Carlos García Gual: *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Editorial Gredos, Madrid, 1977].

—*Alexander the Great: A Life in Legend*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2010.

Suri, Lal Sohan Lal, *Umdat-ut-tawarikh*, S. Chand, Delhi, 1961.

Thirlwall, Connop, *History of Greece*, Longman, Londres, 1840.

Thomas, E., ed., *Essays on Indian Antiquities, Historic, Numismatic, and Palaeographic, of the late James Prinsep, F.R.S., Secretary to the Asiatic Society of Bengal*, Hertford, Londres, 1858.

Thornberry, Walter, *Old and New London: The City Ancient And Modern*, Cassell, Londres, 1887.

Traill, David, *Schliemann of Troy: Treasure and Deceit*, John Murray, Londres, 1995.

Van Leeuwen, Richard, *The Thousand and One Nights: Space, Travel and Transformation*, Routledge, Nueva York, 2007.

Vasunia, Phiroze, *The Classics and Colonial India*, Oxford University Press, Oxford, 2013.

Vigne, Godfrey, *A personal narrative of a visit to Ghuzni, Kabul and Afghanistan, and of a residence at the court of Dost Mohamed*, George Routledge, Londres, 1843.

Von Schonberg, Erich, *Travels In India And Kashmir*, Hurst and Blackett, Londres, 1853.

Walpole, Horace, ed. por W. S. Lewis, *The Yale Edition of Horace Walpole's Correspondence*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1937 – 1983.

Waugh, Evelyn, *Labels*, Duckworth, Londres, 1974. [Trad. cast. de Jordi Fibla: *Etiquetas: Viaje por el Mediterráneo*, RBA, Barcelona, 2011].

Wheeler, sir Robert Eric Mortimer, *Flames over Persepolis: Turning point in History*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1968.

Whitmarsh, Tim, y Stuart Thomson, *The Romance Between Greece and the East*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013.

Whitteridge, G., *Charles Masson of Afghanistan: Explorer, Archaeologist, Numismatist and Intelligence Agent*, Aris and Philips, Warminster, 1986.

Widorn, V., U. Franke y P. Latschenberger, eds., *Contextualizing Material Culture in South and Central Asia in Pre-Modern Times*, Brepolis, Turnhout, 2016.

Williams, John, *The Life and Actions of Alexander the Great*, J. & J. Harper, Nueva York, 1830.

Wilson, Horace Hayman, *Ariana Antiqua: A descriptive account of the antiquities and coins of Afghanistan*, Publicado bajo la autoridad del Honorable Tribunal de Directores de la Compañía de las Indias Orientales, Londres, 1841.

Wolff, Joseph, *Travels and adventures of the Rev. Joseph Wolff*, Saunders, Otley and Company, Londres, 1861.

Wordsworth, William, *The Poetical Works of William Wordsworth*, Edward Moxon, Londres, 1869. [Trad. cast. de Bel Atreides: *El preludio*, libro VII, «Residencia en Londres», DVD Ediciones, Barcelona, 2003.]

Xuanzang, trad. por Samuel Beal, *Si-Yu-Ki: Buddhist Records of the Western World: Translated from the Chinese of Hiuen Tsiang*, Kegan, Paul, Trench and Company, Londres, 1884.

Yapp, M. E., *Strategies of British India: Britain, Iran and Afghanistan 1798 – 1850*, Clarendon Press, Oxford, 1980.

Agradecimientos

LAS HISTORIAS dejan marca. En mi caso, esta historia me dejó: un moratón persistente en la cabeza (la litera de un coche-cama, India); una mancha rebelde y anaranjada (el restaurante de un motel, Pensilvania); una capa de polvo victoriano de pies a cabeza (un archivo, Nueva Delhi); un diente menos (una velada desafortunada, Egipto), y un reguero de deudas impagables, de punta a punta del mundo, con todas las personas que hicieron posible este libro.

La historia de Masson ha permanecido a salvo durante cerca de dos siglos gracias a los bibliotecarios, conservadores y archivistas de tres continentes. Le estoy particularmente agradecido a todo el personal de los Archivos Nacionales de la India, la Biblioteca Británica, la Bodleian Library, la Chester County Historical Society y el Museo Británico, por guiarme a través de los giros y vericuetos de las fuentes con paciencia infinita, y por ayudarme a distinguir los testimonios poco fiables de los testimonios muy poco fiables.

Michael Fishwick, de Bloomsbury, ha sido, simple y llanamente, el editor con el que cualquier autor soñaría. Sarah Ruddick ha guiado con generosidad el proceso de producción de este libro, y Richard Collins lo ha revisado con tremenda gentileza y perspicacia. Hetty Touquet y Hannah Paget, que supervisaron el *marketing* y la publicidad, han sido unas increíbles valedoras de la historia de Masson.

A Peters, Fraser y Dunlop, Tessa David, Tim Binding, Caroline Michel y Laurie Robertson, que han guiado este proyecto con generosidad y sabiduría infinitas. Gracias por empujarme a perseguir durante tantos años esta obsesión insólita, y por ayudarme a encontrar mi voz de un modo que jamás creí posible.

A Jacqueline Smith y Robyn Reed, de la BBC, junto con todos los implicados en el programa *New Generation Thinkers*, en colaboración con el Arts and Humanities Research Council, que me animaron a convertir la historia de Masson en un libro y a confiar en que encontraría a su público: les estoy por ello enormemente agradecido.

En Delhi, William Dalrymple y el fallecido Bruce Wannell fueron la amabilidad personificada: estudiosos que seguían llevando consigo, allá donde fuesen, algo de una antigua época dorada, y cuya hospitalidad representa todavía para mí una lección de humildad.

Mis colegas, de antes y de ahora, del Departamento de Historia Clásica y Antigua de Durham, han sido increíblemente comprensivos con mis obsesiones. Gracias, en particular, a Barbara Graziosi por ser la primera en apostar por mi trabajo, y a Kathryn Stevens por recordarme que, hasta en los momentos oscuros, las estrellas siguen

ahí.

A lo largo de diez años con Charles Masson, mis amigos y mi familia me han prestado un apoyo que va más allá de lo que puedo expresar con palabras. A mis padres, Mary y Daniel: gracias por todo. A Meg Price y a todos los que han escuchado esta historia infinitas veces: gracias por ver las cosas buenas que había en ella, especialmente cuando yo no era capaz de verlas. A Sophia: tú ya lo sabes. Y a Yepoka Yeebo, que me ha acompañado en este camino, gracias por encima de todo. Nunca dejaste que olvidara que, a veces, nuestros sueños más irrealizables son también los más bellos.

Y como las historias, muchas veces, dan un giro justo antes del final: gracias al profesor Sean Whittaker y a su increíble equipo del Guy's Hospital por salvarme literalmente la vida cuando me diagnosticaron de cáncer en mitad de la escritura de este libro. Estas palabras han conseguido llegar al mundo gracias a vosotros.

Sobre el autor

EDMUND RICHARDSON es profesor del Departamento de Clásicas e Historia Antigua en la Universidad de Durham, Reino Unido. Antes de impartir clases se doctoró en Clásicas en Cambridge y cruzó el Atlántico con el fin de obtener una beca postdoctoral en Princeton. En 2016, fue nombrado por la BBC/AHRC como uno de los pensadores de la nueva generación. A continuación fue seleccionado para trabajar con la BBC y realizar programas basados en sus investigaciones. Richardson ha puesto al servicio de la BBC su conocimiento recreando una sesión de espiritismo victoriano y buscando las tumbas de Alejandro Magno. Cambridge University Press editó su primer libro Classical Victorians: Scholars, Scoundrels and Generals in Pursuit of Antiquity (2013) y Boomsbury editó en 2018 su libro Classical in extremis.

En busca de la ciudad perdida
Edmund Richardson
Traducción de INGA PELLISA
Alejandría. En busca de la ciudad perdida
Título original: *Alexandria: The Quest for the Lost City*
© Edmund Richardson, 2021
© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2022
Traducción: Inga Pellisa
@Shackletonbooks
www.shackletonbooks.com
Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S.L.
Diseño de cubierta: Pau Taverna
Diseño de tripa y maquetación: Kira Riera
Conversión a ebook: Igglú ebooks
ISBN: 9788413612034

notes

Notas a pie de página

[1] Anón., *A Brief Memoir of an Officer of the Bengal Artillery*, L. B. Seely, Londres, 1834, p. 29.

[2] British Library, Or. 16805.

[3] Guildhall Library, Londres, microfilm, MSS 3572/2.

[4] Pierce Egan, *Life in London: Or, The Day and Night Scenes of Jerry Hawthorne, Esq., and His Elegant Friend Corinthian Tom*, Sherwood, Neely, and Jones, Londres, 1822, p. 23.

[5] William Wordsworth, «Prelude», libro 7, «Residence in London», en William Wordsworth, *The Poetical Works of William Wordsworth*, Edward Moxon, Londres, 1869, p. 488. [Trad. cast. de Bel Atreides: *El preludio*, libro VII, «Residencia en Londres», DVD Ediciones, Barcelona, 2003].

[6] Egan, *Life in London*, p. 36.

[7] *The Examiner*, 1816, p. 283.

[8] George Gordon, Lord Byron, *The Works of Lord Byron: Including the Suppressed Poems*, A. & W. Galignani, París, 1828, p. 554. Este fue el primer discurso de Byron en la Cámara de los Lores. [Trad. cast.: «En defensa de los ludditas», en David Noble, *Una Visión diferente del progreso: en defensa del luddismo*, Alikornio, Barcelona, 2000].

[9] Carta de Walpole a sir Horace Mann, 4 de noviembre de 1772. *The Yale Edition of Horace Walpole's Correspondence*, W. S. Lewis, ed., Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1937 – 83, vol. 23, p. 451.

[10] William Dalrymple, *The Anarchy: The Relentless Rise of the East India Company*, Bloomsbury, Londres, 2019.

[11] Carta de Cobbett a William Creevey, 24 de septiembre de 1810. *The Creevey Papers: A selection from the correspondence and diaries of the late Thomas Creevey, M.P.*, sir Herbert Maxwell, ed., John Murray, Londres, 1903, vol. 1, p. 134.

[12] British Library, Bengal Secret Consultations, IOR/P/BEN/SEC/380, 19 de junio de 1834.

[13] J. N. Creighton, *Narrative of the Siege and Capture of Bhurtpore*, Parbury, Allen and Co., Londres, 1830, p. 148.

[14] Tomando un tipo de conversión según el cual 10 rupias equivaldrían a 1 libra esterlina. Véase Anón., *Return to an order of the Honourable the House of Commons, dated 24 June 1839: Accounts of all monies supplied from the revenues of India*, Londres, 1839, p. 6. En cuanto al tipo de cambio contemporáneo y los índices de inflación, véase la calculadora que ofrece el Banco de Inglaterra [en línea]: <https://www.bankofengland.co.uk/monetary-policy/inflation/inflation-calculator>.

[15] Charles Masson, *Narrative of Various Journeys in Balochistan, Afghanistan and the Panjab Including a Residence in Those Countries from 1826 to 1838*, Richard Bentley, Londres, 1842, vol. 1, pp. 309 – 310.

[16] John Blakiston, *Twelve Years' Military Adventure in Three Quarters of the Globe*, vol. 1, Henry Colburn, Londres, 1829, p. 309.

[17] *Blackwood's Edinburgh Magazine*, vol. 23, enero-junio de 1828, p. 449.

[18] Creighton, *Narrative*, p. 17.

[19] Ibíd., pp. 52 – 53.

[20] Ibíd., p. 29.

[21] Ibíd., pp. 52 – 53.

[22] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, p. 19.

[23] Ibíd., p. 3.

[24] Chester County Historical Society, West Chester, Pensilvania, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 76.

[25] Ibíd.

[26] Ben Macintyre, *Josiah the Great: The True Story of the Man Who Would Be King*, HarperCollins, Londres, 2004, p. 9.

[27] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 76.

[28] Ibíd., 78.

[29] Ibíd., 24.

[30] Ibíd., 46.

[31] Ibíd., 46 – 47.

[32] Ibíd., 42.

[33] *The Calcutta Review*, vol. 86, 1888, p. 350.

[34] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, pp. 85 – 86.

[35] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 78.

[36] Ibíd.

[37] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, p. 41.

[38] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 48.

[39] Ibíd., 78.

[40] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, p. 32.

[41] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 10.

[42] Ibíd., 9.

[43] Ibíd., «Shah Shujah», 3.

[44] Ibíd., «Oriental Sketches», 34.

[45] Ibíd., «Shah Shujah», 6 – 7.

[46] Ibíd., «Oriental Sketches», 179.

[47] Ibíd., 151.

[48] Ibíd., 93.

[49] Ibíd., 92 – 93.

[50] Macintyre, *Josiah the Great*, p. 73.

[51] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 96.

[52] Ibíd.

[53] Ibíd., 95.

[54] Ibíd., 99.

[55] Macintyre, *Josiah the Great*, p. 73.

[56] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 29.

[57] Ibíd.

[58] Ibíd., 28 – 29.

[59] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, p. 42.

[60] John F. Riddick, *The History of British India*, Praeger, Westport, Connecticut, 2006, p. 292.

[61] *The Asiatic Journal and Monthly Miscellany*, vol. 34, marzo de 1841, p. 194.

[62] George W. Forrest, ed., *Selections from the Travels and Journals preserved in the Bombay Secretariat*, Government Central Press, Bombay, 1906, p. 103.

[63] Gordon Whitteridge, *Charles Masson of Afghanistan: Explorer, Archaeologist, Numismatist, and Intelligence Agent*, Orchid Press, Warminster, 1986, p. 11.

[64] J. W. Kaye, «The Poetry of Recent Indian Warfare», *The*

Calcutta Review, vol. 11, 1848, p. 223.

[65] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, p. 1.

[66] El soldado «Lewis, James, Private» consta en la lista de revista de la Artillería de Bengala del 1 de julio de 1827, pero no en la del 1 de julio de 1828. British Library, IOR/L/MIL/10/147 (1827) y IOR/L/MIL/10/148, 1828.

[67] British Library, MSS Eur. E.163, 3.

[68] *The Calcutta Review*, vol. 2, 1844, p. 474.

[69] C. Grey y H. L. O. Garrett, *European Adventurers of Northern India, 1785 to 1849*, Languages Department, Patiala, 1970, p. 211.

[70] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, p. 45.

[71] Ibíd., p. 54.

[72] Ibíd., p. 55.

[73] Ibíd., p. 56.

[74] Adaptado a partir de la traducción de Paul Smith, *The Divan of Hafiz*, New Humanity Books, Melbourne, 1986, gazal 10. [Trad. cast. de Clara Janés y Ahmad Taherí: «A medianoche», en *101 poemas*, Ediciones del Oriente y el Mediterráneo, Madrid, 2001.]

[75] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, pp. 58 – 59.

[76] Adaptado a partir de la traducción de Thomas Rain Crowe, *Drunk on the Wine of the Beloved: 100 Poems of Hafiz*, Shambhala, London, 2001, p. 18.

[77] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, p. 60.

[78] Ibíd., p. 63.

[79] Ibíd., p. 73.

[80] Ibíd., p. 82.

[81] Ibíd., p. 70.

[82] Ibíd., p. 76.

[83] Ibíd., pp. 77 – 78.

[84] Ibíd., p. 87.

[85] Ibíd., p. 260.

[86] Ibíd., p. 94.

[87] Ibíd., p. 303.

[88] Ibíd., pp. 303 – 304.

[89] Ibíd., p. 304.

[90] Ibíd., pp. 304 – 305.

[91] Ibíd., p. 305.

[92] Ibíd., p. 306.

[93] Ibíd., p. 305.

[94] Ibíd., p. 309.

[95] Ibíd., p. 343.

[96] Ibíd., p. 313.

[97] Ibíd., p. 314.

[98] Ibíd., p. 316.

[99] Ibíd., p. 402.

[100] Ibíd., p. 74.

[101] Ibíd., p. 312.

[102] Forrest, ed., *Travels*, p. 137.

[103] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, p. 372.

[104] Ibíd., pp. 345 – 346.

[105] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, p. 62.

[106] Ibíd., vol. 1, pp. 446 – 447.

[107] Forrest, ed., *Travels*, p. 103.

[108] British Library, MSS Eur. E.163/5, 25.

[109] Ibíd., 26.

[110] Ibíd., 25.

[111] Ibíd., 26.

[112] Plutarco, *Vida de Alejandro*, 55.4 – 5. Si no se indica lo contrario, las traducciones de citas procedentes de fuentes antiguas que se incluyen a lo largo del libro son mías; las referencias en las notas son a las obras originales. [Trad. cast. de Antonio Ranz Romanillos.]

[113] Platón, *Timeo*, 25a-d. [Trad. cast. de M.ª Ángeles Durán y Francisco Lisi: Editorial Gredos, Madrid, 1992.]

[114] Forrest, ed., *Travels*, p. 166.

[115] Ibíd.

[116] Ibíd.

[117] Ibíd.

[118] Ibíd., p. 105.

[119] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 16 de enero de 1837.

[120] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, p. 452.

[121] Ibíd., vol. 2, pp. 7 – 8.

[122] Ibíd., p. 22.

[123] Ibíd.

[124] Ibíd., p. 23.

[125] Ibíd., vol. 1, pp. 52 – 53.

[126] Ibíd., vol. 2, p. 91.

[127] Ibíd., p. 90.

[128] Ibíd., p. 179.

[129] Ibíd., vol. 2, p. 226.

[130] British Library, MSS Eur. E.165, 43.

[131] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, pp. 231 – 233.

[132] Joseph Wolff, *Travels and Adventures of the Rev. Joseph Wolff*, Saunders, Otley and Company, Londres, 1861, p. 358.

[133] Ibíd.

[134] Ibíd., p. 373.

[135] Ibíd., p. 357.

[136] Fanny Parkes, *Wanderings of a Pilgrim in Search of the Picturesque*, Manchester University Press, Manchester, 2001, p. 191.

[137] Wolff, *Travels*, p. 361.

[138] Ibíd., p. 518.

[139] Parkes, *Wanderings*, p. 191.

[140] Ibíd.

[141] Wolff, *Travels*, p. 368.

[142] Ibíd., p. 369.

[143] British Library, MSS Eur. E.163/7, 12.

[144] Ibíd.

[145] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 156.

[146] British Library, MSS Eur. E.163/7, 12.

[147] Ibíd.

[148] Ibíd.

[149] Wolff, *Travels*, p. 369.

[150] Ibíd.

[151] Johann Martin Honigberger, *Thirty Five Years in the East: Adventures, Discoveries, Experiments, and Historical Sketches, Relating to the Punyab and Cashmere*, H. Ballière, Londres, 1852, p. 57.

[152] British Library, MSS Eur. E.163/7, 12.

[153] Joseph Wolff, *Researches and Missionary Labours Among the Jews, Mohammedans, and Other Sects*, Orrin Rogers, Filadelfia, 1837, p. 180.

[154] National Archives of India, Foreign/Secret/19 March 1833/30 – 31.

[155] Ibíd.

[156] British Library, MSS Eur. E.163/7, 12.

[157] Alexander Burnes, *Travels Into Bokhara: Being the Account of a Journey from India to Cabool, Tartary, and Persia*, John Murray, London, 1834, vol. 1, p. 137.

[158] Ibíd., p. 117.

[159] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, p. 353.

[160] Ibíd., p. 316.

[161] Ibíd., p. 317.

[162] Ibíd.

[163] Ibíd., p. 305.

[164] Ibíd., p. 383.

[165] Ibíd., p. 322.

[166] Ibíd., p. 332.

[167] Ibíd., p. 337.

[168] Ibíd.

[169] Ibíd., pp. 337 – 338.

[170] Ibíd., p. 338.

[171] Ibíd., p. 341.

[172] Ibíd., p. 343.

[173] Ibíd., p. 319.

[174] Ibíd., p. 316.

[175] Ibíd., p. 322.

[176] Ibíd., pp. 344 – 345.

[177] Ibíd., p. 363.

[178] Ibíd., p. 358.

[179] Ibíd., p. 359.

[180] Ibíd., p. 360.

[181] Ibíd., pp. 360 – 361.

[182] Ibíd., p. 361.

[183] Ibíd.

[184] Ibíd., p. 345.

[185] Ibíd., p. 361.

[186] Burnes, *Travels*, vol. 1, p. 182.

[187] Vincent Eyre, *Military Operations at Cabul, which Ended in the Retreat and Destruction of the British Army, January 1842*, John Murray, Londres, 1843, p. 344.

[188] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, p. 380.

[189] Ibíd., p. 371.

[190] Yahya ibn Khalid, según la adaptación de Abu Yousuf Yaqub Ibn Ishaq al-Kindi que recoge Ibn al-Nadim, traducido por B. Dodge, *The Fihrist of al-Nadīm: a tenth-century survey of Muslim culture*, Columbia University Press, Nueva York, 1970, vol. 2, p. 829.

[191] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, p. 382.

[192] Ibíd., p. 362.

[193] British Library, MSS Eur. G.42, 32.

[194] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, p. 427.

[195] British Library, MSS Eur. E.165, 191.

[196] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, pp. 392 – 393.

[197] Ala al-Din Ata-Malik Juvaini, en traducción de J. A. Boyle, Genghis Khan: The History of the World Conqueror [Tarīkh-I Jahān-gushā], Manchester University Press, Manchester, 1997, pp. 132 – 133.

[198] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, pp. 392 – 393.

[199] Burnes, *Travels*, vol. 1, p. 183.

[200] British Library, MSS Eur. E.165, 191.

[201] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, p. 393.

[202] British Library, MSS Eur. G.42, 32.

[203] Charles Masson, «Notes on the antiquities of Bamian», *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, vol. 5, 1836, p. 709.

[204] British Library, MSS Eur. G.42, 32.

[205] La descripción más completa de las maravillas de Bamiyán nos la ofrece Takayasu Higuchi, バーミバーミヤーン:京都大学中央アジア学術調査報告:アフガニスタンにおける仏教石窟寺院の美術考古学的調査 1970— 1978 年 / 樋口隆康編 [Bāmiyān: Kyōto daigaku chūō ajia gakujutsu chōsa hōkoku: Afuganisutan niokeru bukkyō sekkutsu jīn no bijutsu kōkogakuteki chōsa 1970 1978nen], Dōhōsha Shuppan, Kioto, 1983 − 1984.

[206] Masson, «Antiquities of Bamian», p. 720.

[207] British Library, MSS Eur. F.65, 202.

[208] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, p. 420.

[209] Ibíd., p. 433.

[210] Ibíd., p. 437.

[211] Ibíd., p. 464.

[212] 212 Ibíd.

[213] J. Hackin y J. Carl, *Nouvelles recherches archéologiques à Bâmiyân. Mémoires de la Délégation Archéologique Française en Afghanistan*, G. Van Oest, París, 1933, p. 2.

[214] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 4.

[215] Ibíd., vol. 2, p. 243.

[216] Ibíd., p. 244.

[217] Ibíd., p. 246.

[218] Ibíd.

[219] British Library, MSS Eur. E.163/11, 11.

[220] Mohan Lal, *Travels in the Panjab, Afghanistan, Turkistan, to Balk, Bokhara, and Herat*, W. H. Allen, Londres, 1846, p. 71.

[221] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 5.

[222] National Archives of India, Foreign/Secret/19 March 1833/30 – 1.

[223] John William Burgon, *Petra, a Poem: To which a Few Short Poems are Now Added*, F. Macpherson, Oxford, 1846, p. 23.

[224] P. M. Fraser, *Cities of Alexander the Great*, Clarendon Press, Oxford, 1996, p. 192.

[225] Recordemos que, para los antiguos griegos, el Hindú Kush era una prolongación hacia el este de la cordillera del Cáucaso que conocían con el nombre de Paropamisos, y que más tarde los autores latinos llamarían Caucasus Índicus. Aristóteles creía que desde lo alto de su cima se podría contemplar el fin del mundo. (*N. de la T.*)

[226] Arriano, *Anabasis de Alejandro Magno*, 3.28. [Trad. cast. de Antonio Guzmán: Editorial Gredos, Madrid, 1982.]

[227] La ciudad tiene casi tantos nombres como referencias a ella. Se la ha conocido como Alexandria ad Caucasum, Alexandria ad calcem Caucasi, Alejandría en el Cáucaso, Alejandría sobre el Cáucaso, Alexandrie du Caucase y muchas otras variantes. En pos de la claridad, en este libro nos referiremos a ella como Alejandría del Cáucaso.

[228] Xuanzang, traducido por Samuel Beal, *Si-Yu-Ki: Buddhist Records of the Western World: Translated from the Chinese of Hiuen Tsiang*, Kegan, Paul, Trench and Company, Londres, 1884, p. 646.

[229] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, p. 161.

[230] Arriano, *Anabasis*, 7.13.

[231] Ibíd., 5.1.

[232] Burnes, *Travels*, vol. 1, p. 146.

[233] Adaptado a partir de Idries Shah, *The Pleasantries of the Incredible Mulla Nasrudin*, Octagon Press, Londres, 1983, p. 27. [Trad. cast. de A. H. D. Halka: *Las ocurrencias del increíble mulá Nasrudín*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2013.]

[234] British Library, MSS Eur. E.163/11, 16 − 17.

[235] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 140.

[236] Ibíd., p. 5.

[237] British Library, MSS Eur. E.163/11, 14.

[238] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 5.

[239] British Library, MSS Eur. E.163/11, 16.

[240] National Archives of India, Foreign/Secret/19 March 1833/30 − 1.

[241] Ibíd.

[242] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, pp. 92 − 93.

[243] Ibíd., p. 3.

[244] British Library, MSS Eur. E.163/11, 20.

[245] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 94.

[246] Ibíd.

[247] Ibíd., p. 117.

[248] Ibíd., p. 96.

[249] Ibíd., p. 97.

[250] Ibíd.

[251] Ibíd., vol. 2, p. 234.

[252] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 179.

[253] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 140.

[254] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 166.

[255] Ibíd.

[256] British Library, MSS Eur. E.165, 226.

[257] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 123.

[258] Ibíd., p. 138.

[259] Ibíd., p. 141.

[260] Ibíd.

[261] Ibíd., p. 142.

[262] Ibíd.

[263] Ibíd., pp. 142 – 143.

[264] Ibíd., p. 143.

[265] Ibíd., p. 157.

[266] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 1 de enero de 1833.

[267] Ibíd.

[268] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 117.

[269] Ibíd., p. 13.

[270] British Library, MSS Eur. E.163/11, 20.

[271] Ibíd.

[272] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 13.

[273] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 1 de

julio de 1833.

[274] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 2.

[275] Ibíd., p. 1.

[276] Ibíd., p. 4.

[277] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 1 de enero de 1833.

[278] Frank Holt, *Into the Land of Bones: Alexander the Great in Afghanistan*, University of California Press, Berkeley, 2005, p. 108.

[279] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 17 de agosto de 1833.

[280] British Library, MSS Eur. E.163/11, 22.

[281] Wolff, *Travels*, p. 375.

[282] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 17 de agosto de 1833.

[283] Ibíd., Masson a Pottinger, 23 de abril de 1834.

[284] Ibíd., Masson a Pottinger, 1 de julio de 1833.

[285] British Library, MSS Eur. E.163/12, 1.

[286] Ibíd.

[287] Burnes, *Travels*, vol. 1, p. 117.

[288] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 19 de junio de 1834, Gerard al Gobierno, 8 de abril de 1834.

[289] Ibíd.

[290] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, p. 253.

[291] Burnes, *Travels*, vol. 1, p. 149.

[292] Ibíd., pp. 149 – 150.

[293] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 176.

[294] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 148.

[295] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 19 de junio de 1834, Gerard al Gobierno, 8 de abril 1834.

[296] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 17 de agosto de 1833.

[297] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 19 de junio de 1834, Gerard al Gobierno, 8 de abril de 1834.

[298] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 98.

[299] *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, vol. 3, 1834, p. 363.

[300] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 17 de agosto de 1833.

[301] *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, vol. 3, 1834, p. 363.

[302] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 17 de agosto de 1833.

[303] Ibíd.

[304] Ibíd.

[305] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 25 de marco de 1834, Karamat Ali a Wade, 31 de octubre de 1833.

[306] Ibíd.

[307] Ibíd., Karamat Ali a Wade, 2 de noviembre de 1833.

[308] Ibíd.

[309] Ibíd.

[310] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 25 de marzo de 1834.

[311] Horace Hayman Wilson, *Ariana Antiqua: a descriptive account of the antiquities and coins of Afghanistan*, Published Under the Authority of the Honourable The Court of Directors of The East India Company, Londres, 1841, p. 69.

[312] Ibíd., pp. 69 – 70.

[313] Ibíd., p. 70.

[314] Demóstenes, *Tercera Filípica*, 9.31. [Trad. cast. de Antonio López Eire: *Discursos políticos*, vol. I, Editorial Gredos, Madrid, 1980.]

[315] Richard van Leeuwen, *The Thousand and One Nights: Space, Travel and Transformation*, Routledge, Nueva York, 2007, p. 86.

[316] E. Badian, *Alexandre le Grand, image et réalité*, Fondation Hardt, Ginebra, 1976, p. 280.

[317] Arriano, *Anábasis*, 3.20 – 1.

[318] Ferdousí, *The Shahnama of Firdausi*, Kegan, Paul, Londres, 1905, vol. 6, pp. 53 – 54. [Trad. cast. de Beatriz Salas: *Shahnameh: El libro de los Reyes*, Universidad de Teherán, Teherán, 2014.]

[319] Phiroze Vasunia, *The Classics and Colonial India*, Oxford University Press, Oxford, 2013, p. 105.

[320] Ibíd., p. 108.

[321] Citado en Barbara Schmitz, *Islamic Manuscripts in the New York Public Library*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1992, vol. 1, p. 160.

[322] Richard Stoneman, *Alexander the Great: A Life in Legend*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2010, p. 108.

[323] Según la traducción de Richard Stoneman de Pseudo Calístenes, *The Greek Alexander Romance*, Penguin Books, Londres, 1991, pp. 118 – 119. [Trad. cast. de Carlos García Gual: *Vida y*

hazañas de Alejandro de Macedonia, Editorial Gredos, Madrid, 1977.]

[324] «Faulty ACs endanger 4000-year-old Egyptian mummy at Kolkata Museum», *Times of India*, 9 de junio de 2014.

[325] British Library, MSS Eur. E.165, 183.

[326] *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, vol. 3, 1834, p. 154.

[327] Ibíd.

[328] Ibíd., p. 161.

[329] National Archives, London, FO 705/32, Masson a Pottinger, 1 de julio de 1833.

[330] British Library, MSS Eur. E.165/11, 12.

[331] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 10 de abril de 1834, Extract of Intelligence from Shikarpore.

[332] Punyab Archives (Lahore), Case 106, 9/II/665, Secretario general, Calcuta, a David Ochterlony, 17 de diciembre 1816.

[333] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 3 de octubre de 1833.

[334] British Library, IOR/P/BEN/SEC/379, Bengal Secret Consultations, 3 de enero de 1834, Shah Shujah a Wade, recibida el 24 de diciembre de 1833.

[335] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 19 de abril de 1834, Wade al Secretario de Gobierno, 17 de marzo de 1834.

[336] British Library, IOR/P/SEC/BOM/82, Bengal Secret Consultations, 26 de agosto de 1834, Wade al Gobierno, 27 de julio de 1834.

[337] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 25 de marzo de 1834, Wade a Karamat Ali, 3 de enero de 1834.

[338] Ibíd.

[339] National Archives, London, FO 705/32, Masson a Pottinger, 9 de octubre de 1834.

[340] British Library MSS Eur. E.161, 11, Masson a Pottinger, 23 de abril de 1834.

[341] British Library MSS Eur. E.161/6 – 7, 4, Pottinger a Masson, 1 de enero de 1834.

[342] National Archives, London, FO 705/32, Masson a Pottinger, 23 de abril de 1834.

[343] British Library, MSS Eur. E.161/1, 3, Pottinger a Charles Norris, Secretario General al Gobierno, Bombay, 27 de noviembre de 1833.

[344] Wilson, *Ariana Antiqua*, p. 109.

[345] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 15 de julio de 1834.

[346] British Library, MSS Eur. E.161/6 – 7, 6.

[347] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, p. 402.

[348] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 9 de octubre de 1834.

[349] Ibíd.

[350] Ibíd., Masson a Pottinger, 15 de julio de 1834.

[351] British Library, MSS Eur. E.161/6 – 7, 10a, Pottinger a Masson, 4 de noviembre de 1834.

[352] Wilson, *Ariana Antiqua*, p. 114.

[353] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 138.

[354] Ibíd., pp. 98 – 99.

[355] National Archives (UK), FO 705/32, Pottinger a Masson, 6 de

septiembre de 1834.

[356] M. E. Yapp, *Strategies of British India: Britain, Iran and Afghanistan 1798 − 1850*, Clarendon Press, Oxford, 1980, p. 227.

[357] Victor Jacquemont, *Letters from India: Describing a Journey in the British Dominions of India, Tibet, Lahore, and Cashmere*, Edward Churton, Londres, 1834, p. 370.

[358] William Barr, *Journal of a March from Delhi to Peshâwur: And from Thence to Câbul, with the Mission of Lieut.—Colonel Sir C.M. Wade*, J. Madden, Londres, 1844, p. 101.

[359] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 70.

[360] Ibíd., 76.

[361] Ibíd., 179.

[362] British Library, Bengal Secret Consultations, IOR/P/BEN/SEC/380, 10 de abril de 1834.

[363] National Archives of India, Foreign/Secret/19 March 1833/30 − 1.

[364] British Library, Bengal Secret Consultations, IOR/P/BEN/SEC/380, 19 de junio de 1834, Wade a Macnaghten, 9 de abril de 1834.

[365] National Archives of India, Foreign/Secret/19 March 1833/30 − 1, «Abstract of intelligence from Kabul from the 3rd to the 25th of December 1832».

[366] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 19 de junio de 1834, Gerard al Gobierno, 8 de abril de 1834.

[367] Ibíd.

[368] Ibíd.

[369] Ibíd., Wade a Macnaghten, 9 de abril de 1834.

[370] Ibíd., Gerard al Gobierno, 8 de abril de 1834.

[371] Ibíd., Wade a Macnaghten, 9 de abril de 1834.

[372] Ibíd., Wade a Masson, 6 de abril de 1834.

[373] Ibíd., Wade a Macnaghten, 9 de abril de 1834.

[374] British Library, MSS Eur. E.161/7, 6.

[375] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 9 de octubre de 1834.

[376] Emily Eden, citada en Henry Morris, *The Governors-General of India*, Christian Literature Society for India, Londres, 1896, p. 53.

[377] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 19 de junio de 1834, Macnaghten a Wade, 26 de mayo de 1834.

[378] British Library, MSS Eur. E.161/2, Wade a Masson, 11 de febrero de 1835.

[379] Ibíd., Wade a Masson, 5 de diciembre de 1834.

[380] Anón., *The Law Relating to India and the East India Company*, W. H. Allen, Londres, 1842, p. 485.

[381] *The Asiatic Journal and Monthly Miscellany*, vol. 11, septiembre-diciembre de 1833, pp. 174 – 175.

[382] Ibíd., p. 84.

[383] British Library, MSS Eur. E.165, 133.

[384] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 322.

[385] British Library, MSS Eur. E.164, 50.

[386] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 252.

[387] Ibíd., p. 87.

[388] Burnes, *Travels*, vol. 1, pp. 330 – 331.

[389] Christine Noelle-Karimi, *The Interaction Between State and Tribe in Nineteenth-century Afghanistan*, University of California, Berkeley, California, 1995, p. 38.

[390] Mohan Lal, *Life of the Amir Dost Mohammed Khan of Kabul: With His Political Proceedings Towards the English, Russian, and Persian Governments, Including the Victory and Disasters of the British Army in Afghanistan*, Longman, Londres, 1846, p. 72.

[391] Josiah Harlan, *A memoir of India and Avghanistaun, with observations on the present exciting and critical state and future prospects of those countries*, J. Dobson, Filadelfia, 1842, p. 154.

[392] Ibíd., p. 152.

[393] Lal, *Life of the Amir*, p. 71.

[394] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 86.

[395] Burnes, *Travels*, vol. 1, pp. 134 – 135.

[396] British Library, MSS Eur. E.164, 50.

[397] Chester County Historical Society, Harlan Papers, «Oriental Sketches», 178.

[398] British Library, MSS Eur. E.164, 50.

[399] National Archives of India, Foreign/Political/4 May 1835/117 – 118.

[400] British Library, IOR/P/SEC/BOM/82, Secret Consultations, 26 de agosto de 1834, Wade al Government, 27 de julio de 1834.

[401] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 334.

[402] British Library, MSS Eur. E.164, 48.

[403] Ibíd., 19.

[404] Ibíd.

[405] Ibíd.

[406] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 335.

[407] Ibíd., p. 338.

[408] Richard Hartley Kennedy, *Narrative of the campaign of the Indus, in Sind and Kaubool in 1838 − 9*, Richard Bentley, Londres, 1840, vol. 2, p. 118.

[409] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 337.

[410] Harlan, *Memoir*, pp. 158 − 159.

[411] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 342.

[412] Ibíd., p. 344.

[413] Ibíd., p. 347.

[414] Ibíd., p. 350.

[415] British Library MSS Eur. E.161, 15, Masson a Pottinger, 11 de diciembre de 1834.

[416] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 20 de septiembre de 1834.

[417] British Library, MSS Eur. E.165, 234.

[418] Ibíd.

[419] Ibíd., 234 − 235.

[420] Marco Aurelio, *Meditaciones*, 3.12. A partir de la traducción de George Long, *The Thoughts of the Emperor Marcus Aurelius Antoninus*, Lee and Shepard, Boston, 1876, p. 118. [Trad. cast. de Ramón Bach Pellicer: Editorial Gredos, Madrid, 1977.]

[421] British Library, MSS Eur. E.161/5, Brownlow a Masson, 11 de abril de 1835.

[422] Ibíd.

[423] British Library, MSS Eur. E.165, 9.

[424] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 353.

[425] Ibíd.

[426] British Library, MSS Eur. E.164, 15.

[427] British Library, MSS Eur. E.161/2, Wade a Masson, 5 de marzo de 1835.

[428] Ibíd., Wade a Masson, 25 de julio de 1835.

[429] *Morning Post*, 24 de junio de 1842, p. 2.

[430] National Archives of India, Foreign/Secret/27 July 1835/28.

[431] Ibíd., Foreign/Secret/27 July 1835/27.

[432] British Library, Bengal Secret Consultations, IOR/P/BEN/SEC/380, 19 de junio de 1834, Wade a Macnaghten, 9 de abril de 1834.

[433] National Archives (UK), Ellenborough Papers, PRO 30/12/29/1, 54.

[434] Ibíd.

[435] Ibíd., 69.

[436] British Library, MSS Eur. E.161/2, Wade a Masson, 19 de agosto de 1835.

[437] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Macnaghten, 6 de noviembre de 1837.

[438] Ibíd., Masson a Pottinger, 30 de noviembre de 1835.

[439] Ibíd., Masson a Pottinger, 20 de septiembre de 1834.

[440] British Library MSS Eur. E.161, 5, Masson a Pottinger, 6 de julio de 1834.

[441] British Library, MSS Eur. E.165, 227.

[442] Ibíd., 176.

[443] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 11 de diciembre de 1834.

[444] British Museum, Original Papers, OP 21/8/1835, Honigberger a Forshall, 21 de agosto de 1835.

[445] Ibíd., Hawkins a Forshall, 20 de agosto de 1835.

[446] Ibíd., Hawkins a Forshall, 26 de agosto de 1835.

[447] Ibíd., Hawkins a Forshall, 31 de agosto de 1835.

[448] British Library, MSS Eur. E.161/7, 68.

[449] British Library, MSS Eur. E.161/2, Wade a Pottinger, 3 de septiembre de 1835.

[450] National Archives (UK), FO 705/32, Pottinger a J. P. Riach, 5 de marzo de 1836.

[451] Ibíd., Masson a Pottinger, 30 de septiembre de 1835.

[452] Ibíd.

[453] Ibíd.

[454] British Library, MSS Eur. E.161/2, Wade a Masson, 25 de diciembre de 1835.

[455] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 30 de septiembre de 1835.

[456] British Library, MSS Eur. E.165, 129.

[457] Getzel M. Cohen, *The Hellenistic Settlements in the East from Armenia and Mesopotamia to Bactria and India*, University of California Press, Berkeley, California, 2013, p. 267.

[458] William Fordyce Mavor, *Universal History, Ancient and Modern: From the Earliest Records of Time, to the General Peace of 1801*, Collins and Sons, Filadelfia, 1803, vol. 4, p. 357.

[459] William Mitford, *The History of Greece*, Cadell and Davies, Londres, 1818, vol. 5, p. 343.

[460] Connop Thirlwall, *History of Greece*, Longman, Londres, 1840, vol. 7, p. 369.

[461] National Archives (UK), London, FO 705/32, Masson a Pottinger, 23 de abril de 1834.

[462] British Library MSS Eur. E.165, 218.

[463] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 26 de mayo de 1836.

[464] James Prinsep, «Further notes and drawings of Bactrian and Indo-Scythic Coins», *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, vol. 4, 1835, p. 329.

[465] Ibíd., pp. 349 – 350.

[466] Ibíd., p. 290.

[467] Ibíd., p. 329.

[468] Ferdousí, *Shahnama*, vol. 6, p. 143.

[469] *The British Critic*, vol. 13, 1833, p. 387.

[470] *Milinda Pañha*, 39. [Trad. cast. de José Valero: *Milinda-Pañha, o La esencia del budismo pâli*, MRA, Barcelona, 1995.]

[471] *Mahāvaṃsa*, 29.7.

[472] Ateneo de Náucratis, *Deipnosophistae*, 3.14.

[473] Tim Whitmarsh y Stuart Thomson, *The Romance Between Greece and the East*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013, p. 6.

[474] British Library, MSS Eur. E.161/5, Brownlow a Masson, 28 de marzo de 1836.

[475] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 362.

[476] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 362.

[477] British Library, MSS Eur. E.165, 225.

[478] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 367.

[479] British Library, MSS Eur. E.165, 224.

[480] British Library, MSS Eur. E.161/5, Brownlow a Masson, 28 de marzo de 1836.

[481] Richard Hartley Kennedy, *Various Journeys of the campaign of the Indus, in Sind and Kaubool in 1838 − 9*, Richard Bentley, Londres, 1840, vol. 2, p. 118.

[482] Honigberger, *Thirty Five Years*, p. 55.

[483] Sohan Lal Suri, *Umdat-ut-tawarikh*, S. Chand, Delhi, 1961, vol. 3, p. 286.

[484] *The Calcutta Review*, vol. 7, enero-junio de 1847, p. 285.

[485] Suri, *Umdat-ut-tawarikh*, vol. 3, p. 289.

[486] *The Calcutta Review*, vol. 7, enero-junio de 1847, p. 285.

[487] Punyab Archives (Lahore), Punyab Records, Libro 142, letra 78.

[488] Harlan, *Memoir*, frontispicio.

[489] Grey y Garrett, *European Adventurers*, p. 261.

[490] Ibíd., p. 241.

[491] National Archives (UK), FO 705/32, Pottinger a J. P. Riach, 5 de marzo de 1836.

[492] Ibíd., Pottinger a Masson, 7 de abril de 1836.

[493] Ibíd., Pottinger a Masson, 8 de marzo de 1836.

[494] British Library, MSS Eur. E.165, 129 − 130.

[495] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 13 de julio de 1836.

[496] Ibíd., Masson a Pottinger, 26 de mayo de 1836.

[497] Anón., *Correspondence Relating to Persia and Affghanistan*, J. Harrison, Londres, 1839, pp. 395 – 396. Dost Mohammad al Gobierno, 31 de mayo de 1836.

[498] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, pp. 362 – 363.

[499] Ibíd., pp. 395 – 396.

[500] British Library, MSS Eur. E.165, 20.

[501] National Archives (UK), Londres, FO 705/32, Masson a Pottinger, 9 de octubre de 1834.

[502] Ibíd., Pottinger a Masson, 15 de enero de 1837.

[503] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1836.

[504] British Library, MSS Eur. E.161/5, Masson a Brownlow, 26 de junio de 1836.

[505] Ibíd., Brownlow a Masson, 28 de marzo de 1836.

[506] British Library, MSS Eur. E.165, 223.

[507] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Trevelyan, 15 de febrero de 1836.

[508] Ibíd., Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1836.

[509] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Trevelyan, 15 de febrero de 1836.

[510] British Library, MSS Eur. E.161/2, Wade a Masson, 10 de abril de 1836.

[511] Godfrey Vigne, *A personal narrative of a visit to Ghuzni, Kabul and Afghanistan, and of a residence at the court of Dost Mohamed*, George Routledge, Londres, 1843, pp. 140 – 141.

[512] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 13 de julio de 1836.

[513] Vigne, *Various Journeys*, p. 153.

[514] Ibíd., p. 382.

[515] Ibíd.

[516] Ibíd., p. 160.

[517] British Library, MSS Eur. E.161/4, 14.

[518] Vigne, *Various Journeys*, p. 212.

[519] British Library, MSS Eur. E.165, 232 – 233.

[520] Un disco liso y plano de marfil, British Museum, 1880.3828.u.

[521] Moneda de aleación de cobre fundido, 618 – 906 d. de C., British Museum, IOLC.4641.

[522] Sello oval de calcedonia, de color ambarino, con el busto de una mujer de perfil, siglo I d. de C., British Museum, 1880.3548.

[523] Fredrik Hiebert y Pierre Cambon, *Afghanistan: Crossroads of the Ancient World*, British Museum Press, Londres, 2011.

[524] Vaso de cristal traslúcido encontrado en Bagram en 1937, expuesto en el Musée Guimet, París, en 1976, publicado en *Afghanistan: Ancient Land with Modern Ways*, Ministry of Planning of the Royal Government of Afghanistan, Kabul, 1961, p. 34.

[525] Muhammad ibn Ahmad Ibn Jubayr, traducido por J. C. Broadhurst, *The Travels of Ibn Jubayr*, Jonathan Cape, Londres, 1952, p. 33. [Trad. cast. de Felipe Maíllo: *A través del Oriente: Rihla*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.]

[526] National Archives, Londres, FO 705/32, Pottinger a Masson, 27 de abril de 1837.

[527] Wilson, *Ariana Antiqua*, p. 118.

[528] British Library, MSS Eur. E.165, 219.

[529] Ferdousí, *Shahnameh*, vol. 6, p. 168.

[530] Ibíd., pp. 168 – 169.

[531] British Library, MSS Eur. E.169, 103.

[532] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 379.

[533] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 16 de enero de 1837.

[534] Ibíd., Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1836.

[535] British Library, MSS Eur. E.161/5, Brownlow a Masson, 22 de septiembre de 1836.

[536] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1836.

[537] British Library, MSS Eur. E.161/5, Brownlow a Masson, 22 de septiembre de 1836.

[538] Burnes, *Travels*, vol. 1, p. 117.

[539] British Library, MSS Eur. E.161/5, Brownlow a Masson, 22 de septiembre de 1836.

[540] Burnes, *Travels*, vol. 1, p. VII.

[541] John Kaye, *Lives of Indian Officers: illustrative of the history of the civil and military service of India*, A. Strahan, Londres, 1867, vol. 2, p. 232.

[542] Ibíd., p. 233.

[543] Ibíd., pp. 237 – 238.

[544] National Library of Scotland, John Murray Archive, MS.42048, Burnes a Murray, 28 de diciembre de 1834.

[545] Ibíd., Burnes a Murray, 25 de enero de 1834.

[546] National Library of Scotland, John Murray Archive, MS.42050.

[547] National Library of Scotland, John Murray Archive, MS.42048, Burnes a Murray, 7 de noviembre de 1834.

[548] *The Gentleman's Magazine*, vol. 17, 1842, p. 435.

[549] Burnes, *Travels*, vol. 1, p. 117.

[550] Ibíd., vol. 2, p. 214.

[551] Henry Miers Elliot, *The History of India, as Told by Its Own Historians*, Trübner and Co., Londres, 1871, vol. 3, pp. 170 – 171.

[552] Rudyard Kipling, «The Man Who Would Be King», *Under the Deodars*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1914, pp. 189 – 236. [Trad. cast. de Enrique Maldonado: *El hombre que pudo reinar*, Nórdica Libros, Madrid, 2016.]

[553] National Archives (UK), FO 705/32, Pottinger a Masson, 16 de septiembre de 1838.

[554] Ibíd., Pottinger a Masson, 15 de enero de 1837.

[555] Ibíd., Masson a Pottinger, 16 de enero de 1837.

[556] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 425.

[557] Vigne, *Narrative*, pp. 158 – 159.

[558] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, pp. 425 – 426.

[559] British Library, MSS Eur. E.161/3, Burnes a Masson, 2 de junio de 1837.

[560] National Archives (UK), FO 705/32, Pottinger a Masson, 5 de octubre de 1837.

[561] *The Literary Gazette and Journal of Belles Lettres*, vol. 18, 1834, p. 707.

[562] *The Manchester Times and Gazette*, 9 de enero de 1841.

[563] British Library, MSS Eur. E.169/1, 81.

[564] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Wade, 6 de noviembre de 1837.

[565] British Library, MSS Eur. E.165, Burnes a Masson, 9 de marzo de 1836.

[566] Worcester College, Oxford, MS.109, Journal of Alexander Burnes, 18 de septiembre de 1837.

[567] British Library, MSS Eur. E161/3, Burnes a Masson, 22 de agosto de 1837.

[568] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 445.

[569] Worcester College, Oxford, MS.109, 20 de septiembre de 1837.

[570] Ibíd., 21 de septiembre de 1837.

[571] British Library, MSS Eur. E.161/3, Burnes a Masson, 2 de junio de 1837.

[572] Harlan, *Memoir*, p. 138.

[573] National Archives of India, Foreign/Political/20 December 1837/34, Burnes a Macnaghten, 24 de septiembre de 1837.

[574] Harlan, *Memoir*, p. 139.

[575] Worcester College, Oxford, MS.109, 25 de septiembre de 1837.

[576] Ibíd.

[577] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 7 de noviembre de 1837.

[578] Kaye, *Lives*, vol. 2, p. 219.

[579] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 439, Burnes a Masson, 6 de agosto de 1837.

[580] British Library, MSS Eur. E.161/3, Burnes a Macnaghten, 9 de octubre de 1837.

[581] National Archives of India, Foreign/Political/31 July 1837/81 – 3.

[582] National Archives (UK), FO 705/32, Pottinger a Masson, 27 de marzo de 1837.

[583] British Library, MSS Eur. E.161/3, Burnes a Colvin, 12 de mayo de 1837.

[584] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 24 de junio de 1838.

[585] British Library, MSS Eur. E.161/3, Burnes a Masson, 2 de junio de 1837.

[586] Alexander Burnes, *Cabool: A Personal Various Journeys of a Journey To, and Residence in that City, in the Years 1836, 7, and 8*, John Murray, Londres, 1843, p. 245.

[587] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 452.

[588] National Archives of India, Foreign/Secret/15 de mayo de 1837/8, Dost Mohammad Khan a Wade, 25 de febrero de 1837.

[589] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 455.

[590] Ibíd., p. 459.

[591] Worcester College, Oxford, MS.109, 15 de noviembre de 1837.

[592] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 457.

[593] Ibíd., p. 456.

[594] Ibíd., p. 460.

[595] Ibíd., p. 456.

[596] National Archives of India, Foreign/Secret/28 September 1842/43, Burnes a Holland, 30 de octubre de 1837.

[597] William Dalrymple, *Return of a King: The Battle for Afghanistan*, Bloomsbury, London, 2013, pp. 82 – 84. [Trad. cast. de Alba María Villar: *El retorno de un rey: Desastre británico en Afganistán 1839 – 1842*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2021.]

[598] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 7 de noviembre de 1837.

[599] British Library, MSS Eur. E.161/3, 125, Burnes a Masson, sin fecha.

[600] National Archives of India, Foreign/Secret/28 September 1842/43, Burnes a Holland, 9 de enero de 1838.

[601] Worcester College, Oxford, MS.109, 30 de diciembre de 1837.

[602] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 464.

[603] British Library, MSS Eur. E.165, Burnes a Masson, 9 de marzo de 1836.

[604] British Library, MSS Eur. E.161/3, Burnes a Masson, 12 de diciembre de 1837.

[605] Harlan, *Memoir*, pp. 155 – 156.

[606] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 459.

[607] Worcester College, Oxford, MS.109, 17 de enero de 1838.

[608] Ibíd., 2 de enero de 1838.

[609] National Archives of India, Foreign/Secret/28 September 1842/43, Burnes a Holland, 9 de enero de 1838.

[610] British Library, Add. MSS 37691, Colvin a Burnes, 13 de septiembre de 1837.

[611] Worcester College, Oxford, MS.109, 27 de enero de 1838.

[612] Ibíd., 5 de febrero de 1838.

[613] Ibíd., 18 de enero de 1838.

[614] Anón., *Parliamentary Papers, Session 2, 31 May-13 August 1859*, House of Commons, Londres, 1859, vol. 25, p. 115, Macnaghten a Burnes, 20 de enero de 1838.

[615] Anón., *Accounts and Papers of the House of Commons, Session, 5 February-27 August 1839*, House of Commons, Londres, 1839, vol. 40, p. 31, Burnes a Macnaghten, 13 de marzo de 1838.

[616] Harlan, *Memoir*, p. 171.

[617] Anón., *Accounts and Papers*, p. 37.

[618] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 469.

[619] Ibíd., p. 463.

[620] Worcester College, Oxford, MS.109, 19 de febrero de 1838.

[621] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 475.

[622] Lal, *Life of the Amir*, p. 312.

[623] Worcester College, Oxford, MS.109, 5 de febrero de 1838.

[624] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 477.

[625] Worcester College, Oxford, MS.109, 3 − 4 de marzo de 1838.

[626] Anón., *Accounts and Papers*, 41, Burnes a Dost Mohammad Khan, 22 de abril de 1838.

[627] Ibíd., Dost Mohammad Khan a Burnes, 23 de abril de 1838.

[628] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 476.

[629] Burnes, *Cabool*, pp. 269 − 270.

[630] Worcester College, Oxford, MS.109, 22 de abril de 1838.

[631] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 478.

[632] Worcester College, Oxford, MS.109, 24 de abril de 1838.

[633] Ibíd., 25 de abril de 1838.

[634] Gertrude Landa (pseud. Aunt Naomi), *Jewish Fairy Tales and Legends*, Shapiro, Valentine & Co., London, 1900, pp. 286 – 288. Basado en el Talmud, *Tamid*, 32a-b.

[635] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 8 de mayo de 1838.

[636] Walter Thornberry, *Old and New London: the city ancient and modern*, Cassell, Londres, 1887, p. 184.

[637] National Archives (UK), FO 705/32, H. H. Wilson a James Prinsep, 21 de mayo de 1836.

[638] British Library MSS E/4/1062, Bombay Dispatches, 5 de enero-31 de mayo de 1838, 67.

[639] Ibíd.

[640] Grey y Garrett, *European Adventurers*, p. 130.

[641] Herbert Benjamin Edwardes, *Life of Sir Henry Lawrence*, Smith, Elder, Londres, 1872, pp. 295 – 296.

[642] Julian James Cotton, *General Avitabile*, Edinburgh Press, Calcuta, 1906, p. 16.

[643] Ibíd., pp. 19 – 20.

[644] Grey y Garrett, *European Adventurers*, pp. 130 – 131.

[645] Cotton, *General Avitabile*, p. 25.

[646] Daniel Henry MacKinnon, *Military Service and Adventures in the Far East*, Charles Oliver, Londres, 1847, vol. 1, pp. 247 – 248.

[647] Ibíd., pp. 245 – 246.

[648] Cotton, *General Avitabile*, pp. 21 – 22.

[649] MacKinnon, *Military Service*, vol. 1, p. 249.

[650] Ibíd., pp. 248 – 250.

[651] Erich Von Schonberg, *Travels In India And Kashmir*, Hurst and Blackett, Londres, 1853, vol. 1, pp. 310 – 311.

[652] Edwardes, *Life of Sir Henry Lawrence*, p. 292.

[653] Cotton, *General Avitabile*, p. 59.

[654] Edwardes, *Life of Sir Henry Lawrence*, pp. 295 – 296.

[655] Cotton, *General Avitabile*, p. 16: «Per amore di Dio, fatemi partire da questo paese».

[656] National Archives of India, Foreign/Secret/28 September 1842/43, Burnes a Holland, 6 de mayo de 1838.

[657] Ibíd.

[658] Worcester College, Oxford, MS.109, 6 de mayo de 1838.

[659] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 8 de mayo de 1838.

[660] Ibíd., Pottinger a Masson, 4 de junio de 1838.

[661] Ibíd., Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1838.

[662] Ibíd., Masson a Pottinger, 8 de mayo de 1838.

[663] Ibíd.

[664] British Library, MSS Eur. E.161/3, Macnaghten a Masson, 23 de mayo de 1838.

[665] Ibíd., Burnes a Masson, 2 de junio de 1838.

[666] Ibíd., Burnes a Masson, 22 de junio de 1838.

[667] Worcester College, Oxford, MS.109, 8 de junio de 1838.

[668] Craig Murray, *Sikunder Burnes: Master of the Great Game*, Birlinn, Edinburgh, 2016, p. 135.

[669] Emily Eden, *Up the Country*, Richard Bentley, London, 1867, p. 148.

[670] William Osborne, *The court and camp of Runjeet Singh*, Henry Colburn, Londres, 1840, p. 73.

[671] Ibíd., pp. 79 – 80.

[672] Ibíd., p. 90.

[673] Ibíd., p. 198.

[674] National Archives of India, Foreign/Secret/3 October 1838/104, Torrens a Macnaghten, 15 de mayo de 1838.

[675] National Archives of India, Foreign/Secret/17 October 1838/71, Burnes to Macnaghten, 2 de junio de 1838.

[676] John Kaye, *History of the War in Afghanistan*, W. R. Allen, Londres, 1874, vol. 1, p. 356.

[677] National Archives of India, Foreign/Secret/28 September 1842/43, Burnes a Holland, 8 de junio de 1838.

[678] National Archives of India, Foreign/Secret/17 October 1838/72.

[679] British Library, MSS Eur. E.161/3, 16.

[680] Eden, *Up the Country*, p. 140.

[681] George Buist, *Outline of the operations of the British troops in Scinde and Afghanistan*, Times Office, Bombay, 1843, p. 21.

[682] Eden, *Up the Country*, p. 145.

[683] National Archives of India, Foreign/Secret/28 September 1842/43, Burnes a Holland, 8 de junio de 1838.

[684] Ibíd., Burnes a Holland, 27 de junio de 1838.

[685] British Library, MSS Eur. E.161/3, Burnes a Masson, 27 de junio de 1838.

[686] Cotton, *General Avitabile*, p. 24.

[687] Ibíd., p. 26.

[688] *The Calcutta Review*, vol. 123, julio de 1906, p. 549. Véase también British Library, F/4/2034/92125, F/4/1992/88327.

[689] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 22 de julio de 1838.

[690] Ibíd., Masson a Pottinger, 24 de junio de 1838.

[691] British Library, MSS Eur. E.162, 8.

[692] Kaye, *History of the War*, pp. 366 – 367.

[693] British Library, MSS Eur. E.359/6, Colvin Diaries, 12 de julio de 1838.

[694] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 490.

[695] British Library, MSS Eur. E.359/6, Colvin Diaries, 4 de julio de 1838.

[696] National Archives of India, Foreign/Secret/28 September 1842/43, Burnes a Holland, 6 de mayo de 1838.

[697] British Library, MSS Eur. E.359/6, Colvin Diaries, 13 de julio de 1838.

[698] Kaye, *Lives*, vol. 2, p. 37.

[699] British Library, MSS Eur. E.162, 11.

[700] Eden, *Up the Country*, p. 157.

[701] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 22 de julio de 1838.

[702] Cotton, *General Avitabile*, p. 25.

[703] British Library, MSS Eur. E.165, 127.

[704] National Archives (UK), FO 705/32, Burnes a Masson, 4 de agosto de 1838.

[705] Ibíd.

[706] Ibíd.

[707] British Library, MSS Eur. E.165, 122.

[708] National Archives (UK), FO 705/32, Burnes a Masson, 4 de agosto de 1838.

[709] British Library, MSS Eur. E.161/3, Burnes a Masson, 13 de septiembre de 1838.

[710] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 10 de septiembre de 1838.

[711] Ibíd., Pottinger a Masson, 16 de septiembre de 1838.

[712] Ibíd., Masson a Pottinger, 10 de septiembre de 1838.

[713] Ibíd., Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1838.

[714] British Library, MSS Eur. E.161/3, Burnes a Masson, 5 de septiembre de 1838.

[715] British Library, MSS Eur. E.162, 4.

[716] Anón., *The Bengal and Agra Annual Guide and Gazetteer for 1841*, William Rushton and Co., Calcuta, 1841, p. 274.

[717] National Archives, London, FO 705/32, Jephson a Masson, 23 de agosto de 1838.

[718] Ibíd.

[719] British Library, MSS Eur. E.165, 134.

[720] British Library, IOR/P/BEN/SEC/380, Bengal Secret Consultations, 19 de junio de 1834, Macnaghten a Wade, 26 de mayo de 1834.

[721] British Library, MSS Eur. E.161/2, Wade a Masson, 11 de febrero de 1835.

[722] British Library, MSS Eur. E.165, 134.

723 Ibíd., 136.

724 National Archives, London, FO 705/32, Jephson a Masson, 23 de agosto de 1838.

725 British Library, MSS Eur. E.165, 122.

726 National Archives of India, Foreign/Secret/28 September 1842/35, Burnes a Jacob, 5 de agosto de 1838.

727 Ibíd., Burnes a Holland, 6 de mayo de 1838.

728 Ibíd., Burnes a Jacob, 5 de agosto de 1838.

729 Ibíd.

730 National Archives, London, FO 705/32, Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1838.

731 Ibíd.

732 Ibíd.

733 Ibíd., Masson al Gobierno de la India, 16 de octubre de 1838.

734 Eden, *Up the Country*, p. 175.

735 Ibíd., p. 169.

736 National Archives of India, Foreign/Political/24 October 1838/8.

737 Adaptado a partir de E. Hultzsch, *Inscriptions of Asoka*, Clarendon Press for the Government of India, Oxford, 1925, p. 44. [Trad. cast. de Francisco Rodríguez Adrados: *Asóka: edictos de la ley sagrada*, Apóstrofe, Barcelona, 2002.]

738 Charles Masson, «Narrative of an Excursion from Pesháwer to Sháh-Báz Ghari», *Journal of the Royal Asiatic Society*, vol. 8, 1846, p. 295.

739 Ibíd., p. 296.

[740] Ibíd., p. 298.

[741] Ibíd., p. 301.

[742] Anón., *The Policy of the Government of British India, as exhibited in Official Documents*, W. H. Allen, Londres, 1839, pp. 39 – 41.

[743] Masson, *Various Journeys*, vol. 3, p. 489.

[744] British Library, MSS Eur. E.161/6, 16.

[745] National Archives of India, Foreign/Political/6 July 1835/16, Wade a Macnaghten, 10 de junio de 1835.

[746] Ibíd.

[747] British Library, MSS Eur. E.165, 43.

[748] National Archives of India/Foreign/Secret/11 June 1838/74.

[749] British Library, MSS Eur. E.165, 123.

[750] *The Dublin University Magazine: A Literary and Political Journal*, vol. 22, 1843, p. 292.

[751] British Library, MSS Eur. E.165, 128.

[752] Eden, *Up the Country*, p. 209.

[753] Ibíd., pp. 208 – 209.

[754] Ibíd., p. 199.

[755] British Library, MSS Eur. E.161/4, Stacy a Masson, 13 de diciembre de 1838.

[756] *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, vol. 4, 1835, p. 622.

[757] British Library, MSS Eur. E.161/4, Stacy a Masson, 19 de diciembre de 1838.

[758] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1838.

[759] British Library, MSS Eur. E.162, 9.

[760] British Library, MSS Eur. E.165, 66.

[761] *The Times*, 4 de noviembre de 1842, p. 3.

[762] James Elroy Flecker, «The Ballad of Iskander», citado en el *Bulletin of the John Rylands University Library of Manchester*, vol. 69, 1986, p. 372.

[763] C. A. Bloss, *Ancient History, illustrated by colored maps, and a chronological chart, for the use of families and schools*, Clark and Maynard, Nueva York, 1869, p. 263.

[764] Plutarco, *Sobre la paz del alma*, 4. [Trad. cast. de Rosa María Aguilar: *Obras morales y de costumbres (Moralia)*, vol. VII, Editorial Gredos, Madrid, 1995.]

[765] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Jephson, citado en Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1838.

[766] British Library, MSS Eur. E.165, 135.

[767] National Archives of India, Foreign/Secret/28 September 1842/43, Burnes a Holland, 29 de noviembre de 1838.

[768] Kaye, *History of the War*, vol. 2, p. 172.

[769] Eden, *Up the Country*, p. 233.

[770] William Nott, *Memoirs and correspondence of Major-General Sir William Nott*, Hurst and Blackett, Londres, 1854, vol. 1, pp. 90 − 91.

[771] Ibíd., p. 91.

[772] Ibíd.

[773] *The Eclectic Magazine*, vol. 9, 1846, p. 364.

[774] Punyab Archives (Lahore), Punyab Records, libro 139, carta 8.

[775] British Library, MSS Eur. E.165, 135.

[776] Ibíd.

[777] Josiah Harlan, «Personal Narrative of General Harlan's Eighteen Years' Residence in Asia», apéndice a Harlan, *Memoir*, pp. 4 – 5.

[778] Ibíd., p. 4.

[779] Ibíd., p. 6.

[780] Chester County Historical Society, Harlan Papers, email de Eckart Schiewek a la Chester County Historical Society, 11 de enero de 2008.

[781] Ibíd., folio sin numerar, fechado el 16 de octubre de 1839. Basado en una traducción de Eckart Schiewek.

[782] Harlan, *Central Asia*, p. 145.

[783] *United States Gazette*, citado en Harlan, *Memoir*, p. 1.

[784] Harlan, «Personal Narrative», p. 6.

[785] Ibíd., p. 5.

[786] Chester County Historical Society, Harlan Papers, Miscellaneous Papers/1830s Folder, Stacy a Harlan, 17 de diciembre de 1838.

[787] Ibíd., 10 de agosto de 1839.

[788] Ibíd., «Oriental Sketches», 6.

[789] Ibíd., Miscellaneous Papers/1830s Folder, Harlan a G. H. Macgregor, Superintendente de Policía, 19 de octubre de 1839.

[790] British Library, MSS Eur. E.161/1, 193, Pottinger a Masson, 15 de octubre de 1839.

[791] Ibíd., Pottinger a Masson, 25 de octubre de 1839.

[792] British Library, MSS Eur. E.161/3, 34, Burnes a Masson, 20 de septiembre de 1838.

[793] Royal Geographical Society, Henry Rawlinson Papers, 4,

Journal, 1 de diciembre de 1839.

[794] British Library, MSS Eur. E.165, 108.

[795] Royal Geographical Society, Henry Rawlinson Papers, 4, Journal, 1 de diciembre de 1839.

[796] British Library, MSS Eur. E.165, 20.

[797] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 3 de noviembre de 1839.

[798] Ibíd., Masson a Pottinger, 2 de octubre de 1839.

[799] Ibíd., Masson a Pottinger, 21 de febrero de 1840.

[800] British Library, MSS Eur. E.165, 20.

[801] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1838.

[802] Ibíd., Masson a Pottinger, 21 de febrero de 1840.

[803] Royal Geographical Society, Henry Rawlinson Papers, 4, Journal, 1 de diciembre de 1839.

[804] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 3 de noviembre de 1839.

[805] Royal Geographical Society, Henry Rawlinson Papers, 4, Journal, 1 de diciembre de 1839.

[806] British Library, MSS Eur. E.165, 189.

[807] Ibíd., 165.

[808] Citado en *The Caledonian Mercury*, 7 de noviembre de 1842, p. 2.

[809] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 2 de octubre de 1839.

[810] Ibíd., Masson a Pottinger, 21 de febrero de 1840.

[811] Ibíd., Masson a Pottinger, 3 de noviembre de 1839.

[812] Ibíd., Masson a Pottinger, 20 de febrero de 1840.

[813] Royal Geographical Society, Henry Rawlinson Papers, 4, Journal, 1 de diciembre de 1839.

[814] Ibíd.

[815] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 21 de febrero de 1840.

[816] James Atkinson, *Sketches in Afghaunistan*, H. Graves, Londres, 1842, pp. XI-XII.

[817] James Rattray, *The costumes of the various tribes, portraits of ladies of rank, celebrated princes and chiefs, views of the principal fortresses and cities, and interior of the cities and temples of Afghaunistaun*, Hering & Remington, Londres, 1848, p. 13.

[818] *Illustrated London News*, 3 de septiembre de 1910, p. 353.

[819] Rattray, *Costumes*, p. 13.

[820] British Library, MSS Eur. E.165, 226.

[821] Ibíd., 137.

[822] Ibíd.

[823] Ibíd.

[824] Ibíd.

[825] *Bombay Times*, 31 de marzo de 1841, p. 203.

[826] Charles Masson, *Various Journeys of a Journey to Kalât, Including an Insurrection at that Place in 1840: And a Memoir on Eastern Balochistan*, Richard Bentley, Londres, 1843, p. 10.

[827] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, p. 111.

[828] Ibíd., p. 91.

[829] Ibíd., p. 90.

[830] Adaptado a partir de H. T. Lambrick, «Observations on Baloch Poetry of the Sind Border», *Journal of the Sind Historical Society*, vol. 5, 1942, p. 180.

[831] British Library, MSS Eur. E.165, 106.

[832] *The Asiatic Journal*, vol. 34, enero-abril de 1841, p. 190, Loveday a miembros de su familia, 25 de enero de 1840.

[833] Masson, *Kalât*, pp. 117 – 118.

[834] British Library, MSS Eur. E.165, 106.

[835] Masson, *Kalât*, p. 69.

[836] British Library, MSS Eur. E.165, 106.

[837] *The London Quarterly Review*, October 1846, p. 264.

[838] Masson, *Kalât*, p. 68.

[839] Ibíd.

[840] James Burnes, *Notes on his name and family*, publicado en edición privada, Edinburgh, 1851, p. 64.

[841] *The Asiatic Journal*, vol. 34, enero-abril de 1841, p. 186, Loveday a miembros de su familia, 27 de enero de 1839.

[842] Ibíd., p. 187, Loveday a miembros de su familia, 9 de mayo de 1839.

[843] Ibíd., p. 190, Loveday a miembros de su familia, 25 de noviembre de 1839.

[844] Masson, *Kalât*, pp. 77 – 78.

[845] Ibíd., p. 71.

[846] Ibíd.

[847] British Library, MSS Eur. E.165, 107.

[848] Ibíd., 106.

[849] Ibíd., 107.

[850] Ibíd., 75; *The Calcutta Englishman*, 14 de enero de 1841, p. 3.

[851] Masson, *Kalât*, pp. 117 – 118.

[852] Ibíd.

[853] *The Asiatic Journal*, vol. 34, enero-abril de 1841, p. 187, Loveday a miembros de su familia, 9 de mayo de 1839.

[854] National Archives, London, FO 705/32, Masson a Pottinger, 3 de noviembre de 1839.

[855] Adaptado a partir de Gholam Mahomed Khan Mazari, editado por T. L. J. Mayer, *Baloch Classics*, CMS Mission Press, Sikandra, Agra, 1906, pp. 1 – 2.

[856] British Library, MSS Eur. E.165, 107.

[857] Ibíd., 108.

[858] Masson, *Kalât*, p. 133.

[859] British Library, MSS Eur. E.165, 109.

[860] Masson, *Kalât*, p. 137.

[861] British Library, IOR/L/PS/5/154, 5, Rawlinson a Macnaghten, 21 de octubre de 1840.

[862] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, pp. 164 – 165.

[863] *The Asiatic Journal*, vol. 35, mayo-agosto de 1841, p. 185.

[864] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, pp. 164 – 165, Loveday al capitán J. D. D. Bean, citado en Bean a Bell, 2 de enero de 1841.

[865] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, pp. 164 – 165.

[866] Ibíd.

[867] British Library, MSS Eur. E.165, 110.

[868] Masson, *Kalât*, p. 143.

[869] Ibíd., p. 150.

[870] Ibíd., p. 148.

[871] Ibíd., pp. 150 – 151.

[872] British Library, MSS Eur. E.165, 112.

[873] Masson, *Kalât*, pp. 151 – 152.

[874] Ibíd., p. 154.

[875] British Library, MSS Eur. E.165, 110.

[876] Masson, *Kalât*, p. 154.

[877] Ibíd., p. 150.

[878] *The Asiatic Journal*, vol. 34, enero-abril de 1841, p. 190, Loveday a miembros de su familia, agosto de 1840.

[879] Masson, *Kalât*, p. 156.

[880] Ibíd., p. 157.

[881] Ibíd.

[882] Ibíd., p. 166.

[883] Ibíd., p. 167.

[884] Ibíd., p. 165.

[885] *Bombay Times*, 2 de enero de 1841, p. 4.

[886] Masson, *Kalât*, p. 165.

[887] British Library, MSS Eur. E.165, 110.

[888] Ibíd., 115.

[889] Ibíd., 201 – 202.

[890] *The Asiatic Journal*, vol. 34, enero-abril de 1841, p. 190, Loveday a miembros de su familia, agosto de 1840.

[891] Ibíd., vol. 35, mayo-agosto de 1841, p. 127, Loveday al mayor Griffiths, 11 de agosto de 1840.

[892] Masson, *Kalât*, p. 169.

[893] Ibíd., p. 176.

[894] Ibíd., p. 182.

[895] British Library, MSS Eur. E.165, 116; British Library, IOR/L/PS/5/154, 24, Loveday a Bean, 26 de agosto de 1840.

[896] Masson, *Kalât*, pp. 193 – 194.

[897] Ibíd., pp. 174 – 175.

[898] Ibíd., p. 197.

[899] Ibíd., p. 196.

[900] Ibíd., p. 198.

[901] Ibíd., pp. 200 – 201.

[902] Ibíd., p. 203.

[903] Adaptado a partir de Mazari, *Baloch Classics*, pp. 10 – 12.

[904] Masson, *Kalât*, p. 206.

[905] British Library, MSS Eur. E.165, 117.

[906] Masson, *Kalât*, p. 203.

[907] Ibíd., p. 204.

[908] Ibíd., p. 208.

[909] Ibíd., pp. 208 – 209.

[910] British Library, MSS Eur. E.165, 120.

[911] Masson, *Kalât*, p. 214.

[912] British Library, IOR/L/PS/5/154, 25.

[913] Masson, *Kalât*, p. 214.

[914] British Library, MSS Eur. E.165, 124.

[915] Masson, *Kalât*, p. 221.

[916] Ibíd., p. 228.

[917] British Library, IOR/F/4/2009/89688, 11.

[918] British Library, IOR/L/PS/5/154, 25.

[919] Ibíd., 26, Bean a Gul Mohammad, 31 de agosto de 1840.

[920] British Library, IOR/L/PS/5/154, 31.

[921] British Library, MSS Eur. E.165, 154.

[922] British Library, IOR/L/PS/5/154, 45.

[923] Ibíd., 31.

[924] Masson, *Kalât*, 230.

[925] British Library, IOR/L/PS/5/154, 31, Loveday a Bean, 14 de septiembre de 1840.

[926] Masson, *Kalât*, p. 229.

[927] Ibíd., p. 237.

[928] British Library, MSS Eur. E.165, 120.

[929] Masson, *Kalât*, p. 234.

[930] Ibíd., p. 236.

[931] Ibíd., p. 246.

[932] Ibíd.

[933] Ibíd., p. 247.

[934] Loveday a Bean, 27 de septiembre de 1840, citado en Anón., *Alphabetical catalogue of the contents of the pre-mutiny records of the commissioner in Sind*, Commissioner's Printing Press, Karachi, 1857, p. 213.

[935] British Library, IOR/L/PS/5/154, 43, Loveday a Bean, 24 de septiembre de 1840.

[936] Masson, *Kalât*, p. 238.

[937] Ibíd., p. 249.

[938] Ibíd.

[939] Ibíd., p. 250.

[940] British Library, IOR/L/PS/5/154, 43 − 4, Loveday a Bean, 24 de septiembre de 1840.

[941] Ibíd., 43, Loveday a Bean, 24 de septiembre de 1840.

[942] Masson, *Kalât*, p. 252.

[943] Ibíd., p. 254.

[944] Ibíd., pp. 254 − 255.

[945] British Library, IOR/H/797, Bell a Bean, 29 de septiembre de 1840.

[946] Ibíd., Bell a Colvin, 19 de octubre de 1840.

[947] British Library, MSS Eur. E.195, 36 − 37.

[948] British Library, IOR/L/PS/5/550, 33.

[949] Masson, *Kalât*, p. 255.

[950] British Library, MSS Eur. E.165, 123.

[951] Masson, *Kalât*, p. 259.

[952] British Library, IOR/F/4/2009/89688, 64 – 65.

[953] Masson, *Kalât*, p. 259.

[954] British Library, IOR/L/PS/5/154, 26, Bean a Loveday, 21 de agosto de 1840.

[955] Masson, *Kalât*, pp. 226 – 227.

[956] British Library, IOR/L/PS/5/154, 43, Loveday a Bean, 24 de septiembre de 1840.

[957] British Library, MSS Eur. E.195, 29 – 31, Masson a Bean, 25 de septiembre de 1840.

[958] British Library, IOR/L/PS/5/154, 24, Bean a Macnaghten, 31 de agosto de 1840.

[959] Ibíd., 29, Macnaghten a Bean, 10 de septiembre de 1840.

[960] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, pp. 164 – 165, Bean a Bell, 2 de enero de 1841.

[961] Ibíd., 13 de marzo de 1841, pp. 164 – 165.

[962] Ibíd., Bean a Bell, 2 de enero de 1841.

[963] British Library, MSS Eur. E.165, 106.

[964] British Library, MSS Eur. E.195, 33.

[965] Masson, *Kalât*, p. 257, Bean a Masson, 29 de septiembre de 1840.

[966] Burnes, *Notes*, p. 58.

[967] Kennedy, *Various Journeys*, vol. 2, p. 118.

[968] Kaye, *Lives*, pp. 46 – 47, Burnes a Lord, 22 de noviembre de 1839.

[969] Grey y Garrett, *European Adventurers*, p. 236.

[970] Murray, *Sikunder Burnes*, p. 213.

[971] Ibíd., p. 158.

[972] Citado en Dalrymple, *Return of a King*, p. 86.

[973] Murray, *Sikunder Burnes*, p. 344.

[974] *Bombay Times*, 18 de noviembre de 1840, pp. 738 – 739.

[975] British Library, MSS Eur. E.163, 16.

[976] British Library, MSS Eur. E.161/7, 1 – 2.

[977] Ibíd., 49, Masson a Wade, junio de 1836.

[978] British Library, IOR/L/PS/5/126.

[979] Kaye, *Lives*, pp. 46 – 47, Burnes a Lord, 22 de noviembre de 1839.

[980] British Library, MSS Eur. E.161/6, 23, T. Postans a Masson, 28 de noviembre de 1840.

[981] Masson, *Various Journeys*, vol. 2, pp. 360 – 361.

[982] British Library, MSS Eur. E.195, 34 – 5, Masson a Macnaghten, 25 de septiembre de 1840.

[983] Masson, *Kalât*, p. 262, Macnaghten a Masson, 10 de octubre de 1840.

[984] Citado en British Library, MSS Eur. E.165, 137.

[985] Citado en H. T. Lambrick, «Charles Masson's detention in Quetta, September 1840-January 1841», *Journal of the Sind Historical Society*, vols. 5 – 6, 1941 – 42, p. 80, Bean a Masson, 25 de septiembre de 1840.

[986] British Library, MSS Eur. E.161/4, 15.

[987] Ibíd., 16.

[988] Ibíd., 26.

[989] Ibíd., 27.

[990] *Bombay Times*, 14 de agosto de 1840, p. 522.

[991] Ibíd., 14 de noviembre de 1838, p. 730.

[992] British Library, MSS Eur. E.161/4, 17.

[993] British Library, MSS Eur. E.165, 123.

[994] Masson, *Kalât*, pp. 259 – 260.

[995] British Library, IOR/F/4/2009/89688, 65 – 66.

[996] Masson, *Kalât*, p. 259.

[997] British Library, MSS Eur. E.165, 123.

[998] British Library, MSS Eur. E.162, 76.

[999] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, pp. 162 – 163.

[1000] Ibíd.

[1001] Ibíd.

[1002] Ibíd.

[1003] *The Calcutta Englishman*, 14 de enero de 1841, p. 3.

[1004] British Library, MSS Eur. E.161/4, 49, Stacy a Masson, 29 de diciembre de 1840.

[1005] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, pp. 162 – 163.

[1006] British Library, MSS Eur. E.165, 124.

[1007] British Library, MSS Eur. E.195, 23.

[1008] Masson, *Kalât*, p. 263.

[1009] British Library, MSS Eur. E161/6, 31, Stacy a Masson, 26 de junio de 1841.

[1010] Nott, *Memoirs*, p. 268.

[1011] Ibíd., p. 248.

[1012] British Library, MSS Eur. E.161/6, 37 − 38.

[1013] British Library, MSS Eur. E.161/4, 35, Stacy a Masson, 4 de noviembre de 1840.

[1014] British Library, IOR/L/PS/5/154, 386.

[1015] British Library, MSS Eur. E.161/4, 35, Stacy a Masson, 4 de noviembre de 1840.

[1016] British Library, IOR/L/PS/5/154, 950, Stacy a Bell, 27 de diciembre de 1840.

[1017] Ibíd.

[1018] National Archives, London, FO 705/32, Jephson a Masson, 23 de agosto de 1838.

[1019] British Library, IOR/L/PS/5/154, 950, Stacy a Bell, 27 de diciembre de 1840; British Library, IOR/L/PS/5/154, Nott a Bell, 3 de noviembre de 1840.

[1020] British Library, IOR/L/PS/5/155, 357, Maddock a Bell, 11 de enero de 1841.

[1021] British Library, MSS Eur. E.161/6, 42.

[1022] Lambrick, «Charles Masson's detention», p. 83.

[1023] British Library, MSS Eur. E.161/6, 42.

[1024] British Library, MSS Eur. E.161/4, 42, Stacy a Masson, 23 de noviembre de 1840.

[1025] Ibíd., 36, Stacy a Masson, 14 de noviembre de 1840.

[1026] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, pp. 164 – 165, Bell a Masson, 14 de diciembre de 1840.

[1027] British Library, MSS Eur. E.161/6, 44.

[1028] Ibíd.

[1029] British Library, IOR/L/PS/5/154, 950, Stacy a Bell, 27 de diciembre de 1840.

[1030] British Library, MSS Eur. E.161/6, 25, Stacy a Masson, 27 de diciembre de 1840.

[1031] Ibíd.

[1032] British Library, MSS Eur. E.165, 123.

[1033] British Library, MSS Eur. E.161/6, 45, Stacy a Masson, 18 de diciembre de 1840.

[1034] British Library, IOR/L/PS/5/155, 916, Stacy a Bell, 17 de diciembre de 1840.

[1035] Ibíd., 923.

[1036] British Library, MSS Eur. E.161/4, 55.

[1037] British Library, IOR/L/PS/5/155, 930, Maddock a Macnaghten, 23 de enero de 1841.

[1038] British Library, MSS Eur. E.161/6, 42.

[1039] Ibíd., 40, Jephson a Masson, 27 de marzo de 1841.

[1040] British Library, MSS Eur. E.161/7, 65.

[1041] British Library, MSS Eur. E.161/4, 42, Stacy a Masson, 23 de noviembre de 1840.

[1042] Masson, *Kalât*, p. 267, Bean a Bell, 2 de enero de 1841.

[1043] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, pp. 162 – 163.

[1044] British Library, MSS Eur. E.161/6, 33, Jephson a Masson, 12 de diciembre de 1840.

[1045] Ibíd.

[1046] British Library, MSS Eur. E.165, 154.

[1047] British Library, IOR/L/PS/5/552, 34 – 35.

[1048] British Library, IOR/L/PS/5/154, 47, Macnaghten a Torrens, 8 de octubre de 1840.

[1049] British Library, MSS Eur. E.195, 47 – 48, Bell a Maddock, 9 de enero de 1841.

[1050] Ibíd., 46, Bell a Masson, 9 de enero de 1841.

[1051] British Library, MSS Eur. E.161/5, 29, Hammersley a Masson, 29 de diciembre de 1840.

[1052] Masson, *Kalât*, pp. 272 – 273.

[1053] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, pp. 164 – 165, Masson a Bell, 24 de diciembre de 1840.

[1054] Adaptado a partir de M. Longworth Dames, *Popular Poetry of the Baloches*, Royal Asiatic Society, Londres, 1907, vol. 1, pp. 272 – 273.

[1055] *Bombay Courier*, 13 de marzo de 1841, p. 82.

[1056] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, p. 162.

[1057] Lal, *Travels*, p. 485.

[1058] Jivanji Jamshedji Modi, *Oriental Conference Papers*, The Fort Printing Press, Bombay, 1932, p. 59.

[1059] Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*, 4.4.16 – 17. [Trad. cast. de Francisco Pejenaute: Editorial Gredos, Madrid, 1986.]

[1060] Ibíd., 4.6.28.

[1061] Ibíd., 4.6.29.

[1062] Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, 17.70. [Trad. cast. de Juan José Torres y Juan Manuel Guzmán: Editorial Gredos, Madrid, 2012.]

[1063] Adaptado a partir del *Libro de Arda Viraf*, 1.1 − 7.

[1064] Sir Robert Eric Mortimer Wheeler, *Flames over Persepolis: Turning point in History*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1968, p. 23.

[1065] Ibíd., p. 64.

[1066] Kaye, *Lives*, vol. 3, p. 49.

[1067] Kaye, *History of the War*, vol. 1, p. 137.

[1068] Kaye, *Lives*, vol. 3, p. 49.

[1069] Ibíd., p. 48.

[1070] British Library, MSS Eur. E.165, Masson a Pottinger, 2 de octubre de 1839.

[1071] Ibíd.

[1072] National Library of Scotland, John Murray Archive, MS.42633, Ledger of Manuscripts Returned and Received, 11 de julio de 1840.

[1073] Ibíd., MS.40970, Pottinger a Murray, 4 de febrero de 1841.

[1074] British Library, MSS Eur. E.161/1, 205, Pottinger a la señora Lewis [madre de Masson], 4 de enero de 1841.

[1075] National Library of Scotland, John Murray Archive, MS.40970, Pottinger a Murray, 4 de febrero de 1841.

[1076] British Library, MSS Eur. E.161/1, 207, Pottinger a Masson, 25 de julio de 1841.

[1077] British Library, MSS Eur. E.161/6, 35, Stacy a Masson, 12 de julio de 1841.

[1078] Ibíd., 41, remitente desconocido a Jephson, 11 de marzo de 1841.

[1079] Ibíd., 41, remitente desconocido a Jephson, 26 de enero de 1841.

[1080] British Library, MSS Eur. E.195, Maddock a Bell, 1 de febrero de 1841.

[1081] British Library, MSS Eur. E.165, 190 − 1.

[1082] British Library, MSS Eur. E.161/6, 34, Stacy a Masson, 28 de junio de 1841.

[1083] Ibíd.

[1084] Ibíd., 31 − 32, Stacy a Masson, 26 de junio de 1841.

[1085] Ibíd., 35, Stacy a Masson, 12 de julio de 1841.

[1086] Ibíd., Stacy a Masson, 7 de julio de 1841.

[1087] Ibíd.

[1088] Ibíd., 36, Stacy a Masson, 26 de julio de 1841.

[1089] Ibíd., 35, Stacy a Masson, 7 de julio de 1841.

[1090] Ibíd., 29 − 30, Stacy a Masson, 24 de junio de 1841.

[1091] Ibíd., 18, Stacy a Masson, 6 de mayo de 1841.

[1092] Ibíd., 29 − 30, Stacy a Masson, 24 de junio de 1841.

[1093] British Library, MSS Eur. E.165, 156.

[1094] British Library, MSS Eur. E.195, Maddock a Bell, 1 de febrero de 1841.

[1095] *Bombay Times*, 13 de marzo de 1841, pp. 164 − 165, Masson a Bell, 24 de diciembre de 1840.

[1096] British Library, MSS Eur. E.167, 58.

[1097] Masson, *Kalât*, p. 276.

[1098] British Library, MSS Eur. E161/6, 40, Jephson a Masson, 7 de abril de 1841.

[1099] British Library, Bombay Political Consultations, IOR/ F/4/1944/ 84442, 11.

[1100] Ibíd., Masson a Willoughby, 24 de octubre de 1841.

[1101] *The Calcutta Review*, vol. 2, octubre-diciembre de 1844, p. 248.

[1102] British Library, MSS Eur. E.162, 6.

[1103] Maulana Hamid Kashmiri, *Akbarnama*, 1.

[1104] British Library, MSS Eur. E.165, 190 − 191.

[1105] Kaye, *Lives*, vol. 2, p. 61.

[1106] Kaye, *History of the War*, vol. 2, p. 3.

[1107] Kaye, *Lives*, vol. 2, p. 62.

[1108] *The Asiatic Journal*, vol. 38, mayo-agosto de 1842, p. 177.

[1109] Heródoto, *Historia* II.143. [Trad. cast. de Carlos Schrader: Editorial Gredos, Madrid, 1992.]

[1110] E. Errington, «Rediscovering the collections of Charles Masson», en M. Alram y D. E. Klimburg-Salter, *Coins, Art and Chronology: Essays on the pre-Islamic History of the Indo-Iranian Borderlands*, Österreichische Akademie der Wissenschaften, Viena, 1999, p. 211.

[1111] *The Times*, 7 de febrero de 1842, p. 4.

[1112] Ibíd., 10 de marzo de 1842, p. 5.

[1113] British Library, MSS Eur. E.161/6, 31 − 32, Stacy a Masson, 26 de junio de 1841.

[1114] British Library, MSS Eur. E.161/1, 90, Pottinger a Masson, 27 de septiembre de 1839.

[1115] Wilson, *Ariana Antiqua*, p. 439.

[1116] British Library, MSS Eur. E.161/7, 14.

[1117] Wilson, *Ariana Antiqua*, p. 441.

[1118] Bodleian Library, Oxford, Afghan.1.d.1, 203.

[1119] Ibíd., 139.

[1120] Ibíd., 347.

[1121] Ibíd., 400.

[1122] Ibíd., 429.

[1123] Ibíd., 123.

[1124] Ibíd., 119.

[1125] British Library, Add. MS 46614, vol. 60, 118.

[1126] *The Times*, 4 de noviembre de 1842, p. 3.

[1127] British Library, MSS Eur. E.165, 156.

[1128] British Library, IOR/L/PS/5/552, 209 – 10.

[1129] British Library, MSS Eur. E.161/6, 40, Jephson a Masson, 7 de abril de 1841.

[1130] *The London Gazette for the Year 1845*, vol. 1, 1845, p. 985.

[1131] British Museum, BM-OP 20.6.1847, J. M. Ludlow a H. B. Ker, 20 de junio de 1847.

[1132] British Museum, BM-TM 24.7.1847, Standing Committee Papers, 24 de julio de 1847, 7301.2.

[1133] British Library, IOR/F/4/2009/89688, IOR/F/4/2009/89689.

[1134] Masson, *Various Journeys*, vol. 1, pp. VII-XII.

[1135] *The Caledonian Mercury*, 7 de noviembre de 1842, p. 2.

[1136] *The Times*, 8 de febrero de 1842, p. 4.

[1137] *The Calcutta Review*, vol. 10, 1848, p. 220.

[1138] J. A. Norris, *The First Afghan War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1967, p. 200.

[1139] Ibíd., p. 252.

[1140] Ibíd., p. 188.

[1141] Chester County Historical Society, Harlan Papers, Miscellaneous Papers/1850s y 1860s, 2981.

[1142] Ibíd., 3004.

[1143] Ibíd., 2988.

[1144] Ibíd., 2986 – 2987.

[1145] Harlan, *Memoir*, p. 2.

[1146] Ibíd., p. 2.

[1147] Citado en ibíd., p. 1.

[1148] Chester County Historical Society, Harlan Papers, Miscellaneous Papers/1880s.

[1149] Ibíd., Miscellaneous Papers/1840s, folio sin numerar.

[1150] British Library, MSS Eur. F.526.

[1151] British Library, MSS Eur. E.161/7, 16.

[1152] Ibíd., 22.

[1153] National Archives (UK), Family Records, FR.1, Marriage Certificate 167, Stoke Newington, 19 de febrero de 1844.

[1154] British Library, MSS Eur. F.526, folio sin numerar.

[1155] Edward Daniel Clarke, *The Tomb of Alexander, a Dissertation on the Sarcophagus brought from Alexandria, and now in the British Museum*, Cambridge University Press, Cambridge, 1805.

[1156] Zahiruddin Muhammad Babur, *Baburnama*, Folio Society, Londres, 2013, p. 761.

[1157] National Archives (UK), Family Records, FR.4, Death Certificate 224, Edmonton, Middlesex, 5 de noviembre de 1853.

[1158] David Traill, *Schliemann of Troy: Treasure and Deceit*, John Murray, Londres, 1995, p. 3.

[1159] Ibíd., p. 6.

[1160] Ibíd., pp. 10 – 13.

[1161] Edmund Richardson, «Seven Lost Cities Swallowed Up By Time», Atlas Obscura, 8 de octubre de 2013 [online]: <https://www.atlasobscura.com/articles/seven-lost-cities-swallowed-up-by-time>.

[1162] Evelyn Waugh, *Labels*, Duckworth, Londres, 1974, p. 136. [Trad. cast. de Jordi Fibla: *Etiquetas: Viaje por el Mediterráneo*, RBA, Barcelona, 2011.]

[1163] Cathy Gere, *Knossos and the Prophets of Modernism*, University of Chicago Press, Chicago, 2010.

[1164] Leonard Woolley, *As I Seem to Remember*, Allen & Unwin, Londres, 1962, pp. 21 – 23.

[1165] Gere, *Knossos*, p. 105.

[1166] British Library, MSS Eur. E.161/4, 14.

[1167] P. M. Fraser, *Cities of Alexander the Great*, Clarendon Press, Oxford, 1996, pp. 147 – 148.

[1168] George Grote, *History of Greece*, John Murray, Londres, 1856, vol. 12, p. 201.

[1169] Todd Greentree, «A Letter from Bagram» [online]: <http://www.theamerican— interest.com/2009/07/01/a-letter-from-bagram/>.

[1170] «British Museum to open three new galleries to tell "interconnected story of the world"», *Evening Standard* (Londres), 4 de julio de 2017 [online]: <https://www.standard.co.uk/go/london/arts/britishmuseum-to-open-three-new-galleries-to-tell-interconnected-storyof-the-world-a3579101.html>.

[1171] Relieve de la escuela de Gandhara (periodo kushán), British Museum, 1970,0718.1.

[1172] Sushma Jansari, «The oldest, dateable depiction of the Buddha in human form», 20 de noviembre de 2018 [online]: <https://www.youtube.com/watch?v=NZMqY3d-dQA>.

[1173] British Museum, Trustees' Minutes, BM.TM.13.12.1879. Elizabeth Errington, directora del Masson Project del Museo Británico, cuya labor ha permitido una comprensión más profunda que nunca de las colecciones de Masson, ha rastreado la vida posterior de sus piezas, y cabe reconocer aquí, agradecidos, la deuda con sus investigaciones: Elizabeth Errington, *The Charles Masson Archive: British Library, British Museum and Other Documents Relating to the 1832 – 1838 Masson Collection from Afghanistan*, British Museum Press, Londres, 2017.

[1174] British Museum, Department of Asia, BM.Asia.6.1.1880.

[1175] Ibíd.

[1176] Errington, *Charles Masson*, p. 25.

[1177] British Museum, Department of Asia, BM.Asia.1.8.1882.

[1178] Wilson, *Ariana Antiqua*, p. 26.

[1179] British Library, MSS Eur. E.165, 190 – 1.

[1180] Denise Blake Oleksijczuk, *The First Panoramas: Visions of British Imperialism*, University of Minnesota Press, Mineápolis, 2011, p. 12.

[1181] *The Asiatic Journal and Monthly Miscellany*, vol. 38, junio de

1842, pp. 174 – 175.

[1182] Ibíd.

[1183] Robert Burford, *Description of a view of the city of Cabul, the capital of Affghanistan, with the surrounding country, now exhibiting at the Panorama, Leicester Square*, G. Nichols, Londres, 1842, frontispicio.

[1184] *The Times*, 4 de noviembre de 1842, p. 3.

[1185] G. T. Vigne, «Chief wrestler at Kabul» (acuarela, 1835 – 38), Victoria and Albert Museum, SD.1109.

[1186] James Atkinson, «Umeer Dost Mahomed Khan», en Atkinson, *Character and Costume*, p. 15.

[1187] Burford, *The city of Cabul*, frontispicio.

[1188] *The Times*, 4 de noviembre de 1842, p. 3.

[1189] National Archives (UK), FO 705/32, Masson a Pottinger, 18 de octubre de 1838.